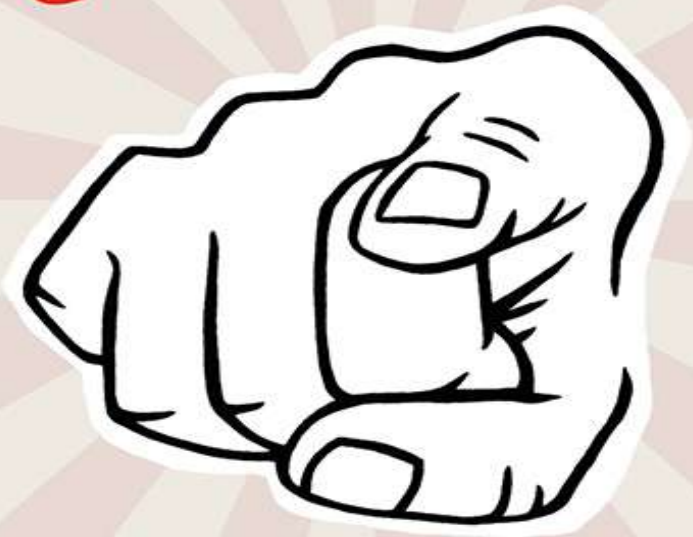
AXEL KAISER

LA NEO INQUISICIÓN



PERSECUCIÓN, CENSURA Y DECADENCIA CULTURAL EN EL SIGLO XXI

EDICIONES
EL MERCURIO

LA NEOINQUISICIÓN

PERSECUCIÓN, CENSURA Y DECADENCIA CULTURAL EN EL SIGLO XXI

Axel Kaiser

EDICIONES
EL MERCURIO

2020

A esos herejes
que jamás perdieron el coraje
de servirse de su propia razón.

ÍNDICE

Introducción

Capítulo I. La era de la emoción

El fin de la verdad
La cultura del victimismo
Identity politics: el nuevo tribalismo
El ataque a la modernidad

Capítulo II. La decadencia de Occidente

Escribiendo la historia a martillazos
Quemando libros
El culto a la fealdad
Purgando artistas
El nuevo lysenkismo
El retorno del ejército rojo
Tolerancia represiva
El odio al odio
Prohibido reír

Capítulo III. Los dogmas de la nueva doctrina

La igualdad de género
La brecha salarial
El hombre opresor
Inmigración y diversocracia
La imperiofobia

Epílogo

Bibliografía

«Demasiado tiempo has reinado sobre mi cabeza,
tú, Dios de la época, en tu nube oscura.
Hay demasiada violencia y desazón entorno,
y derrumbe y vacilación dondequiera que miro.
Muchas veces bajo la vista al suelo como un niño,
busco en la cueva la salvación de ti,
y quiero, pobre tonto, encontrar un lugar donde tú,
el que todo lo remece, no te encuentres».

Zeitgeist
Friedrich Hölderlin

INTRODUCCIÓN

En su libro *Europe and Elsewhere*, Mark Twain escribió: «La Iglesia [...] reunió sus cabestros, tornillos y marcas de fuego, y se dedicó a su santo trabajo en serio. Trabajó arduamente día y noche durante nueve siglos y encarceló, torturó, ahorcó y quemó hordas enteras y ejércitos de brujas, y lavó el mundo cristiano con su sangre sucia. Luego se descubrió que no había tal cosa como las brujas, y que nunca había existido. Uno no sabe si reír o llorar»[1].

Aunque las cacerías de brujas y herejes en el mundo protestante fueron más masivas y atroces que en el católico[2], sería la Santa Inquisición, como muestra la reflexión de Twain, la que pasaría a la historia como el máximo símbolo de la irracionalidad fanática y criminal que el fervor religioso es capaz de desatar. En total, en la Europa católica y protestante, al menos un millón de personas, en su mayoría mujeres, fueron ejecutadas tras ser acusadas de brujería entre los siglos XII y XIX[3]. En algunos lugares, como el pueblo de Trier en Alemania, la histeria colectiva llevaría a que 368 personas fueran quemadas en la hoguera entre 1587 y 1593 y a que en 1585 dos poblados quedaran con apenas una mujer sobreviviente en cada uno[4]. El contagio de esta locura inquisidora llegó a tal punto que cualquiera, incluyendo niños, podía ser acusado de brujería y ser sometido a espantosas torturas para obtener una confesión. Entre ellas destacaban típicamente la admisión de haber copulado con el demonio, tomado la forma de animales, volado por los cielos o haberse hecho invisible. Los tribunales desnudaban a las mujeres en busca de marcas físicas que señalaran su entrega a Satán o para detectar los infames «pechos de bruja», cuya forma se consideraba prueba suficiente de haber amamantado demonios. Y cuando no se desarrollaban los juicios para dictar sentencia, las turbas simplemente linchaban a la persona sospechosa de brujería[5].

El más famoso de todos los episodios de cacería de brujas sería el que tuvo lugar en 1692-1693 en el pueblo de Salem, Estados Unidos, donde se procesó a cientos de personas y se ejecutó a diecinueve por practicar

brujería[6]. El gran dramaturgo Arthur Miller, en su obra *Las brujas de Salem,* basada en los documentos de la época, logró captar magistralmente la dinámica psicosocial que condujo a los sucesos. En Salem existía una especie de teocracia fundada por puritanos que temían a la degradación moral más que a la muerte. Como consecuencia, y con las mejores intenciones, sus habitantes crearon una sociedad en que todos vigilaban y juzgaban permanentemente las conductas y expresiones de todos los demás. La inexplicable enfermedad de algunas adolescentes ofreció la oportunidad perfecta para buscar responsables en una época de estrés económico general y pleitos recurrentes entre vecinos por deslindes de propiedad. Es entonces cuando se comenzó a hablar de brujería, cuya existencia resultaba ser indiscutible en la época, iniciando la búsqueda de ellas por parte de diversos personajes que no dudaban en conectar todo tipo de eventos y fabricar relatos fantásticos que indicaran su presencia. Dado que el que acusaba al mismo tiempo señalaba encontrarse libre del pecado que denunciaba, en poco tiempo la histeria se encontraba desatada y cientos de personas se verían envueltas en cargos de brujería.

Esto, por supuesto, sirvió de vehículo para dejar escapar aquellas pulsiones y sentimientos bajos que la misma moralidad establecida reprochaba. Según Miller, en el caso de Salem «la codicia de las tierras» causante de las disputas ya comentadas «pudo elevarse a la esfera de la moralidad» haciendo posible «acusar de brujería al vecino y sentirse perfectamente justificado por añadidura». De este modo se ajustaron cuentas pendientes en el plano de la lucha entre Dios y Satanás y «las sospechas y la envidia que el desgraciado sentía por el que era feliz pudieron estallar dentro del marco de la venganza generalizada»[7].

Característico de esta lucha paranoide contra el mal sería el hecho de que nadie podía dudar de la veracidad de quienes juzgaban, especialmente si gozaban, como un sacerdote o pastor, de una investidura colectivamente reconocida para ejercer su autoridad castigadora y purificadora. En la obra de Miller esto queda graficado cuando el juez Danforth, encargado de los procesos, declara: «Se está a favor de este tribunal o se está en contra; no hay término medio. Vivimos tiempos de fuertes contrastes, tiempos que exigen precisión; no habitamos ya en una tarde oscura en la que el mal se mezcla con el bien y confunde al mundo. Ahora, por la gracia de Dios, el sol brilla en lo más alto y, sin duda, quienes no temen a la luz han de

alegrarse»[8]. Con estas palabras Danforth contestaba a un hombre que había aportado una lista de personas que afirmaban conocer la buena reputación de su esposa, enjuiciada por brujería. A su vez este desesperado ciudadano les había prometido que el tribunal no los citaría a declarar, pues ello les haría arriesgar sus propias vidas. La lógica del juez, según la cual quien es moralmente puro no tenía nada que temer y por tanto podía exhibirse totalmente desnudo frente al poder, es propia de toda organización y cultura totalitaria, pues en ellas el bien absoluto, cualquiera sea la forma en que se manifieste, y la autoridad política se encuentran fusionados. Como observó Miller, «un criterio político se identifica con el bien moral y oponerse a él se convierte *ipso facto* en maldad diabólica»[9]. Ello producía que la sociedad se convirtiera en una espiral de intrigas de unos contra otros llevando al gobierno a transformarse no en el árbitro de disputas, sino en «el azote de Dios». Pero, además, dado que en la sociedad ya se había instalado la idea de que había brujas y que estas eran responsables de sus padecimientos, la persecución debía continuar hasta que el último de los malignos fuera limpiado, ya sea mediante su exterminio, algún tipo de castigo o su confesión y arrepentimiento. En otra parte del proceso el reverendo Hale, experto en temas de brujería, arribado al pueblo especialmente para investigar los casos denunciados, afirmaba: «He visto demasiadas pruebas aterradoras en el tribunal […]. El demonio habita en Salem y ¡no ha de asustarnos seguir el dedo acusador, señale donde señale!»[10]. Y más adelante el juez Danforth describía la naturaleza del delito de brujería en los siguientes términos:

> La brujería *ipso facto* y por su propia naturaleza, constituye un delito invisible, ¿no es así? En consecuencia, ¿quién puede testificar en un caso de brujería? La bruja y su víctima. Nadie más. Ahora bien, no cabe esperar que la bruja reconozca su delito, ¿de acuerdo? Hemos de recurrir por consiguiente a sus víctimas […] y estas sí que testifican […]. En cuanto a las brujas, nadie negará que estemos ansiosos de aceptar su confesión. Siendo ese el caso, ¿qué podría aportar un abogado?[11].

En otras palabras, aquellos que eran acusados de brujería, es decir, de ser malignos, se encontraban prácticamente condenados por el mero hecho de ser acusados, pues la existencia del delito dependía enteramente de la

interpretación de quien denunciaba y no se podía comprobar.
Aunque parezca implausible, todo el análisis previo resulta fundamental para entender los tiempos que corren. Si bien hoy no quemamos brujas en la hoguera y no ejecutamos a nadie, no cabe duda de que un nuevo puritanismo, esta vez originado en la izquierda intelectual, ha descendido sobre occidente causando un daño considerable. Vivimos en la era de lo que se ha pasado a llamar «corrección política», la cual podría definirse como una práctica cultural que busca la destrucción reputacional, la censura e incluso la sanción penal de aquellas personas o instituciones que no adhieran, desafíen o ignoren una ideología identitaria que promueva la supuesta liberación de grupos considerados víctimas del opresivo orden social occidental. Se trata de una ideología que tiene sus propios estándares de pureza moral, una clara distinción entre el bien y el mal, y cuyos apóstoles, como en el caso de Salem, están dispuestos a seguir el dedo acusador donde quiera que apunte para destruir al diablo y liberar a la sociedad de su maligna influencia. Como los tribunales de antaño, quien declara estar en contra de los postulados de esta ideología se identifica con el mal exponiéndose a las turbas y a los tribunales populares de los medios de comunicación masiva y las redes sociales.
Algunos, como la periodista argentina y crítica cultural Lucía Lijtmaer, han hablado de que existe una visión de acuerdo a la cual vivimos en un mundo de «ofendiditos», personas que toman ofensa por cualquier cosa que se diga y les resulte desagradable llevando a que se censuren sistemáticamente opiniones, obras literarias, artísticas y todo tipo de expresiones. Aunque Lijtmaer se pone de lado de esos «ofendiditos» afirmando que son minorías que ejercen su legítimo derecho a protesta, la crítica que ella descalifica, según la cual vivimos en un entorno de reacciones histéricas derivadas de una forma de «neopuritanismo» que no admite otra visión posible de las normas sociales que la propia no deja de ser correcta[12]. Pero lo anterior habla de un problema aún más profundo, a saber, el colapso de la esfera pública como espacio de diálogo relativamente racional para dar paso al irracionalismo, esto es, a una dictadura de los sentimientos y de ideas enteramente subjetivas acerca de la verdad, lo cual ha sido siempre la antesala de linchamientos y de lógicas de confrontación tribal incompatibles con una sociedad libre. Como veremos en este libro, aunque en Europa el problema de la corrección

política es extendido, en ninguna parte ha sido más visible esta descomposición que en el mundo anglosajón, cuyas universidades de prestigio y medios de comunicación se han convertido en focos de un activismo político tóxico para la cultura de la tolerancia. Según *The Economist*, «encuestas de opinión revelan que en muchos países el apoyo a la libertad de expresión es tibio y condicional. Si las palabras son molestas, la gente preferiría que el gobierno o alguna otra autoridad hiciera callar al orador»[13]. En el mismo editorial el semanario británico advirtió sobre una creciente ola de censura proveniente de grupos que buscan proteger sensibilidades de minorías, conduciendo a un retroceso de la libertad de expresión en universidades de Estados Unidos y Europa. Hablando literalmente de la «intolerancia» de los liberales de izquierda, *The Economist* señaló:

> La preocupación por las víctimas de discriminación es loable. Y la protesta estudiantil es a menudo, en sí misma, un acto de libertad de expresión. Pero la universidad es un lugar donde los estudiantes deben aprender a pensar. Esa misión es imposible si las ideas incómodas están fuera de los límites de lo discutible. Y las protestas pueden desviarse fácilmente hacia la hipersensibilidad: la Universidad de California, por ejemplo, sugiere que es una 'microagresión' racista decir que 'Estados Unidos es una tierra de oportunidades', porque se podría dar a entender que quienes carecen de éxito no lo poseen porque ellos mismos tienen la culpa.

El ejemplo de la Universidad de California parece absurdo, pero ideas como esas son comunes en buena parte la élite estadounidense y también se dan en Europa. Sería un error, sin embargo, pensar que solo se trata de una cultura del silencio, de la persecución y de la censura de aquellos que digan cosas consideradas ofensivas. Tras la idea de que no puede decirse que Estados Unidos es un país de oportunidades se encuentra toda una doctrina, desarrollada durante décadas por intelectuales, según la cual Estados Unidos y occidente son sociedades inmorales y opresivas que merecen ser desmontadas para acabar con los supuestos privilegios que otorgan a algunos grupos, especialmente el hombre blanco heterosexual. En consecuencia, la idea de normalidad y excelencia burguesa debe ser subvertida al punto de que ya no es posible defender ni siquiera

determinados parámetros estéticos o de salud, como prueba de manera gráfica la reivindicación de la obesidad que comienza a emerger en algunos países[14]. Tampoco se pueden defender fácilmente ideas como la meritocracia, pues estas no serían más que expresiones de discursos que pretenden afianzar la dominación de algunos grupos ya aventajados que saben que, a iguales reglas, saldrán ganadores debido a las invisibles estructuras que los favorecen. Tal vez el caso más evidente de este esfuerzo por deconstruir el tejido «opresivo» de occidente se ha dado con las modificaciones que activistas de variantes extremas del feminismo y de la teoría de género han hecho con el uso de la lengua e idiomas como el inglés y el español, entre otros. Bajo el argumento de que estos serían productos de la «heteronormatividad patriarcal» se ha creado un lenguaje nuevo y artificial, cuyo fin es salvar a aquellos grupos supuestamente marginados por el lenguaje natural. Y es que es en la destrucción de las formas tradicionales de comunicación donde estos activistas dicen ver, nada más y nada menos, que un paso decisivo para la erradicación del mal invisible que sufren mujeres y minorías. Pero lo cierto es que el espíritu tras esa deconstrucción lingüística no es libertario, sino genuinamente totalitario, y fue ya magistralmente analizado por George Orwell en su clásica obra *1984*, en la que describió una gigantomaquia socialista basada en lo que denominó «*Newspeak*» o «neolengua». La neolengua, explicó Orwell en el apéndice de *1984*, era el lenguaje oficial de Oceanía, el superestado regido por el Gran Hermano en la novela. Ella había sido diseñada para «satisfacer las necesidades ideológicas del Ingsoc, socialismo inglés» y su propósito era no solo «proveer de un medio de expresión apropiado para la visión y los hábitos mentales de los devotos del Ingsoc, sino hacer todas las demás formas de pensamiento imposible»[15]. Como consecuencia, explicó Orwell, toda idea que se desviara de la neolengua sería vista como una «herejía» y, por tanto, como algo imposible de ser pensado, pues todo pensamiento depende de las palabras que la neolengua ha depurado. Con el fin de destruir el lenguaje tradicional u «*Oldspeak*» como lo llamaba despectivamente el régimen totalitario de Oceanía, se inventaban nuevas palabras, se destruía el significado original de otras y, sobre todo, se eliminaban palabras indeseables[16]. Orwell, el mismo un hombre de izquierda hastiado del totalitarismo que inspiraba a su sector, explicó que la neolengua socialista

creaba distintos tipos de vocabulario. El «vocabulario tipo B», explicó, consistía en palabras «deliberadamente construidas con fines políticos; palabras que no solo tenían en todos los casos una implicancia política, sino que buscaban imponer una actitud mental deseada en la persona que las usaba»[17].

Aunque la obra de Orwell se trataba de una novela de ficción, él mismo intentó plasmar en ella la esencia de todo sistema totalitario real, especialmente del socialismo inglés al que veía, como a los comunistas, en un descarado esfuerzo por utilizar el nombre de las clases trabajadoras para consolidar su propio poder. *1984* fue, entonces, un fiel reflejo de lo que ocurrió bajo el socialismo y ciertamente también bajo el nacionalsocialismo. Mentiras convertidas en verdades oficiales, adoctrinamiento sistemático, propaganda permanente, vigilancia sin descanso y la creación de lenguajes diseñados para servir la causa de quienes detentaban el poder —o aspiraban a él— por la vía de controlar los pensamientos de los pueblos fueron parte constitutiva de la aplicación de las principales ideologías colectivistas del siglo XX. Y si bien es cierto que en el contexto actual de occidente esos regímenes han desaparecido, los intentos por crear una neolengua con el fin de avanzar agendas ideológicas incompatibles con el orden liberal prevaleciente continúan vigentes. De hecho, como veremos en el transcurso de este ensayo, una verdadera revolución cultural está teniendo lugar en los centros de pensamiento más influyentes de Estados Unidos y Europa, en los que el espíritu de las cacerías de brujas se ha combinado, en muchos casos, con el diseño de neolenguas con el fin específico de atacar los valores, instituciones y tradiciones que han permitido el florecimiento de las sociedades occidentales. La contaminación polémica de conceptos antes neutrales, el asalto en contra del lenguaje natural en busca de un lenguaje «inclusivo» y la creación de conceptos como «espacios seguros», «microagresiones», «privilegio blanco», «*manels*», «*mansplaining*», «apropiación cultural», entre otros, forman parte de esta neolengua.

Encerrados tras las rejas del pensamiento único que acepta su propio vocabulario, los neoinquisidores se han lanzado incluso en contra de las ciencias exactas cuando sus conclusiones rompen los dogmas establecidos que promueven. Si la Inquisición en 1600 ejecutó al filósofo y científico Giordano Bruno haciéndolo arder en la hoguera, entre otras razones, por

enseñar que los planetas orbitaban el sol, hoy día los neoinquisidores persiguen a académicos y científicos que intentan demostrar asuntos como que el género no es totalmente una construcción social, que la brecha salarial entre hombres y mujeres como producto de la discriminación es un mito, que la narrativa del patriarcado como figura únicamente abusadora de la mujer merece serias dudas, que la genética es uno de los factores que más inciden en la inteligencia, que el Islam podría ser incompatible con occidente, que las potencias coloniales hicieron grandes aportes a sus colonias o que la migración puede tener efectos negativos para la sociedad que la recibe, entre muchos otros temas. Todos estos son verdaderos tabúes que no pueden osar transgredirse sin ser arrasado en el intento. Como bien advirtió Sigmund Freud en su libro *Totem und Tabu*, «la violación de un tabú convierte al propio violador en tabú». Algunos de los peligros que esa violación puede generar, dice Freud, solo «pueden evitarse mediante actos de expiación y purificación»[18]. Y más adelante añade: «Cualquiera que haya violado un tabú se convierte en tabú porque posee la cualidad peligrosa de tentar a otros a seguir su ejemplo: ¿por qué se le debe permitir hacer lo que se les prohíbe a otros? Por eso es verdaderamente contagioso, porque cada ejemplo fomenta la imitación, y por esa razón él mismo debe ser rechazado»[19].

La epidemia de disculpas, de castigos y de ostracismo social que han experimentado tantas personas, de izquierda y derecha, en tiempos recientes por opiniones o conductas que han quebrado tabúes hablan de la forma irracional y primitiva en la que podemos actuar colectivamente. Se trata de verdaderas hordas que encuentran éxtasis en el castigo y el daño que pueden generar sin ser conscientes de que exista una razón para ello. Como explicó Freud, en una sociedad de tabúes «todo tipo de cosas están prohibidas, las personas no tienen idea de por qué, y no se les ocurre plantear la pregunta. Por el contrario, se someten a las prohibiciones como si fueran una cuestión evidente y se sienten convencidas de que cualquier violación de ellas se resolverá automáticamente con el castigo más grave»[20]. Este aspecto es esencial para entender por qué, una vez que un tema se ha convertido en tabú, es decir, en un objeto sagrado y a la vez peligroso y prohibido, se produce una espiral del silencio de la cual resulta casi imposible salir. Como veremos más adelante, la característica distintiva de la era de corrección política que estamos viviendo es

precisamente la autocensura, que en muchos sentidos es peor que la censura oficial impuesta por el Estado, pues se basa en el triunfo del miedo a un castigo y enemigo tan difuso que no se le puede enfrentar. Sin embargo, el mismo Freud explica que los pueblos que cultivan los tabúes tienen una relación ambivalente con ellos. De un lado les temen y por otro los quieren romper, solo que el miedo es más fuerte que las ganas inconscientes de transgredirlo[21]. Ahora bien, esta ambivalencia, dice Freud, implica que la realidad psicológica tras los tabúes sea comparable a una neurosis. Más aún, Freud sostiene que en el caso de las personas privilegiadas, es decir, por las que se tiene un exagerado afecto —como podría ser un líder— «junto con la veneración y la idolatría, sentidas hacia ellas, hay en el inconsciente una corriente opuesta de hostilidad intensa que nos enfrenta a una situación de ambivalencia emocional»[22]. Cabe preguntarse, siguiendo a Freud, si acaso la «ideología políticamente correcta» y su retórica de victimización, además de mostrar afecto desmedido hacia las supuestas víctimas que pretende defender, oculta al mismo tiempo una profunda hostilidad hacia ellas. Si ello fuera así, significaría que los inquisidores de hoy proyectan inconscientemente en otros aquel rechazo y desprecio con el que no quieren tener nada que ver, pero que de todos modos habita en ellos. «El tabú emerge de la ambivalencia emocional», insiste Freud, y agrega que «el proceso se resuelve en lo que en psicoanálisis se denomina proyección […] la hostilidad, de la cual no saben nada y además no desean saber nada, es expulsada de la percepción interna hacia el mundo externo y, por lo tanto, se separa de ellos y es atribuida a otro»[23]. Las acusaciones de racismo, xenofobia, sexismo, homofobia, etc., que fácilmente hacen estos defensores del discurso inclusivo y de las minorías serían, bajo esta lectura, en muchos casos nada más que esfuerzos por alejarse del racismo, xenofobia, sexismo y homofobia que los mismos acusadores sienten.

Lo anterior no sería implausible para Freud, pues él mismo pensaba que el análisis sobre las sociedades que cultivaban el tabú no era solo cosa de los pueblos primitivos. Los tabúes de los polinesios salvajes, afirmó, «no están tan alejados de nosotros como nos sentimos inclinados a pensar al principio», pues «las prohibiciones morales y convencionales por las cuales nosotros mismos estamos gobernados pueden tener alguna relación esencial con estos principios»[24].

Recordar las cacerías de brujas, las histerias que conducen a la muerte de miles de personas, las formas totalitarias de lenguaje, el pensamiento que suele acompañarlas y el rol de los tabúes en la convivencia humana son fundamentales para tener presente que los diques del comportamiento civilizado entre personas se encuentran siempre cerca de romperse. Diversos episodios muy posteriores a lo ocurrido en Europa y en Norteamérica con las persecuciones de brujas y herejes nos han vuelto a enfrentar a esa capacidad fanática de destrucción inmisericorde que tenemos los seres humanos cuando abrazamos la defensa de un principio moral absoluto que divide a la sociedad en buenos y malos. El Régimen del Terror en la revolución francesa, liderado por Maximilien Robespierre, llegó a desatar el mismo tipo de paranoia persecutoria que siglos antes hizo a los habitantes de la ciudad de Tréveris (en alemán Trier) asesinar a casi cuatrocientas personas y la misma mentalidad totalitaria que inspiró a los socialistas siglos después. Como explicó Hannah Arendt, fue la idea, propuesta por Robespierre, de buscar la pureza moral absoluta de los hombres la que terminó convirtiendo el episodio en un baño de sangre más macabro de lo que se pensó jamás. Debido a esa pretensión de pureza, que exhibía públicamente en todo momento, a Robespierre se le apodó «el incorruptible» y su proyecto, que en menos de un año ejecutó a más de dieciséis mil «enemigos de la revolución», fue conocido como «la República de la Virtud»[25]. En jerga actual podríamos decir que Robespierre fue el máximo exponente de lo que se conoce como «*virtue signaling*», y que consiste en hacer alarde permanente de la compasión propia para elevar el estatus frente a los demás. Interesantemente, al igual que hoy, en el caso de Robespierre la virtud consistía en un exceso de empatía, una forma de extrema lástima por los que sufren. Y como hoy, a diferencia de la solidaridad, esta compasión desmedida resultó incapaz de servir como guía de acción para ayudar a las víctimas: «Por el hecho de ser un sentimiento, la lástima se puede disfrutar como un fin en sí misma y esto llevará casi automáticamente a una glorificación de su causa que es el sufrimiento de otros»[26], escribió Arendt. La demanda de un compromiso total con la causa de los pobres —no con los pobres en sí— convirtió en sospechosos a todos, al punto de que una persona podía ser ejecutada por el mero hecho de no mostrarse lo suficientemente entusiasta con la revolución. Y es que, en su implacable persecución del mal, Robespierre

quiso asegurarse de que no quedara un solo hipócrita en Francia, es decir, nadie que pudiera, en el terreno público actuar de una manera no coherente con lo que realmente ocurría en su espíritu. Así, el «incorruptible» politizó la virtud de un modo similar a como los puritanos de Salem politizaron su compromiso íntimo con la fe cristiana. Como consecuencia, explicó Arendt, inspirado en ideas de Rousseau, Robespierre «llevó los conflictos del alma al terreno político, donde se transformaron en asesinos porque son insolubles»[27].

En el mundo de la corrección política actual, en que la ideologización infecta todas las esferas de la vida en común, es tan necesario como antes tomar conciencia de los resultados a que pueden conducir los procesos de híper moralización, colapso de la racionalidad en el espacio público y politización de la virtud. Si hay algo que enseña la historia es que estos pueden, en los casos más extremos, llevar a conflictos civiles sangrientos y, en los menos extremos, a una tóxica convivencia social. Hoy en occidente parece lejano un desenlace violento, más aún en América Latina donde no se verifica el fenómeno de persecución y creciente tribalismo de la manera intensa que exhibe el mundo anglosajón y parte de Europa. Sin embargo, la convivencia y libertad de expresarnos y de crear se ha visto, también en la órbita hispanoamericana, afectada por la corrección política, y para nadie es ajeno que, por ejemplo, movimientos con una inspiración legítima del tipo del *#MeToo* degeneraron en cacerías de brujas donde ni la presunción de inocencia en tanto principio básico de convivencia social ni la palabra de los afectados fueron consideradas frente al dedo acusador de quienes se erigieron en inquisidores. Esto refleja que, queramos o no, lo que ocurra en Estados Unidos y el mundo desarrollado terminará transformando sustancialmente el devenir de nuestros países. Es tomando esa constatación como punto de partida que este ensayo ha analizado el fenómeno de la corrección política enfocándose en los principales centros de poder cultural y económico de hoy. Entender de qué forma Estados Unidos y parte de Europa occidental han perdido el camino en manos de una ideología que no solamente crea un clima de miedo, censura y persecución, sino que rechaza los fundamentos mismos de los avances económicos, políticos y sociales de la cultura occidental, resulta ineludible para sacar conclusiones adecuadas sobre las peligrosas transformaciones que podrían tener lugar en el mundo que conocemos. En suma, este trabajo

busca tomar en serio la reflexión del filósofo inglés Roger Scruton, quien en una columna en julio de 2019 describiera el estado de cosas actual en los siguientes términos: «Al reflexionar sobre las recientes cazas de brujas, incluida la mía, me han sorprendido especialmente las cartas de denuncia masiva que ahora son comunes en nuestras universidades […]. Me parece que estamos entrando en el reino de la oscuridad cultural, donde el argumento racional y el respeto por el oponente están desapareciendo del discurso público y donde, crecientemente, en cada asunto que importa se permite solo una visión y una licencia para perseguir a todos los herejes que no adhieran a ella»[28].

Es a combatir ese reino de oscuridad del que habla Scruton, uno donde gobierna la intolerancia, el irracionalismo y el pensamiento único, que están dedicadas las próximas páginas.

Palo Alto, enero, 2020.

CAPÍTULO I
LA ERA DE LA EMOCIÓN

«Es mi firme convicción que esta insistencia irracional en la emoción y la pasión conduce, en última instancia, a lo que solo merece el nombre de crimen […] dicha actitud, que […] en el peor de los casos conlleva un desprecio por la razón humana, debe conducir al empleo de la violencia y la fuerza bruta como árbitro último en toda disputa».

Karl Popper

El fin de la verdad

Nazi, xenófobo, racista, homofóbico, transfóbico, islamofóbico. Entre muchos otros, estos apelativos pertenecen a la batería de insultos con los que el discurso de la corrección política dominante actualmente pretende acallar voces que le resulten incómodas o intolerables. Los alemanes se refieren a este tipo de adjetivos como «*Totschlagargumente*», lo que se podría traducir como «recursos retóricos que buscan de un solo golpe liquidar moralmente al oponente de modo de no hacerse cargo de sus argumentos». Su propósito es evadir a toda costa el enfrentamiento honesto y racional de ideas para, en lugar de ello, cosechar una espontánea aclamación pública basada en emociones impermeables a la evidencia y la lógica. Se trata, en otras palabras, de una forma de no-pensar que acepta como legítimas solo aquellas posturas que encuentran respaldo en el exhibicionismo moral de grupos dispuestos a indignarse fácilmente. El concepto central en este contexto es el de emociones, ya que todo lo que se diga debe procurar no ofender las sensibilidades de colectivos supuestamente victimizados por la sociedad, quienes pueden sentirse atacados incluso por las expresiones o errores más inofensivos. Un ejemplo que sintetiza a la perfección el espíritu que anima la

neoinquisición sentimentalista de los tiempos que corren se daría en la presentación de los Golden Globes en 2017. Tras ser acusado de racista y discriminador por haber cometido el «crimen» de confundir los nombres de dos películas con repartos de actores de color —*Fences* y *Hidden Figures*— el actor Michael Keaton se disculpó declarando: «Me hace sentir tan mal que la gente se sienta mal. Si alguien se siente mal, eso es todo lo que importa»[29]. Las palabras de Keaton no constituyen una aislada reacción esperable del mundo hipersensible del espectáculo, sino la nueva normalidad. En 2019, un escándalo monumental asoló Virginia cuando las tres autoridades máximas del estado, todos demócratas, se vieron involucradas en actos de supuesto «racismo» y abuso sexual. Uno de los casos más escandalosos fue el del fiscal general Mark Herring, de quien se descubrió que, en 1980, cuando tenía diecinueve años, fue a una fiesta de disfraces con la cara pintada negra emulando a un rapero cuya música solía disfrutar. La respuesta de Herring a los ataques que sufrió por haber cometido ese pecado, lejos de invocar un mínimo de sentido común y sensatez, confirmó la motivación histérica de sus inquisidores: «Lamento profundamente el dolor que he causado con esta revelación […] conversaciones y discusiones honestas dejarán en claro si puedo o debo continuar sirviendo como fiscal general», dijo. Y como si su «falta» hubiera sido equivalente a haber pertenecido alguna vez al Ku Klux Klan, agregó: «Esa conducta muestra claramente que, cuando era joven, tenía una falta de conciencia insensible, e insensible al dolor que mi comportamiento podía infligir a los demás […] Esta conducta no refleja de ninguna manera al hombre en el que me he convertido en los casi cuarenta años desde entonces»[30]. Que, tras todos esos años, una de las máximas autoridades políticas de Estados Unidos se derrumbara pidiendo disculpas por haber usado un disfraz cuando era joven solo puede deberse al hecho de que hoy vivimos en lo que la intelectual Ayaan Hirsi Ali denominó «emocracia»[31]. Esta podría definirse como un tipo de vida común en la que todo lo que importan son las emociones, específicamente sentirse bien con lo que se dice y se hace, procurando no ofender a nadie que se declare víctima y, adicionalmente, como en las sociedades del tabú, autoflagelarse públicamente por cualquier conducta realizada en cualquier momento de la vida que se pueda subjetivamente considerar lesiva de esas emociones. El que una muchacha bienintencionada de dieciséis años,

carente de todo conocimiento sobre temas ambientales, sea presentada casi como la salvadora de la humanidad por el movimiento ambientalista y diversos medios occidentales es una muestra del punto insensato al que ha llegado la emocracia. Este sinsentido es aún más evidente cuando se considera que el mediático cruce del Atlántico que Greta Thunberg realizó en velero en agosto de 2019 con el fin de no generar emisiones, terminó emitiendo mucho más CO_2 que si hubiera volado, ya que fue necesario enviar a una tripulación de cinco personas en avión a Nueva York para ayudar a llevar el velero de regreso a Europa. Incluso el capitán del velero, Boris Herman, tomó un vuelo transatlántico de regreso, lo que elevó el número de pasajeros a seis incrementando en varias veces la huella de carbono que tanto les preocupa a los ambientalistas[32]. Pero como lo relevante aquí son las emociones —y probablemente el negocio tras ellas —, entonces el futuro de la humanidad que se declara defender pasa a un segundo plano y la pantomima se perpetúa sin que nadie se escandalice. Es el *Zeitgeist*, el espíritu de la época, que todo lo remece y del que nadie, como anunciara Hölderlin, puede esconderse. Si hubiera que elegir una frase de alguien que consiguió capturar la esencia de ese *Zeitgeist*, sería la de la joven demócrata de origen latino Alexandria Ocasio-Cortez (AOC) —la nueva sensación de la política estadounidense—. En una entrevista con Anderson Cooper de CNN en la que él le enrostrara los innumerables errores de hecho que cometía en sus propuestas y declaraciones, AOC simplemente contestó: «Creo que hay mucha gente preocupada más de ser precisos con los hechos y la semántica que de proponer lo que es moralmente correcto»[33].

No es necesaria una reflexión filosófica demasiado sofisticada para entender que si aceptamos la idea según la cual, más allá de las normas de decencia tradicionales, debemos, a como dé lugar, evitar ofender a personas de distinto tipo —homosexuales, mujeres, minorías étnicas, religiosas, inmigrantes, etc.—, estamos renunciando irremediablemente al compromiso con la verdad y con la democracia. Con la verdad porque, como es obvio, esta no tiene obligación de ser emocionalmente agradable con ningún grupo ni persona en particular; y con la democracia, porque el diálogo racional, es decir, aquel basado en la evidencia y las leyes de la lógica, es el único método de resolución pacífica de conflictos existente en

las sociedades humanas. Puesto que las emociones son por naturaleza subjetivas, asumir los sentimientos como criterio de validez de las expresiones implica que desaparezcan aquellas reglas generales e imparciales que permiten diferenciar lo que es verdadero de lo que es falso y lo que es correcto de lo que es incorrecto. Cada persona o grupo puede reclamar que tiene su propia verdad, una que es contingente a la interpretación personal de sus experiencias y por tanto incomprensible para aquellos que no la comparten, quienes simplemente tienen la obligación de aceptarla. Este marco comunicativo, promovido de manera irreflexiva por los campeones de la corrección política, se transformaría en un verdadero «diálogo de sordos», ya que el lenguaje perdería la capacidad de referirse a realidades universalmente comprensibles.

La anécdota relatada por el periodista Andrew Sullivan en una de sus columnas ilustra las consecuencias que para la conveniencia social supone el irracionalismo cultivado por la corrección política interesada más en los sentimientos que en la verdad objetiva. Cuenta Sullivan que tras celebrar el hecho de que ya no existieran las leyes Jim Crow[34], el grupo con el cual conversaba en un evento lo miró atónito afirmando que la segregación racial seguía viva en Estados Unidos. No solo eso, una mujer afroamericana que se encontraba presente lo increpó advirtiéndole que la esclavitud jamás se había terminado. Al manifestarse en desacuerdo, la mujer le contestó que a él, como hombre blanco, no le correspondía cuestionar «su realidad de mujer negra»[35].

La lógica que subyace al reclamo de la mujer es que «su realidad» es válida simplemente porque es suya, una víctima autoproclamada del sistema, mientras la realidad a la que se refiere Sullivan es falsa porque corresponde a su privilegiada experiencia de hombre blanco. La pregunta, por supuesto, es cómo determinar quién tiene razón. Dos alternativas surgen de inmediato: o uno se impone censurando al otro, que fue lo que intentó la mujer utilizando el *Totschlagargument* de que el ser víctima le daba automáticamente la razón, o se establece un estándar objetivo sobre qué es la esclavitud para luego determinar hasta qué punto se verifica en los hechos, que es a lo que apuntaba Sullivan. Nótese que la crítica aquí formulada no es a la existencia efectiva del sentimiento de esclavitud que se declara, pues bien puede ser el caso que la persona se sienta efectivamente algo parecido a una esclava, como también podría ocurrir

que un esclavo con un amo bondadoso se sienta libre aunque realmente no lo sea. La crítica es a la pretensión de que ese sentimiento se refiera a una realidad objetiva y que por tanto deba tomarse como si fuera verdadero y no producto de la impresión de la persona que se declara victimizada. En otras palabras, la esclavitud no puede ser mero sentimiento o producto del lenguaje, pues si lo fuera dejaría de tener validez como categoría de análisis, ya que podría haber tantas nociones de esclavitud como humanos hay en el mundo, lo que haría imposible hablar de ella con sentido.

Nada de lo anterior significa, por supuesto, que no deba existir una preocupación por el sufrimiento ajeno. Cuando, en su *The Theory of Moral Sentiments*, Adam Smith afirmó que «independientemente de lo egoísta que sea un ser humano, evidentemente su naturaleza contiene principios que lo hacen preocuparse por la fortuna de otros», daba cuenta de una de la virtudes más nobles y útiles de nuestra especie: la empatía o, en sus palabras, la simpatía[36]. Sin embargo, el mismo Smith propuso un criterio racional para calibrar el nivel de empatía que hemos de sentir: «No podemos formarnos una idea de la manera en que otros son afectados más que concibiendo lo que nosotros mismos sentiríamos en una situación similar»[37]. La idea crucial en este pasaje es que existe una realidad externa que induce un determinado clima interior y que es solo tomando los hechos objetivos que configuran dichas condiciones externas la manera en como logramos empatizar con el que sufre. Como es obvio, es imposible hacer esto con una persona que se declara esclava y que, no obstante, trabaja libremente, con un buen ingreso y con las mismas garantías legales de las que gozan todos los demás ciudadanos sin excepción. Así, uno de los efectos más perniciosos de la corrección política actual es que al fomentar un ambiente cargado de irracionalismo relativista no solo se hace imposible la comunicación significativa entre posturas divergentes, sino que se destruye la capacidad misma de empatizar con otros de una manera no patológica, pues esta solo puede darse, como sugiere Smith, sobre la base de un principio de realidad que trasciende a la mera subjetividad. Sin esa verdad objetiva, todo lo que queda es la sumisión al capricho de una de las partes.

Ahora bien, la discusión en torno a la existencia de la verdad, y si acaso es posible o no acceder a ella y hasta qué punto, se ha dado durante milenios y ciertamente se seguirá dando. Sin embargo, más allá de los fascinantes e

inacabables debates epistemológicos en que se han enfrascado pensadores de todos los tiempos, no cabe duda de que, como ha sostenido el filósofo estadounidense Harry Frankfurt, ninguna sociedad puede ser mínimamente funcional sin una «apreciación robusta de la infinita utilidad proteica de la verdad»[38]. Sería imposible, agrega Frankfurt demoliendo la lógica expuesta por AOC, tomar decisiones y hacer juicios informados sobre los temas públicos más relevantes sin conocer suficiente sobre los hechos, y menos aún conseguir prosperidad si no pensáramos que la verdad existe independientemente de la experiencia subjetiva de cada individuo. Bertrand Russel argumentaba en esa línea cuando, constatando la fragmentación filosófica y cultural que la reforma protestante había generado en la idea de verdad, sostuvo que ninguna sociedad «espiritualmente sana» tolera un subjetivismo radical, pues este abre rápidamente el paso a la irracionalidad destruyendo la idea de comunidad[39]. Por ello, no es exagerado decir, como Frankfurt, que toda la empresa civilizadora depende de la claridad y honestidad con que se debatan los hechos[40].

El literato y científico alemán Johann Wolfgang von Goethe advirtió esto perfectamente en su obra más célebre, *Fausto*. En ella, el demonio, Mefistófeles, hace una apuesta con Dios de que puede corromper a Fausto, el humano ideal, la cual Dios acepta. Finalmente, Fausto, un personaje obsesivo, incapaz de disfrutar la vida y que había llegado a despreciar las ciencias y la razón porque no podían proveerle de todo el conocimiento del universo, realiza el pacto con Mefistófeles, a quien, a cambio de su alma, le exige una vida entregada a la furia desatada de los sentimientos y las pasiones:

> Se ha rasgado el hilo del pensar, hace mucho que me asquean los saberes […] Me entrego al vértigo, al placer más doloroso, al amado odio, al fastidio que reconforta. Mi pecho, que se ha sanado del ansia de saber, jamás se cerrará a ningún dolor. Quiero disfrutar dentro de mí de lo que ha disfrutado el conjunto de la humanidad[41].

Ese sería el origen de la tragedia de Fausto, quien luego de rejuvenecer se enamoraría de Gretchen y la terminaría seduciendo con la ayuda de una pócima mágica. Sin quererlo, Gretchen quedaría embarazada de Fausto viéndose obligada a matar a su propio hijo debido a las circunstancias de

su embarazo, crimen por el que sería apresada y luego ejecutada, a pesar de los esfuerzos de Fausto por rescatarla.
Parte de la enseñanza de Goethe en esta historia es que la naturaleza del pensar implica un compromiso con los hechos, con la idea de verdad y la razón como el instrumento para descubrirla o, al menos, para acercarse a ella. Además, se debe ser humilde, pues la verdad nunca se consigue de manera absoluta como esperaba Fausto, quien frustrado se arrojó a los brazos del demonio para buscar el conocimiento en las emociones, donde no puede encontrarse más que relativismo y caos. Por eso, el filósofo de las ciencias Karl Popper, un admirador de Goethe, afirmó que «el relativismo es uno de los muchos delitos que cometen los intelectuales. Es una traición de la razón y de la humanidad», ya que el conocimiento «consiste en la búsqueda de la verdad, la búsqueda de teorías explicativas objetivamente verdaderas»[42]. Es esa idea de verdad la que permite un clima de tolerancia, humildad y libertad, y no la pretensión de absolutismo subjetivista que postulan los emócratas de hoy.

La cultura del victimismo

Lamentablemente, hoy la educación que se da a niños y jóvenes apunta a todo lo contrario a lo que enseña el Fausto de Goethe. Desde la escuela en adelante, explican Jonathan Haidt y Greg Lukianoff, se crea una cultura del «*safetyism*», sobreprotección de los niños y jóvenes, a quienes se busca resguardar cada vez más de opiniones y realidades que afecten sus sentimientos. Tres mitos, dicen los autores estadounidenses, han probado ser particularmente devastadores para la salud mental de las nuevas generaciones fundamentalmente por su disociación con la verdad. El primero es la falsa idea de que «lo que no te mata te hace más débil»; el segundo es la creencia de que siempre debes confiar en tus sentimientos, y el tercero, la visión de que la vida es un conflicto entre buenos y malos[43].
El primer mito revierte la sabiduría de Nietzsche, quien sostendría que «lo

que no te mata te hace más fuerte». Esto plantea un problema porque, así como el sistema inmunológico requiere de ser expuesto a agentes patógenos para fortalecerse, nuestra psiquis, explican Haidt y Lukianoff, necesita de niveles de estrés para el mismo propósito. Impedir, por lo tanto, que niños pasen malos momentos o sean expuestos a ideas que los afectan lo único que consigue es fragilizarlos psicológicamente e incapacitarlos para enfrentar los desafíos de la vida adulta[44].

El segundo mito apunta a una distorsión cognitiva que los autores llaman «razonamiento emocional» y que se caracteriza por generar dañinas alteraciones en la comprensión de la verdad, la que al filtrarse por las emociones es exagerada catastróficamente y dramatizada. Como parte de la solución, Haidt y Lukianoff proponen una terapia llamada *Cognitive Behavioural Therapy* (CBT)[45], que tiene por objeto precisamente lidiar con aquellos patrones de pensamiento irracional que generan ansiedad y depresión recurriendo a creencias más cercanas a la realidad[46].

El tercer mito a que se refieren Haidt y Lukianoff, a saber, la idea de que el mundo es una lucha entre buenos y malos —pensamiento propio de las cacerías de brujas—, engendra una peligrosa actitud tribal que predispone al conflicto violento entre grupos[47]. A este tribalismo dedicaremos un análisis separado y más extenso en el próximo capítulo, pues constituye en sí mismo un aspecto específico y particularmente peligroso de la cosmovisión postulada por la corrección política.

Por ahora diremos que estas falsedades han sido avaladas y reforzadas por las universidades de élite anglosajonas, cuyos académicos, predominantemente de izquierda, han desarrollado toda una jerga para facilitar la fáustica entrega de los alumnos a la furia de las pasiones. En palabras de la intelectual Heather Mac Donald, las universidades a través de Estados Unidos están creando «individuos extraordinariamente frágiles que resultan dañados por la menor colisión con la vida», lo cual tendrá consecuencias duraderas[48]. A tal punto ha llegado este culto a la hipersensibilidad en el mundo académico, que en 2019 el College Board, entidad encargada de diseñar el SAT, uno de los exámenes de ingreso universitario en Estados Unidos, decidió incluir un *«adversity score»*, esto es, un puntaje por «adversidad» de modo de beneficiar a aquellos postulantes que provinieran de circunstancias socioeconómicas más duras. Lo que el plan realmente pretendía, sin embargo, era dar un apoyo

artificial a minorías étnicas normalmente desaventajadas, de modo que el desempeño individual fuera menos relevante a la hora de determinar los ganadores. Debido a las críticas, este programa finalmente no fue ejecutado siendo reemplazado por otro que pondría esa información a disposición de los oficiales de admisión de las universidades de modo de que puedan contemplarla a la hora de decidir a quién aceptar. Lo sintomático en este contexto es que las razones del rechazo no fueron basadas en criterios de justicia liberal, a saber, que todos deben ser sometidos al mismo estándar independientemente de sus circunstancias, sino a que resultaba casi imposible técnicamente ponerle un puntaje fijo a la «adversidad» que han sufrido las personas[49].

Dentro de las universidades, esta idea de que la vida está en deuda con quienes han «sufrido» y que ese sufrimiento es constitutivo de su identidad se ha promovido en lo que la neolengua de la corrección política ha llamado «espacios seguros». Un estudiante de George Mason University los definió para *The Washington Post* como «un lugar donde usualmente las personas que están marginadas hasta cierto punto pueden reunirse, comunicarse, dialogar y desentrañar sus experiencias»[50]. Se trata, en otras palabras, de un espacio de encuentro entre supuestas víctimas, donde está prohibido disentir y poner en duda sus sentimientos, ideas o creencias y en el cual se cultiva un ánimo de intolerancia con cualquier opinión incómoda que no se ajuste a su ideología.

Ahora bien, ciertamente no es objetable que existan espacios en que personas similares compartan sus experiencias sin ser expuestas a conflicto. El problema es que las universidades constituyen instancias de reflexión y discusión de todo tipo de ideas y visiones, incluso las más desagradables, pues su compromiso es, siguiendo a Goethe, con la verdad y la razón. No es casualidad que el lema fundacional de Harvard sea «*veritas*» —verdad— y el de Yale «*lux et veritas*» —luz y verdad—. Hoy, sin embargo, la mentalidad del «espacio seguro» ha llevado a que ni en Harvard ni en Yale, ni en muchas otras universidades del mundo, exista el mismo compromiso con la verdad de antaño dado el miedo que prevalece a la reacción de los estudiantes, administrativos y académicos. En Harvard, por ejemplo, los profesores de derecho encuentran crecientes dificultades en enseñar el delito de violación debido a que muchos alegan que es demasiado traumático para los estudiantes[51]. Pero es peor, porque

de acuerdo a muchos de sus alumnos de color, Harvard es un lugar donde campea la opresión y la discriminación. Así lo «demostró» en 2013 una estudiante afroamericana que inició un proyecto de investigación para saber precisamente cómo se sentían los estudiantes de color en la universidad. Las devastadoras conclusiones fueron viralizadas en forma de imágenes que ilustraban las experiencias de los alumnos en la plataforma Tumblr, y fueron el inicio de toda una campaña llamada «*I Too Am Harvard*» o «Yo también soy Harvard». Su fin era exponer el sufrimiento que implica para la gente de color convivir con otros —sobre todo blancos — en esa universidad. Según lo que declara la plataforma oficial del proyecto, *I Too Am Harvard* se trata de «una campaña fotográfica que destaca las caras y las voces de los estudiantes negros en Harvard College». Y luego agrega: «Nuestras voces a menudo no se escuchan en este campus, nuestras experiencias son devaluadas, nuestra presencia es cuestionada. Este proyecto es nuestra forma de responder, de reclamar este campus, de pararnos para decir: Estamos aquí. Este lugar es nuestro. Nosotros, también, somos Harvard»[52]. Lo anterior revelaría un marcado tono de victimización y exageración, ya que quienes pertenecen a Harvard forman parte de la ínfima élite mundial, asistiendo a una de las universidades más progresistas y cuidadosas con los derechos de estudiantes de color en el mundo.

Pero si de llevar la fragilidad psicológica y la capacidad de victimizarse a niveles inverósimiles se trata, pocas universidades superan a Yale. En 2015, la profesora de psicología Erika Christakis desató la ira de los estudiantes tras instar a la burocracia de la universidad a no involucrarse en los disfraces que estos usarían para la fiesta de Halloween. Por lo visto, para Yale, los disfraces que los alumnos escogerían para dicha fiesta era, y sigue siendo, un tema de alta sensibilidad y potencialmente devastador para la comunidad universitaria. Vale la pena reproducir parte del *mail* enviado a los alumnos en octubre de 2015 por el Comité de Asuntos Interculturales de la universidad para hacerse una idea del nivel al que ha llegado la cultura del *safetyism* en Estados Unidos:

> Queridos estudiantes de Yale,
>
> El fin de octubre se acerca rápidamente y, junto con las hojas caídas y las noches más frescas, llegan las celebraciones de Halloween en

> nuestro campus y en nuestra comunidad […] Sin embargo, Halloween también es, lamentablemente, un momento en el que a veces se puede olvidar la consideración y sensibilidad normales de la mayoría de los estudiantes de Yale y se pueden tomar algunas decisiones erróneas, como el uso de tocados de plumas, turbantes, usar 'pintura de guerra' o modificar el tono de la piel o usar la cara negra o la cara roja […] esperamos que las personas eviten activamente aquellas circunstancias que amenazan nuestro sentido de comunidad o que no respeten, alienen o ridiculicen a segmentos de nuestra población por motivos de raza, nacionalidad o creencia religiosa o expresión de género. Las elecciones culturalmente inconscientes o insensibles hechas por algunos miembros de nuestra comunidad en el pasado no solo se han dirigido a un grupo cultural, sino que han impactado en las creencias religiosas, nativos americanos/indígenas, estratos socioeconómicos, asiáticos, hispanos/latinos, mujeres, musulmanes, etc. En muchos casos, el estudiante que usa el disfraz no tiene intención de ofender, pero sus acciones o falta de previsión han enviado un mensaje mucho mayor que cualquier disculpa después del hecho...[53].

Luego de afirmar que «existe una creciente preocupación nacional en los campus universitarios sobre estos temas» y alentar «a los estudiantes de Yale a que se tomen el tiempo para considerar sus disfraces y el impacto que puede tener» los administrativos ofrecieron un catálogo de indicaciones sobre cómo decidir un asunto tan complejo:

> Por lo tanto, si planea disfrazarse para Halloween o asistir a alguna reunión social planeada para el fin de semana, hágase estas preguntas antes de decidir sobre su elección de disfraz:
>
> ¿Lleva un disfraz divertido? ¿El humor se basa en 'burlarse' de personas reales, rasgos humanos o culturas?
>
> ¿Lleva un traje histórico? Si este traje pretende ser histórico, ¿es más información errónea o inexactitudes históricas y culturales?
>
> ¿Lleva un traje 'cultural'? ¿Este traje reduce las diferencias culturales a bromas o estereotipos?
>
> ¿Lleva un traje 'religioso'? ¿Este disfraz se burla o menosprecia la

profunda tradición de fe de alguien?

¿Podría alguien ofenderse con tu disfraz y por qué?

La historia de los disfraces de Halloween adquirió un cariz violento, con protestas masivas que finalmente terminaron en la renuncia de Christakis y de su marido Nicholas, también profesor de la universidad, que se desempeñaba como encargado del campus donde ocurrieron los hechos y quien osó cometer el «crimen» de sugerir que si a alguien le molestaba un disfraz lo conversara con la persona o mirara para otro lado. El video del encuentro entre Nicholas Christakis, que fue encarado y rodeado por un grupo de estudiantes que le exigía que se disculpara, muestra la histeria a la que se está llegando en las instituciones educacionales de élite estadounidenses. Luego de callarlo con un grito, una alumna le espetó que su rol como *Master* del *college* en que vivían ellos era «crear un lugar de confort, un hogar para los estudiantes». Al manifestarse en desacuerdo, la alumna le gritó a la cara: «¿Entonces por qué carajo aceptaste la posición? ¡¿Quién diablos te contrató?! ¡Deberías renunciar! Si eso es lo que piensas de ser un maestro, ¡debes renunciar! ¡No se trata de crear un espacio intelectual! ¡No lo es! ¿Entiendes eso? Se trata de crear un hogar aquí. ¡No estás haciendo eso!... ¡No deberías dormir en la noche!, ¡eres un asco!»[54]. Peor aún sería el hecho de que el nivel de agresión al que se vieron expuestos los Chrsitakis por intentar introducir un mínimo de sentido común en un ambiente patológico no fuera condenado por las autoridades universitarias sino celebrado. En lugar de expulsar o sancionar a los alumnos y proteger a los profesores, el presidente de Yale, Peter Salovey, anunció que la universidad haría aún más esfuerzos por incrementar la diversidad en la burocracia universitaria y daría más apoyo a los centros culturales de los campus. El tono de la reacción de Salovey es un buen reflejo del tipo de sentimentalismo o distorsión de la realidad que se ha tomado la esfera pública al más alto nivel: «En mis treinta y cinco años en este campus —escribió— nunca me han movido, desafiado y alentado simultáneamente por nuestra comunidad, y todas las promesas que encarna, como en las últimas dos semanas»[55]. Enseguida, agregó que había «escuchado las expresiones de aquellos que no se sienten totalmente incluidos en Yale, muchos de los cuales han descrito experiencias de aislamiento e incluso de hostilidad durante su estancia aquí», concluyendo

que era la universidad la que tenía que cambiar y no los estudiantes, cada vez más fragilizados, incapacitados de tolerar una opinión diferente y violentos: «Está claro que debemos realizar cambios significativos para que todos los miembros de nuestra comunidad se sientan realmente bienvenidos y puedan participar por igual en las actividades de la universidad, y para reafirmar y reforzar nuestro compromiso con un campus donde el odio y la discriminación nunca se toleran». Toda esta declaración producto de unos disfraces de Halloween.

Este no ha sido el único episodio que da cuenta de la progresiva decadencia de la educación en Estados Unidos. Otro que vale la pena mencionar se produjo en 2015 en el Pierson College de la misma universidad de Yale, cuando alumnos de color se quejaron de que la palabra «*Master*» con la que históricamente se ha denominado al encargado del *college* les traía a la memoria la forma en que los esclavos se referían a sus dueños en el sur de Estados Unidos. Ante la queja de los estudiantes, el *Master* del Pierson College accedió a eliminar el uso del título argumentando que él debía crear un ambiente de bienvenida para los estudiantes de color en una universidad dominada por la cultura blanca anglosajona y masculina, cuyas tradiciones podían resultar ofensivas para minorías. La decisión unilateral fue tomada a pesar de que, como cualquier persona con un mínimo de conocimiento sabe, el título «*Master*» en el contexto de una universidad significa algo enteramente distinto a lo que significaba en los tiempos de la esclavitud. Peor aún, luego de la decisión del administrativo de Pierson College, la universidad completa anunció que ya no utilizaría más dicho título para referirse a los directores de los *college*. Esta anécdota fue relatada con alarma por el ex decano de derecho de Yale y profesor de esa universidad Athony Kronman en la introducción de su libro *The Assault on American Excellence*. Según Kronman, entre muchas otras, ella refleja el ataque que está teniendo lugar en contra del principio de excelencia —y de las jerarquías que este supone — de manos de activistas e ideólogos igualitaristas en Estados Unidos. En el fondo se trata de una visión radical que impide reconocer, aun en casos específicos como la universidad, un espíritu aristocrático según el cual algunas personas se encumbran por sobre otras en un sentido integral. Kronman explica que esto es grave ya que pequeñas islas de aristocracia son fundamentales por dos razones: por la belleza de lo que estas protegen

y porque la democracia depende de la independencia de pensamiento cultivada por la excelencia de universidades como Yale. En consecuencia, señala Kronman refiriéndose a las universidades, «un ataque a la idea de la aristocracia dentro de ellas perjudica no solo a los pocos que viven y trabajan en el espacio privilegiado que ofrecen, sino a todos los que, en la frase de Edward Gibbon, 'disfrutan y abusan' de los privilegios democráticos que pertenecen a todos fuera de sus muros»[56]. Siguiendo a Alexis de Tocqueville, Kronman formula una convincente defensa de la idea de la excelencia cultural, moral e intelectual como necesaria para mantener un orden civilizado y libre, tesis que contraviene de frentón el relativismo promovido por cierta izquierda y su virulento esfuerzo por desmantelar las jerarquías occidentales basadas en la idea de que hay cosas grandiosas y otras que no lo son. Para Kronman, es solo gracias a la presencia de un espíritu aristocrático que se pueden juzgar los hechos y las personas desde un punto de vista resistente a la inercia de la opinión común tan propia del instinto igualitarista y democrático. En ese sentido, el espíritu aristocrático fomenta la autonomía de aquellos que, precisamente por entender la diferencia entre lo que es excelente y lo que es común, no basan sus criterios en lo que «todo el mundo sabe» o lo que está de moda, buscando en cambio niveles más elevados de verdad y justicia[57]. Hoy, por el contrario, la universidad, el espacio natural de ese espíritu, se ha pervertido producto del irracionalismo que la ha infectado: «El ataque a la idea de una comunidad de conversación, dedicada a la búsqueda de la verdad, en nombre de una comunidad de inclusión donde no se herirán los sentimientos ni se cuestionará el juicio, es también un ataque al ideal socrático de una aristocracia de buscadores de la verdad que nuestros *college* y universidades deberían defender», escribió Kronman[58]. Pero esta tendencia en contra de la libertad de expresión como vehículo para alcanzar la verdad no es la única que está destruyendo la excelencia en las universidades. Kronman es casi más duro cuando se refiere al daño que en ellas ha hecho la búsqueda de diversidad como un fin en sí mismo. Según Kronman, «la creencia de que la diversidad racial, étnica y de género es buena para la educación superior […] ha hecho un daño tremendo a la cultura académica» de la universidades en Estados Unidos[59]. Esto porque la forma en que se ha dado ha afirmado el tribalismo animando a los estudiantes «a verse a sí mismos como víctimas

y malhechores; actuar como portavoces de los grupos raciales, étnicos y otros a los que pertenecen; y creer que están fatalmente limitados en sus lealtades y juicios por características más allá de su poder de cambio». Además, ha convertido en sospechosas «todas las formas de jerarquía, excepto las de logro inocuo en actividades vocacionales estrechamente definidas».

Vale la pena repasar algunos ejemplos más de la revolución cultural que han experimentado las universidades en Estados Unidos para entender mejor las reflexiones de Kronman. Evergreen College vivió manifestaciones violentas luego de que un profesor se negara a segregar por un día a los estudiantes y administrativos blancos de las instalaciones universitarias. Históricamente, Evergreen había celebrado un día en el cual los estudiantes y miembros de color podían ausentarse para reflexionar sobre la historia de abusos en contra de la población afroamericana en Estados Unidos. El año 2017, sin embargo, se propuso que, en lugar de permitir a la gente de color ausentarse, se prohibiera a los blancos asistir. Fue entonces que Bret Weinstein, un profesor de biología que siempre había apoyado a las minorías, envió un *mail* oponiéndose a la idea. «Hay una gran diferencia —dijo Weinstein, él mismo un liberal de izquierda— entre un grupo o una coalición que decide ausentarse voluntariamente de un espacio compartido para resaltar sus roles vitales y poco apreciados […] y un grupo que alienta a otro grupo para irse». El primero, afirmó, era un llamado a tomar conciencia y combatir la opresión, mientras el segundo constituía «una demostración de fuerza y un acto de opresión en sí mismo»[60].

Las reacciones a este *mail* llegaron incluso a amenazas de violencia física en contra de Weinstein, quien, al igual que Christakis, fue increpado por estudiantes mientras lo acusaban de ser un racista que había «validado el nazismo». El presidente de Evergreen, George Bridges fue insultado y mantenido como rehén por un grupo de alumnos exaltados en su propia oficina, donde le exigían que despidiera de inmediato a Weinstein, además de otras demandas entre las que se encontraba el desarme de la policía del campus y la implementación de entrenamientos obligatorios de «sensibilidad» para los funcionarios de la institución. La respuesta que Bridges daría después de los hechos a un incrédulo periodista en una entrevista con HBO News ante la pregunta sobre si él era efectivamente un

supremacista blanco, como alegaban los estudiantes, es sintomática: «No lo creo, depende de lo que quiera decir con la expresión supremacista blanco. Soy una persona blanca en una posición de privilegio»[61].

Nuevamente el presidente de una institución educativa, en lugar de defender la libertad de expresión y condenar la violencia y agresividad con que se habían comportado los estudiantes, las validó alimentando su fragilidad psicológica y el mito de que viven en un sistema de opresión racial que deben desbancar por la fuerza si es necesario. Al concederles casi todo lo que pedían, a pesar de haber sido él mismo humillado públicamente por sus alumnos, Bridges permitió que avanzaran en su pretensión de crear una opresión real sobre los demás integrantes de la comunidad educativa, muchos de quienes, como muestra la misma nota de HBO News, ya declaraban temor de manifestar su opinión por las consecuencias que caerían sobre ellos.

En cuanto a Weinstein, este tuvo que renunciar a seguir haciendo clases, no sin antes demandar a Evergreen por discriminación racial en su contra por la cifra de 3,85 millones de dólares. El juicio terminó en un acuerdo anticipado en el que Evergreen le ofreció un pago de 500 mil dólares que él aceptó para luego dejar la institución.

Un año después de los hechos, sin embargo, Weinstein testificaría ante el Congreso de Estados Unidos sobre el daño que los «espacios seguros» y la mentalidad que estos engendran había causado a la libertad de expresión en Evergreen —aplicable sin duda a otras universidades—, no sin antes dejar en claro que una nueva jerarquía determinada por la raza, el género y la orientación sexual en la que él no tenía cabida controlaba *de facto* quién podía hablar y qué se podía decir[62].

En la Universidad de California Los Angeles —UCLA— el profesor Val Rust, otro defensor del multiculturalismo, experimentó en carne propia el poder de esa jerarquía siendo sometido a una campaña de descrédito brutal por parte de estudiantes por el simple hecho de haber corregido la ortografía en los ensayos de un alumno que había escrito la palabra «*indigenous*» con mayúscula. Rust insistió que, al escribir, los estudiantes debían utilizar las reglas del Manual de Chicago —estándar en publicaciones académicas— para realizar citas, lo que le valió acusaciones de faltar el respeto a la ideología del alumno. El conflicto escaló y se desvió hasta que los estudiantes de color que lo denunciaban se quejaron

de ser maltratados por los alumnos blancos del curso y, junto a otros estudiantes de color de la universidad, organizaron una protesta irrumpiendo en la clase de Rust, quien fue finalmente suspendido por las autoridades universitarias.

Ahora bien, la verdadera razón de la persecución a este docente se debía a que, como planteó un profesor asistente de la misma universidad, «exigir mejor gramática a los estudiantes» era simplemente visto como «racista»[63]. En efecto, el grupo organizado por activistas afroamericanos en contra de Rust declaró explícitamente que la gramática era un asunto «ideológico» y que «las preguntas de colegas blancos y clases de gramática del profesor han contribuido a un clima hostil en la clase». Kenjus Waston, estudiante de color organizador del grupo llamado «*UCLA Call 2 Action: Graduate Students of Color*» y que irrumpió junto a más de veinte estudiantes en una clase de Rust para leer una carta de demandas y quejas, declaró que la intención del movimiento era corregir «microagresiones racistas» entre las que se encuentra la gramática[64]. Este último concepto de «microagresiones», acuñado también por intelectuales de izquierda, es otra pieza esencial de la neolengua de la corrección política y resulta fundamental para entender la crisis de civilidad y sentido común que afecta a numerosas universidades.

En un trabajo ampliamente conocido sobre el tema, miembros del departamento de psicología clínica de la universidad de Columbia lo definieron de la siguiente manera:

> Las microagresiones raciales son indignidades verbales, conductuales o ambientales cotidianas, breves y comunes, intencionales o no intencionales, que comunican insultos raciales hostiles, derogatorios o connotaciones raciales negativas hacia las personas de color. Los perpetradores de microagresiones a menudo desconocen que se involucran en tal tipo de comunicación cuando interactúan con minorías raciales/étnicas[65].

Lo primero que salta a la vista en esta definición es que las microagresiones solamente pueden existir en contra de personas negras, descartando por completo que puedan producirse a la inversa. En otras palabras, los prejuicios raciales son patrimonio solo de los blancos, racismo que, señalan enseguida, se encuentra tan arraigado en la sociedad

americana, que resulta «casi invisible»[66]. Este es un punto central para entender el carácter viral de las microagresiones y por qué, al decir de Mac Donald, constituyen una farsa[67]. Según los autores, «el poder de las microagresiones raciales reside en su invisibilidad para el perpetrador y, a menudo, para el receptor». La mayoría de los estadounidenses blancos, agregan, «se consideran a sí mismos seres humanos buenos, morales y decentes que creen en la igualdad y la democracia. Por lo tanto, les resulta difícil creer que poseen actitudes raciales sesgadas y pueden participar en comportamientos que son discriminatorios»[68]. Pero si eso es así, ¿cómo saber entonces cuando ha existido una microagresión? Simple: cuando la supuesta víctima, en este caso alguien perteneciente a la minoría étnica afroamericana, lo diga. No importa que el blanco sea tolerante y esté convencido profundamente de la igualdad de todos, su falsa conciencia racial lo llevará a actuar de una manera que le resulta invisible a él, aunque menos invisible a su víctima. Así, el concepto permite que literalmente cualquier cosa que la mera subjetividad de un individuo considere ofensiva pueda presentarse como una agresión que merece castigo para el que la realiza y reparo para el que la sufre, con lo cual regresamos al tipo de paranoia que se apoderó de Salem. El delirio de esta teoría llega a tal punto que, según los autores, incluso aspectos ambientales como exponer a una persona de color a una oficina con una decoración determinada puede ser considerada una microagresión. Dicho en sus palabras, «la identidad racial de una persona puede minimizarse o hacerse insignificante mediante la simple exclusión de las decoraciones o la literatura que representa a varios grupos raciales»[69]. Otros ejemplos de microagresión, según los autores, ocurrirían cuando un profesor blanco no nota que un alumno de color está en la clase —no si se ignora a un alumno blanco—, cuando un supervisor blanco conversa con un empleado de color y evita contacto visual y cuando un empleador blanco le dice a una persona afroamericana que «el más calificado debería obtener el trabajo independientemente de su raza»[70]. El listado de ofensas se vuelve todavía más increíble. Según los autores, si se le pregunta a un afroamericano inocentemente de qué país viene, se está asumiendo que no es estadounidense y por tanto agrediéndolo. Del mismo modo, si se le dice que Estados Unidos es un «*melting pot*» —una mezcla de todos los grupos — se le está atacando porque es una insinuación de que debe asimilarse a

la «cultura dominante». En la misma lógica, si un taxi pasa sin detenerse frente a una persona de color y toma más adelante a una blanca, se está sugiriendo que «las personas de color son sirvientes de los blancos»; si un colegio o universidad tiene edificios que llevan el nombre de «hombres heterosexuales blancos de clase alta», se está diciendo a la gente de color que «no pertenecen ahí y que no pueden tener éxito», y si las películas o *shows* de televisión tienen predominantemente personas blancas, se les está señalando «tú no existes»[71]. En todos esos casos y muchos otros que los autores mencionan se producen «microasaltos», «microinsultos», «microinvalidaciones» o «microinequidades».

Como era previsible, el concepto de microagresiones se ha extendido, abarcando todo tipo de minorías étnicas y sexuales que rápidamente declaran sentirse ofendidas por cualquier expresión calificada de homofóbica, transfóbica, islamofóbica y así sucesivamente, creando un ambiente tóxico en el que resulta imposible convivir sin miedo de ser denunciado en cualquier momento por cualquier cosa por grupos que autoproclaman su calidad de víctimas. Esta ha sido la conclusión de los sociólogos Bradley Campbell y Jason Manning, quienes han sostenido que la teoría y práctica de las microagresiones ha conducido a un profundo cambio en la moral de los campus universitarios dando paso a lo que denominan «cultura del victimismo». Campbell y Manning explican que en sociedad los conflictos surgen cuando cierto tipo de conductas son consideradas injustas o inmorales y que al hacerlo requieren de una respuesta, es decir, de alguna forma de control social. Ahora bien, existen básicamente dos formas de respuesta, dependiendo de si se trata de culturas basadas en la dignidad o el honor, que son los dos tipos básicos de organización social. En las primeras hay tolerancia al insulto y las personas «pueden ser criticadas por ser demasiado sensibles y reaccionar demasiado a los desaires», y en los casos graves de agresión —robo, violencia, etc.— se recurre al sistema legal, ya que la justicia por mano propia es mal vista. En las culturas de honor, en cambio, los insultos exigen una respuesta seria, pues hay una baja tolerancia a la ofensa y la búsqueda de justicia suele tomar la forma de venganza violenta, pues «apelar a las autoridades es más estigmatizado que tomar los asuntos en sus propias manos»[72].

El caso de las microagresiones, explican Campell y Manning, es otra

forma de buscar control social por parte de quienes se sienten agraviados y que en nuestra cultura suelen utilizar las redes sociales y el internet de modo de obtener apoyo y causar el mayor daño posible a las personas que supuestamente los han afectado. Otra de las características de estos grupos de inquisidores es que se preocupan de ofensas contra «minorías o culturas menos poderosas», no de ofensas contra grupos étnicos «históricamente dominantes como los blancos o grupos religiosos históricamente dominantes como los cristianos»[73]. En este tipo de ambiente, agregan, el victimismo es considerado una «virtud», lo que crea incentivos sistémicos para que las personas pertenecientes a estos grupos no dominantes se presenten como tal:

> Cuando las víctimas publican microagresiones […] se presentan a sí mismas como oprimidas por los poderosos, como dañadas, desfavorecidas y necesitadas […] Ciertamente, la distinción entre agresor y víctima siempre tiene un significado moral, lo que reduce el estatus moral del agresor. Pero en entornos como los que generan los catálogos de microagresión, donde los delincuentes son los opresores y las víctimas son los oprimidos, también se eleva el estatus moral de las víctimas. Esto solo aumenta el incentivo para dar a conocer las quejas, y significa que las partes agraviadas son especialmente propensas a resaltar su identidad como víctimas, enfatizando su propio sufrimiento e inocencia. Sus adversarios son privilegiados y culpables, pero ellos mismos son dignos de compasión e inocentes[74].

A través de la publicación de supuestas microagresiones, se genera así una cultura que pretende conseguir control social presentando pequeños agravios como manifestaciones de un sistema social estructuralmente injusto[75]. Las redes sociales y la creación de burocracias universitarias —y gubernamentales— para lidiar con estas supuestas ofensas potencian y avalan la idea de que el estatus moral depende de lograr hacerse ver como oprimido, marginado o excluido al darles cabida institucional a esos reclamos[76].

Para Cambpell y Manning, la «cultura del victimismo» se caracteriza precisamente por combinar el elemento ultrasensible de las culturas de honor tribal con la recurrencia a terceros típica de las culturas de la dignidad. Con ello, las autodeclaradas víctimas consiguen oprimir efectivamente a mayorías u otros grupos acumulando poder, estatus social

e ingresos económicos inmerecidos. Pero la cultura del victimismo es aún más perversa, pues se refuerza a sí misma. Dado que en las sociedades humanas el estatus moral se encuentra correlacionado con el social y en vista de que la calidad de víctima no se puede conseguir por mérito o virtud propia, pues este siempre depende del trato ajeno, lo que se termina creando es un sistema donde se debe permanentemente denunciar a ese otro para conseguir el mayor estatus: «Si quiere ser estimado en una cultura de victimismo —escriben Campbel y Manning— puede presentarse como débil y con necesidad de ayuda, puede representar el comportamiento de los demás hacia usted como perjudicial y opresivo, e incluso puede mentir sobre ser víctima de violencia y otras ofensas». Como consecuencia, agregan, «la cultura de la víctima incentiva el mal comportamiento»[77]. Esto ya que no le convendría dejar de ser víctima, pues perdería el estatus social que dicha identidad le confiere. Los demás, en tanto, o se someten a la voluntad de las supuestas víctimas reconociendo su culpabilidad o serían identificados con la opresión. Ello es particularmente cierto en el contexto en que se plantea el victimismo actual, pues, como hemos visto, este no se refiere a la agresión de un individuo sobre otro, sino a la opresión sistemática de un grupo sobre otros grupos. En esta cosmovisión, los hombres blancos son opresores solo por ser blancos, y los demás son víctimas solo por ser de color. Los mismo ocurriría con latinos, mujeres, homosexuales, transexuales, etc. Como resultado, el nuevo ser despreciable, sospechoso permanente de inmoralidad es el hombre blanco heterosexual al que se puede discriminar porque ello es, según Cambpell y Manning, incluso «celebrado» en algunos casos[78]. Que un medio emblemático como *The New York Times* haya incluido en su comité editorial a Sarah Jeong prueba el punto anterior. Jeong había tratado a los blancos en Twitter como «idiotas» que «marcan el internet con sus opiniones como perros orinando en bocas de incendio», añadiendo que disfrutaba «ser cruel con viejos hombres blancos» y que la gente blanca estaba «genéticamente predispuesta a quemarse más rápido con el sol» por lo que debía «vivir bajo la tierra como *goblins* rastreros». Además, entre decenas de otros *tweets* alimentados por el odio racial, incluyó uno que anticipaba su «extinción»[79]. Lejos de despedirla, luego de que se desatara el escándalo de sus comnetarios en esta red social, *The New York Times* la defendió con

argumentos sin mucho fundamentos, todo lo cual es una muestra de hasta qué punto la cultura del victimismo ha otorgado licencia para insultar y agredir a los blancos en Estados Unidos sin consecuencias[80].

El caso de Jussie Smolett, actor afroamericano y homosexual protagonista de la serie *Empire,* quien habría contratado a dos personas para simular un ataque racista en su contra, es aún más escandaloso y sintomático de la descomposición de la cultura estadounidense. La razón para orquestar el montaje habría sido que Smolett se encontraba insatisfecho con su salario y habría pensado que ser víctima de un ataque racista y homofóbico le serviría para promover su carrera. Las primeras reacciones le dieron la razón, pues de inmediato toda la escena artística y periodística de Estados Unidos se movilizó para apoyarlo, encumbrándolo a un estatus de víctima. Pero incluso luego de que se descubrieran las evidencias que hablaban de un fraude y una puesta en escena, *20 Century Fox Television* declaró que no lo despediría y tras su arresto solo se limitó a sostener que «evaluaba opciones»[81]. Aunque finalmente Smolett fue suspendido de la serie —sorprendentemente su causa judicial fue sobreseída y quedó libre de toda condena—, es difícil imaginar que la carrera de un actor blanco que hubiera hecho una broma considerada racista no hubiera sido arruinada de por vida. Lo que ilustra el privilegio artificial que hoy en Estados Unidos implica pertenecer a una minoría con categoría de víctima.

Otro caso que revela la forma en que se fomenta la victimización de minorías fue lo ocurrido con un grupo de alumnos de un colegio católico en Estados Unidos —Covington Catholic High School— que se encontraban en las afueras del Lincoln Memorial en Washington para una marcha pro vida. Los muchachos, algunos de los cuales usaban gorros pro Trump, se encontraron de pronto con un indígena americano, Nathan Phillips, de sesenta y cuatro años, que integraba otro grupo también congregado en el lugar. Según la interpretación de un video que se filtró a los medios, luego de acercarse a Phillips y rodearlo, los estudiantes se habrían burlado de él con cánticos, lo que fue considerado por la prensa como una expresión de racismo y rápidamente comentaristas de todo el país lanzaron su artillería en contra del «privilegio blanco» de la sociedad estadounidense y el maltrato de este hacia las minorías. Ataques e insultos entre los que se incluyeron histéricos llamados a agresiones físicas, especialmente en contra del joven que aparece en el video frente a

Phillips, Nick Sandmann, de dieciséis años, inundaron las redes sociales y los medios de comunicación. Su escuela, en tanto, inmediatamente pidió disculpas a Phillips y anunció una investigación del caso, mientras el obispo de Covington, Roger J. Foys, condenó a los estudiantes. Poco tiempo transcurrió y se publicaron videos más completos sobre lo que realmente había ocurrido mostrando que la realidad era totalmente opuesta a lo que se había informado[82]. En ellos se veía que era Phillips quien se había acercado primero con actitud provocadora hacia los muchachos tocando su tambor mientras ellos cantaban canciones. La imagen revelaba que los jóvenes no habían respondido ante la hostilidad de Phillips y solo continuaron cantando y sonriendo.

Incluso más, en el mismo lugar y antes del incidente con Phillips, los muchachos habían sido increpados violentamente por un grupo religioso integrado por afroamericanos llamado Black Israelites, quienes los habían llamado «hijos del incesto», amenazándolos con golpizas, cuestión que también habrían hecho con el grupo de nativos americanos que estaban ahí. Los Black Israelites son un grupo con ideas extremas, reconocidos por su antisemitismo, homofobia, racismo e intolerancia, y entre sus creencias está la idea de que los blancos no pertenecen a las tribus originales elegidas por Dios.

La acelerada reacción de los medios estadounidenses ante todo lo ocurrido, fue comentada por Andrew Sullivan en los siguientes términos:

> […] Eran jóvenes de dieciséis años sometidos a ataques racistas verbales por parte de hombres adultos; y luego los niños fueron acusados de ser fanáticos intolerantes. Simplemente es increíble que los mismos progresistas —liberales— que se preocupan por las «microagresiones» de veinteañeros, fueran capaces de ver a jóvenes de dieciséis años absorber la peor basura racista de los fanáticos religiosos [...] y luego expresar el deseo de golpear a los niños en la cara[83].

La cobertura mediática del episodio fue tan vergonzosa que *The Washington Post* se vio obligado a publicar una declaración oficial reconociendo que lo que había reportado era falso e incompleto[84]. Ello no disuadió a la familia de Sandmann de demandar por 250 millones de dólares al *Post* bajo el concepto de difamación por los daños causados a la

imagen e integridad psicológica de Sandmann. Previsiblemente, la demanda fue celebrada por Donald Trump, quien afirmó que el *Post* corrió la historia «sin respetar los estándares mínimos de periodismo» para avanzar en la línea de la sesgada campaña de la prensa en su contra[85].

El obispo de Covington, por su parte, también se disculpó en una declaración oficial de la Diócesis de Covington, que además aludía a una investigación totalmente independiente sobre el caso, la cual concluía que la reacción de los estudiantes no solo no había tenido nada de inapropiada, sino que había sido «laudatoria»[86].

Ahora bien, la pregunta central en el caso Sandmann es la que formula el mismo Sullivan y se refiere a cómo es posible que se haya llegado a ese punto de «grotesca inversión de la verdad» culpando a adolescentes víctimas de ataques racistas de ser ellos los racistas a pesar de toda la evidencia disponible. El problema, dice Sullivan, es que «nuestra prensa dominante ha sido envenenada por el tribalismo»[87]. Ese tribalismo es el que está destruyendo el ideal de la «cultura de la dignidad», según el cual todos somos moralmente iguales poniendo en cambio el énfasis en diferencias adscritas para, a partir de ellas, establecer nuevas jerarquías morales y sociales potencialmente opresivas.

Identity politics: el nuevo tribalismo

El filósofo de las ciencias Karl Popper, en una de las obras más relevantes de la teoría liberal del siglo XX, afirmó que el tribalismo era la principal amenaza para la sociedad abierta. Por tribalismo Popper se refería a una filosofía que apela a instintos primitivos de querer fusionarnos con grupos más amplios renunciando a nuestra responsabilidad individual[88]. Se trata, en su extremo, de un retorno al colectivismo del tipo que propusieron doctrinas como el fascismo y el marxismo, según las cuales el individuo no era más que un elemento de un todo, de un organismo mayor con características propias y trascendentes al que debía someterse: la nación,

el pueblo, la clase, la raza, etc. Ahora bien, como ha explicado Jonathan Haidt, los seres humanos somos animales ultrasociales, capaces de reunirnos en torno a mitos y hacer sacrificios por comunidades extensas[89]. En otras palabras, nuestra psicología social y moral, afinada por decenas de miles de años de evolución para garantizar la supervivencia de la especie, es de naturaleza tribal, lo que quiere decir que tiende a buscar la identificación con individuos similares formando grupos que se conciben en oposición a otros. Ya Charles Darwin explicaría que fue precisamente la capacidad de conectar con otros en colectivos unidos por reglas morales de fidelidad, obediencia y simpatía que facilitaban el sacrifico individual por el bien común lo que permitió a unas tribus eliminar a otras: «Un avance en el estándar de moralidad —explicó— y un aumento en el número de hombres bien dotados sin duda dará una ventaja inmensa a una tribu sobre otra» que finalmente terminará «suplantada» siguiendo así la regla general de la historia humana[90].

En un sentido moderado, los deportes y la política son buenos ejemplos de nuestra moral tribal. En un sentido extremo, lo son los genocidios y las guerras religiosas. Estos instintos primitivos, sin embargo, pueden mantenerse bajo control desarrollando valores, mitos e instituciones que permiten una amplia cooperación entre grupos y personas totalmente distintos. Históricamente, la narrativa y práctica más efectiva para contener los impulsos tribales que típicamente han conducido a la violencia la ha ofrecido el liberalismo clásico y su fomento del comercio y del capitalismo[91]. Como doctrina, el liberalismo, que debe mucho al cristianismo y la idea de igualdad moral universal que este predicó[92], enfatiza nuestra capacidad de ser responsables en tanto individuos y la dignidad natural de todos, independientemente del color de piel, género y orientación sexual. Estados Unidos sería fundado sobre este mito liberal consagrado en las primeras frases de la Declaración de Independencia redactada por Thomas Jefferson: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Cuando en este contexto se habla de hombres, por supuesto, se hace referencia a todos los seres humanos, y aunque el mismo Jefferson tenía esclavos y la igualdad efectiva ante la ley tardó en llegar para afroamericanos y mujeres, no cabe ninguna duda de

que la adopción del mito liberal en los orígenes de la nación norteamericana puso en marcha el proceso que permitió conseguirla efectivamente[93].

No es relevante para los efectos pacificadores del liberalismo la discusión en torno a si el libre albedrío realmente existe desde el punto de vista científico o no, aunque ciertamente el determinismo militante que predican intelectuales materialistas como Yuval Harari, además de discutible, no contribuye a la causa liberal[94]. Lo crucial es que solo un conjunto de valores comunes en virtud de los cuales se reconoce el carácter individual de la responsabilidad y, por tanto, la igual dignidad de todos los seres humanos, puede contener los efectos más destructivos de los instintos tribales, especialmente en sociedades altamente heterogéneas. El lema «*E Pluribus Unum*» —de todos uno— que aparece en el escudo de Estados Unidos buscaba precisamente reforzar la idea de la unidad, originalmente de los estados, pero luego de su diversa población en lo que pasó a ser conocido como la teoría del «*melting pot*». Una ideología y práctica cultural que, por el contrario, enfatiza las diferencias creando antagonismos como vehículo para obtener poder conspira directamente en contra de ese objetivo unificador al activar los aspectos más violentos del cableo tribal de nuestros cerebros. En ese sentido, nada ha hecho más en tiempos recientes por desmantelar la moral liberal y la convivencia pacífica que esta fomenta que las llamadas «*identity politics*» —políticas identitarias—, asociadas a la cultura del victimismo. Según Oxford Bibliography, el concepto «políticas identitarias» describe «el despliegue de la categoría de identidad como una herramienta para enmarcar afirmaciones políticas, promover ideologías políticas o estimular y orientar la acción social y política, generalmente en un contexto más amplio de desigualdad o injusticia y con el objetivo de afirmar la distinción y pertenencia del grupo y ganar poder y reconocimiento»[95]. El diccionario Merriam-Webster, en tanto, la define como una «política en la que grupos de personas que tienen una identidad racial, religiosa, étnica, social o cultural particular tienden a promover sus propios intereses o preocupaciones específicas sin tener en cuenta los intereses o preocupaciones de cualquier grupo político más grande»[96].

Aunque el origen de las políticas identitarias, según ha sugerido Francis Fukuyama, sea el justo reclamo de reconocimiento que en los 60

expresaron gays, lesbianas y sobre todo afroamericanos[97], lo cierto es que estos grupos invocaban principios liberales de igual dignidad para conseguir un trato justo y no privilegios especiales por pertenecer a una determinada raza, género u orientación sexual. Como ha notado el profesor de Columbia Mark Lilla, su motivación última era individualista en el más puro sentido reaganiano de la expresión, no tribal o identitaria[98]. De hecho, Martin Luther King Jr. invocaría todo el peso moral de la Declaración de Independencia y la Constitución en el que es sin duda el más famoso discurso de la época:

> Cuando los arquitectos de nuestra república escribieron las magníficas palabras de la Constitución y la Declaración de Independencia, firmaron una nota promisoria de la que todo estadounidense debía ser heredero. Esta nota era una promesa de que a todos los hombres, sí, a los hombres negros y también a los hombres blancos (Mi Señor), se les garantizarían los derechos inalienables de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Hoy es obvio que América ha incumplido con este pagaré en lo que respecta a sus ciudadanos de color […] Tengo un sueño de que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo 'Consideramos que estas verdades son evidentes, que todos los hombres son creados iguales'[99].

Martin Luther King Jr. cerraría su discurso «*I have a Dream*» enfatizando la humanidad común de todos los americanos a pesar de sus diferencias, diciendo que el día en que la libertad uniera a todos, «hombres negros y hombres blancos, judíos y gentiles, protestantes y católicos» podrían unirse y cantar «¡Al fin libre!».

Mucho antes de que Martin Luther King Jr., Frederick Douglass, afroamericano héroe del movimiento abolicionista y él mismo un esclavo emancipado, había reivindicado el proyecto liberal americano en su famoso discurso sobre el significado del 4 de julio para los esclavos dado en 1852 frente a la Rochester Ladies' Anti-Slavery Society: «¿Qué tengo que ver yo, o los que represento, con su independencia nacional? ¿Los grandes principios de libertad política y de justicia natural, encarnados en esa Declaración de Independencia, nos son extendidos?», se preguntaba con justicia Douglass, para luego concluir: «Lo digo con un triste sentido de la disparidad entre nosotros […] su alta independencia solo revela la inconmensurable distancia entre nosotros. Las bendiciones en que ustedes,

este día, se regocijan, no se disfrutan en común. La rica herencia de justicia, libertad, prosperidad e independencia, legada por sus padres, es compartida por ustedes, no por mí»[100]. Y más adelante, Douglass afirmaba que la Constitución americana era «¡Un documento de libertad glorioso!». «Lee su preámbulo, considera sus propósitos. ¿Está la esclavitud entre ellos? ¿Está en la entrada? ¿O está en el templo? No está ni en uno ni en el otro» concluyó.

Lo que Douglass como King defendían, entonces, era precisamente coherencia con los principios liberales fundantes del orden social liberal americano y no la idea de que esos principios y sus documentos más emblemáticos como la Declaración de Independencia y la Constitución fueran expresiones de una cultura opresiva. Todo esto se ha invertido en los tiempos actuales. Cuando la empresa Nike, con motivo de la conmemoración del 4 de julio en 2019, lanzó al mercado un par de zapatillas con la bandera original de las trece colonias, conocida como Betsy Ross Flag, bastó la queja de un atleta de la NFL, Colin Kaepernick, el mismo que causó escándalo por negarse a ponerse de pie para cantar el himno americano, para que Nike cancelara la distribución de toda la producción. De este modo, lo que siempre fue considerado con justicia un símbolo de libertad se vio transformado en uno de esclavitud y opresión a pesar de que fue precisamente gracias al espíritu libertario que inspiró la independencia americana que la esclavitud dejó de existir en Estados Unidos y en todo occidente. Con su denuncia, Kaepernick implicó que todo lo que representa Estados Unidos, especialmente en esa época, es inmoral y motivo de vergüenza.

El caso de Nike con Betsy Ross Flag, entre muchos otros, da cuenta de que el proyecto de Martin Luther King Jr., Douglass y quienes luchan por la unión de todos en torno a valores en lugar de separar por identidades ha degenerado en uno altamente tribal incompatible con el programa liberal. Y es que, como hemos dicho, lejos de unir, la doctrina de las políticas identitarias busca articular a todos los grupos que se sienten en algún sentido marginados, como dice Haidt, «en contra del hombre blanco heterosexual el que es visto como el opresor universal»[101]. Y el alimento de este tipo de ideología, añade Haidt, es el odio, que consigue galvanizar y movilizar a estos grupos en función de este enemigo común.

Este odio cultivado especialmente en las universidades, como hemos visto,

ha infectado al resto de la sociedad americana y ciertamente, aunque en menor medida, la de otros países occidentales. En el mundo de la política, el caso del Partido Demócrata da cuenta de hasta qué punto el espíritu liberal ha sido reemplazado por el tribal. En palabras de Lilla, un liberal de izquierda preocupado por la radicalización de su sector, «no puede haber una política liberal sin un sentido del nosotros […] sin una visión de un destino común basado en algo que todos los americanos compartan»[102]. Según Lilla, ese fue el error estratégico de Hillary Clinton, quien por haber hablado a grupos específicos —mujeres, LGTB, afroamericanos, latinos— excluyó a la clase obrera blanca que votó masivamente por Donald Trump[103]. Más aún, Clinton literalmente trató de «deplorables» que podían ser arrojados a un canasto de la basura a buena parte del electorado de Trump[104].

Pero los efectos de las políticas identitarias no se reducen a la radicalización de una izquierda política castigada por el electorado y a una simple pérdida de sentido común y tolerancia en los campus universitarios. El riesgo de que el discurso emanado de estas esferas lleve a una politización de la sociedad en el sentido que Carl Schmitt daría a la expresión no debe ser subestimado. Para Schmitt, quien se convertiría en el jurista predilecto del nacionalsocialismo en Alemania, así como el elemento diferenciador de la moral es la distinción entre bueno y malo, en economía lo útil y lo inútil y en la belleza lo bello y feo, la característica específica de la política es la distinción amigo-enemigo[105].

Si bien Schmitt afirmó que el enemigo no tenía por qué ser necesariamente malo, pues simplemente se configuraba por un otro con el que eventualmente se entraría en conflicto violento por la negación existencial que este implica para lo propio, él mismo reconoció que psicológicamente suele presentársele como tal. En ese contexto, no es del todo exagerado decir que las políticas identitarias actuales, con su lógica tribalista, contribuyen a politizar la sociedad en un sentido schmitteano. Lo cierto es que cuando Haidt y Lukianoff observan que el tipo de políticas identitarias que se dan hoy en día en las universidades —proveniente sobre todo de la izquierda— fue el mismo que utilizaron los nazis para conseguir sus objetivos, están más en lo correcto de lo que se imaginan[106]. Esto es especialmente notorio al constatar que conceptos históricamente neutrales desde el punto de vista político han sido tomados

por el marco discursivo de las políticas identitarias, cargándolos de contenido polémico. Según Schmitt, esto es esencial en la distinción amigo-enemigo:

> Todos los conceptos, ideas y palabras políticos poseen un sentido polémico; tienen a la vista una rivalidad concreta; están ligados a una situación concreta cuya última consecuencia es un agrupamiento del tipo amigo-enemigo (que se manifiesta en la guerra o en la revolución); y se convierten en abstracciones vacías y fantasmagóricas cuando esta situación desaparece[107].

En el caso de la *identity politics* cultivada en Estados Unidos, esta ha conducido a que conceptos como el de hombre y mujer, blanco o negro, homosexual y heterosexual, local e inmigrante, entre otros, adquieran, en el discurso público una ascendente connotación del tipo amigo-enemigo. Basta repasar el concepto «*white privilege*», —privilegio blanco— acuñado por la feminista de izquierda Peggy McIntosh en los 60 para entender este punto. McIntosh escribió que «a los blancos se les enseña con cuidado a no reconocer el privilegio blanco, tanto como a los hombres se les enseña a no reconocer el privilegio masculino». Luego definió el concepto de privilegio blanco como «un paquete invisible de activos no merecidos con los que puedo contar cada día, pero sobre el cual estaba 'destinado' a permanecer ajeno»[108]. Así como el hombre es por definición un opresor en la cultura occidental, el blanco, agrega McIntosh, es también un opresor de los demás, aunque se trata de una opresión «inconsciente» que también se da por parte de mujeres blancas hacia mujeres negras. Esta idea de que todos los blancos son racistas inconscientes merece un análisis más detenido por el profundo impacto que tiene hoy en Estados Unidos, donde el término «*implict bias*» (sesgo implícito) ha pasado a definir políticas de gobierno, empresariales y de instituciones de diverso tipo. La Universidad de Stanford define el sesgo implícito de la siguiente manera:

> Sesgo implícito es un término que se refiere a características relativamente inconscientes y relativamente automáticas de juicio prejuiciado y comportamiento social […] la investigación más notable y notoria se ha centrado en las actitudes implícitas hacia los miembros de grupos socialmente estigmatizados, como afroamericanos, mujeres

y la comunidad LGBTQ[109].

Como en el caso de las microagresiones, se puede ser conscientemente igualitarista moral y justo, pero según los teóricos del sesgo implícito, tenemos prejuicios tan ocultos en nuestra *psiquis* que, aunque queramos, no podemos evitar preferir a los blancos sobre las personas de color, a los heterosexuales sobre los homosexuales, a los hombres sobre las mujeres, etc. La industria que se ha desarrollado en torno a la ideología del sesgo implícito es multimillonaria y se encuentra plagada de asesores, teorías, reglas, cursos e incluso exámenes para combatirlo. Un caso que ilustró perfectamente el punto al que ha llegado este negocio fue el de Starbucks, que decidió cerrar por un día todas sus tiendas para someter a su personal —175 mil personas— a entrenamiento para superar sus sesgos. Esto luego de un incidente en que uno de los empleados llamó a la policía para sacar a dos afroamericanos que no habían consumido y que ocupaban una mesa hace rato. Evidentemente el anuncio de Starbucks luego del escándalo nacional que se produjo fue puramente mediático, pues si efectivamente existe algo tan arraigado como el sesgo implícito, un día de conversar el tema difícilmente va a solucionarlo. De hecho varios de los mismos trabajadores que asistieron al entrenamiento, según reportó *Time Magazine*, lo consideraron insuficiente[110]. Pero la ideología del sesgo implícito llegó también a empresas como PricewaterhouseCoopers que lanzó la campaña *CEO Action for Diversity and Inclusion* a la cual se sumaron empresas como Cisco, KPMG, Walmart, Morgan Stanley, Protcter & Gamble y alrededor de cuatrocientos cincuenta CEOs de otras compañías que decidieron comprometerse a crear ambientes emocionalmente seguros y libres de sesgos raciales para sus trabajadores[111]. Cuando estas empresas fueron consultadas, ninguna de ellas fue capaz de proveer evidencia de que el supuesto sesgo implícito haya causado perjuicio o discriminación a alguno de sus trabajadores[112]. En otras palabras, los cientos de empresas que se han sumado a la causa lo han hecho por contagio cultural, pues la corrección política dominante hoy en día lo hace menos costoso en el corto plazo. Eso explica que, en febrero de 2019, Mac Donald's anunciara oficialmente que haría obligatorio el entrenamiento sobre sesgo implícito para todo el personal dedicado a reclutar trabajadores. «Sabemos que, para crear una organización diversa,

necesitamos desarrollar un entorno de contratación sin sesgos. Al reconocer y mitigar nuestros sesgos inconscientes dentro del proceso de reclutamiento, crearemos una organización dinámica y resistente», dijo Melanie Steinbach, vicepresidente y director de Talentos de McDonald's Corporate[113]. De este modo, millones de dólares son gastados en el negocio del sesgo implícito creado al alero de las políticas identitarias y su idea de que Estados Unidos es una sociedad inherentemente opresiva controlada por hombres blancos que, quiéranlo o no, están condenados a ser racistas. Esta noción está tan arraigada que incluso existe un *test* diseñado por académicos de Harvard en 1998, el *Implicit Association Test* (IAT), que se ha convertido en el estándar para «probar» el racismo inconsciente en la sociedad estadounidense[114]. En él, diversas imágenes de rostros blancos y de color o nombres árabes u otros emergen para que la persona que hace el *test* los asocie con distintas cosas. Según los promotores de este *test*, el hecho de que la gente tienda por milisegundos a asociar en mayor proporción rostros de color con cosas negativas y blancos con cosas más positivas es prueba irrefutable de racismo inconsciente y discriminación. Sin embargo, el IAT arroja resultados diametralmente opuestos para la misma persona dependiendo del día en que lo tome. En otras palabras, un día se es racista, otro no, lo que hace que el *test* carezca de la rigurosidad y predictibilidad mínima para ser considerado una herramienta seria. Eso concluyó el estudio más profundo publicado hasta ahora sobre el tema, el cual fue realizado por académicos de las universidades de Wisconsin y Virginia en conjunto con uno de los cocreadores del IAT en Harvard. Tras analizar cuatrocientos veintiséis estudios realizados por veinte años con más de setenta y dos mil personas que tomaron dicha prueba, concluyeron que la relación entre sesgo implícito y conducta discriminatoria es débil y que casi «no hay evidencia» de que cambios en los sesgos de una persona lleven a cambios en su conducta[115]. En otras palabras, toda la industria dedicada a combatir la discriminación inconsciente se funda en pura ideología.

Esto ya había sido advertido por otros académicos el año 2009 en un *paper* titulado «Strong Claims and Weak Evidence: Reassessing the Predictive Validity of the IAT» (Reclamos fuertes y evidencia débil: reevaluando la validez predictiva de la IAT) en que los seis coautores concluían sin rodeos que «no hay una relación entre los resultados del IAT y la conducta

discriminatoria»[116].

A pesar de encontrarse totalmente refutada científicamente, la idea del sesgo implícito sigue teniendo una enorme influencia. En palabras de Heather Mac Donald:

> El hecho es que la realidad no sucede. Le pregunté a Anthony Greenwald, uno de los dos cocreadores de la prueba de asociación implícita, ¿me puede dar cualquier ejemplo en cualquier lugar, no solo en la Universidad de Washington, donde enseña, sino en cualquier universidad, de una mujer o un negro candidato calificado de la facultad que no consiguió un trabajo o no fue ascendido debido a un sesgo implícito? Él se negó. Cambió el tema […] no hay ejemplos de que esto suceda. De hecho, la realidad es todo lo contrario. Cualquiera que haya observado cualquier búsqueda de profesores sabe que hay un esfuerzo desesperado para encontrar candidatos calificados competitivamente, negros o femeninos que no hayan sido contratados por instituciones mejor dotadas[117].

El concepto de racismo inconsciente a la que apunta el IAT va en la misma línea de mantener el arquetipo de los privilegios que tendrían los blancos enunciado por McIntosh y esencialmente lo que busca es responsabilizar a otros por el mal desempeño económico social de los afroamericanos. De hecho, los «privilegios» blancos que según la misma McIntosh configuran la fuente de la opresión incluyen cosas como vivir en barrios con vecinos amables, poder ir de *shopping* «casi todo el tiempo» sin que la acosen, ver a personas de su misma raza en los diarios, casi todas cuestiones que tienen que ver más bien con precariedad social, es decir, con bajos ingresos que afectan en mayor proporción a los afroamericanos que a otros grupos[118]. Para las minorías raciales, esta precariedad social y bajos ingresos se explica por las menores oportunidades que supuestamente han tenido al ser marginadas. El relato de discriminación y victimismo tribal es reforzado por los mismos líderes de la comunidad afroamericana, quienes a través de él buscan beneficiarse incluso si ello deriva en mayor miseria para sus comunidades. Como ha explicado Thomas Sowell, economista afroamericano afiliado a Stanford que ha estudiado toda su vida el tema, el problema es que los líderes de las comunidades negras pasaron de ser «almas nobles a charlatanes descarados». Luego de dar una

justificada lucha por derechos civiles, explica Sowell, estos se dedicaron a «ganar dinero, poder y fama al promover actitudes y acciones raciales que son contraproducentes para los intereses de quienes dirigen»[119]. Enseguida, Sowell advierte sobre el peligro de las políticas identitarias:

> Promover la identidad de grupo es una práctica con un historial de polarización y desastre en países de todo el mundo. Los disturbios en la India, la guerra civil en Sri Lanka, las masacres en Ruanda y las atrocidades en los Balcanes son solo algunos de los antecedentes recientes de los estragos causados por la política de identidad grupal[120].

Hasta qué punto en Estados Unidos la lógica víctima-opresor basada en diferencias raciales lleve a la máxima expresión de politización en el sentido de Carl Schmitt es una cuestión debatible. Hoy en día puede parecer totalmente irreal sugerir la posibilidad de enfrentamientos armados entre grupos irreconciliables producto de las guerras culturales que están teniendo lugar. Sin embargo, ya existen algunas voces que alertan al respecto. En un artículo titulado «El origen de nuestra segunda guerra civil» el historiador de la Hoover Institution de la Universidad de Stanford, Victor Davis Hanson, afirmó que «casi todas las instituciones culturales y sociales: las universidades, las escuelas públicas, la NFL, los Oscar, los Tonys, los Grammys, la televisión nocturna, los restaurantes públicos, las cafeterías, las películas, la televisión, la comedia, no solo se han politizado, sino que se han convertido en armas»[121]. Davis Hanson, un experto en historia militar, compara los tiempos que corren con 1860, poco antes de la guerra civil norteamericana. Probablemente el colega de Davis Hanson, Morris Fiorina, tiene un punto cuando, al refutarlo, afirma que según los datos la mayor parte de la población no se interesa en política y que solo un grupo minoritario del electorado está pendiente de lo que dicen *The New York Times*, *CNN* o *Fox News*. Ni siquiera Twitter o Facebook, sugiere Fiorina, tienen un impacto político relevante, pues la mayoría no los usa para leer contenido político[122]. Pero del hecho de que la mayoría no se encuentre movilizada políticamente no se sigue que las ideas que una élite logra poner de moda no influyan de diversa manera a esa mayoría. Los cientos de miles de integrantes de los movimientos socialistas del siglo XX en su mayoría no leyeron *El capital* de Karl Marx,

ni siquiera el *Manifiesto comunista* y, sin embargo, gradualmente abrazaron el antagonismo de las políticas identitarias que pregonaba. Ya hace mucho Ludwig von Mises, probablemente el más grande demoledor del socialismo del siglo XX, advirtió que las masas no tienen ideas propias y por tanto siguen aquellas que se difunden desde las universidades a la prensa, el cine, la radio, las novelas, etc.[123]. Las ideas operan así indirectamente a través de lo que el Nobel de Economía y discípulo de von Mises, Friedrich Hayek, denominó «distribuidores de segunda mano», quienes terminan convirtiéndolas en patrimonio de una mayoría que apenas conoce su origen. Hayek notaría que, particularmente en Estados Unidos, el rol de los intelectuales en definir la opinión pública era escasamente comprendido[124].

Si el socialismo, como notaron Hayek y von Mises, fue un movimiento de élite que terminó influenciando a las masas, no hay duda de que la élite estadounidense, política y especialmente académica, ve reflejadas las ideas que promueve en sectores más amplios de la población, aun cuando la mayor parte de esta sea receptora pasiva de ellas. Puede ser cierto que, como dice Fiorina, Katy Perry tiene el doble de seguidores en Twitter que Donald Trump, pero en el contexto actual las estrellas populares se encuentran politizadas a tal punto que ellas también se han transformado en armas en la disputa por el poder, tal como sugiere Davis Hanson. Que Lady Gaga, Cher, Meryl Streep, Le Bron James, Bruce Springsteen, Beyoncé, Robert de Niro y Oprah, entre muchos otros, hayan apoyado activamente, aunque sin éxito, a Hillary Clinton es prueba más que suficiente de la politización de los espacios culturales. La misma Katy Perry, que Fiorina cita como ejemplo de lo contrario, se declaró literalmente «la fan número uno de Clinton», realizando *shows* para apoyarla en su carrera a la Casa Blanca, llegando incluso a componer la canción de su último anuncio de campaña[125]. Los ataques a la marca de ropa interior femenina Victoria's Secret por no incorporar modelos transgénero y de tallas grandes —como si el concepto «modelo» no implicara en sí mismo parámetros ideales reservados a una minoría—, la insinuación del director de la película animada *Frozen* de incluir en su secuela a la primera pareja lesbiana en la historia de Disney —hecha tras una campaña organizada en redes sociales[126]—, la polémica decisión de Netflix y BBC de hacer la serie *Troya* con Aquiles interpretado por un

actor afroamericano —y otro como Zeus—, a pesar de que Homero lo describe rubio[127], la sistemática crítica a Barbie por no representar en sus muñecas a la mujer real —hoy ya lo hace, lo que ha sido calificado en la revista *Time* como «una victoria feminista»[128]— y el escándalo de los premios Oscar en 2016 por no haber nominado a ningún actor de color son tan solo algunos de los ejemplos que confirman la politización de la cultura y del entretenimiento. En todos esos casos la presunción es que existe racismo, sexismo, machismo, o alguno de los conceptos polémicos difundidos por las políticas identitarias. En esta visión, si no hay actores afroamericanos nominados no es porque, tal vez, como sugirió arriesgadamente la actriz Charlotte Rampling, los demás eran mejores[129]; la explicación es que los blancos racistas que deciden la entrega simplemente no pueden superar sus prejuicios y no los nominan[130]. Del mismo modo, a quienes critican a Netflix y BBC por utilizar un actor de color representando a Aquiles no se les concede un punto en el sentido de reclamar apego a una de las piezas fundantes de la civilización occidental, aun cuando los mismos académicos que denuncian el racismo de los críticos finalmente concluyan que lo más probable es que Aquiles no haya sido negro[131]. Victoria's Secret, en tanto, es acusada de contribuir a propagar la idea patriarcal de que la mujer debe ser sexy para el hombre, como si la belleza fuera una creación cultural opresiva del patriarcado[132].

El enorme escándalo que generó la empresa estadounidense de artículos de afeitar Gillette (perteneciente al grupo Procter & Gamble) a principios de 2019 al cambiar el lema de su publicidad de «lo mejor que un hombre puede obtener» a «lo mejor que un hombre puede ser» en un video que comenzaba refiriéndose al concepto feminista radical de «masculinidad tóxica» vino a confirmar esta tendencia. El video, que aludió directamente al movimiento *MeToo* y alcanzó más de veintidós millones de reproducciones en YouTube, tuvo también reacciones negativas de muchos quienes vieron en él una pieza más en la campaña que han llevado adelante amplios sectores de izquierda en contra del concepto de masculinidad, al que conciben como una forma de opresión[133]. Tan dura fue la reacción de los clientes en contra de la publicidad, que la misma empresa sacaría otro anuncio ensalzando como héroe la figura de un soldado estadounidense blanco casado con una hermosa mujer blanca y con hijos de los que se muestra como un padre comprensivo, protector y proveedor[134]. Lo

relevante del caso, sin embargo, es constatar que en los tiempos de corrección política que corren ni siquiera una cuestión tan aparentemente inocua como la venta de una rasuradora se encuentra libre de contenido polémico. En palabras de la intelectual y feminista liberal Christina Hoff Sommers, «hasta la crema de afeitar ha sido politizada»[135]. La razón, según explica un profesor de *marketing* que se refirió al caso, es que en la cultura «postmoderna del consumo ya no compramos productos por lo que son, sino por lo que significan»[136], o en otras palabras, por la ideología que representan. Acertadamente se ha dicho que estamos entrando en un «capitalismo moralista» en el que «las empresas ya no solo promueven la agilidad y el cambio, sino también toda una agenda ideológica, toda una moral o moralina» de tinte progresista[137].

El ataque a la modernidad

Hasta aquí hemos visto que la nueva ideología tribal y el victimismo que cultiva la emocracia es contraria a las culturas de la dignidad en virtud de las cuales lo relevante son los derechos y la responsabilidad del individuo y no su pertenencia a un determinado grupo que se concibe en oposición a otro. Además, en las culturas de la dignidad las personas muestran mayor resistencia a sentirse ofendidas. En ese contexto, las políticas identitarias han socavado la narrativa liberal sobre la que se fundó Estados Unidos, y que ha dominado en el resto de occidente, y en su lugar ha emergido una cultura divisiva y moralmente histérica que ha creado nuevas jerarquías arbitrarias sobre la base del color de piel, orientación sexual y el género. Ahora corresponde referirse al origen intelectual de esta ideología, el cual se remonta a pensadores europeos que han alcanzado un nivel de impacto sin igual de manos de la izquierda norteamericana. Un concepto que se suele utilizar para referirse al conjunto de teorías que abren las puertas al relativismo y subjetivismo radical es el de «posmodernismo», cuyos presupuestos básicos debemos analizar para entender por qué ocurre buena

parte de lo que hemos descrito hasta ahora.

Aunque la filosofía del posmodernismo es extensa, variada y compleja, en términos generales se la entiende como una reacción en contra del ideal moderno o ilustrado según el cual existe una verdad que puede ser descubierta. Al poner el énfasis en la razón como el instrumento para desentrañar la verdad del mundo, los modernos, a su vez, se alejaron de los premodernos, quienes creían que el conocimiento de la naturaleza provenía de la fe, la tradición y el misticismo[138]. Como ha explicado el profesor de Harvard Steven Pinker en un libro dedicado a defender los ideales de la Ilustración hoy amenazados, el progreso de que disfrutamos en el mundo, con los niveles de pobreza más bajos de la historia humana, la expectativa de vida más alta y las comunicaciones más avanzadas, entre muchas otras ventajas, no existiría si no hubiera tenido lugar la revolución filosófica de la Ilustración que cimentó el camino para la exploración científica y el progreso moral[139]. Según Karl Popper, fue Francis Bacon, a través del desarrollo del método inductivo, quien daría el chispazo inicial de la Revolución Industrial inglesa, la que en primera instancia fue una revolución filosófica y religiosa[140]. La promesa de Bacon, afirmó Popper, «estimula la empresa y la confianza en sí mismo. Alienta a los hombres a depender de sí mismos en la búsqueda de conocimiento y de esta manera a independizarse de la revelación divina y de antiguas tradiciones»[141]. Ese fue, en general, el espíritu de la Ilustración: un movimiento de renovación intelectual, cultural, ideológica y política como resultado del progreso y difusión de las nuevas ideas. En palabras de Pinker, «si hay algo que los pensadores de la Ilustración tenían en común era la insistencia en que debemos aplicar enérgicamente el estándar de la razón para entender nuestro mundo» y no caer en engaños como «la fe, el dogma, la revelación, la autoridad, el carisma, el misticismo», entre otras formas primitivas de supuesto conocimiento[142]. En las famosas palabras del filósofo de la Ilustración Immanuel Kant: «¡Ten el coraje de servirte de tu propia razón! He ahí el lema de la Ilustración»[143].

Ahora bien, no hay duda de que la excesiva confianza en la razón, como observó Friedrich Hayek, pavimentó el camino para que ingenieros sociales de diverso tipo dieran rienda suelta a sus anhelos utópicos intentando diseñar el orden social desde arriba. El socialismo con sus devastadoras consecuencias constituye el mejor ejemplo de ese espíritu

híper racionalista en el que caían los intelectuales: «Los racionalistas tienden a ser inteligentes e intelectuales y los intelectuales inteligentes tienden a ser socialistas»[144], escribiría Hayek. Una buena dosis de humildad respecto a lo que somos capaces de conocer y planificar es, como enseñó el mismo Hayek, fundamental para preservar la libertad y las fuerzas complejas y espontáneas que definen la evolución social. Pero esta conclusión, lejos de formar parte de un ataque en contra del valor de la razón como instrumento para conocer la verdad al estilo de lo que postula el posmodernismo, reivindica su correcto uso, siguiendo así la sabiduría de la Ilustración escocesa. Si pensadores como Adam Smith, David Hume y Adam Ferguson, entre otros, concluyeron que debíamos ser cuidadosos en nuestras pretensiones de conocimiento, fue porque, racionalmente, es decir, en virtud de sus observaciones y análisis científicos, establecieron que la razón se encuentra lejos de ser omnipotente. En otras palabras, para ellos, como para Hayek, era objetivamente verdadero que la razón humana tiene severos límites y que cada vez que se intentan traspasar se amenaza la libertad y se paraliza el progreso humano integral[145].

El posmodernismo plantea algo que no solo es distinto, sino totalmente opuesto al escepticismo epistemológico que frustraría a Fausto arrojándolo a los brazos del demonio. Su supuesto es que la verdad no existe o que no se puede conocer, que la razón es inútil en su persecución y que todo es un asunto de cómo se utiliza el lenguaje, el que, a su vez, es socialmente construido. De este modo, lo que existe son diversas narrativas compitiendo por espacios de dominación, pues es imposible llegar a conocimientos ciertos sobre las cosas, lo cual significa que nada ni nadie puede reclamar superioridad en ningún sentido. En palabras de Jean-François Lyotard, «simplificando al máximo, se tiene por 'posmoderna' la incredulidad con respecto a los metarrelatos»[146]. La Ilustración, con su búsqueda de la verdad y progreso humano, sería una metanarrativa o «gran narrativa» que para Lyotard debe ser desbancada abriendo el camino a que emerjan miles de narrativas locales sin que pueda ser posible establecer que ninguna es superior a la otra. La belleza, la moral, el arte e incluso la ciencia siguen, para esta perspectiva, una lógica autoritaria, pues todas esas categorías son creaciones lingüísticas, meras narrativas al borde de la ficción que compiten por ser aceptadas[147]. En otras palabras, todo es política entendida como dominación y conflicto.

Sin advertir la contradicción insalvable en que caen, los pensadores posmodernos creen haber develado la real naturaleza de todas las relaciones sociales, arreglos culturales e instituciones, cuestión exclusivamente reservada para quienes adoptan sus métodos. En esto, como notó el profesor de Oxford Christopher Butler, los posmodernos, que en sus palabras configuran un grupo «internacionalista y progresista de izquierda», siguen a Marx, quien también alegó haber descubierto la verdadera naturaleza opresiva de la sociedad capitalista, invisible para quienes no adhirieran a su metodología[148]. Más aún, en general los teóricos franceses responsables de haber desarrollado el posmodernismo acá comentado trabajaban, dice Butler, bajo un paradigma marxista[149]. A diferencia de Marx, sin embargo, que escribía sus errores con claridad, los posmodernos suelen utilizar una jerga incomprensible que rompe con las reglas de la escritura convencional, llegando a una franca charlatanería disfrazada en oscuras palabras y formulaciones. En *Fausto*, Goethe advertía ya sobre la deshonestidad del lenguaje oscuro y rimbombante:

> ¡Busca una ganancia honrada!,
>
> ¡No seas como el bufón que hace sonar el cascabel!,
>
> El entendimiento y el buen sentido,
>
> con escaso arte, por sí mismos se presentan,
>
> y si os importa en serio decir algo,
>
> ¿es acaso necesario perseguir las palabras?
>
> Vuestros discursos, que tan bien adornan
>
> para presentarle a la humanidad monas vestidas de seda
>
> ¡son sofocantes como el viento brumoso
>
> que en el otoño susurra por entre las hojas secas![150].

Basta leer un párrafo del texto de Lyotard *La condición posmoderna*, el que se encuentra lejos de ser inaccesible comparado con otros escritos del mismo tipo, para hacer propia la advertencia de Goethe:

> El juego de la ciencia implica, pues, una temporalidad diacrónica, es decir, una memoria y un proyecto. El destinatario actual de un

> enunciado científico se supone que tiene conocimiento de los enunciados precedentes a propósito de su referente (bibliografía) y solo propone un enunciado sobre ese mismo tema si difiere de los enunciados precedentes. Lo que se ha llamado el «acento» de cada actuación está aquí privilegiado con respecto al «metro», y por lo mismo la función polémica de ese juego. Esta diacronía que supone la memorización, y la investigación del nuevo enunciado designa en principio un proceso acumulativo. El 'ritmo' de este, que es la relación del acento con el metro, es variable[151].

Si el pasaje recién citado parece enredoso no es porque solo gente muy inteligente y preparada sea capaz de desentrañar el mensaje que contiene, aunque quienes siguen esta corriente pretenden hacerlo ver de esa manera. La verdad es que estas palabras podrían traducirse simplemente como «la investigación científica avanza sobre la base de lo establecido en investigaciones previas», lo que es una obviedad presentada como genialidad por un lenguaje rimbombante y artificialmente enrevesado. Esta obsesión con un lenguaje con aires de superioridad hace que ni siquiera los académicos posmodernos entiendan lo que escriben o lo que leen, pues siguiendo su lógica las mismas reglas de escritura no son más que formas de dominación, tal como alegaban los estudiantes de UCLA en el incidente con el profesor Rust. Se trata, para decirlo claramente, de una filosofía que destruye todo a su paso y acepta cualquier estupidez, lo cual quedó en evidencia en el famoso escándalo de Alan Sokal en 1996. Hastiado de la prevalencia que el posmodernismo había alcanzado en las universidades norteamericanas —el que solo ha empeorado desde entonces —, Sokal, un profesor de física de la Universidad de Nueva York, escribió un *paper* intencionalmente fraudulento y lo envió a una prestigiosa revista académica de estudios culturales posmodernos para ver si lo publicaban. Su objetivo era testear el rigor académico de las disciplinas influidas por el posmodernismo, que hoy por hoy son todas las humanidades y parte de las ciencias sociales. El *paper*, lleno de «tonterías» como el mismo Sokal explicó[152], y que afirmaba, entre otros absurdos, que las leyes de la gravedad cuántica no eran más que una construcción sociolingüística, fue efectivamente publicado por el emblemático *journal Social Text*, en cuyo comité editorial se encontraba parte de lo más selecto de la intelectualidad

progresista. Vale la pena reproducir la introducción del trabajo publicado para hacerse una idea del irracionalismo y la charlatanería que impregnan las humanidades y parte considerable de las ciencias sociales hoy en día:

> Hay muchos científicos y especialmente físicos que […] se aferran al dogma impuesto a la perspectiva intelectual occidental por la larga hegemonía surgida en la Ilustración y que puede resumirse brevemente de la siguiente manera: que existe un mundo externo, cuyas propiedades son independientes de cualquier ser humano individual y de la humanidad como tal. Que estas propiedades están codificadas en leyes físicas 'eternas', y que los seres humanos pueden obtener un conocimiento confiable, aunque imperfecto y tentativo, de estas leyes mediante la aplicación de los procedimientos 'objetivos' y las restricciones epistemológicas prescritas por el (llamado) método científico[153].

Que este tipo de absurdo en que se niega el método científico para hacer física por ser una muestra de hegemonía occidental haya sido aceptado para publicación en una de las revistas académicas más prestigiosas del área revela hasta qué punto la doctrina posmoderna ha corrompido la seriedad intelectual de las humanidades con su idea de que todo son juegos de poder y narrativas. Tiempo después de la publicación, Sokal explicó que había enviado el *paper* fraudulento porque, siendo el mismo un hombre de izquierda, le preocupaba en ese sector «la proliferación de un tipo particular de pensamiento sin sentido» que negaba «la existencia de realidades objetivas» o que «admite su existencia, pero minimiza su relevancia práctica». Su conclusión final sobre el episodio que lo involucró sería fulminante:

> La aceptación por parte de *Social Text* de mi artículo ejemplifica la arrogancia intelectual de la teoría, es decir, la teoría literaria posmodernista, llevada a su extremo lógico. No es de extrañar que no se molestaran en consultar a un físico. Si todo es discurso y 'texto', entonces el conocimiento del mundo real es superfluo; incluso la física se convierte en una rama más de los estudios culturales. Además, si todo es retórica y 'juegos de lenguaje', entonces la consistencia lógica interna también es superflua: una pátina de

> sofisticación teórica sirve igualmente bien. La incomprensibilidad se convierte en una virtud; alusiones, metáforas y juegos de palabras sustituyen la evidencia y la lógica. Mi propio artículo es, en todo caso, un ejemplo extremadamente modesto de este género bien establecido[154].

Alguien podría argumentar que lo de Sokal fue hace demasiado tiempo, apenas un accidente que no demuestra el verdadero espíritu de las humanidades y su influencia posmodernista hoy en día. Pero una réplica casi idéntica del escándalo fue realizada hace poco por tres académicos desatando un furioso debate en Estados Unidos que repercutió en todo occidente. Entre 2017 y 2018, los profesores James Lindsay, Helen Pluckrose y Peter Boghossian, hastiados, como Sokal, de la charlatanería ideológica que se ha tomado las universidades, escribieron veinte *papers* llenos de absurdos y tonterías planteadas en jerga posmoderna y los enviaron a prestigiosas revistas académicas dedicadas a estudios feministas, culturales y de género, entre otras disciplinas abocadas a fomentar la cultura del victimismo que hemos analizado. Al momento de dar a conocer el fraude, siete de sus artículos habían sido aceptados ya para publicación en revistas con *peer review* y otros siete estaban en proceso de admisión. Se trata de un escándalo mucho mayor al de Sokal y no solo por la cantidad de *papers* admitidos para publicación, sino por los disparates que estos decían. Uno de los *papers*, por ejemplo, afirmaba que la «astronomía occidental» era sexista y que los departamentos de física debían incorporar otros métodos como la «astrología feminista» o practicar danza interpretativa para conocer mejor las estrellas:

> Existen otros medios superiores a los de las ciencias naturales para extraer conocimientos alternativos sobre las estrellas y la astronomía, incluidas las metodologías de etnografía y otras ciencias sociales, un examen cuidadoso de la intersección de las astrologías existentes de todo el mundo, la incorporación de narrativas mitológicas y el análisis feminista moderno de ellas, danza interpretativa feminista (especialmente con respecto a los movimientos de las estrellas y su significado astrológico), y aplicación directa de discursos feministas y poscoloniales sobre conocimientos alternativos y narrativas culturales[155].

Otro de los *papers* publicados hablaba sobre la cultura de la violación entre los perros de los parques de Portland preguntándose si acaso los perros eran víctimas de opresión; uno sostenía que los hombres que se masturban pensando en una mujer sin su consentimiento eran culpables de violencia sexual, y el más perturbador afirmaba que a los estudiantes blancos debía obligárseles a guardar silencio en la sala e incluso encadenarlos al piso como forma de recompensa por sus privilegios[156].

Como ya hemos visto, sería un error pensar que esto se limita a la vida puramente universitaria. Lo cierto es que la doctrina del posmodernismo ha impregnado toda la vida en común. Como ha recordado correctamente un estudiante de doctorado en filosofía de Oxford dedicado a estos temas, «hace veinte años Alan Sokal llamó al posmodernismo 'una tontería de moda'. Hoy en día, el posmodernismo no es una moda, es nuestra cultura». Una cultura que sumerge a los estudiantes de las universidades de élite en un «culto al odio, la ignorancia y la pseudofilosofía» que «amenaza con fundir todas nuestras tradiciones intelectuales en el mismo torrente de consignas políticas y palabrería vacía»[157]. Y es que el posmodernismo, como ha explicado el filósofo Stephen Hicks, al constituir una reacción en contra del ideal de la Ilustración y todo lo que lo acompaña, busca desterrar no solo la razón para reemplazarla con pura teoría sobre el poder expresada en jerga ininteligible, sino también el individualismo, el capitalismo y el liberalismo. Así, dice Hicks, «en lugar de la experiencia y la razón» postula «el subjetivismo sociolingüístico», contra la «identidad y la autonomía individual» defiende «las diversas asociaciones de raza, género y clase». Todo lo cual lleva a que «en lugar de ver los intereses humanos como esencialmente armoniosos y tendientes a una interacción mutuamente beneficiosa» solo vea «conflicto y opresión»[158].

He ahí, en este irracionalismo y relativismo, el origen intelectual de las políticas identitarias analizadas en el capítulo anterior, las que, como ha sido establecido, responden a una particular forma de marxismo aun cuando no sea del todo fiel a la doctrina clásica de Marx. Lo que buscaron pensadores como los franceses Michel Foucault y Jacques Derrida, por nombrar a dos de los más emblemáticos en esta tradición, fue simplemente demoler la cultura occidental. Pues si todo es narrativa y si no hay forma de reclamar superioridad acudiendo a alguna realidad fuera del sujeto, entonces también el relato histórico de occidente es una forma

de autojustificación que no tiene manera de ser defendido objetivamente. Como consecuencia se debe «deconstruir» —para usar el famoso término de Derrida— todo lenguaje, ya que no existe referencia a sistemas independientes de él. Así, la idea de que se puede hacer una reconstrucción objetiva de la historia sobre la base de la evidencia recabada no es más que una falacia. En palabras de Hyden White:

> Muchos historiadores continúan tratando sus 'hechos' como si fueran 'dados' y se niegan a reconocer, a diferencia de la mayoría de los científicos, que no son 'encontrados' sino 'construidos' por el tipo de preguntas que el investigador hace de los fenómenos frente a él. Esta es la misma noción de objetividad que une a los historiadores en un uso no crítico del marco cronológico para su narrativa[159].

Para esta visión, explica Butler, la historia, esa disciplina que al retratar el pasado explica lo que somos en el presente y nos orienta respecto de lo que queremos ser en el futuro, es una especie de mitología y su sobrevivencia depende de si es aceptada en el proceso de discusión, nada más[160]. Todo se funde en el absoluto relativismo, en la marea de lo que siente el lector que es verdad, pues dado que el acceso al pasado es imposible y los textos en sí no tienen significado o mensaje, este debe deconstruir el texto destrozando cualquier sello que el autor le haya dado. Nada original ni verdadero tienen para decir las obras de Shakespeare, Tolstoi o Cervantes; no hay gigantes de la literatura universal porque no hay ideas perennes que se puedan transmitir como verdades trascendentes. Ni siquiera un estilo puede ser considerado superior a otro, pues la belleza, de nuevo, es una mera construcción social y eventualmente una forma de dominación que establece poder en favor de aquellos que declaran participar de alguna manera de los estándares de belleza que defienden. Lo bueno y lo malo, lo feo y lo lindo, lo excelente y lo decadente, lo cuerdo y lo demente, no son más que conceptos utilizados de manera arbitraria. Hasta el discurso médico es sospechoso, porque pretende afirmar la autoridad política de los doctores sobre sus pacientes a quienes pueden intervenir gracias al poder que les confiere ese discurso. Así, pensaba Foucault, quien fue alguna vez internado en una clínica psiquiátrica tras un intento de suicidio, el poder real no consistía en que se obligue por la fuerza a estos procedimientos sino en lo que denunció como micropoder y

«coacciones extrajurídicas»:

> Tradicionalmente […] bastaba con estudiar las formas jurídicas que regían lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido […] en realidad me parece que el derecho que diferencia lo permitido y lo prohibido no es de hecho más que un instrumento de poder […] bastante inadecuado y bastante irreal y abstracto. Que en concreto las relaciones de poder son mucho más complejas […] todo lo extrajurídico y todas las coacciones extrajurídicas que pesan sobre los individuos y atraviesan el cuerpo social[161].

Según Foucault, «cuando un médico psiquiatra impone a un individuo una internación, un tratamiento, un estatus» ejerce dominación, pues si bien las relaciones de poder efectivamente «son las que los aparatos del Estado ejercen sobre los individuos, asimismo lo son la que el padre de familia ejerce sobre su mujer y sus hijos, el poder ejercido por el médico, el poder ejercido por el notable, el poder que en la fábrica el dueño ejerce sobre sus obreros»[162].

Foucault, impedido de exteriorizar su homosexualidad durante buena parte de su vida, llegaría incluso a poner en duda las investigaciones científicas sobre el VIH bajo el argumento de que incrementaban el poder de los médicos. Como consecuencia se burlaría del activismo homosexual que buscaba sexo seguro, lo que él nunca practicó hasta contagiarse la enfermedad de la cual finalmente moriría[163]. Aun cuando parezca delirante, esto es coherente con la idea de que en el mundo moderno solo hay narrativas creadas bajo el engaño de la Ilustración y que, por tanto, lo sano y lo enfermo no son más que construcciones sociales afirmadas en el liberalismo y el capitalismo, el que, de acuerdo al filósofo francés, extendió las relaciones de poder a través de todo el orden social. «Todo está —dijo analizando la medicalización— profundamente ligado al desarrollo del capitalismo» que no pudo «funcionar con un sistema de poder político en cierta forma indiferente a los individuos» porque necesitaba hacer de todos una función productiva «normalizándolos»[164]. Así, el Gran Hermano que George Orwell describía en su novela *1984*, refiriéndose al totalitarismo marxista, sería, en realidad, el capitalismo que creó una «vigilancia precisa y concreta sobre todos los individuos» que ahora se encuentran siempre observados y controlados por el poder

político, cuestión que no ocurría ni en los tiempos del feudalismo[165]. A Foucault, como es evidente a esta altura y recuerda Roger Scruton, no le interesaban los hechos por lo que en su esfuerzo por demostrar que existía una conexión intrínseca entre la burguesía, la familia, el paternalismo y el autoritarismo los dejó completamente de lado. De ahí, sugiere Scruton, que todo el intento del francés por desentrañar las estructuras ocultas de poder de la sociedad burguesa carezca de credibilidad, siendo más bien una «liturgia de la denuncia»[166].

En todo caso no deja de ser ingenioso el giro que Foucault logra dar para condenar el capitalismo y responsabilizarlo, junto a la civilización que le dio vida, de todo tipo de opresiones imaginables. En esa gimnástica intelectual llegaría a decir que el pueblo, para rebelarse en contra de todas estas formas de opresión invisibles, debía aplicar su propia justicia, sin tribunales ni procesos legales, pues los sistemas legales existentes eran una trampa de la burguesía para impedir la venganza de la masa:

> En mi opinión, uno no debería comenzar con la corte como una forma particular, y luego preguntar cómo y en qué condiciones podría haber una corte popular; uno debe comenzar con la justicia popular, con actos de justicia por parte de la gente, y luego preguntar qué lugar podría tener un tribunal dentro de esto. Debemos preguntarnos si tales actos de justicia popular pueden o no organizarse en forma de un tribunal. Ahora mi hipótesis no es tanto que el tribunal es la expresión natural de la justicia popular, sino que su función histórica es atraparla, controlarla y estrangularla, volviéndolo a inscribir dentro de las instituciones que son típicas de un estado aparato[167].

Y más adelante insistió en que «la justicia popular reconoce en el sistema judicial un aparato estatal, representante de la autoridad pública e instrumento del poder de clase», añadiendo que la justicia popular no necesitaba la farsa de un juez imparcial y las dos partes de un juicio. Y es que, para Foucault, las masas debían decidir ante sí, basadas en sus emociones y percepciones subjetivas, si alguien calificaba como enemigo:

> Las masas, cuando perciben que alguien es un enemigo, cuando deciden castigar a este enemigo, o reeducarlo, no confían en una idea universal abstracta de la justicia, sino en su propia experiencia, la de

> las lesiones que ellos han sufrido, de la forma en que han sido perjudicados, en la que han sido oprimidos; y finalmente, su decisión no es autorizada, es decir, no están respaldados por un aparato estatal que tenga el poder de hacer cumplir sus decisiones, simplemente las llevan a cabo. Por lo tanto, mantengo firmemente la opinión de que la organización de los tribunales, al menos en occidente, es necesariamente ajena a la práctica de la justicia popular[168].

Foucault fue aún más explícito argumentando que el rol del Estado era servir a la masa y educarla no para que aceptara instituciones que medien entre esta y sus supuestos agresores, sino para que simplemente decidiera cuando tenía que matar: «Entonces, ¿el trabajo de este aparato estatal es determinar sentencias? No, en absoluto […] es educar a las masas y la voluntad de las masas de tal manera que sean las propias masas quienes vengan a decir: 'De hecho, no podemos matar a este hombre' o 'De hecho, debemos matarlo a él'»[169].

Así, probablemente como todos aquellos que han caído bajo el embrujo de Marx, Foucault fue también, según la descripción de Mark Lilla, un personaje fascinado con la violencia y el desborde, lo que en su vida privada se manifestó con abusos de drogas y una obsesión por el sadomasoquismo homosexual[170].

La patológica teoría de la opresión de Foucault, hoy nuevamente de moda, fue sepultada por la publicación de *Archipiélago Gulag*, del Nobel de Literatura Alexander Solzhenitsyn. En ella relataba su inhumana experiencia en los campos de concentración soviéticos, cuyo régimen era ampliamente admirado por la intelectualidad francesa de la época. Enfrentados a esa atroz realidad, pocos en Francia siguieron tomando en serio la tesis foucultiana de que la violencia invisible de la sociedad capitalista era peor que la visible, lo que llevó a Foucault a una crisis personal[171]. Este baño de realidad es el que parece haberse perdido hoy, donde tantos grupos privilegiados, partiendo por estudiantes universitarios, declaran ser oprimidos y luchar por su vida en los países con las mejores condiciones de vida en la historia humana. Ellos son herederos de Foucault, quien atacó la idea de «normalidad» afirmando que esta sería nada más que una estrategia de aquellos que se autodefinen dentro de la norma para excluir a otros. En consecuencia, la homofobia, el

sexismo, el imperialismo, el racismo y otras formas de discriminación eran producto del discurso normalizador, pues este terminaba creando subidentidades oprimidas[172].

Excedería las pretensiones de este trabajo realizar un análisis más profundo de los diversos pensadores posmodernos, pero así como conocer las ideas centrales de Foucault es necesario para comprender la crisis de identidad occidental que se manifiesta de manera flagrante en la esfera pública en Estados Unidos, corresponde también dedicarle un breve espacio a Derrida, cuya influencia en las universidades de ese país ha sido enorme, especialmente en lo que concierne a la victimología que configuran los estudios culturales, feministas, homosexual y teoría poscolonial[173].

Como Foucault, aunque de manera más ácida y con mayor foco, Derrida las emprende contra el lenguaje, específicamente contra lo que denominó «logocentrismo», que es el predominio del *logos*, esto es, del lenguaje y de la razón que se expresa a través de él creando jerarquías que, en su visión, deben ser desmontadas. En la línea de Foucault, Derrida cree que no es posible conocer la verdad a través del lenguaje, pues este es en sí mismo una estructura creada por quien la utiliza y, por tanto, es imposible pretender acceso a una verdad fuera de él a través de él. Su teoría de la «deconstrucción» afirma que todos los textos son ambiguos y por tanto no existe un solo significado que pueda atribuirse a la palabra escrita, sino tantos como existan lectores. En otras palabras, se abren las puertas a un completo irracionalismo en el sentido de que no se puede reclamar encontrar verdad alguna en un texto, sino múltiples verdades que pueden incluso ser contradictorias. Y es que, para esta visión, las ideas, interpretaciones o sentimientos no son verdaderos o falsos frente a un texto[174]. El mismo Derrida admite que su ataque es contra la idea de racionalidad y verdad del lenguaje escrito:

> La ‘racionalidad’ —tal vez sería necesario abandonar esta palabra, por la razón que aparecerá al final de esta frase— que dirige la escritura así ampliada y radicalizada, ya no surge de un *logos* e inaugura la destrucción, no la demolición sino la des-sedimentación, la des-construcción de todas las significaciones que tienen su fuente en este *logos*. En particular la significación de verdad. Todas las

> determinaciones metafísicas de la verdad, e incluso aquella que nos recuerda Heidegger, por sobre la onto-teología metafísica, son más o menos inmediatamente inseparables de la instancia del *logos* o de una razón pensada en la descendencia del *logos*, en cualquier sentido que se lo entienda…[175].

En suma, el lenguaje es inherentemente poco confiable porque las palabras tienen significado en la medida en que son referidas a y se diferencian de otras palabras, como, por ejemplo, gordo y flaco, lindo y feo, hombre y mujer, superior e inferior, etc. Ahora bien, ninguno de estos conceptos tiene un vínculo directo con el objeto referido —la gordura, la belleza, la masculinidad y así sucesivamente—. Más bien forman parte de todo un sistema lingüístico que jamás toca el mundo real y, como consecuencia, el significado de lo que hablamos jamás es estable y siempre se encuentra sujeto a cambio, aun cuando usemos las mismas palabras[176].

El problema con la tesis de Derrida es que si el lenguaje es inestable, poco confiable, carece de acceso a la verdad y por tanto debe ser deconstruido para desmantelar esa pretensión, entonces ¿por qué no deconstruir la deconstrucción? En otras palabras, si el lenguaje no es fuente de conocimiento sobre las cosas, entonces la teoría de Derrida, que es formulada obviamente utilizando el lenguaje, tampoco puede serlo. Pero nada de eso le importaba a este intelectual, quien simplemente se defendía diciendo que la deconstrucción era una práctica que buscaba poner a toda la tradición filosófica —y científica, literaria, artística, etcétera— bajo sospecha[177]. Las consecuencias de esa sospecha han sido devastadoras. Pues si Derrida tiene razón y debemos alejarnos del logocentrismo, entonces no podemos reclamar, por ejemplo, que la filosofía liberal con su pretensión generalmente metafísica de que todos los seres humanos poseemos la misma dignidad y, por tanto, merecemos el mismo respeto, es superior al comunismo o al nazismo. Si el lenguaje no nos dice nada definitivamente verdadero, entonces todo el esfuerzo que ha hecho occidente por avanzar moralmente es absurdo y quedamos totalmente a la deriva, sin un norte filosófico que nos oriente. Lilla explica:

> Si la deconstrucción arroja dudas sobre todos los principios políticos de la tradición filosófica de occidente —Derrida menciona la propiedad, la intencionalidad, la voluntad, la libertad, la conciencia, el

> autoconocimiento, el sujeto, el yo, la persona y la comunidad—, ¿es posible emitir juicios sobre política? ¿Puede uno distinguir entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia? ¿O es que esos términos también están contaminados de logocentrismo que debe abandonarse? [178].

Las implicancias de la teoría de Derrida son tan devastadoras que él mismo finalmente realizó un giro aceptando que había algo así como una justicia por la que valía la pena luchar aunque, como Foucault, nunca dejó de ser un genuino agresor de todo lo que significaba occidente. Por eso, y el evidente absurdo en que cae toda su teoría, es que, al decir del profesor de Stanford Kenneth Taylor, Derrida es considerado un charlatán y un fraude en amplios círculos de filosofía[179]. Se trata, sin embargo, de un charlatán antihumanista que ha tenido un impacto gigantesco en el posmodernismo adoptado por las universidades estadounidenses, lo que prueba, según Lilla, la inmadurez prevalente en ese país y su disposición a aceptar «cualquier idea y a cualquier persona» aun a riesgo de socavar los fundamentos liberales de la sociedad en la que viven a manos de doctrinas que niegan la verdad[180].

CAPÍTULO II
LA DECADENCIA DE OCCIDENTE

«Los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial tienen la certeza de pertenecer a las heces de la humanidad, a una civilización execrable que ha dominado y saqueado la mayor parte del mundo durante siglos en nombre de la superioridad del hombre blanco».

Pascal Bruckner

Escribiendo la historia a martillazos

Que una filosofía tan virulenta como el posmodernismo y doctrinas similares conduzcan a un proceso de decadencia civilizatorio es algo que no debiera sorprender. Aunque sea un hecho poco comprendido, las humanidades y la filosofía han constituido siempre el fundamento del florecimiento político, artístico, científico y social de toda cultura. Por lo tanto, si las creencias y valores que sostienen una civilización se degradan, esta no puede subsistir. En el caso de occidente, el complejo de culpa y odio a lo propio promovido por sucesivos pensadores de izquierda ha terminado por desplazar cualquier vestigio de orgullo histórico fulminando la capacidad de reclamar superioridad en cualquiera de sus logros. No es una coincidencia que intelectuales como Derrida, Lyotard y Foucault se inspiraran en Marx, el más grande demoledor de occidente que jamás haya existido, y, más aún, en las tesis antioccidentales del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, quien, a su vez, también se inspiraba en Marx. Lévi-Strauss desarrolló la teoría del «estructuralismo» en antropología, según la cual se deben aplicar modelos de estudio de las estructuras lingüísticas al análisis de la sociedad en general[181]. En lingüística, explicó el francés, el estructuralismo implica pasar del estudio de la lingüística consciente a su «infraestructura inconsciente», sin tomar

los términos de manera independiente sino en relación con otros términos, incorporando así la idea de sistema al estudio de los fonemas con el fin de «establecer leyes generales mediante inducción o deducción»[182]. Este esfuerzo por extraer normas generales del lenguaje es posible debido a que existe una estructura de la mente humana que subyace a sus expresiones visibles en la cual se aloja el lenguaje.

Ahora bien, esta aproximación, afirmó, debe aplicarse también al estudio de las tribus, pues los seres humanos, pensó Lévi-Strauss, nos relacionamos en sociedad mediante estructuras estables e impredecibles derivadas de la estructura universal de nuestra mente. Los diversos símbolos de las distintas culturas pueden no hacer mucho sentido aisladamente, pero entendidos como expresiones de normas o patrones que rigen universalmente la mente humana y la cultura se puede conocer su significado. El trabajo del antropólogo es precisamente develar esas normas ocultas. De este modo, al proveer conocimiento sobre las unidades más elementales de las sociedades, el análisis estructural permite elaborar modelos abstractos sobre sus costumbres, instituciones, etc., haciendo posible compararlas dentro de la misma cultura y con otras culturas. Lévi-Strauss rechaza, por lo tanto, la idea de que el análisis empírico histórico sea la fuente por excelencia del saber antropológico, pues este consiste en observar los grupos humanos y su evolución sin ser capaz de ofrecer una teoría que relacione sus partes y menos aún que permita hacer comparaciones válidas con otras culturas. Como consecuencia, reclama Lévi-Strauss refiriéndose a un observador que analiza la estructura familiar en una sociedad tribal, «cada detalle de la terminología y cada regla especial de matrimonio está asociada con una costumbre específica, ya sea como su secuencia de contornos o su supervivencia», creando «un caos de discontinuidad» en el que «nadie pregunta cómo los sistemas de parentesco, considerados como conjuntos sincrónicos, podrían ser el producto arbitrario de una convergencia de varias instituciones heterogéneas» que funcionan «con algún tipo de regularidad y eficacia»[183]. En otras palabras, como no hay una teoría general del funcionamiento de las sociedades humanas, no se puede hacer sentido de las diferencias que se observan entre ellas.

El problema de la aproximación de Lévi Strauss es que, dado que esas supuestas reglas así como el significado de las costumbres no es evidente,

estas deben ser «descubiertas» por el observador y eso, como es natural, supone mucho de imaginación propia y poco de evidencia empírica, lo cual debilita la rigurosidad científica abriendo el camino a una visión ideológica de la realidad. Como observó la traductora al inglés de su obra *Structural Anthropology*, Claire Jacobson, Lévi-Strauss «propone hipótesis audaces y, a veces, francamente especulativas, en las que intenta relacionar aspectos de la cultura que nadie había pensado previamente conectar de esa manera particular»[184]. Un ejemplo emblemático de la fantasía a que alude Jacobson la expuso Lévi-Strauss en su artículo sobre los pueblos primitivos, término que rechazó categóricamente afirmando que la civilización occidental era comparable en estatus a los aborígenes de Australia o Sudamérica y a otros pueblos que no conocían la escritura. Según el antropólogo francés, estos pueblos «tenían grandes hombres que dejaron su sello en el conocimiento técnico, en el arte, la moral y la religión. Todo este pasado existe; solo que ellos saben poco al respecto y nosotros no sabemos nada»[185]. No deja de ser curioso afirmar la existencia de un pasado glorioso sobre el que no se sabe nada y sobre el que ni siquiera sus herederos conocen algo, pero a Lévi-Strauss eso pareció no importarle. Con total convicción concluyó que, a pesar de carecer de escritura y, por tanto, del medio por excelencia para progresar, «la idea de sociedades primitivas es una ilusión»[186].

Al concebir las distintas culturas como estructuras que se desarrollan de manera independiente de la voluntad humana, Lévi-Strauss abrió las puertas a un relativismo cultural absoluto. Para esta visión, ideas como los derechos humanos, por ejemplo, no serían más que una mascarada para justificar el colonialismo, el genocidio y etnocentrismo de occidente[187]. Fue así como Lévi-Strauss, cuyos textos aparecían en tiempos del derrumbe colonial francés, sentó las bases para la adoración del otro y para que los europeos, como nota Lilla, sintieran vergüenza de serlo[188]. Esta situación ha empeorado con el tiempo, al punto de que hoy predomina un abierto desprecio de los europeos por lo propio. En palabras del filósofo Pascal Bruckner, «los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial están dotados de la certeza de pertenecer a las heces de la humanidad, a una civilización execrable que ha dominado y saqueado la mayor parte del mundo durante siglos en nombre de la superioridad del hombre blanco[189]». En Europa occidental particularmente, esta adoración

de lo ajeno y vergüenza por lo propio encuentra su expresión más evidente en la relación con el Islam. La decisión del gobierno italiano de cubrir estatuas centenarias para no ofender al presidente de Irán, Hassán Rohaní, en su visita en 2016; la irracional política migratoria de Angela Merkel en un ambiente que incluso una revista de izquierda como *Der Spiegel* calificaría de «idealización del otro»[190], y la completa pasividad ante el avance del Islam politizado, cuyo financiamiento proveniente, entre otros, de Arabia Saudita e Irán, es tolerado sin mayores problemas por las autoridades, dan cuenta del impulso autodestructivo europeo. Que un medio como *The Economist* publique, como si fuera cualquier noticia del día, que «la expansión del Islam dominado por extranjeros en Europa no muestra signos de disminuir, a pesar de que los musulmanes nativos del continente pronto superarán en número a los inmigrantes» y reconozca al mismo tiempo que hay una estrategia de gobiernos como el de Erdogan en Turquía para crear una hegemonía islámica dentro de Europa, basta para hacerse una idea de la magnitud de la crisis de identidad que afecta a la cuna de la civilización occidental[191].

Bruckner se equivoca, sin embargo, cuando ve a Estados Unidos libre de la misma enfermedad, pues si bien es cierto en ese país existen fuerzas que aun afirman su historia, el relato predominante en círculos de élite es exactamente el mismo; a saber, que el proyecto americano es uno de opresión y discriminación desde sus inicios y por tanto no merece más que repudio. Un buen síntoma de esta crisis es la degeneración que ha experimentado el estudio de la disciplina de historia en las universidades. En su charla «The Decline and Fall of History», el historiador Niall Ferguson dio cuenta de ello sosteniendo que el creador del célebre musical Hamilton, dedicado a la figura de Alexander Hamilton, ha hecho más por enseñar sobre su historia a los estadounidenses que todas las facultades de artes liberales en conjunto. Ferguson explicó que la baja en la cantidad de matriculados a las carreras de historia se relaciona con la transformación que ha experimentado su contenido, el que se ha visto arrasado por estudios de género, feministas y otras formas de promoción de la victimización analizada en el capítulo anterior, todo en nombre de la «diversidad». La enseñanza de historia internacional, intelectual, económica y legal, en tanto, ha ido desapareciendo gradualmente, lo que se refleja en una ausencia alarmante de cursos sobre temas como la

Ilustración, la Revolución Francesa, la Revolución Americana, la Primera y la Segunda Guerra Mundial y la Revolución Industrial, entre otros[192]. El mismo Ferguson advirtió que la politización de la universidad, influida por ideologías que buscan juzgar el pasado de acuerdo a estándares del presente, ha llevado a una verdadera limpieza de aquellos contenidos considerados «ofensivos». En una entrevista con John Anderson, Ferguson sostuvo que la izquierda ha «colonizado universidades y escuelas, departamentos de educación, creando sus colonias ahí para luego enviar a sus misioneros a enseñar a la gente joven una versión de los hechos que puede hacer sentido en el contexto del marxismo-leninismo, pero que es una grotesca distorsión del pasado»[193]. Esta apreciación, por cierto, no solo es válida para Estados Unidos, sino para gran parte del mundo occidental. Australia, por ejemplo, tampoco se encuentra exenta de este problema. Según Bella d'Abrera, del Institute of Public Affairs, desde los años 60 las universidades australianas han adoptado la teoría cultural de Karl Marx, convirtiendo la enseñanza en una cuestión monótona y repetitiva que no atrae a muchos estudiantes. Las posiciones académicas —explica— han sido ocupadas por personas cuya carrera ha consistido «en la propagación de la teoría que ve a la sociedad como una competencia de suma cero por el poder entre los privilegiados y los oprimidos»[194]. El resultado de ello es que los temas que se enseñan están «casi totalmente limitados a temas que se ajustan al modelo de Marx», pues «cada tema se aborda a través de la lente de la política de identidad, donde la clase, la raza y el género es el enfoque principal» desplazando los temas «esenciales que explican las bases políticas, intelectuales, sociales y materiales de la historia de la civilización occidental»[195].

La remoción sistemática de decenas de antiguas estatuas que hacen alusión a las fuerzas de la Confederación en ciudades americanas es uno de los tantos ejemplos del impacto que han tenido estas ideas. El argumento que se ofrece para ello es que estas serían símbolos de la ideología supremacista blanca y esclavista y que por tanto debieran desaparecer de la historia americana tal como en partes de la ex Unión Soviética fueron derribadas las estatuas de Lenin y Stalin. Para Anne Applebaum, quien hace la comparación entre ambos casos, derribar las estatuas es necesario porque la elección de Trump prueba que el racismo sigue vivo y esa sería una forma de combatirlo[196]. Pero si eso es así, entonces todo aquello que

ensalce esa parte de la historia norteamericana debe ser eliminado y no solo aquellas obras creadas para celebrar las fuerzas de la Confederación. Aunque la misma Appelbaum intente salvarse de esta conclusión afirmando que cambiar los nombres de edificios no es lo mismo que derribar estatuas, la verdad es que sus argumentos no resisten mayor análisis. Si el fin es eliminar símbolos que puedan validar el racismo ¿por qué no habría de removerse el nombre de Woodrow Wilson, el presidente demócrata, premio Nobel de la Paz, supremacista blanco y racista que llegó a ser también presidente de Princeton y cuyo nombre se encuentra en uno de los edificios más emblemáticos de la universidad? Esto fue precisamente lo que reclamó un grupo de estudiantes, quienes hicieron una huelga de 32 horas para que se eliminara el nombre de Wilson del School of Public and International Affairs. El escándalo alcanzó proporciones nacionales y las autoridades de la universidad evaluaron la remoción, quedando en la incómoda posición de considerar deshacerse de un personaje que refleja los valores más propios de la izquierda norteamericana —el internacionalismo, la ingeniería social y el pacifismo — y que además condujo a la universidad por una senda de progreso sin precedentes. Finalmente, Princeton optó por mantener el nombre de Wilson con argumentos bastante sensatos que dieron cuenta de que, como sugiere Ferguson, no tiene sentido aplicar los estándares morales del presente al juicio sobre el pasado. Para juzgar a Wilson, argumentaron sus autoridades, había que tomar al personaje en su totalidad y no solo en sus opiniones sobre las personas de color, de quienes decía, entre otras cosas, que jamás debían entrar a esa universidad[197].

Pero una vez que se abre la puerta del revisionismo histórico de acuerdo a una nueva ideología es casi imposible contenerla. El movimiento por tumbar estatuas en Estados Unidos siguió creciendo, logrando que más de treinta ciudades en el país eliminaran obras consideradas inmorales. Entre ellas se encontraban algunas dedicadas a miembros de la Corte Suprema de Estados Unidos, generales de las fuerzas confederadas, soldados, mujeres confederadas y gobernadores de estado. También se cambiaron nombres de avenidas e instituciones como escuelas para eliminar vestigios que puedan resultar «ofensivos»[198]. En Nueva York el gobernador demócrata Andrew Cuomo exigió que, aparte de estatuas, se eliminaran del metro de la ciudad aquellos mosaicos que parecían banderas

confederadas, aun cuando representaban algo totalmente distinto. El alcalde, también demócrata, de la ciudad, Bill de Blasio, anunció una revisión de todas las estatuas y obras de arte púbico para limpiar «posibles símbolos de odio»[199].

Como es evidente, aquello que es considerado «símbolo de odio» es enteramente subjetivo y por tanto la purga puede no tener límites. El mismo de Blasio se encontró con un dilema cuando el movimiento por la limpieza de símbolos ofensivos le exigió derribar la estatua de Cristóbal Colón, acusado de traer la opresión blanca a América. Apresado por su propia lógica, de Blasio debió convocar a una comisión especial que mantuvo audiencias durante meses para finalmente concluir que la estatua, ubicada en Manhattan, no sería removida, conclusión en parte producida por la fuerte oposición de la comunidad italiana residente en la ciudad. Al igual que los progresistas de Princeton, que habían alimentado el monstruo de las políticas identitarias, de Blasio entendió de pronto que debía poner algún límite o de lo contrario no quedaría calle, edificio o estatua que no exigiera ser renombrada o derribada. Incluso la tumba del general estrella de Abraham Lincoln, Ulysses Grant, responsable principal de la derrota de los confederados y en consecuencia de la abolición de la esclavitud, fue puesta en tela de juicio debido a sus visiones antisemitas[200]. Lo mismo ocurrió a la estatua en honor a J. Marion Sims, conocido como el padre de la ginecología, acusado de haber conducido experimentos con mujeres esclavas[201]. Todas estas solicitudes son coherentes si se acepta la premisa de que el pasado debe ajustarse a los estándares morales presentes, especialmente aquellos enarbolados por la cultura del victimismo. De acuerdo a esta mentalidad inquisitorial, los estudiantes de Hofstra University que llamaron a remover una estatua de Thomas Jefferson, quien, como es sabido, tuvo esclavos al igual que casi todos los padres fundadores de Estados Unidos, tenían razón en lo que pedían. Si, como les han enseñado sus profesores y repite la prensa día a día, Estados Unidos es una sociedad opresiva e inmoral desde sus orígenes, entonces lo que se debe hacer es reparar las injusticas históricas, entre otras cosas, dejando de homenajear a esclavistas. No es consecuente afirmar que una estatua del general Robert Lee, que luchó por los confederados en la guerra civil estadounidense, debe ser eliminada y una de Jefferson, que tuvo legiones de esclavos a su disposición, debe permanecer en pie. De hecho, Lee,

cuyas estatuas fueron efectivamente eliminadas en varias partes, no era un supremacista blanco, ni siquiera un ideólogo partidario de la esclavitud. En 1856, años antes de que se desatara la guerra civil, escribiría que «la institución de la esclavitud es un mal político y moral en cualquier país»[202]. El mismo Lee liberaría cientos de esclavos antes de la famosa Proclamación de Emancipación de Lincoln que pondría fin a la esclavitud. Ahora bien, Lee no era un igualitarista y ciertas historias dan cuenta de maltratos de su parte a esclavos. Pero tampoco Lincoln, el gran héroe de la liberación afroamericana, creía que las personas de color eran iguales que los blancos. En 1858 en un debate con el senador Stephen Douglas declaró que no tenía «ninguna intención de introducir igualdad política y social entre las razas blanca y negra» y que estaba «a favor de que la raza a la que pertenezco tenga la posición superior», agregando que «jamás había dicho lo contrario» y que nunca había «estado a favor de permitir que los negros votaran o sirvieran de jurado, ni de calificarlos para que puedan ejercer en oficinas públicas o de que puedan casarse con gente blanca»[203]. Si hubiera que juzgar a Lincoln aplicando los estándares de la neoinquisición, todas sus estatuas, cuadros, edificios con su nombre y otros monumentos en su honor debieran ser tumbados, pues claramente muchas de sus opiniones podrían catalogarse como racistas y supremacistas blancas. Siguiendo esa línea también la ciudad de Washington, que debe su nombre al general Washington, primer presidente de Estados Unidos, debiera ser renombrada, pues, como otros, él fue propietario de esclavos. Y luego de limpiar al país de racismo, habría que limpiarlo de símbolos honrando personas homofóbicas, machistas y así sucesivamente.

Tal vez la reflexión más aguda sobre este tema la realizó el ex decano de derecho de Yale Anthony Kronman en su libro sobre el ataque a la excelencia en Estados Unidos. En palabras de Kronman, «vivimos en una época que se enorgullece de su aspiración de superar cualquier forma de prejuicio», pero el prejuicio más persistente es «la creencia tácita de que, en comparación con la posición moralmente iluminada que ocupamos hoy, aquellos que vivieron antes que nosotros moraron en la oscuridad y la confusión, buscando a tientas las verdades que ahora poseemos con seguridad»[204]. Convencidos de lo anterior, muchos creen, dijo Kronman, que debemos «remodelar el pasado» de acuerdo con nuestros principios

morales contemporáneos, pues, «hasta que no hayamos limpiado nuestra herencia poniéndola en conformidad con lo que ahora sabemos que es la verdad, el mundo permanecerá desfigurado por emblemas de injusticia que estropean su integridad desde un punto de vista ético». Es de esa mentalidad, que fácilmente podemos calificar de revolucionaria, que surge, en palabras de Kronman, «la pasión por renombrar que está arrasando los campus de Estados Unidos». El peligro que encierra todo este afán jacobino de reconstrucción del pasado a martillazos no puede ser subestimado, pues «destruye nuestra capacidad de simpatía con la gran cantidad de seres humanos que ya no están entre los vivos y, por lo tanto, no pueden hablar por sí mismos, y oscurece la verdad de que no somos más capaces de ver las cosas bajo una luz más perfecta que nuestros antepasados, incluso si juzgamos que su moralidad ha sido, en ciertos aspectos, atrasada o incompleta». Igualmente, esta ideología refundacional «fomenta una especie de orgullo que nos ciega ante la grandeza de lo que se dijo e hizo por aquellos cuyos valores corresponden solo imperfectamente con los nuestros»[205].

En otras palabras, es la neoinquisición de izquierda la fuerza verdaderamente oscurantista al atribuirse un conocimiento y categoría moral superior que no posee y que pretende imponer como la única visión aceptable. En la línea de Robespierre y su «república de la virtud», esta crea un ambiente de arrogancia moral y persecución de herejes incompatible con la tolerancia y la idea de fragilidad humana sobre la que esta reposa. Como consecuencia, esta fuerza depuradora arrasa con el respeto por la sabiduría acumulada gracias a nuestros antepasados fabricando una versión de la historia que nos lleva a detestar la identidad cultural que nos define y, por lo tanto, a renunciar incluso a lo mejor que esta es capaz de producir.

La ira refundacional a la que se refiere Kronman no se ha confinado a las fronteras de Estados Unidos. Países como Australia y Nueva Zelandia también tuvieron álgidas discusiones sobre las estatuas del capitán James Cook consideradas ofensivas para la población aborigen, la cual reclama que estas representan el colonialismo invasivo[206]. Sudáfrica por su parte experimentó un escándalo por la estatua del magnate, filántropo y político Cecil Rhodes, erigida en 1908 en la Universidad de Cape Town, la mejor evaluada de todo el continente africano. La estatua de Rhodes, quien fuera

primer ministro de Cape Colony entre 1890 y 1896, fue vandalizada y cubierta en excrementos humanos por activistas que llegarían a formar el masivo movimiento de protesta «*Rhodes Must Fall*», que eventualmente conseguiría la remoción del objeto. La intención de la campaña, sin embargo, era transformar toda la educación de Sudáfrica para «descolonizarla», lo que implicaba incrementar el número de profesores de color y alterar el currículo de estudios, entre otras demandas cargadas del tipo de retórica victimista observado en universidades americanas[207]. «En nuestra primera reunión —dijo una integrante del movimiento— comenzamos a hablar sobre cómo íbamos a abordar el dolor en la sala antes de expresar nuestro dolor al mundo. Se trató intentar forjar un espacio donde todos pudieran ser bienvenidos»[208]. Todos menos los blancos, pues interesantemente, los líderes de la protesta aplicaron su propio *apartheid* con los estudiantes blancos que querían apoyarlos, excluyéndolos de una serie de instancias.

A la visión condenatoria de la historia imperial de occidente nos referiremos con mayor detención más adelante. Por ahora cabe insistir en la idea de que una vez abiertas las avenidas a la limpieza moral de los portadores de esta ideología no existen límites lógicos que puedan establecerse. El frenesí por derribar estatuas y eliminar vestigios de personas que han vivido hace siglos no puede excluir a casi nadie, pues de alguno u otro modo todos mantuvieron opiniones o conductas propias de sus tiempos. Y tampoco puede eximir a quienes han vivido después, aun cuando sus trayectorias de vida sean genuinamente heroicas. Que la Universidad de Ghana, luego de sistemáticas protestas de parte de docentes de la institución, haya removido una estatua del líder pacifista indio Mahatma Gandhi por haberse referido de manera peyorativa a los africanos en su juventud es la mejor prueba de la imposibilidad de satisfacer el estándar de perfección exigido[209]. Bastan un par de comentarios inapropiados para que uno de los líderes más admirados del siglo XX, cuya contribución a la filosofía de la paz nadie puede poner en duda, pase a ser considerado un paria y toda la obra de su vida reducida, simbólicamente, a la indecencia.

Quemando libros

La ideología victimista y el correlato autoflagelante que se han apoderado de gran parte de las esferas intelectuales de occidente, esparciéndose hasta regiones como África, exige lealtad absoluta a los dogmas de la fe que predica. De ahí su aroma revolucionario y de ahí también el hecho de que muchos de sus precursores hayan sido quemados en la hoguera pública de la neoinquisición por no cumplir ellos mismos con los estándares imposibles de santidad que fijaron. Esa pretensión totalizante, paradójicamente derivada de un relativismo epistemológico y valórico absoluto, es también lo que lleva a que ni siquiera la literatura quede a salvo de la aplastante maquinaria de subversión moral y cultural que ha montado esta ideología que ya fuera anticipada en la novela *Fahrenheit 451,* publicada en 1951. En ella, el autor Ray Bradbury describió un mundo en el que la profesión de bombero ya no consistía en apagar incendios sino en quemar libros para hacerlos desaparecer de la tierra. La lógica para justificar dicha función la expone uno de los personajes de la obra, Beatty, reflejando de manera insuperable la racionalidad purgatoria que se invoca hoy en día para censurar y desacreditar distintas obras: «Debes entender que nuestra civilización es tan vasta que no podemos agitar y molestar a nuestras minorías…», le dice Beatty a Montag, el bombero protagonista de la novela que comienza a tener dudas sobre su trabajo. «A la gente de color le molesta *Little Black Sambo*. Quémalo. La gente blanca no se siente bien después de leer *La cabaña del tío Tom*. Quémalo […] quema el libro; serenidad, Montag. Paz, Montag. Lleva tu lucha hacia fuera. Mejor aún, al incinerador»[210].

Correctamente Bradbury advirtió que el rol de los libros era provocar, hacer pensar a la gente y explorar los límites de la imaginación llevando la lucha del ser humano «hacia adentro», pues he ahí la clave del crecimiento personal y del avance cultural. Los neoinquisidores, en cambio, pretenden llevarla, como dice Beatty, «hacia fuera», de modo que todos podamos vivir en una impostada, inconsciente y feliz mediocridad servil a quien detenta el poder. «Un libro es un arma cargada en la casa del vecino. Quémalo. Quítale la bala al arma. Rompe la mente de los hombres. ¿Quién

sabe quién pueda convertirse en el objetivo de un hombre bien leído?», insiste Beatty, declarando la amenaza que los libros suponen al sembrar dudas en las mentes de las personas[211].

Un ejemplo de que *Fahrenheit 451* no quedó meramente en el terreno de la ficción —confirmando así una vez más la necesidad de contar con buena literatura para entender el fenómeno humano— es la persecución que se ha hecho de Mark Twain, quien, como vimos en la introducción de este libro, escribiría alarmado por la historia criminal de la Inquisición. Sus magistrales obras *Las aventuras de Huckleberry Finn* y *Las aventuras de Tom Sawyer* han sido, sin embargo, ya sometidas por una editorial a una purga que eliminó más de doscientas palabras referentes a gente de raza negra por considerarlas ofensivas, a pesar de que Twain mismo fue un promotor de la igualdad racial y ambas novelas combatían los prejuicios raciales. La censura, realizada en parte por la creciente resistencia de las nuevas generaciones a leer las obras debido a su contenido supuestamente inmoral, terminó desdibujando por completo el mensaje integrador de las obras[212]. Muchos otros textos han sido censurados o atacados de manera similar. Así, por ejemplo, la novela *Los cinco* de la escritora *bestseller* mundial Enid Blyton (1897-1968) una saga de veintiún títulos, fue relanzada en español por la editorial Juventud luego de una cuidadosa limpieza de su texto, el que describía a los niños protegiendo a las niñas, a los buenos en general como anglosajones y a los malos como pertenecientes a otras razas. La obra maestra *Ulises*, de James Joyce (1882-1941), fue publicada por Apple en su edición para iPad removiendo los desnudos que describía, desatando reacciones que obligaron a la empresa a retractarse[213]. *El señor de los anillos,* de J.R.R. Tolkien, por su parte, ha sido acusado de racista múltiples veces en un intento por horadar su influencia y desacreditar la obra más icónica en la historia de la literatura fantástica. El *Times* de Londres explicó por qué, de acuerdo a diversos críticos, Tolkien caería en el peor pecado de los nuevos tiempos, uno capaz de destruir la sociedad. Así, por ejemplo, el autor estadounidense Andy Duncan dijo que «es difícil no pasar por alto la noción repetida en Tolkien de que algunas razas son peores que otras y algunas personas son peores que otras y parece que, a largo plazo, si abrazas esto demasiado, tiene consecuencias terribles para ti y para la sociedad». Por tanto, agregó, hay que explorar por qué los orcos sirven a

Sauron: «Puedes imaginar fácilmente que todas las personas que están siguiendo las órdenes del Señor Oscuro lo hicieron por simple conservación», dice, pero «es más fácil demonizar a los oponentes que tratar de entenderlos» finaliza[214]. Para la neoinquisición, entonces, Tolkien era un racista que amenaza la estabilidad social porque no se preocupó de entender los sentimientos de los orcos en su novela de ficción.

En España acusaciones similares se han hecho por organizaciones feministas en contra del Nobel de Literatura Pablo Neruda, del autor Javier Marías y Arturo Pérez Reverte, entre otros. Según el «Breve decálogo de ideas para una escuela feminista» de la CCOO, (Comisiones Obreras), las escuelas deben feminizar la educación eliminando autores misóginos. El punto 7 del decálogo instruye a los profesores a «eliminar libros escritos por autores machistas y misóginos entre las posibles lecturas obligatorias para el alumnado» —entre los que mencionan a Neruda, Marías y Pérez Reverte— y a hablar de la «faceta misógina de ciertos autores legitimados como hegemónicos», tales como «Rousseau, Kant, Nietzsche, entre otros»[215].

Tampoco los cuentos para niños pequeños escapan al ojo inquisitorial de la corrección política. En Barcelona la comisión de padres de la escuela Táber decidió retirar doscientos libros de cuentos infantiles, entre ellos *Caperucita roja* y *La bella durmiente*, por no contar con perspectivas de género y considerarlos «tóxicos». «Estamos lejos de una biblioteca igualitaria en la que los personajes sean hombres y mujeres por igual y en la que las mujeres no estén estereotipadas», explicó una de las madres que integraban la comisión, dando cuenta de cómo la ideología feminista ha penetrado sectores de la sociedad española[216]. Diversas escuelas han anunciado intenciones de emular la limpieza realizada por Táber. Otras personas, sin embargo, advirtieron que una vez iniciado el camino de purga ideológica no podía ponerse límite, lo cual amenazaba la memoria de pueblos completos, pues esta se basa en gran medida en obras trabajadas y leídas por generaciones. Según activistas feministas, en tanto, *La bella durmiente* enseñaría a los niños la cultura de la violación porque el príncipe besa a la muchacha mientras ella duerme, es decir, sin pedirle su consentimiento. El *Telegrahp* notó que *La Cenicienta* también podría ser atacada por reforzar estereotipos como la familia nuclear tradicional; *La bella y la bestia* sería un ejemplo de acoso sexual en el trabajo; *Blanca*

Nieves otro caso de cultura de la violación, y así sucesivamente[217]. De hecho, el sitio web Romper, que ofrece consejos a padres sobre cómo educar a sus hijos, publicó un artículo afirmando que esos cuentos de hadas reforzaban un «cultura de la violación». La autora, Dina Leygerman, admitió que había prohibido y eliminado de su casa todos los cuentos de hadas después de caer en cuenta lo sexistas que eran las historias. «Cuando se trata de perpetuar la masculinidad tóxica o la cultura de la violación, promover el sexismo y el patriarcado, ¿por qué no podemos crear nuevos cuentos de hadas también?», se preguntó, añadiendo, «¿por qué no podemos actualizar estos viejos cuentos de hadas con las normas sociales de hoy, o empujarlos a la sección 'anticuada' de la biblioteca?»[218]. En otras palabras, o la purga de su contenido o la prohibición.

Alemania ha optado por lo primero, revisando la literatura con la que los niños crecen desde hace décadas para ajustarla a los nuevos cánones de lo que es aceptable decir y pensar. En esa línea, diversas editoriales han anunciado medidas de limpieza moral para evitar aquellas expresiones que pueden ser tomadas como ofensivas por minorías. Así es como el libro de Otfried Pruessler (1923-2013), *Die kleine Hexe,* en el cual los niños se disfrazan de turcos, personas de color y niñas chinas, ha sido debidamente purificado. La misma suerte han corrido libros legendarios de la escritora sueca Astrid Lindgren (1907-2002) y del autor de *La historia sin fin,* Michael Ende (1929-1995), todos los cuales han sido depurados de su inmoralidad por los neoinquisidores. Como bien observó el diario *Die Zeit*:

> No es el Gran Hermano de Orwell quien interviene, sino la corrección política del hermano pequeño. Su actividad inquieta no debe ser subestimada. Se realiza a sí misma en las acciones de aquellos innumerables guardianes de la virtud, a menudo nombrados por el Estado, que actúan en nombre de un orden superior, ya sea el feminismo, el antisemitismo o el antirracismo, y que descubren de inmediato, con un dispositivo de visión nocturna ideológicamente agudo, oscuras desviaciones del camino de los justos. Quien busca, siempre encuentra[219].

Si los cuentos de hadas, cuyo contenido esencialmente simbólico busca transmitir moralejas de generación en generación, son tomados

literalmente y sometidos al cedazo de la ideología políticamente correcta, la suerte de los clásicos no puede ser mejor. En Inglaterra, grupos de estudiantes pertenecientes a carreras impregnadas de victimismo —estudios africanos y orientales— han demandado que se elimine de sus estudios a autores como Platón, Kant y a otros filósofos de la tradición occidental, pues estos serían hombres blancos incompatibles con una forma de enseñanza anticolonial. La «filosofía blanca», como la bautizaron los estudiantes, debe ser tratada solo de manera crítica y jamás como fuente de conocimiento real. En conjunto con otros desarrollos parecidos, estas demandas llevaron a Sir Anthony Seldon, vicerrector de la Universidad de Buckingham, a advertir que «existe un peligro real de que la corrección política esté fuera de control. Necesitamos entender el mundo tal como era y no reescribir la historia como a algunos les gustaría que fuera»[220].

El célebre portal Eidolon en Estados Unidos confirmaba el temor de Seldon al afirmar que el estudio de los clásicos servía para alimentar el nacionalismo blanco de extrema derecha. «Si somos verdaderamente honestos», escribió la autora experta en clásicos Dona Zuckerberg, «vemos que para muchos el estudio de los clásicos es el estudio de un hombre blanco de élite tras otro»[221]. El mismo sitio sostuvo que los clásicos eran directamente responsables del racismo y sexismo de nuestros días y que para preservar lo bueno que podían ofrecer debíamos analizar a los griegos y romanos de acuerdo a los estándares morales de hoy. Para «reducir el número de racistas ocasionales y supremacistas blancos que utilizan los clásicos para justificar sus puntos de vista racistas», afirmó la historiadora Rebecca Kennedy, debemos «participar en la recepción crítica del pasado clásico»[222]. Y ello, agregó, implica seguir el catálogo de corrección política dominante hoy en día: «No solo debemos abordar temas de raza/etnicidad, clase y género en la antigüedad en nuestra enseñanza y erudición», explicó, sino que «también debemos dejar de fingir que lo peor que hicieron los atenienses fue ejecutar a Sócrates y tratar abiertamente con el verdadero lado oscuro de las políticas antiinmigrantes de la Atenas clásica y la obsesión con la pureza étnica que se encuentra en el corazón de su literatura, historia y filosofía»[223].

Dejar de lado la inmortal lección que ofrece la muerte de Sócrates, que es precisamente una de las fuentes de nuestro progreso moral al defender el

escrutinio racional de los dogmas abrazados irreflexivamente por mayorías no pensantes y, en lugar de ello, enseñar la banalidad de que los griegos eran malos porque discriminaban y tenían esclavos —como si alguien en su sano juicio pudiera aprobar hoy lo que en esa época eran prácticas extendidas en todo el planeta y que llegaron a su fin en occidente antes que en ninguna otra parte—, es la propuesta para mejorar el mundo de los apóstoles de la nueva moral. Las consecuencias de este tipo de mentalidad que busca socavar el estudio de las grandes obras, por cierto, no solo se expresan en una decadencia civilizatoria de largo plazo, sino de manera inmediata. Con toda razón el académico Hugh Mercer Curtler, en su ensayo «Political Correctness and the Attack on Great Literature», advirtió que el ataque a las grandes obras de literatura realizado por la neoinquisición llevará a deteriorar aún más la capacidad intelectual de la juventud, convirtiéndola en «bárbaros sin sentido que miran estúpidamente sus computadoras, esperando la próxima orden»[224]. Para revertir la tendencia de deterioro educativo y cognitivo en Estados Unidos, sostuvo Mercer, los jóvenes deberían leer «la mejor literatura de la humanidad» aunque muestre «elementos considerados ofensivos»[225]. La idea de Mercer, que se encuentra en el corazón de *Fahrenheit 451*, es que existe una directa relación entre el estudio de los clásicos y la capacidad de pensar y elevarse intelectual y personalmente, procesos que los «comisarios» de la corrección política —como denomina Mercer al equivalente actual de los bomberos de Bradbury— están destruyendo con su censura y su obsesión por desprestigiar a los grandes pensadores del pasado.

Pero el asalto que afecta a la literatura se ha expresado en su forma más tóxica en el surgimiento de los llamados «*sensitive readers*» —lectores de sensibilidad—, clases de expertos que asesoran a los novelistas de la actualidad en la censura de aquellas partes que puedan ser consideradas ofensivas por miembros de las distintas tribus de víctimas. Así, por ejemplo, si un autor blanco escribe sobre personajes indígenas, debe contratar a un lector de esa raza para asegurarse de no ofenderla. Como las burocracias universitarias encargadas de lidiar con la fragilidad emocional de los estudiantes, los «lectores de sensibilidad» constituyen una nueva profesión emergida de la cultura del victimismo predominante hoy en día y que tiene todos los incentivos para multiplicar la detección de ofensas y

activar los aparatos de linchamiento público en contra de aquellos que se nieguen a utilizar sus servicios. Un artículo de *Slate* sobre la materia resumió el dilema que enfrentan los escritores de hoy en los siguientes términos:

> Con el impulso a la diversidad en la ficción redefiniendo el panorama de la publicación, la aparición de lectores de sensibilidad parece casi inevitable […] en un clima cultural recientemente sintonizado con las complejidades de la representación, muchos autores experimentan ansiedad ante la posibilidad de una reacción violenta, especialmente en tiempos en que las redes sociales hacen, tanto a las ventas de libros como a las reputaciones literarias, más vulnerables que nunca a las críticas. Es ahí donde ingresa el 'lector de sensibilidad'[226].

Esta dolorosa lección la debió descubrir el editor de la prestigiosa revista *New York Review of Books* (NYRB), Ian Buruma, quien osó publicar un artículo del rockero y presentador de CBC, el canadiense Jian Ghomeshi. Ghomeshi había sido acusado de asalto sexual por diversas mujeres, siendo procesado y declarado inocente en todos los casos ante tribunales. Para Buruma, un hombre de izquierda liberal, la experiencia de Ghomeshi resultaba emblemática en el contexto de nuestros tiempos, donde cada vez más hombres famosos son acusados de abusos con connotación sexual. Así fue como el editor del NYRB decidió darle un espacio para contar su historia, incluyendo la forma en que su vida se había arruinado a pesar de haber sido absuelto. En ningún caso Buruma buscaba insinuar que Ghomeshi era inocente desde el punto de vista de los hechos, ni menos aún justificar algo que tuviera que ver con su conducta hacia mujeres. Simplemente publicó su testimonio dentro del contexto de una serie de historias de otros hombres famosos que habían caído producto de situaciones similares, todo con el objetivo de hacer pensar sobre un tema de creciente importancia. Pero en el mundo de la neoinquisición pensar es un acto de sedición. En poco tiempo las redes sociales habían crucificado a Buruma por supuestamente promover la violación de mujeres y el sexismo, lo que condujo a que diversas peticiones *online* circularan exigiendo que fuera despedido mientras las editoriales universitarias amenazaban con retirar su publicidad. La presión creció hasta el punto en que Buruma fue efectivamente despedido por el dueño de la revista. Toda

esta historia la consignó el defenestrado editor en el *Financial Times* en un artículo titulado «Editing in Times of Outrage»[227]. En él explicó que sus críticos argumentaban que alguien como Ghomeshi no tenía derecho a expresar sus opiniones en revistas liberales de izquierda prestigiosas. Buruma, sin embargo, un creyente en la libertad de expresión y la necesidad de pensar y debatir incluso sobre los temas más espinudos, prefirió ignorar las advertencias de otros miembros del equipo editorial, quienes le decían que el contendido era altamente ofensivo. Ante ello, Buruma contestó que no correspondía a la revista proteger a sus lectores de sentirse ofendidos, sino hacerlos pensar. Precisamente, le contestaron estos, la revista debía cuidar a sus lectores de contenido ofensivo. Desatada la tormenta, Buruma fue instado a disculparse, cuestión que contempló, pero a la que finalmente se negó por considerar que él no había cometido ninguna transgresión moral que mereciera una disculpa. En un párrafo de su columna en el *Financial Times*, Buruma dio cuenta del fanatismo que lo liquidó citando al académico afroamericano John McWhorter:

> En occidente, especialmente en los Estados Unidos, la discusión sobre la raza […] ha adquirido un tono casi religioso. Los blancos solo pueden obtener la 'absolución moral' […] atestiguando eternamente su privilegio blanco, como una versión del pecado original. La pureza de las opiniones de las personas debe ser monitoreada cuidadosamente y las opiniones que se consideran 'problemáticas' se denuncian rápidamente como formas de blasfemia. Lo que es cierto sobre el antirracismo es igualmente válido para los movimientos contra el sexismo o contra cualquier otra forma de prejuicio odioso[228].

Al concluir su columna, Buruma afirmó que la alarmante intensidad de la reacción, fomentada por las redes sociales, constituye una seria amenaza para la libertad de expresión. «Los editores deben ser capaces de asumir riesgos», afirmó. «La denuncia, en lugar del debate, resultará en una especie de conformidad temerosa. Demasiada ansiedad por desafiar al *Zeitgeist* tendrá un efecto de idiotización en el discurso público», sentenció.

Esto es lo que ocurre cuando la literatura se pone al servicio de una ideología; específicamente, de las políticas identitarias. Hoy en día no solo

los autores y editores deben ser políticamente correctos en todos sus comportamientos y opiniones para no ofender a nadie, sino que incluso la literatura de ficción en Estados Unidos únicamente puede mostrar personajes e historias que no sean ofensivas. Como bien explicó la autora Lionel Shriver, confirmando las apreciaciones de Buruma, los escritores se enfrentan «con un torrente de cosas que pueden hacer y no hacer» y que hacen que «el proceso de escribir y publicar infunda miedo». Shriver continuó refiriéndose al ataque que está sufriendo la literatura de las manos de la corrección política y las nuevas jerarquías raciales que esta ha establecido, explicando que «los escritores de ficción blancos y heterosexuales cuya etnia, raza, discapacidad, identidad sexual, religión o clase de los personajes difieren de los suyos ven sus obras sometidas a un examen forense, y no solo en las redes sociales»[229]. En el caso de los editores de ficción juvenil, y literatura infantil, agrega, contratan a «lectores de sensibilidad» para que revisen los manuscritos en busca de posibles ofensas que puedan ser percibidas por «cualquier grupo que hoy goza del estatus protegido que alguna vez se reservó para la arquitectura distinguida»[230]. En la literatura para adultos, continúa, «es imposible medir el grado de censura políticamente correcta que se produce entre bastidores en las editoriales y las agencias literarias» dado que los editores y los agentes no rechazan directamente el contenido específico, sino que simplemente rechazan el manuscrito en su totalidad sin mayor justificación[231]. Del mismo modo, afirma, resulta imposible de medir el alcance de la «autocensura colectiva de los escritores», temerosos de que los denuncien públicamente de racistas, homofóbicos o uno de los tantos *Totschlagargumente* propios de la cultura de la corrección política[232]. Ello conduce a que muchos autores rechacen crear diversidad en sus personajes a modo de evitar que les digan que caen en estereotipos, lo cual, agrega Shriver, está «matando la ficción»[233].

En un polémico discurso dado en Brisbane Writer Festival, Shriver atribuyó la decadencia de la ficción específicamente a la «ideología de las políticas identitarias» y en particular a un concepto llamado «*cultural appropriation*» (apropiación cultural)[234]. Esta es la idea de que nadie perteneciente a la cultura occidental puede adoptar ni hacer uso de costumbres, tradiciones, ideas, vestimentas u otros elementos de culturas que le son ajenas[235]. Hacerlo es una especie de robo y opresión que lesiona

la identidad del grupo al cual se ha imitado. Así, por ejemplo, si usted no es mexicano no puede hacer una fiesta con motivos mexicanos utilizando un sombrero y tomando tequila. En 2016 eso fue precisamente lo que hicieron unos estudiantes de Bowdoin College en Estados Unidos y el escándalo alcanzó proporciones nacionales. Como en otros casos, los estudiantes que se declaraban ofendidos porque otros habían hecho la fiesta de tequila repartiendo sombreros recibieron el total respaldo de las autoridades universitarias y de las organizaciones estudiantiles. La declaración oficial de estos últimos titulada «*Statement of Solidarity: re Tequila Party*» ilustra la gravedad que una cuestión tan banal como una fiesta puede significar cuando es vista a través del tabú de las políticas identitarias:

> El 24 de febrero de 2016, la Asamblea General del Gobierno Estudiantil de Bowdoin votó y aprobó por unanimidad emitir una Declaración de Solidaridad para apoyar a todos los estudiantes que fueron afectados por la fiesta del 'tequila' que tuvo lugar el 20 de febrero de 2016. Durante esta fiesta, los miembros del cuerpo estudiantil se apropiaron de los aspectos de la cultura mexicana y se produjo una serie de ataques anónimos relacionados con el incidente […]. El Comité Ejecutivo y la Asamblea están decidido a promover la educación de sus propios miembros y de todo el cuerpo estudiantil con respecto a cuestiones de raza e inclusión. La Asamblea afirma su papel como una institución líder en el *college* para responder a los incidentes de prejuicio de este año académico y a perpetuidad[236].

El caso de la fiesta del tequila, por cierto, es uno entre cientos o miles de denuncias de apropiación cultural que se han producido en Estados Unidos y otros países en los últimos años. El actor Chris Hemsworth, protagonista de la película *Thor*, quien se disfrazó de indígena para una fiesta de Año Nuevo desatando la ira de la neoinquisición, descubrió con gran sorpresa el tipo de crimen que había cometido exclamando: «Fui estúpidamente inconsciente de la ofensa que esto podía causar y de la sensibilidad en torno a este problema. Pido disculpas sinceras y sin reservas, a todas las personas nativas por esta acción irreflexiva»[237].

Este mismo tipo de mentalidad, afín a la neolengua de las microagresiones, el sesgo implícito y los espacios seguros, explica

Shriver, es lo que ha infectado la literatura de ficción amenazando con destruirla. Y es que si el concepto de apropiación cultural es tomado en serio, «¿cómo podrán los autores escribir sobre experiencias que no son las de ellos?», preguntó, dando luego una larga lista de grandes obras que hoy no podrían publicarse. Shriver recuerda cómo una de sus novelas fue criticada de racista en *The Washington Post* solo por no describir a un personaje de color de manera que se ajustara a la ideología dominante en el Partido Demócrata, lo que la llevó a concluir que «en el mundo de la política de identidad, los escritores de ficción deben tener cuidado. Si elegimos importar representantes de grupos protegidos, se aplican reglas especiales. Si un personaje es de color, debe ser tratado con guantes de seda y nunca ser involucrado en escenas que, fuera de contexto, puedan parecer irrespetuosas»[238]. Lo anterior, sin embargo, es insostenible porque «la carga es demasiado grande, el autoexamen paralizante. El resultado natural de ese tipo de crítica en el *Post* es que la próxima vez no use ningún personaje de color, a menos que hagan o digan algo que sea perfectamente admirable y encantador»[239]. Finalmente, aludiendo al escándalo de la fiesta del tequila, Shriver concluyó que la única manera de salvar la ficción es dando a los autores la libertad de usar «tantos sombreros como quieran, incluyendo mexicanos».

Desde luego, ello obliga a gozar de la libertad interior que la corrección política hace imposible. Como planteó la poetisa rumana Ana Blandiana, sobreviviente de la dictadura comunista de Nicolae Ceausescu: «Si no se libera de la corrección política, la poesía muere, no puede existir poesía en el marco de la corrección política. En tiempos de la dictadura la llamábamos no corrección política, sino censura interior»[240]. Blandiana agregó que la corrección política «es más peligrosa porque esta censura la tienes que hacer tú, por eso es mucho más tóxica que la censura que viene del exterior», pues «contra la censura de una dictadura, con unos factores externos, es mucho más fácil luchar, pero un poeta que escribe según los cánones de la corrección […] no puede ser un poeta».

Es importante recalcar que la tendencia general en contra de la excelencia y la libertad en la literatura se deriva de la ideología victimista y relativista propuesta por pensadores como Foucault y Derrida, entre otros. Nadie vería esto más claro que uno de los más grandes expertos en literatura que haya conocido el último siglo, el profesor de Yale Harold

Bloom. Vale la pena reproducir la reflexión de Bloom para hacerse una mejor idea del alcance que han tenido los pensadores posmodernos:

> En mi opinión, todas estas ideologías han destruido el estudio literario en las escuelas de posgrado y en las academias. Ya sea que lo llames feminismo, que no es realmente feminismo, no tiene nada que ver con la igualdad de derechos para las mujeres, o si lo llamas transgenerismo, etnicidad, marxismo o cualquiera de estas manifestaciones francesas, ya sea por deconstrucción o por un modo de diferencia, la lingüística u otra, o si lo llamas, lo que creo que está mal etiquetado, el nuevo historicismo, porque no es ni nuevo ni historicismo, sino simplemente un delirio de Foucault, un hombre que conocí y me gustó personalmente, pero cuya influencia creo que ha sido perniciosa, igual que la de Derrida, con quien también compartí una amistad hasta que finalmente rompimos el uno con el otro. Todos estos 'ismos' son absurdos, por supuesto; no tienen nada que ver con el estudio de la literatura o con su originalidad[241].

El mismo Bloom, en su clásico *The Western Canon,* denomina a todas estas ideologías de izquierda —feministas, deconstruccionistas, neohistoricistas, lacanianos, marxistas, semiotistas— *Schools of Resentment* o Escuela del resentimiento, y explica que su propósito no es la literatura ni la estética sino el activismo social y político. Para estas teorías el canon de las grandes obras, entre las que se encontrarían Shakespeare, Goethe, Cervantes, Tolstoi y otros, no refleja nada objetivo, sino meras estructuras de dominación. En palabras de Bloom, los dogmas de la Escuela del Resentimiento la obligan a «considerar la supremacía estética, particularmente en el caso de Shakespeare, como una conspiración cultural prolongada emprendida para proteger los intereses políticos y económicos de la Gran Bretaña mercantil desde el siglo XVIII hasta nuestros días»[242]. En tanto, en Estados Unidos, Shakespeare sería utilizado, según los profetas del resentimiento, como «un centro de poder eurocéntrico para oponerse a la legítima aspiración cultural de varias minorías», incluidas las feministas académicas. Finalmente, el profesor de Yale concluye que lo anterior explica el hecho de que Foucault haya ganado «tanto favor con los apóstoles del Resentimiento» pues al reemplazar el canon con la metáfora que llama «biblioteca», el francés

disolvió las jerarquías[243].

Aquí vemos nuevamente que la pretensión de las doctrinas de izquierda dominantes es la demolición de cualquier estándar objetivo de excelencia. En el caso de la literatura, explica Bloom, lo que buscan es simplemente aniquilar el canon por la vía de expandirlo a autores representativos de minorías que ni siquiera se encuentran entre los mejores de sus grupos, sino entre los que más expresan su resentimiento identitario[244]. Un ejemplo de este resentimiento se encuentra en la web de la bibliotecaria académica feminista y experta en «*critical race theory*» Sofía Leung. Según Leung, las bibliotecas en universidades y espacios públicos estadounidenses serían una prueba de racismo debido que la mayoría de los autores presentes en ellas son blancos. Las bibliotecas en Estados Unidos «continúan promoviendo y proliferando la blancura por su mera existencia y por el hecho de que están ocupando espacio físico en nuestras bibliotecas»[245], dice. Estas bibliotecas, al estar llenas de libros escritos por blancos, «indican que no nos importa lo que la gente de color piense, no nos importa escuchar a la gente de color en sí misma, no los consideramos eruditos y no creemos que la gente de color sea tan valiosa, informada o importante como los blancos»[246].

El objetivo de destruir todo aquello considerado superior e incluso la idea de excelencia misma ha sido sin duda alcanzando parcialmente con las guerras culturales que han puesto en marcha los profetas del resentimiento y sus seguidores. Dado que, según estos, no hay jerarquías de calidad y todo es construcción social con fines opresivos, si un autor como Shakespeare ha ocupado el centro del canon por tantas generaciones es solo porque fue el elegido por la clase dominante[247]. El argumento, sin embargo, es problemático, dice Bloom, pues quienes lo suscriben deben probar que los intereses económicos de esa clase se ven mejor reflejados en Shakespeare que en cualquier otro de sus contemporáneos, lo que evidentemente es imposible de hacer. Ahora bien, como es evidente, el ataque que busca destruir la idea de la gran literatura no puede quedar circunscrito a ella. Como bien señala Bloom, «si los cánones literarios son producto únicamente de intereses de clase, raciales, de género y nacionales, presumiblemente lo mismo debería ser cierto para todas las demás tradiciones estéticas, incluida la música y las artes visuales»[248]. Eso es exactamente lo que ha ocurrido en occidente, donde no solo las diversas

manifestaciones artísticas se encuentran bajo la paranoica mirada de la neoinquisición, sino que, aceptando la doctrina del resentimiento posmoderno, la aspiración por la belleza ha sido desplazada progresivamente por un persistente culto a la fealdad.

El culto a la fealdad

En su breve ensayo *Beauty*, el filósofo británico Roger Scruton explicó que las cosas bellas son un fin en sí mismo; objetos de contemplación que alimentan el espíritu de manera desinteresada por el bien intrínseco que ellas significan. «Querer algo por su belleza es querer eso, no para hacer algo con eso», dice Scruton[249]. Un cuadro hermoso, por ejemplo, no tiene utilidad alguna más que la satisfacción que nos ofrece contemplarlo y no puede ser sustituido, pues se trata de un deseo que no tiene un objetivo que pueda ser satisfecho, como sí sería el caso del apetito o del placer sexual. Cuando genuinamente se desea un cuadro de Monet o una escultura de Rodin, se desea ese cuadro o esa escultura y no cualquier otra. No son, para el interesado desinteresado, objetos intercambiables de modo que cualquier cuadro o cualquier escultura, incluso de los mismos artistas, satisface el deseo. La belleza entonces es un terreno incondicional y exclusivo que nos conecta con lo más profundo de nuestro ser y que, a pesar de mostrar variaciones culturales, sin duda se encuentra inmersa en universales que las trascienden. En efecto, aunque Umberto Eco constate que «la belleza nunca ha sido una cosa absoluta e inmutable, sino que ha adoptado distintos rostros según el período histórico y el país»[250], no hay duda de que, como sostiene Scruton, la simetría, el orden, la proporción, la armonía, la novedad y el entusiasmo parecen tener un ancla permanente en la psiquis humana[251]. El mismo Eco reconoce, contra la postura relativista, que «la experiencia de lo bello siempre representa un elemento de desinterés», lo cual habla de ese aspecto constitutivo de nuestra naturaleza[252]. Es por eso que, como dice Scruton, somos capaces de

encontrar consuelo y redención a los aspectos más trágicos de nuestra existencia en la belleza de la música, la literatura, la pintura, la arquitectura y otras artes, pues el sentido de la vida humana se encuentra estructuralmente conectado con la idea de lo bello y este, a su vez, es inseparable de la idea del bien y de la idea de verdad. Si no creyéramos que las cosas que valen la pena creer son aquellas verdaderas, que lo que vale la pena perseguir es el bien y lo que merece ser contemplado es lo bello, entonces ¿para qué hemos de vivir? Esta ha sido por mucho tiempo la creencia generalizada en occidente y, sin embargo, hoy se encuentra desacreditada producto del masivo ataque a la idea de verdad, cuyo colapso debe arrasar necesariamente con todo lo demás. Donde mejor se expresa esta decadencia es en el arte. Hasta hace no mucho, explica Scruton en otro ensayo, se pensaba que el propósito del arte era la belleza que los filósofos de la Ilustración veían conectada a valores morales atemporales[253]. Pero una nueva corriente de ideas buscó destruir el consenso afirmando que el arte debía ser original, es decir, capaz de generar escándalo mediante el cuestionamiento y la transgresión de las normas morales y sociales burguesas bajo las que se había desarrollado. Así fue como la disrupción y la fealdad se convirtieron en las nuevas categorías de éxito artístico. Como anunciaba Bloom, pocas ideologías han hecho más por destruir el arte que el posmodernismo y su teoría de que todo, partiendo por los parámetros estéticos, son formas de engaño que deben ser subvertidas. Jean-François Lyotard plantearía el carácter revolucionario que debía tener el artista en los siguientes términos:

> Si el pintor y el novelista no quieren ser, a su vez, apologistas de lo que existe (y apologistas de menor importancia) […] deben cuestionar las reglas del arte de la pintura y de la narración tal como se las han aprendido y recibido de sus predecesores. Pronto descubrirán que tales reglas son varios métodos de engaño, seducción y seguridad que hacen que sea imposible ser 'veraz'[254].

Más que una sana innovación, el objetivo es destruir la pretensión moderna de conectar el arte con la realidad, con alguna idea de verdad o belleza. «La estética moderna —explicó Lyotard— es una estética de lo sublime, pero es nostálgica; permite invocar lo no presentable solo como contenido ausente, mientras que la forma, gracias a su consistencia

reconocible, continúa ofreciendo al lector o al espectador material para consuelo y placer»[255]. Y ese es un crimen intolerable para el posmodernismo que «rechaza el consuelo de las formas correctas, rechaza el consenso del gusto que permite una experiencia común de nostalgia por lo imposible, e indaga en las nuevas presentaciones no para tomar placer en ellas, sino para producir mejor la sensación de que hay algo no presentable»[256]. Es por eso que, según Lyotard, el artista o escritor posmoderno «no se rige en principio por reglas preestablecidas y que no puede juzgarse […] mediante la aplicación de determinadas categorías a un texto o trabajo». Y es que, insiste Lyotard, «no nos corresponde a nosotros proporcionar realidad, sino inventar alusiones a lo que es concebible, pero no presentable»[257].

En pocas palabras, el artista posmoderno tiene por función desublimar el arte mediante la subversión de todas las normas y reglas existentes para su realización y perfeccionamiento. Según explica Eco sin llegar a condenarlo, el arte de vanguardia «no se plantea el problema de la belleza y viola todos los cánones estéticos hasta entonces respetados». Como consecuencia, este arte, agrega Eco, ni siquiera pretende «proporcionar una imagen de la belleza natural» o procurar «el tranquilizante placer de la contemplación de las formas armónicas»[258].

Esta visión rupturista es la razón por la que hoy encontramos museos y galerías plagados de adefesios y objetos grotescos y absurdos que desafían la credulidad de muchos visitantes. El famoso urinario que el francés Marcel Duchamp enviaría a la exhibición inaugural de la Society of Independent Artist en el Grand Central Palace en Nueva York, en 1917, iniciaría el culto a la fealdad y al vacío que luego se esparciría por occidente. Es importante notar que las intenciones destructivas de esta visión jamás fueron disimuladas. En una entrevista para la BBC en 1966, Duchamp explicaría que no le interesaba la palabra «arte» porque la consideraba desacreditada, ante lo cual la periodista le replicó que él había contribuido a ese descrédito deliberadamente. Duchamp replicó con evidente satisfacción: «Así es, deliberadamente. Quiero deshacerme de él porque existe una especie de adoración innecesaria del arte y bueno […] esta es una posición difícil porque he estado dentro de él todo el tiempo, pero de todos modos quiero deshacerme de él, y no puedo explicar todo lo que hago, la gente hace cosas y no sabe por qué las están haciendo»[259].

Aunque él mismo reconoció que no tenía del todo claro lo que hacía, cuestión inevitable cuando se cae en el caos relativista posmoderno, la intención de Duchamp fue, según sus propias palabras, perturbar al espectador de manera de arrasar con el objeto mismo de su admiración. No fue casualidad que haya elegido un urinario para enviar a la exposición de la Society of Independent Artist. Se trata de un acto simbólico en el cual se afirma, por un lado, que ni el artista ni su obra son algo especial, pues el urinario es un objeto producido en masa industrialmente, y, al mismo tiempo, señala que la idea de arte es una sobre la cual hay que orinarse[260]. De este modo, en un acto de pura profanación, Duchamp cambió el curso de la historia del arte hasta nuestros días. Basta ver las célebres obras de arte moderno de la Universidad de Chicago Booth School para entender las consecuencias de la filosofía de Duchamp. Basura colgando del techo, cuadros sin sentido y un árbol con rocas en sus ramas forman parte de la aclamada colección. O bien pensar en la obra de Carl Andre, *Equivalent VIII*, de 1966, que consistía en una pila de ladrillos y que cualquiera podría haber hecho. Lo mismo puede decirse de Yoko Ono, considerada por muchos una gran artista, pero cuyas exposiciones incluyen platos rotos y videos mostrando moscas caminando por el vello púbico y los pezones de una mujer desnuda. Más impactante aún es su música, un conjunto de chillidos histéricos carentes de toda melodía o armonía que hacen que una pelea de gatos en agosto parezca una sonata en comparación[261].

Lo anterior, sin embargo, no debe sorprendernos después de que Duchamp demoliera el concepto de arte y la capacidad que este siempre cultivó de crear belleza y de ofrecerla incluso al tratar los aspectos más oscuros y trágicos de nuestra existencia. Sin el nihilismo estético posmoderno, el italiano Piero Manzoni no podría haber presentado en 1961 su obra más célebre, *Merda d' artista*, consistente en su propio excremento enlatado. Manzoni produjo varias latas de su íntimo producto, llegando a fijar el precio en el equivalente a su peso en oro de dieciocho quilates. Así fue como el comprador, Alberto Lucía, pagó 30 gramos de oro por 30 gramos del excremento de Manzoni, cuya producción se exhibe hasta hoy en prestigiosas galerías de arte contemporáneo[262]. Lo mismo ocurrió con la «obra» más famosa de la artista Tracy Emin de 1998, llamada «*My Bed*». Esta consiste, literalmente, en su propia cama desordenada y sucia, con las sábanas manchadas de sus secreciones, junto a basura acumulada a sus

pies, entre la que se ve una botella de vodka Absolut vacía, cigarrillos, una rasuradora y condones usados, y ropa interior manchada con sus fluidos menstruales. La «inspiración» la tuvo esta artista en su época adolescente luego de días sin salir de su cama a causa de una depresión. Cuando finalmente se levantó, su primera reacción fue sentirse asqueada por el desastre que la rodeaba, pero de inmediato, fiel al espíritu posmodernista, cayó en cuenta de que había «creado» una extraordinaria obra de «arte» sin quererlo. La exposición de «*My Bed*» en 1999 en el museo londinense Tate, uno de los más grandes del mundo dedicados a arte contemporáneo, causó furor debido a la polémica mediática que generó llevando a Tate romper los récords de venta de entradas. Pero la magnitud del *shock* que estaba destinada a causar —la prueba por excelencia de lo que se considera arte en el mercado posmoderno— llegaría a tener efectos impredecibles incluso para Emin, quien, años después, vería «*My Bed*» rematada por Christie's en la impresionante suma de 2,54 millones de libras esterlinas. Esto, sin embargo, no se compara con los más de 100 millones de dólares que se han llegado a pagar por pinturas del expresionista abstracto Jackson Pollock, cuyos cuadros, a los ojos de muchos, no pasan de ser manchas de pintura arrojada completamente al azar y que hacen pensar que cualquiera podría hacerlo. De ahí que exista un acalorado debate sobre si Pollock era un charlatán o un genio, algo difícil de imaginar con un artista clásico[263]. No es del todo irrelevante en este contexto el hecho de que, según ciertas investigaciones, el expresionismo abstracto que encarnaría Pollock y muchos otros habría sido promovido y financiado por la CIA como una forma de propaganda política para presentar un arte genuinamente americano que pudiera competir con el arte realista soviético en la Guerra Fría[264]. Este uso político parece haber contribuido decisivamente al repentino auge y popularidad del expresionismo y del arte moderno en general. La «técnica» que hacía la pintura de Pollock tan particular, llamada *«dripping»*, consistía en poner en el suelo una tela, usualmente de varios metros y caminar en torno a ella derramando pintura desde el tarro y sacudiendo la brocha aparentemente sin pensar demasiado en la forma ni la cantidad. El resultado es una mezcla arbitraria de colores sin objetivo predeterminado[265].

La mentalidad trivial que se esconde tras el tipo de arte posmoderno la

reflejó la misma Emin en 2015, cuando «*My Bed*» fue conseguida nuevamente por Tate:

> Creo que ahora la gente ve la cama como algo muy diferente. Con la historia y el tiempo, la cama ahora se ve increíblemente dulce y tiene este encanto […] Y hay cosas en esa cama que ahora tienen un lugar en la historia. Incluso formas de anticoncepción, el hecho de que ya no tengo períodos, el hecho de que el cinturón que rodeaba mi cintura ahora solo se ajusta alrededor de mi muslo[266].

De Miguel Ángel, Rafael, Da Vinci y Rubens a Emin, Duchamp y Manzoni. Ese es el mundo de la posmodernidad, uno completamente relativista en el que es el discurso sobre el arte lo que hace que algo sea arte y en el cual siempre se requiere de alguna teoría sobre la obra para llenar el total vacío de interés que esta deja en la mente del desconcertado espectador[267]. Solo en ese mundo un personaje como Martin Creed puede saltar a la fama mundial ganando el Turner Prize del año 2001 con una habitación vacía en la que las luces se prenden y apagan. Creed, quien no pone nombre a sus obras sino números y cuyo nihilismo llega a tal punto que él mismo confiesa —correctamente habría que decir— que no se ve a sí mismo como un artista, es tal vez el ejemplo más honesto de la decadencia vacía que afecta a parte de las artes occidentales[268].

Tate Modern compraría su obra en un precio que no dio a conocer, pero según estimaciones superaría las 100 mil libras esterlinas, desatando la ira entre otros artistas que la consideraban absurda. Pero en el mundo de los posmodernos, expertos en lenguajes enrevesados que no dicen nada, no faltaron los críticos especializados que la defendieron. «Es un trabajo importante», dijo la crítica de arte Louisa Buck, y agregó: «Es una pieza sobria y minimalista en una larga lista de artistas que utilizan materiales de todos los días para lograr un efecto formal y psicológico potente. No es fácil de ver»[269]. Así se produce la alquimia que convierte una habitación vacía con luces que se prenden y apagan en un ejemplo de riqueza creativa «difícil de ver». La verdad, como es obvio, es que dicha riqueza no se puede ver porque no existe, algo que el mismo autor reconoció al contestar a los críticos que reclamaban no entender la obra: «Cuando recorro galerías, puedo encontrar un trabajo difícil de entender, como Velázquez, por eso lo que hago es un trabajo que es realmente fácil de entender, como

una luz que se enciende y apaga»[270]. Creed reconoce, con brutal honestidad, que no hay nada en su famosa obra que no sea una habitación donde se enciende y apaga la luz. Que un personaje que dice no ser artista, que reconoce no hacer arte porque el mismo niega la existencia del arte sea simultáneamente considerado uno de los artistas más destacados de Inglaterra en los últimos tiempos es apenas un reflejo superficial del caos al que conduce el relativismo posmodernista. La pregunta pertinente en este contexto es ¿qué tiene el ser humano, cuyo espíritu se encuentra inclinado al menos a la búsqueda de sentido, para encontrar en ese universo? La respuesta es simple: nada, o peor aún, inmundicia y fealdad convertidos en objetos de culto producto de una filosofía que destruyó los cánones del arte tradicional por considerarlo políticamente incorrecto. En palabras de Scruton: «¿Qué ganamos, en términos de desarrollo emocional, espiritual, intelectual o moral? Nada, salvo ansiedad. Debemos aceptar la lección que ofrece este tipo de profanación: al tratar de mostrarnos que nuestros ideales humanos son inútiles, se demuestra a sí misma como inútil»[271].

Una manifestación alarmante de los excesos a que conduce esta mentalidad se vio con ocasión del incendio de la catedral de Notre Dame en París, ocurrido en abril de 2019; sin duda se trata de una obra maestra que no requiere de religiosidad para ser apreciada en su magnificencia. La revista *Rolling Stone*, sin embargo, recordó que para algunas personas en Francia Notre Dame «ha servido como un profundo símbolo de resentimiento, un monumento a una institución muy defectuosa y a una Francia europea cristiana idealizada que posiblemente nunca existió»[272]. En seguida, el artículo citaba al arquitecto de Harvard Patricio del Real para quien «el edificio estaba tan sobrecargado de significado» que su quema se sentía «como un acto de liberación».

Notre Dame representaría, según el profesor asociado de historia de la arquitectura de la universidad de Toronto, John Harwood, un espíritu nacionalista pues, particularmente luego de su restauración por Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc en el siglo XIX, el estilo gótico del edificio puede ser reclamado como algo auténticamente francés y, por tanto, como una especie de creación francesa colectiva que idealizaría falsamente la historia de Francia. En consecuencia, añade el mismo Harwood, recrear la iglesia como era es «repetir errores pasados», específicamente errores en

las «categorías de pensamiento». Para no cometer esos pecados de pensamiento, añadió, «uno tiene que imaginar que si se hace algo al edificio, tiene que ser una expresión de lo que queremos […] ¿Cuál sería una expresión de quienes somos ahora? ¿Qué representa, para quién es?». La respuesta es simple: es para toda la humanidad, porque más allá de su identidad francesa, esta es capaz de conectar con una dimensión del espíritu humano que tiene el potencial de apreciar el valor que posee en sí misma. Salvo, claro, que el espíritu se encuentre impregnado de resentimiento.

Purgando artistas

La decadencia derivada de la ideología que alimenta la corrección política actual no solo ha conspirado en contra de la búsqueda de belleza, considerada una forma de engaño, sino que, tal como en la literatura, ha ido quitando cada vez más oxígeno a la libertad de expresión en general en el mundo del arte y la música. De la misma mentalidad subversiva que concibe una lata con excremento de artista, una cama sucia, una habitación con luces que se prenden y apagan y un urinario, entre miles de ejemplos, como manifestaciones de algo que valga la pena ser expuesto, se ha seguido la censura a obras de distintos artistas por considerarlas ofensivas y opresivas. Así, Manchester Art Gallery retiró un cuadro —y las tarjetas postales que de él se vendían en la tienda del museo— del artista del siglo XIX John William Waterhouse. La obra censurada, titulada *Hylas and the Nymphs*, muestra a un hombre contemplando la belleza de varias mujeres jóvenes en un río y forma parte de la colección llamada «*In Persuit of Beauty*» de la misma galería, que lo retiró bajo el argumento de que la pintura trataba a las mujeres como objetos decorativos[273]. Fue solo debido a la indignación de parte del público, que denunció la decisión como un acto de censura motivado por la corrección política, que la galería restituyó el cuadro una semana después de haberlo censurado.

El de Waterhouse se encuentra lejos de ser un caso aislado. El Museo Metropolitano de Nueva York (Met) se enfrentó a una movilización que reunió más de diez mil firmas para remover un cuadro del pintor polaco francés Balthasar Klossowski de Rola, más conocido como Balthus. La obra, pintada hace más de ochenta años, muestra a una niña adolescente descansando gozosa en una silla con las piernas entreabiertas exhibiendo su ropa interior. Según la precursora de la iniciativa, la feminista Mia Merril, quien planteó la solicitud en el contexto del movimiento *#MeToo*, la pintura legitimaría la pedofilia por lo que debía ser removida o al menos incorporar una advertencia explicativa —*trigger warning*— señalando lo peligrosa y ofensiva que esta podía resultar, idea que una columna, *The New York Times* respaldó[274]. Refiriéndose al caso, el medio alemán *TAZ* notó que el ataque se debía a «la nueva sensibilidad de la política de identidad», la cual, agregó, había reducido la pintura a una imagen «equivalente a un anuncio de Calvin Klein», haciendo que la crítica fuera «ciega a su ambivalencia, a la belleza resultante y a la relación que Balthus establece con el espectador». En un esfuerzo por elevar el debate, *TAZ* agregó que el artista mostraba en esta imagen «su propia vulnerabilidad al identificarse con el adolescente seductor»[275]. El Met, por su parte, sin duda consciente de que si cedía a las demandas abriría una caja de Pandora imposible de contener, decidió mantener la obra afirmando categóricamente que la función del museo era «conservar, coleccionar y estudiar obras de arte importantes de todos los tiempos y culturas para conectar a las personas con la creatividad, el conocimiento y las ideas»[276].

Este tipo de censura se ha realizado con obras que van desde el genio italiano del barroco Michelangelo Merisi da Caravaggio, cuya pintura de 1602 *Amor omnia vincit* se pretendió prohibir hace pocos años en Berlín, hasta creaciones modernas como el cuadro de Dana Schutz *Open Casket*. En él, Schutz retrató el cuerpo mutilado del joven afroamericano Emmett Till, cuyo asesinato en 1955 sirvió de inspiración al movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. Al igual que tantos otros, este último caso ilustra cómo una vez abierta las puertas de la purga políticamente correcta ni siquiera sus propios representantes se encuentran libres de ser arrasados por ella. En este caso la furia inquisitorial fue desatada por la artista Hannah Black, quien enviaría una carta a los curadores de Whitney

Biennial donde se exponía el cuadro en la que afirmaba que cualquiera que pretendiera preocuparse por la gente negra debía rechazar la pintura, pues, en sus palabras, no era «aceptable que una persona blanca transmute el sufrimiento negro en beneficio y diversión». Black agregó que si bien la intención de Schutz podía ser presentar la «vergüenza blanca» —*white shame*—, esta vergüenza no se representaba correctamente en una pintura de un niño de color hecha por una «artista blanca». Finalmente, Black concluyó que la pintura debía desparecer porque el asunto no se trataba de «la libertad de expresión blanca y la libertad creativa blanca de Schutz», derechos que se habían basado en «la restricción de los demás» y por tanto no eran «derechos naturales»[277]. El calificativo de «blanca» a las libertades de expresión y creación es la mejor prueba de que la ideología de las políticas identitarias es hostil a los fundamentos del orden social liberal, buscando reemplazarlo por un colectivismo militante entre cuyas premisas centrales se encuentra la idea de que grupos definidos por su pertenencia a una clase o etnia son siempre víctimas de otros grupos también definidos por su clase o etnia y por tanto se encuentran en irremediable conflicto. El tono tribal es evidente en Black, según la cual las personas que no son negras poseen una «falta de comprensión colectiva» sobre hechos como que las personas negras «siguen muriendo a manos de los supremacistas blancos, que las comunidades negras siguen viviendo en una pobreza desesperada no muy lejos del museo donde cuelga esta valiosa pintura» y que «a los niños negros todavía se les niega la infancia». Nada de ello, sugirió, era responsabilidad de los afroamericanos mismos, sino de la «opresión sistemática de las comunidades negras en los Estados Unidos y en todo el mundo» y de la «apropiación capitalista de las vidas y los cuerpos de los negros con las que comenzó nuestra era actual»[278].

Si bien la obra de Schutz, en sí misma un esfuerzo de corrección política, logró sobrevivir, otras de mucha mayor estatura han tenido menos suerte. Tal fue el caso de la ópera *Carmen*, de Georges Bizet, compuesta en el mismo siglo en que Waterhouse dibujara sus ninfas. En la escena final de la tragedia operática, el soldado español, Don José, mata a Carmen en un ataque de celos para luego lamentarse cantando «Oh Carmen, mi adorada Carmen». Bajo la absurda idea de que la ópera podía poner en riesgo la vida de las mujeres, el director del Maggio Musicale Fiorentino en Florencia reformó el final de la ópera haciendo que Carmen viviera,

desvirtuando por completo el relato de Bizet. En medio de la polémica, el presidente del teatro y también alcalde de la ciudad, Dario Nardella, justificaría la decisión afirmando que esta buscaba dar un mensaje «cultural, social y ético que denuncia la violencia contra las mujeres, en aumento en Italia»[279].

Lo de *Carmen* no fue el primer caso ni el único. El año 2006 en Berlín la ópera de Mozart *Indomeneo* fue cancelada por Deutsche Oper, una de las tres casas de ópera de la ciudad, por ser potencialmente ofensiva para los musulmanes debido a que se exponía la cabeza de Mahoma junto a las de Buda y Jesús. La decisión generó enorme polémica, pero Deutsche Oper no repuso las funciones temiendo que su presentación desatara algún tipo de reacción de la comunidad musulmana. El ministro de Cultura de la época, Bernd Neumann, criticó la decisión afirmando que «si la preocupación por las posibles protestas ya lleva a la autocensura, la cultura democrática de la libertad de expresión está en peligro»[280]. Que en Berlín, uno de los centros culturales más emblemáticos de la cultura alemana y de occidente, no pueda presentarse una ópera de Mozart, otro representante icónico de la cultura germana y occidental, da para pensar profundamente sobre el estado moral e intelectual de nuestra civilización. Eso fue lo que hizo Daniel Barenboim, uno de los músicos y directores de orquesta más aclamados de todos los tiempos en un escrito dedicado al incidente. «Es deber de un gobierno proteger a sus ciudadanos de la amenaza de violencia y terrorismo, pero ¿es deber de un teatro proteger a su audiencia de expresiones artísticas que podrían interpretarse como ofensivas?», se preguntó Barenboim[281]. La esencia misma de un teatro, explicó enseguida, es mantener un diálogo con la realidad independientemente de su impacto sobre ella, pues este diálogo responde a la necesidad de un individuo o institución de expresarse. «Al censurarnos artísticamente por temor a insultar a cierto grupo de personas», explicó, «no solo limitamos el pensamiento humano en general, sino que de hecho insultamos la inteligencia» de ese mismo grupo que pretendemos dejar a salvo de la ofensa privándoles de la oportunidad de demostrar su «madurez de pensamiento»[282]. La decisión de no presentar «Idomeneo», concluyó Barenboim, no diferencia entre «ilustrados y extremistas, entre intelectuales y dogmáticos, entre personas con intereses culturales y personas de mentalidad estrecha de cualquier origen o religión»[283].

La censura en la música no se restringe a obras clásicas, por cierto. Bajo el título «¿Pueden la corrección política y la censura terminar matando el pop?» el diario *El Mundo* de España daba cuenta de una serie de cantantes y canciones que han sido atacados explicando lo difícil que resulta hoy para muchos artistas escribir su música. «Desde hace bastante tiempo no me siento libre al escribir mis canciones. Le doy mil vueltas a las frases. Intento no molestar a nadie, y aun así siempre hay algo que le molesta a alguien. Es imposible hacer las cosas como realmente pensamos y plasmarlas en el arte», declaró uno de los músicos entrevistados mientras otra defendía el derecho a ofender como parte de la libertad de expresión[284]. El mismo diario informó en agosto de 2019 que el grupo de hip hop español SFDK denunció haber sido vetado del festival BioRitme en Barcelona por no haber estado dispuesto a someterse a una «formación con perspectiva de género»[285]. La decisión de vetar el grupo se debió a que una mujer se quejó de que las letras de la banda «estaban hiriendo su sensibilidad». BioRitme anunció en un comunicado que lo que buscaba era «poner en debate y tomar conciencia de las relaciones de poder que nos da la sociedad» y que no volvería a contratar a SFDK.

La corrección política ha llegado a tal punto en el mundo de la música que la legendaria banda Rolling Stones, conocida por su sentido del *marketing*, tituló su gira de 2019 por Estados Unidos «*No filter*»[286].

Pero la ideología de la corrección política no solo ha atacado el contenido de obras artísticas, sino la posibilidad que estas tienen de florecer al dañar la calidad de las instituciones que la promueven y cultivan. Y es que, en la era de las políticas identitarias, todo aquello que no se ajuste a las expectativas de representatividad de diversos grupos victimizados cae en la maquinaria purificadora de la nueva inquisición. Según un artículo de *Los Angeles Times*, «el arte […] existe dentro de las estructuras de poder de la sociedad, estructuras dominadas por hombres», lo que significa que el sistema ha sido «diseñado» para evitar que las mujeres lleguen a ser grandes artistas[287]. Una prueba de ello sería, que si bien las mujeres constituyen el 48 por ciento de los directores de museos, cuestión que no cuadra con la narrativa sobre el patriarcado en el arte, solo tres de ellas lo son en museos con presupuesto de más de 15 millones de dólares. El que busca siempre encuentra, observó un columnista en *Die Zeit*. En efecto, no es difícil imaginar que si a ese nivel hubiera habido una paridad se habría

buscado aquellos museos con presupuestos de 20 millones de dólares para arriba o se habría medido el tamaño promedio de las oficinas de las directoras mujeres para compararlo con las oficinas de los hombres o la cantidad de asistentes disponibles o cualquier otra indicación que confirme la teoría de la opresión patriarcal. De hecho, el mismo artículo afirmó, como más evidencia de patriarcado, que en un conjunto de museos estudiados solo un 27 por ciento del espacio exclusivo era destinado a exhibiciones de mujeres. Sobre si efectivamente había suficientes mujeres cuyas obras merecieran ser presentadas por ser superiores a las de los hombres compitiendo por el mismo espacio el artículo no ofrecía una línea de evidencia. Simplemente asumió que si había diferencias era necesariamente porque hay discriminación arbitraria u oscuros mecanismos de dominación invisibles que afectan a las mujeres.

La misma lógica fue expuesta en un artículo de *The New York Times* que criticaba al Met de Nueva York por contratar a un hombre blanco como director, el austríaco Max Hollein. Según la autora, la decisión reflejaba cómo «los hombres blancos a menudo no son conscientes de las múltiples formas en que se han beneficiado, tanto históricamente como en la actualidad, de la misma política de identidad que critican entre las mujeres y las minorías»[288]. Con tal afirmación el artículo buscaba disparar con sus propias armas a aquellos que critican las políticas identitarias por privilegiar la pertenencia grupal antes que los méritos individuales. El problemas es que la analogía falla inmediatamente cuando el mismo medio reconoció que a Hollein no se le contrataba por su etnia, sino por sus calificaciones: «El punto no es que el Sr. Hollein no esté calificado para el puesto», sostuvo el diario, agregando como si no fuera ese el único criterio relevante y sin ofrecer ninguna evidencia de que «su contratación arroja luz sobre los prejuicios implícitos de la cultura de los museos»[289].

La racionalidad de *The New York Times* muestra en toda su magnitud los efectos antiliberales de las políticas identitarias. En síntesis, lo que la columnista sostenía era que a Hollein debía discriminársele, a pesar de ser calificado —probablemente el mejor calificado— por su color de piel o género en beneficio de otra persona con un color de piel o género distinto. Dado que esa discriminación arbitraria no existió, concluyó como si fuera una realidad autoevidente que «las mujeres una vez más están viendo cómo el Met refuerza el techo de cristal contra el que se han estado

golpeando la cabeza durante décadas»[290].

No puede haber duda de que esta perspectiva no es *de facto*, sino puramente ideológica y sin embargo, como la mayoría de posiciones religiosas promovidas por apóstoles de una nueva moral, resulta enormemente persuasiva e incontenible una vez que sus premisas son aceptadas. De ahí que también la música clásica sea hoy objeto de una campaña sistemática por aumentar la diversidad entre directores de orquesta bajo la teoría de que se trata de un mundo machista. Según un artículo en *The Guardian*, «las orquestas necesitan mejorar su apoyo en el cuidado de los niños y erradicar el legado patriarcal inspirado en la Filarmónica de Viena y Berlín» para hacer que las cosas se faciliten a las mujeres[291].

En la era que vivimos, consideraciones económicas o científicas que no se ajustan a la narrativa dominante no tienen cabida. Por eso es que se puede argumentar, sin mayor reflexión seria, que la escasez de mujeres entre directores de orquesta y compositores es una prueba de opresión patriarcal. Según Sound and Music, la principal agencia británica para música contemporánea, la historia de la música clásica es un ejemplo de ese machismo y de «sesgo inconsciente» en contra de las mujeres, razón por la cual, afirman, el registro de la British Music Collection muestra solo un 13 por ciento de mujeres entre sus compositores[292]. Más allá de las dificultades que en el pasado experimentaron mujeres compositoras, hay pocas dudas de que esta visión es ideológica. La prueba más evidente es la declaración de Sound and Music según la cual en este año 2020 pretende tener una perfecta equivalencia entre compositores mujeres y hombres, como si la calidad y el talento estuvieran distribuidos de manera perfectamente igualitaria entre los géneros. De hecho, la misma vocera de la organización afirma que «si se acuerda que el talento no prevalece más en un género que en otro, entonces el alejamiento de las mujeres es un terrible desperdicio y una pérdida de voces musicales únicas»[293]. Efectivamente, no puede haber dudas de que alejar mujeres talentosas por ser mujeres es una gran pérdida para todo el mundo de la música. La evidencia de que esa sea la razón que explica la baja proporción de mujeres en música clásica no se sostiene. Un famoso estudio publicado el año 2000 daba cuenta de que efectivamente en audiciones ciegas las mujeres tenían mayores opciones de avanzar en la carrera por integrar una

orquesta[294]. Sin embargo, el profesor de estadísticas de la Universidad de Columbia, Andrew Gelman, demostró que la evidencia ofrecida por el *paper* no permitía arribar a las conclusiones que se sugerían, algo que las mismas autoras insinuaron en partes del trabajo al reconocer la dificultad de analizar la muestra[295]. Es más, las autoras concluían que en instancias como semifinales no había un impacto que beneficiara a las mujeres en audiencias a ciegas. Según Gellman, toda la conclusión que se popularizó a partir de ese trabajo, según la cual las mujeres tienen un 50 por ciento más de probabilidades de avanzar en audiencias a ciegas, no tiene base sólida.

En el cuadro más general, se debe tener presente que, como veremos más adelante, la distribución de capacidades entre mujeres y hombres es diferente. Mientras los hombres tienden a concentrarse en los extremos, las mujeres se aglutinan en el promedio. En otras palabras, hay más hombres estúpidos que mujeres estúpidas y más hombres genios que mujeres genias, lo que significa que la idea según la cual por cada Mozart existe un equivalente femenino no descubierto es falsa. Quienes criticaron el proyecto de Sound and Music por sacrificar la calidad musical en función de la ideología tenían razón, pues ni siquiera la organización mostró problemas en reconocer que la ideología y no la música es su prioridad: «Si bien el compromiso de Sound and Music tiene que ver con la igualdad de género» afirmó, «también forma parte de nuestras perspectivas cada vez más amplias el deseo y la intención de diversificar la gama de artistas con los que trabajamos»[296]. La primera parte de la declaración demuestra su compromiso con la visión progresista de justicia social. La segunda es su consecuencia ineludible, pues una vez que la música deja de ser el objetivo central de una organización dedicada a la música, la búsqueda de diversidad no puede detenerse nunca. Luego de alcanzada la paridad de género, poco tiempo transcurriría hasta que los apóstoles de la nueva moral denuncien que casi todas las mujeres y hombres en música clásica son blancos. Y tal como antes se dejó de elegir a hombres más competentes por ser hombres, ahora se dejará de seleccionar a las mujeres blancas más capaces por ser blancas, dando un paso más en el declive de la música.

Las declaraciones de la directora artística y comercial del Royal Albert Hall, Lucy Noble, según la cual los jóvenes se estarían alejando del arte

por culpa de «hombres compositores blancos» como Beethoven, Mozart y Bach, pues estos desplazarían a mujeres y compositores pertenecientes a minorías, refuerzan la misma mentalidad que amenaza con politizar a la música[297]. De hecho, la idea de que la música clásica es intrínsecamente machista y racista ya ha avanzado más de lo que se cree. El festival de música de Cheltenham, el festival de Aldeburgh y el festival de música contemporánea de Huddersfield anunciaron que lograrían paridad de género entre los compositores encargados y los artistas y oradores contratados para 2022. El conservatorio Trinity Laban en Londres anunció que música de mujeres de todas las épocas representará más del 50 por ciento de los programas de conciertos en su año académico 2018-2019, prometiendo incluir más partituras de compositoras históricamente ignoradas[298]. De este modo se imponen cuotas que al convertirse en obligaciones para quienes las asumen necesariamente privilegiarán a quienes puedan llenar la cuota aun cuando no tengan mejor calidad que otros que no cumplen con el criterio arbitrario de selección. Que *The Guardian*, como diario de izquierda, declame de manera grandilocuente que «atender la diversidad no perjudica sino que incrementa la calidad»[299] no evitará que se sacrifique la calidad de la música por satisfacer un principio ideológico. Es simplemente absurdo suponer, como hace *The Guardian*, que frente a una cuota habrá proporciones idénticas de personas que llegarán igualmente calificadas y que no se asumirá absolutamente ningún costo en términos de calidad por priorizar el objetivo político e ideológico de cumplir con la cuota antes que con la obligación única de toda organización musical que debería ser la calidad, independiente de quienes la integren. La realidad es que el 77 por ciento de quienes persiguen un grado académico en música y composición en Estados Unidos son hombres y la cifra es similar en el Reino Unido[300]. Basta ese dato para entender que buscar una paridad 50/50 dejará necesariamente afuera a hombres más calificados para privilegiar mujeres. Pero, además, hay pocas dudas de que las mujeres, entre las que existen compositoras destacadas como Clara Schumann, Hildegard von Bingen y Fanny Mendelssohn, tienen la calidad suficiente como para no necesitar cuotas que las beneficien, y lo mismo puede decirse de compositoras más modernas, quienes, tal como ha ocurrido en otras áreas, encontrarán su espacio frente a las audiencias sin tener la sombra de sospecha que arroja

la cuota.

Como en otras áreas, este asalto del tribalismo en contra de la música clásica encuentra respaldo en los infaltables apóstoles de la moral que habitan las mejores universidades de occidente. En 2018 Christina Scharff, profesora del Kings College London dedicada a la promoción de la causa feminista, publicó un libro completo en una de las editoriales académicas más prestigiosas del mundo, denunciando la estructura inherentemente patriarcal y racista de la música clásica en Inglaterra y Alemania. La introducción del libro señala ya que la autora se sitúa en la tradición de Michel Foucault, de los estudios de género, culturales y la sociología, es decir, todo el aparato victimista inspirado en las teorías de la opresión posmodernas, para explicar por qué existe falta de diversidad de género y étnica en la música clásica. El libro incorpora estadísticas detalladas de representación de mujeres y minorías étnicas y entrevista también a sesenta mujeres dedicadas a la música en Berlín y Londres, todos datos que la autora interpreta a la luz de las doctrinas citadas. Interesantemente, las mujeres entrevistadas, según la misma autora, afirmaron que las desigualdades de género en ese mundo no eran un tema relevante. Es decir, las mismas mujeres que Scharff entrevistó para confirmar su tesis descartaban que la baja representación de mujeres y su relación con los hombres fuera un problema, probablemente porque ellas mejor que nadie saben lo bien calificados que están los hombres que integran las orquestas. En la clásica lógica marxista del posmodernismo, la autora, sin embargo, sugirió que estas mujeres eran ciegas a la opresión que sufren, la cual solo puede ser develada por el manejo de sofisticadas teorías accesibles para unos pocos como ella. «Al emplear distintos marcos analíticos tales como la teoría de la individuación, el posfeminismo y el neoliberalismo demuestro por qué las relaciones de poder tienden a ser silenciadas» escribió Scharff, dando cuenta de que los datos son inútiles cuando de antemano se ha decidido encontrar lo que se está buscando[301]. Y cuando sus entrevistados desestimaban la idea de discriminación racial, Scharff los acusó de utilizar «retórica individualista» describiendo el fenómeno como la *unspeakability* (no hablar de algo) de las desigualdades injustas[302]. En un *paper* publicado en 2015 en preparación del libro, Scharff explicaría el engaño en el que caían los músicos:

> Mientras que los músicos brindan una variedad de razones para la subrepresentación de determinados grupos, las desigualdades no son presentadas como una posible explicación. Esto se debe a una cultura más amplia donde el éxito y el fracaso tienden a atribuirse solo a los individuos y donde parece haber poca discusión abierta sobre las fuerzas sociales más amplias que dan forma a las vidas laborales y carreras de los artistas […] el éxito se atribuye usualmente a la aplicación personal, al talento y al mérito, y no es relacionado con el privilegio y el estatus[303].

Más adelante Scharff afirmó que esta incapacidad de hablar de las desigualdades derivada de la cultura neoliberal hace que sean «más difíciles de detectar combatir y desafiar» contribuyendo así a su perpetuación[304]. En otras palabras, aunque no se ven y los afectados no las reconocen, sabemos que existen.

El nuevo lysenkismo

En la década de 1940, en la Unión Soviética, el célebre genetista Trofim Denisovich Lysenko asumió como director de la Academia de Ciencias Soviética, puesto desde el cual, por más de dos décadas, inició una completa purga del conocimiento científico aplicado hasta el momento para ajustarlo a la ideología marxista. La genética mendeliana, pensaba Lysenko, era una expresión burguesa que debía ser superada para dar paso a la verdadera genética que era la revolucionaria y que los científicos de la época debían adoptar so pena de ser enviados a prisión o de ser ejecutados. Entre otras medidas, Lysenko prohibió los abonos, impuso la utilización del trigo de los faraones y proscribió las hibridaciones, todo lo cual llevó a un retroceso colosal en investigación científica y a la hambruna de cientos de miles de personas luego de que la producción agrícola, cuya economía había ya sido arruinada por la colectivización, cayera a la mitad[305].
Aunque ejemplos como el de Lysenko disten mucho de la realidad actual,

la mentalidad que busca someter la ciencia a la ideología en occidente se encuentra más viva de lo que se suele creer. Ya hace casi dos décadas, el neurocientífico de Harvard Steven Pinker advirtió que la ideología estaba impidiendo la aplicación de políticas basadas en evidencia científica. En su obra *The Blank Slate*, Pinker fue particularmente severo con aquellos ideólogos de raigambre marxista según los cuales la naturaleza humana no existe, atribuyendo las distintas diferencias que se aprecian entre grupos a la idea de que serían «construcciones sociales». Según Pinker, hablar de la naturaleza humana, es decir, de la idea de que venimos con un cableo cerebral y genes que definen largamente lo que somos, y por tanto nuestras diferencias individuales y grupales con otros, se ha convertido en un «tabú» y la discusión en «una herejía que debe ser erradicada»[306]. Esta negación de la naturaleza humana por razones ideológicas, sugiere Pinker, habría infectado toda la vida académica yendo en contra del sentido común más elemental. Como consecuencia, señala, se han generalizado ideas absurdas, la más común es aquella según la cual no hay diferencias innatas entre hombres y mujeres que nos hacen diverger en nuestras conductas y elecciones. Además, agregó Pinker, los intelectuales dicen en público una cosa y en privado lo que realmente creen, presionados por la corrección política, todo lo cual ha llevado a que se desacredite el discurso intelectual frente a la ciudadanía.

Ejemplos de cómo la ideología identitaria y el aura posmodernista están corrompiendo las ciencias al punto de llevar a verdaderas purgas de científicos abundan. Un caso emblemático se produjo en 2015 con sir Tim Hunt, ganador del premio Nobel de Medicina por sus trabajos sobre división celular, esenciales para avanzar en el combate contra el cáncer. Hunt, de setenta y dos años en ese momento, perdió su puesto en la University College London (UCL) —entre otras instituciones— y su carrera fue totalmente arruinada luego de que en un almuerzo en el contexto de una conferencia científica en Corea del Sur afirmara que el problema de trabajar con mujeres en el laboratorio era que se producían relaciones amorosas con ellas y que luego, si se les criticaba, se largaban a llorar[307]. Bastó un *tweet* de una feminista profesora de periodismo llamada Connie St. Louis, presente en el lugar, para que las hordas de las redes sociales se movilizaran y, luego de convocar a sus aliados en la prensa, arruinaran a Hunt. Tras forzar su renuncia, UCL emitió un comunicado

oficial alejándose del Nobel como si fuera un personaje tóxico, pero no sin antes confirmar su lealtad con la doctrina de los neoinquisidores: «UCL fue la primera universidad en Inglaterra en admitir a mujeres estudiantes en igualdad de condiciones que los hombres, y la universidad cree que este resultado —la renuncia de Hunt— es compatible con nuestro compromiso con la igualdad de género»[308]. Como bien analizó Freud, el que rompe un tabú se convierte él mismo en tabú.

Luego de aclarar, con tono de pánico, que Hunt solo tenía una posición honoraria y que «jamás había sido empleado de UCL en toda su carrera» ni había recibido un salario de la institución, UCL agregó que, al aceptar la renuncia al cargo honorífico, había enviado «una clara señal de que la igualdad y la diversidad son verdaderamente valoradas»[309]. St. Louis en tanto, publicó un artículo en el diario *The Guardian* diciendo que la historia de Hunt seguía «un patrón típico de opresión» sugiriendo que quienes lo defendían, entre ellos ocho premios Nobel y Richard Dawkins, lo hacían porque representaban los intereses del *establishment*. Solamente un profundo arrepentimiento y el reconocimiento público de que lo que decía era falso podría haberlo absuelto, sugirió St. Louis en el clásico tono de quienes hacían arder brujas[310].

Así caía Hunt, perseguido por la neoinquisición, que no tolera un mínimo de herejía ni le interesa debatir los argumentos o conocer los hechos tras el crimen de pensamiento detectado y afirmado por la turba. La historia real de las palabras de Hunt, por supuesto, se conoció después y era muy distinta a la versión transmitida por la prensa y alimentada por legiones de feministas, quienes retrataron al Nobel como un monstruo sexista y machista de la peor calaña. Según consignaron testigos y grabaciones del episodio, el comentario fue realizado en tono de broma, la cual fue recibida a carcajadas por las mujeres que se encontraban en el lugar y no, según consignó la prensa, con estupor. Pero, además, Hunt no solo dijo que había un problema con tener hombres y mujeres trabajando juntos en laboratorios debido a las crisis personales que esto, en su experiencia, solía generar, sino que alabó a las mujeres científicas afirmando que debían seguir adelante con su trabajo porque era fundamental para el desarrollo. El comentario completo de Hunt fue el siguiente:

> Es extraño que a un monstruo tan chovinista como yo se le haya

> pedido que hable con mujeres científicas. Déjenme contarles acerca de mis problemas con las chicas. Tres cosas suceden cuando están en el laboratorio: te enamoras de ellas, se enamoran de ti y cuando las criticas, lloran. ¿Quizás deberíamos hacer laboratorios separados para niños y niñas? Ahora en serio, estoy impresionado por el desarrollo económico de Corea. Y las mujeres científicas jugaron, sin duda, un papel importante en ello. La ciencia necesita mujeres y ustedes deben hacer ciencia a pesar de todos los obstáculos y de monstruos como yo[311].

Cuando la historia real se conoció, *The Guardian* emitió un comunicado disculpándose por la cobertura sesgada que había dado al caso; el presidente de la Royal Society, Paul Nurse, defendió a Hunt en BBC culpando del episodio a las hordas de Twitter, y un duro editorial de *The Times* de Inglaterra habló de que Hunt había sido «traicionado» por UCL afirmando que «el rector y el consejo de la universidad han sido sordos a la razón, ciegos al sentido común y guiados por un pensamiento de grupo superficial, cuando se requería un compromiso profundo con el intelecto y la libre expresión»[312]. Según *The Times*, UCL se había dejado llevar por «una testigo sesgada de credenciales cuestionables que sacó treinta y nueve palabras de contexto» que se usaron para «destruir la reputación de un distinguido científico sin base alguna». UCL, terminó el editorial, debía pedir disculpas a Hunt «tragándose su orgullo» y ofrecerle de regreso su puesto en lugar de encerrarse en un búnker de pretendida superioridad moral[313].

Aunque Hunt fue defendido por autoridades, diversas mujeres científicas a quienes había promovido y algunos medios, su reputación fue permanentemente dañada por el resentimiento feminista y el activismo político de la prensa que lo persiguió, sentando un precedente nefasto para la discusión científica. A favor de Hunt, por cierto, jugó el hecho de que lo que dijo fue sacado de contexto. La pregunta es qué habría pasado si la broma hubiera sido tal cual como la retrató St. Louis. ¿Entonces sí habría sido justificado el hecho de destruir la carrera y reputación de uno de los más grandes científicos vivos de la humanidad?

No son solo comentarios o bromas las que pueden meter en problemas a los científicos —o a cualquiera—, sino los resultados mismos de sus

investigaciones. Un caso orwelliano fue el que se dio con el profesor de matemáticas Theodore Hill, autor principal de un *paper* cuyas conclusiones políticamente incorrectas no solo llevaron a masivos ataques en su contra, sino a que el trabajo, que ya había sido publicado en un *journal* de matemáticas, fuera luego retirado por su contenido ofensivo.

El *paper* de Hill se refería a la teoría de la *Greater Male Variability Hypothesis'* (GMVH), la que deriva de una observación ya hecha por Darwin, según la cual la distribución de una serie de características tiene una estructura distinta entre machos y hembras[314]. En el caso de los humanos, una de ellas, que Hill se propuso testear con modelos matemáticos, es la inteligencia. De acuerdo a la GMVH, si bien en promedio las inteligencias de hombres y mujeres son muy similares, la distribución dentro de los grupos se da de diferente forma. Mientras los hombres tienden a concentrarse en los extremos, las mujeres tienden a hacerlo en el medio. Esto significa que hay más hombres de muy baja inteligencia que mujeres de muy baja inteligencia, pero que también hay más hombres de altísima inteligencia que mujeres. Así se explicaría, dice Hill, por qué hay más hombres representados entre los premios Nobel, entre grandes compositores y campeones de ajedrez y también el hecho de que haya mayor cantidad de hombres criminales, suicidas y vagabundos[315].

Con la ayuda del profesor de matemáticas de Pennsylvania State University, Sergei Tabachnikov, Hill elaboró el *paper* planteando esas conclusiones, recibiendo diversos elogios de sus primeros lectores, incluida una connotada profesora emérita de matemáticas y editora del *journal Mathematical Intelligencer*, donde Hill y Tabachnikov esperaban publicarlo. Luego del proceso de *peer review* y edición, el *paper* fue aceptado, pero al leerlo en la web de Tabachnikov un grupo activista de su universidad llamado «Mujeres en matemáticas» le advirtió que si bien el *paper* podía ofrecer material interesante para un debate científico, su efecto podía ser que «mujeres jóvenes impresionables» se alejaran de las matemáticas producto de sus conclusiones. Ese sería el inicio de un escándalo de proporciones colosales en la facultad, cuyo jefe de departamento explicó a Tabachnikov que la libertad de expresión y académica a veces entraban en conflicto con otros valores de la universidad, refiriéndose a la igualdad de género. En otras palabras, lo que el jefe de departamento estaba diciendo era que la ciencia debía someterse

a la ideología. No mucho tiempo transcurrió y los autores recibieron la noticia de que National Science Foundation (FSN) retiraría todo el financiamiento para la publicación del trabajo, algo sin precedentes en la historia de la organización. La razón de la medida fue una carta enviada por dos profesoras feministas de Pennsylvania State University, en la que expresaban su repudio y preocupación sobre el trabajo, sin refutar su contenido. El mismo día, la editora del *Mathematical Intelligencer* les comunicó que retiraría de publicación el *paper* por las reacciones que podía desatar, argumentando que sus conclusiones podrían ser utilizadas por la prensa de derecha. No había, dijo la editora, cuestiones científicas que objetar al trabajo explicando que las razones eran políticas, ya que el *paper* podía ser comparado con la remoción de estatuas de soldados confederados en Lexington y Kentucky. Pero la mayor responsable de la retractación de la publicación fue una profesora de matemáticas de la Universidad de Chicago llamada Amie Wilkinson, quien recurrió a su padre, un connotado experto en estadísticas para que exigiera al *Intelligencer* que retirara el *paper*. Tabachnikov y el colega que había hecho las simulaciones computacionales, en tanto, decidieron retirar sus nombres de la publicación, pues a esas alturas sus carreras ya estaban amenazadas. Hill por su parte, profesor ya retirado que no enfrentaba igual amenaza, siguió adelante, esta vez con el *New York Journal of Mathematics* (*NYJM*), una revista *online* que se mostró interesada en la publicación. Luego de revisarlo y publicarlo, la revista decidió repentinamente bajarlo de su plataforma debido a que uno de los miembros del directorio de *NYJM* era casado con Wilkinson. Siguiendo la línea de su esposa, el marido movilizó al directorio de modo que la mitad de este amenazó con renunciar si no se retiraba el *paper*, advirtiendo que destruirían la revista una vez que estuvieran fuera. Ante esa amenaza existencial, el editor decidió retirar el trabajo. Paralelamente, Wilkinson utilizaba las redes sociales para atacar al *Intelligencer* y al *NYJM*, incluyendo a los miembros del directorio. Como último recurso, Hill escribió al presidente de la Universidad de Chicago, Robert Zimmer, haciéndole ver la conducta antiética de Wilkinson y de otro profesor de esa universidad, quienes con su activismo habían restringido su libertad de expresión y la de sus coautores, lo cual transgredía el compromiso que la Universidad de Chicago había adquirido oficialmente con este principio.

Zimmer, en lugar de ser consecuente con el juramento de su universidad, optó por defender a sus académicos.

El relato de Hill concluyó advirtiendo que no se podía permitir «que la búsqueda de una mayor equidad e igualdad interfiera con el estudio académico desapasionado», pues no importa «cuán desagradables puedan ser las implicaciones de un argumento lógico», lo que se debía hacer, dijo, era permitir que se sostuviera o cayera por sus méritos y no por su «conveniencia o utilidad política». Y en este caso, agregó Hill, todas las instituciones involucradas se habían «rendido a las demandas de la izquierda académica radical para reprimir una idea controvertida»[316].

Un caso similar ocurrió con el *paper* «*The Case for Colonialism*», publicado en el *Third World Quarterly* y luego retirado tras una revuelta en contra de la prestigiosa editorial Taylor and Francis, responsable de la publicación. La declaración de la editorial justificando la decisión da cuenta del nivel de virulencia al que ha llegado la ideología de la corrección política. Si bien estaba demostrado, argumentó la editorial, que el ensayo se había sometido a una revisión doble y a ciegas por pares académicos, «el editor de la revista posteriormente recibió amenazas graves y creíbles de violencia personal»[317]. Como consecuencia, concluyó Taylor and Francis, se había decidido retirar el trabajo. Pero la crisis fue aun mayor de lo que sugería la nota de retiro. Enfrentados a un *paper* que aportaba evidencia sobre que el colonialismo había sido algo en general positivo y legítimo, los indignados ideólogos que predominan en la academia intentaron destruir el *journal* por completo. Quince miembros del directorio de un total de treinta y cuatro renunciaron y diez mil académicos firmaron una petición demandando el retiro de la publicación, señalando que el «ofensivo artículo» había traído la «condena generalizada de académicos de todo el mundo». Enseguida, y sin refutar uno solo de los argumentos del *paper*, los firmantes cuestionaban sus méritos académicos, sugiriendo que ninguna investigación que arrojara resultados distintos a los que ellos daban por ciertos podía ser considerada académicamente seria. Finalmente, los académicos aseguraban, negando lo evidente, que no era su intención restringir la libertad de expresión del autor, sino elevar los estándares e integridad de las publicaciones académicas[318]. Ante esta marea de intolerancia el autor, un profesor de ciencia política de Portland State University llamado Bruce Gilley, quien tenía una larga lista de

publicaciones en revistas de prestigio, se vio forzado a apoyar el retiro de su publicación pidiendo disculpas por «el dolor y la ira» que había causado a tanta gente. Gilley, sin embargo, no eliminó la publicación de la web de su universidad, donde se encuentra disponible hasta la fecha en que se escriben estas líneas[319].

La explicación de los signatarios, como es obvio, no hace sentido y no solo porque no refutaron el contenido del artículo, sino porque la primera razón que daban para censurarlo es que era «ofensivo». Más aún, según los quince miembros del directorio que renunciaron, era Gilley quien había «violado la libertad de expresión» al publicar un artículo que «ofendía y hería»[320]. Quince connotados académicos afirmaban así que la libertad de expresión es incompatible con la posibilidad de ofender mientras otros exigían que a Gilley no se le publicara nunca más en ninguna revista académica sobre ningún tema, e incluso que la universidad de Princeton le revocara el título doctorado por ser un «supremacista blanco»[321].

Como es evidente, la atmósfera intoxicada de dogmatismo que caracteriza a buena parte del mundo académico no queda circunscrita a las publicaciones. El famoso escándalo que llevó a renunciar al presidente de Harvard, Larry Summers, en el año 2006 muestra que ciertos temas son tabúes cualquiera sea el espacio en que se traten. En un pequeño seminario en enero de 2005, Summers dio una charla en la que intentó contestar a la pregunta sobre por qué había pocas mujeres en ciencias. En la línea de Hill, Summers, un connotado economista, cuestionó que la razón por la cual se dieran estas diferencias de representación tuviera que ver con discriminación, atribuyéndolas más bien a diferencias naturales entre ambos géneros y al mayor interés que exhiben hombres por carreras científicas. Las observaciones de Summers, basadas en diversas investigaciones científicas, desataron una tormenta a nivel mundial, llevando eventualmente a movilizaciones dentro de la misma universidad que forzaron su renuncia.

Una suerte similar corrió el joven ingeniero estrella de Google, James Damore, más de diez años después, quien sería despedido de la empresa luego de publicar un memo titulado «*Google's Ideological Echo Chamber*», en el cual denunciaba el «sesgo ideológico de izquierda» de Google y explicaba por qué había pocas mujeres representadas en tecnología. El demoledor trabajo de Damore afirmaba que la gigante del

internet había «equiparado el sesgo político con la libertad de ofensa y con la seguridad psicológica», avanzando como consecuencia hacia una cultura del silencio en que había ideas que simplemente no se podían discutir. En otras palabras, Google se había convertido en un espacio seguro del tipo que abunda en las universidades, incentivando la fragilidad psicológica de los estudiantes. Damore observó que la falta de discusión había «fomentado los elementos más extremos y autoritarios de la ideología» según la cual «todas las disparidades en la representación se deben a la opresión» y por tanto se debía «discriminar para corregir esa opresión». Según Damore, quien cuenta con un máster en biología de Harvard, ello era falso, pues las diferencias en representación entre hombres y mujeres se debían a la disímil «distribución de los rasgos entre hombres y mujeres» verificables en todas las culturas. Además, afirmaba en sintonía con la ética liberal, que «la discriminación para alcanzar una representación equitativa es injusta, divisiva y mala para los negocios». Damore formuló sus conclusiones en los siguientes términos:

> Simplemente estoy afirmando que la distribución de preferencias y habilidades de hombres y mujeres difiere en parte debido a causas biológicas y que estas diferencias pueden explicar por qué no vemos una representación igualitaria de mujeres en tecnología y liderazgo. Muchas de estas diferencias son pequeñas y hay una importante superposición entre hombres y mujeres, por lo que no se puede decir nada sobre un individuo en concreto dadas estas distribuciones a nivel de la población[322].

Fue esta idea, según la cual los hombres y mujeres no hemos evolucionado exactamente idénticos durante cientos de miles de años, lo que llevó a que se desatara una tormenta en los medios en todo Estados Unidos y a que Damore fuera despedido tras ser acusado de «avanzar estereotipos de género dañinos». El *paper* de Damore, sin embargo, era impecable científicamente, cuestión que a la empresa, entregada a la ideología de moda, le fue completamente irrelevante. En una discusión sobre el caso, Steven Pinker defendió el trabajo de Damore señalando que sus fuentes eran un buen reflejo de la literatura sobre la materia y que su informe por ningún motivo había sido escandaloso, sino inteligente[323]. En 2018, apoyado en diversos empleados, Damore lideró una acción de clase en

contra de Google respaldada por cien páginas de antecedentes que daban cuenta de la discriminación sistemática realizada en contra de hombres blancos conservadores en la empresa, los cuales, según evidencia aportada, se encontraban en listas negras de ejecutivos de la compañía[324].

El clima totalitario que denunciaba Damore no se limita a Google, sino a todo el Silicon Valley. Una de las figuras más emblemáticas del lugar, el multimillonario cofundador de Pay Pal, Pether Thiel, generó un *shock* en el mundo de la innovación tecnológica cuando anunció que decidía abandonar Silicon Valley. Entre las razones principales que Thiel dio para justificar su decisión fue que el Valley se había convertido en un «lugar totalitario, una especie de estado con partido único donde no está permitido tener opiniones disidentes». Silicon Valley, agregó, «pasó de ser un lugar predominantemente de izquierda a un estado de partido único» donde todos piensan exactamente lo mismo. Enseguida, Thiel sostuvo que el problema más grave en Estados Unidos era la corrección política que limitaba el debate y hacía imposible considerar todas las opciones en gran medida producto del adoctrinamiento que realiza el sistema educativo[325].

Thiel, por cierto, no es el único que ha criticado el clima de opinión totalitario que impera en el centro de innovación tecnológica más poderoso del mundo. Sam Altman, fundador de Y Combinator, el acelerador de *startup* más importante de Silicon Valley, desató la furia de sus colegas cuando en su blog afirmó que había sentido más libertad de debatir ideas controversiales en China que en San Francisco, lo que según él era una muestra de lo mucho que se ha deteriorado el ambiente desde 2005, año en que llegó a Silicon Valley. Según Altman, cada año «parece más fácil hablar accidentalmente de herejías en San Francisco, lo que afecta negativamente la capacidad creativa del lugar, pues al restringir la expresión, se restringen «las ideas y, por lo tanto, la innovación»[326]. «Las sociedades más exitosas —agregó— han sido generalmente las más abiertas», ya que son «las ideas verdaderas e impopulares las que hacen que el mundo avance»[327]. En Silicon Valley, añadió Altman, estaba viendo que la gente más inteligente caía en un dogmatismo que se suponía reservado a personas sin educación. Ello, sostuvo, había llevado a que diversos innovadores y científicos especializados en tecnologías, que van desde el aumento de la inteligencia hasta la prolongación de la vida, hayan abandonado el lugar por la reacción ideológica «tóxica» con la que se han

enfrentado. Confirmando la actualidad de las reflexiones de Freud y la vigencia de la obra de Miller, Altman describió un clima de persecución de «herejes» que hacía imposible la cultura de la innovación, debido a que la «corrección política» había dejado de proteger a víctimas reales para infundir miedo a dar cualquier opinión que no se conformara con la doctrina dominante[328].

La persecución a la opinión disidente en las ciencias ha llegado a tal punto que un grupo de académicos connotados de universidades como Oxford y Princeton decidió crear un *journal* científico y sometido a *peer review* cuyos autores pudieran permanecer anónimos ante la posibilidad de ver arruinada su carrera por el resultado de sus investigaciones. El proyecto reunió a más cuarenta académicos para su comité editorial y fue llamado, sintomáticamente, *Journal of Controversial Ideas*. «Estoy a favor de la capacidad de poner nuevas ideas para discusión, y veo un ambiente en el que algunas personas pueden sentirse intimidadas al hacerlo», dijo el filósofo Peter Singer, uno de los promotores[329]. Otro de los precursores, el profesor de filosofía moral de Oxford Jeff McMahan, afirmó que la revista «permitirá publicar bajo un seudónimo a las personas cuyas ideas podrían ponerlos en problemas con la izquierda o con la derecha o con su propia administración universitaria»[330]. Según McMahan, una publicación de este tipo era «necesaria» debido al espíritu de los tiempos, refiriéndose, sin usar la expresión, a la nueva inquisición que se ha apoderado de la discusión pública y académica. «Creo que todos nosotros estaremos muy contentos si la necesidad de tal revista desaparece, y cuanto antes mejor, pero ahora mismo, en las condiciones actuales, se necesita algo como esto», declaró[331].

No pasaron dos días y la prensa de izquierda atacó la iniciativa, consciente de que esta permitía un genuino espacio de libre expresión al alejar a sus autores del asesinato de imagen al que activistas en los medios y redes sociales recurren para silenciar voces que no se ajustan a su ideología. Así fue como *The Guardian* publicó un artículo de una de sus columnistas afirmando que la llamada «libertad de expresión» era un pretexto para que quienes emitían opiniones quedaran libre de las consecuencias de lo que decían, añadiendo que llamar a alguien un intelectual «controvertido» era legitimar a personas que en realidad son fanáticas y prejuiciosas[332]. El artículo desacreditó el esfuerzo como «elitista, mimado, incapaz de

participar en el ajetreo y el bullicio del mercado de ideas». Adicionalmente defendía las reacciones masivas y violentas en redes sociales, diciendo que no se podía esperar que estas masas enviaran cartas al editor y que condenar su ira era tratar de convertir en víctima a quien había sido perseguido para «santificarlo»[333].

La respuesta de Singer, McMahan y Francesca Minerva, otra precursora de la iniciativa que se desempeña en la Universidad de Ghent, no se hizo esperar. Luego de explicar que la columnista de *The Guardian* había tergiversado absolutamente la intención del *journal* sin tomarse la molestia de hacer preguntas a sus fundadores antes de escribir su ataque, los intelectuales aclararon que la revista cumpliría los más altos estándares académicos, pero que eso no significaba que debían ajustarse a doctrinas *a priori*. «Invitaremos objeciones a las ideas, pero buscaremos proteger a sus autores», explicaron, añadiendo que «la mejor manera de responder a las ideas a las que uno se opone es refutarlas, no reprimirlas a través de la coacción o la intimidación»[334].

Si bien los fundadores del *Journal of Controversial Ideas* afirman que se trata de un espacio para proteger a los autores de los ataques de izquierda y derecha, no cabe duda de que los ataques de la izquierda han sido más devastadores y recurrentes y que los casos de carreras académicas arruinadas producto de la movilización de profesores y periodistas de derecha amparados en las turbas de redes sociales han sido más bien escasos. La razón para ello es que la mayoría de los académicos y periodistas son de izquierda más o menos radical, siendo los de derecha liberal o conservadores una minoría marginal. Según estudios de la Heterodox Academy, fundada por Jonathan Haidt precisamente para fomentar la diversidad intelectual en el mundo académico, desde la década de 1990 hasta ahora los profesores en las universidades norteamericanas se han movido dramáticamente hacia la izquierda. Las cifras muestran que, desde entonces, los profesores considerados conservadores han caído de un poco más de 20 por ciento a cerca de 10 por ciento. Los moderados en tanto se han reducido de un 40 por ciento a menos de un 30 por ciento, mientras los de izquierda progresista y radical se han incrementado de un poco más de 40 por ciento a más de 60 por ciento[335]. Este cambio significa que la academia es mucho más de izquierda que la población americana en general, donde menos de un 30 por ciento se identifica con esa corriente,

lo que hace que la brecha entre ambos grupos se haya triplicado en las últimas tres décadas. El autor del estudio, Sam Abrams, profesor de política de Sarah Lawrence College, afirmó que los estudiantes están siendo adoctrinados. «¿Cuando los profesores de ciencias sociales ya no pueden tener discusiones abiertas entre ellos sobre temas políticos porque la disidencia de la postura progresista se trata como una traición?, ¿qué tipo de extremismo político e intolerancia vamos a reproducir entre nuestros estudiantes?», se preguntó[336].

Otros estudios anteriores han confirmado el sesgo ideológico de las universidades. En 2016 el profesor de economía de George Mason Daniel Klein, junto al profesor de negocios Mitchell Langbert y el economista Anthony Quian publicaron un trabajo estudiando los registros históricos de votación de académicos de las áreas de economía, derecho, historia, periodismo y psicología en las cuarenta universidades mejor ranqueadas del país de acuerdo a la lista del U.S. News and World Report. El resultado luego de analizar a 7.243 profesores fue que la proporción total de demócratas frente a republicanos es de 11,5:1[337]. En otras palabras, los republicanos no alcanzan a constituir el 9 por ciento del universo estudiado. Específicamente, las proporciones por disciplina en las cuarenta instituciones fueron: economía 4,5:1; historia 33,5:1; periodismo-comunicaciones 20,0:1; derecho 8,6:1, y psicología 17,4:1. Un dato interesante del estudio es que las universidades más elitistas mostraban niveles de diversidad intelectual más bajos. Así, por ejemplo, en Caltech la proporción de republicanos frente a demócratas era de 13:0; Brown 60:1; Thufts 32:1; Boston University 40:1; John Hopkins 35:1; Columbia y Princeton de 30:1, y MIT 19:1. Enseguida figuran Yale y NYU 16:1; UC Berkeley 14:1; Duke y Stanford 11:1, y Harvard 10:1. Universidades menos prestigiosas como Yeshiva, Wake Forest, Ohio State, Penn Satate y Case Western marcaban proporciones inferiores a 9:1, llegando hasta Pepperdine con 1,2:1.

Estos datos no son irrelevantes porque, como los mismos autores demuestran, los académicos demócratas en general presentan menor diversidad de opiniones entre ellos que los republicanos, adoptando una línea doctrinaria más dura normalmente inclinada a un mayor intervencionismo estatal. En palabras de los autores, «los demócratas, a menudo sin ser muy conscientes de ello, están más profundamente

imbuidos en las inclinaciones y mentalidades que delatan el estatismo que los republicanos, que muestran más diversidad y permiten un mayor espacio para el liberal clásico»[338].

El ambiente ideológicamente cerrado de las universidades hace que sea hostil con quienes presentan puntos de vista que no sean de izquierda y que quienes ya están dentro tiendan a contratar a académicos que confirman su sesgo valórico e intelectual. Adicionalmente, esto produce que potenciales académicos conservadores abandonen la idea de perseguir una carrera universitaria debido a las menores opciones de éxito y al clima adverso con el que se encuentran. Según los autores, este problema se ha agudizado con el tiempo, pues si en la década de 1970 la proporción profesores en ciencias sociales y humanidades demócratas/republicanos era de 3,5:1 hoy es de 10:1[339]. En la carrera de historia, por ejemplo, la proporción en 1968 era de 2,7:1 mientras en 2016 era de 33,5:1, lo que constituye un cambio radical en la composición ideológica del profesorado y, por tanto, del contenido de la investigación y el tipo de formación que reciben los estudiantes.

Pero si los profesores han caído en cámaras de eco, en las cuales casi todo su entorno piensa parecido, en el caso del personal administrativo universitario no es muy diferente. Según estudios del mismo Sam Abrams, la creciente y cada vez más poderosa burocracia de las universidades es incluso más de izquierda que los académicos. En números totales solo un 5 por ciento del personal administrativo de novecientas instituciones de todo el país se identificó como conservador, estableciendo una proporción de 1:12 con aquellos que se identifican con la izquierda, dentro de los cuales un 40 por ciento se define como izquierda radical[340]. Según Abrams, esto tiene efectos perversos sobre el alumnado, cuya experiencia educativa se encuentra fuertemente influenciada por los administrativos de la universidad. Abrams insistió en que «el monocultivo político e ideológico que silencia muchos puntos de vista políticos e ideológicos debe terminar» porque «pone en peligro la libertad de expresión real, la expresión abierta y el intercambio de una multiplicidad de ideas» que son «exactamente los atributos de la educación superior» que se deben proteger[341].

Esta falta de diversidad intelectual producto de la hegemonía de la izquierda no solo tiene efectos perversos en la formación de los estudiantes, sino que causa un daño cualitativo considerable en las

ciencias sociales, humanidades y la psicología. Así lo demuestra un profundo estudio realizado por Jonathan Haidt, los profesores de psicología José Duarte, Jarret Crawford, Lee Jussim, Philip Tetlock y la socióloga Charlotta Stern en psicología publicado en la revista *Behavioral and Brain Sciences* de la Universidad de Cambridge. Los autores constatan que en psicología «políticamente, casi todos están a la izquierda». En el *paper*, titulado «Political Diversity Will Improve Social Psychological Science», Haidt y sus coautores hacen cuatro afirmaciones sobre la realidad de la psicología que sin duda resultan aplicables a otras áreas. La primera es que la psicología académica exhibió diversidad política considerable en el pasado, pero que «ha perdido casi toda en los últimos cincuenta años»[342]. La segunda es que la ausencia de diversidad política socava «la validez de la ciencia psicológica social» a través de mecanismos como el sesgo de las preguntas a partir de la incorporación de valores de izquierda en ellas y en los métodos de investigación, y además produce el alejamiento de los investigadores de temas de investigación importantes pero «políticamente desagradables»[343]. En otras palabras, según los autores, producto de la hegemonía ideológica producida, la ciencia se ha puesto al servicio de la ideología. Como consecuencia, sostienen los autores en su tercera afirmación, una mayor diversidad política «mejoraría la ciencia de la psicológica social al reducir el impacto de sesgos tales como el «sesgo de confirmación» —que consiste en considerar solo aquella evidencia que corrobora una tesis afirmada con anterioridad—, empoderando al mismo tiempo a «minorías disidentes» para que puedan mejorar la calidad del pensamiento de la mayoría. Por último, Haidt y sus coautores señalan, coincidiendo con la tesis de Klein, Langbert y Quain, que la subrepresentación de gente que no es de izquierda en la psicología social se debe probablemente a «una combinación de autoselección, clima hostil y discriminación»[344].

El daño que el clima crecientemente intolerante y totalitario genera a las ciencias viene también dado por uno de los dogmas más fervientemente promovidos por «los apóstoles de la nueva fe», a saber, la diversidad, cuyos efectos en la música han sido comentados. Según los que algunos llaman «diversócratas», dada la existencia de una sociedad opresiva liderada por hombres blancos heterosexuales, debe incrementarse a través de privilegios artificiales la representación de latinos, personas negras,

homosexuales y mujeres, entre otros. Esta doctrina, como ha observado Heather Mac Donald en un excelente recuento sobre la materia, ha llevado a una creciente presión por bajar estándares de exigencia y desplazar a personas más calificadas para cumplir con cuotas de representatividad, todo en desmedro del progreso científico. La National Science Foundation, una agencia del gobierno federal americano que se dedica a la promoción de las ciencias, desarrolló, bajo el gobierno de Obama, todo un plan para hacer ingeniería social de acuerdo a los requerimientos ideológicos de moda. En lugar de contratar a los mejores expertos para llevar a cabo su misión, NSF se comprometió a promover la diversidad de la fuerza laboral, la que definió como «una colección de atributos individuales que, en conjunto […] de características como el origen nacional, el idioma, la raza, el color, la discapacidad, el origen étnico, el género, la religión de edad, la orientación sexual, la identidad de género, el estatus socioeconómico, el estatus de veterano, los antecedentes educativos y las estructuras familiares»[345]. Desde mucho antes, sin embargo, NSF se ha dedicado a fomentar la ideología victimista financiando programas para entrenamiento sobre «sesgo implícito» —la idea de que todos los que no califican como víctimas son racistas sin saberlo— y microagresiones[346]. Cientos de millones de dólares de los contribuyentes son destinados a la promoción de la ideología identitaria, incluyendo programas para el «descubrimiento» de contribuciones científicas y matemáticas en minorías como los navajos, uno de los pueblos originarios de Norteamérica, el estudio de «interseccionalidad» en las ciencias —la idea de que personas que concurren en diversas categorías de víctima son oprimidas— y al apoyo económico a académicos que hacen estudios sobre temas relacionados.

El National Institutes of Health, que financia programas de práctica posdoctoral en escuelas de medicina, ha seguido una lógica similar amenazando con retirar el apoyo a aquellas escuelas que no muestren suficiente representatividad de minorías, por lo que, al no haber demasiados practicantes hispanos o afroamericanos, los pocos que existen, aunque no sean calificados, son priorizados. Del mismo modo el NIH exige que la investigación médica tenga representatividad. Así, por ejemplo, los pacientes clínicos deben tener una proporción de género y étnica similar a la de su entorno, lo que complica a los investigadores,

pues ciertas enfermedades son mucho más prevalentes en unos grupos que en otros y la composición demográfica no es idéntica en todas partes. El mismo control diversocrático se realiza a distintas facultades que deben contratar expertos en proporción a la diversidad que exhibe su población circundante. En otras palabras, si el 30 por ciento de ella es latina, entonces los investigadores y académicos de la facultad deben ser 30 por ciento latinos o cercano a eso, de lo contrario no se cumple con las exigencias establecidas por las agencias de acreditación[347]. Todo esto se ha visto reforzado por la creación de burocracias universitarias dedicadas a la realización del dogma diversocrático en los departamentos de ciencias.

Otro de los efectos que ha tenido priorizar la diversidad tribal por sobre criterios objetivos ha sido la disminución de exigencias para grupos de supuestas víctimas a la hora de acceder y cursar sus estudios. Un caso emblemático ha sido el de Bill de Blasio, el alcalde demócrata de la ciudad de Nueva York, quien propuso en 2018 que, como no había suficientes minorías representadas en las ocho escuelas públicas de excelencia que tiene la ciudad, se modificaran los criterios de admisión para aumentar la diversidad. Estas escuelas especializadas se han caracterizado por aplicar exigentes *test* de admisión que determinan quien entra y quien no, garantizando una alta selectividad basada en desempeño y no en capital económico o social. Con el plan de de Blasio se eliminaba completamente el *test* y se establecía una cuota de 20 por ciento garantizada para alumnos de minorías[348]. Este plan es parte de una tendencia general en Estados Unidos y otros países a reducir estándares tanto de admisión como de exigencia dentro de escuelas y universidades, con el fin de hacer «justicia social», algo ciertamente contraproducente e injusto para aquellos padres de bajos recursos que se esmeran porque sus hijos puedan entrar a las mejores escuelas y universidades. Especialmente afectados se ven los asiáticos estadounidenses, cuyos porcentajes en las escuelas han crecido meteóricamente desplazando a todos los demás grupos, al punto de que ocupan más de la mitad de los puestos en las ocho escuelas de élite, donde latinos y afroamericanos en conjunto alcanzan un bajo 9 por ciento a pesar de constituir el 68 por ciento de todos los estudiantes de la ciudad. Es por eso que fue precisamente la comunidad de padres asiático estadounidenses que demandó a la ciudad de Nueva York bajo el argumento de que el plan de de Blassio —cuyo Discovery Program

saca a estudiantes de escuelas comunes para enviarlos a las escuelas de élite sin que hayan tomado el *test* oficial— constituye una discriminación inconstitucional en su contra al marginarlos de aquellas escuelas con altos porcentajes de estudiantes de origen asiático[349].

Las universidades en Estados Unidos no son la excepción a esto, razón por la cual la misma comunidad asiática estadounidense demandó a Harvard por discriminar sistemáticamente en su contra para beneficiar a minorías tales como latinos y afroamericanos, históricamente favorecidos por las llamadas «acciones afirmativas». El caso se proyecta como uno que constituirá un punto de inflexión en las políticas de admisión universitaria en todo el país, hace tiempo discriminadoras con blancos y asiáticos en beneficio de los otros grupos. La tesis central de los demandantes es liberal clásica en su esencia; a saber, que a todos se apliquen las mismas reglas en lugar de otorgar privilegios especiales en función de la raza[350].

El caso de las escuelas de medicina es sintomático en demostrar ese racismo institucionalizado. Para el año de admisión 2015-2016, por ejemplo, aquellos postulantes a escuelas de medicina en universidades estadounidenses con resultados promedio en los exámenes GPA y MCAT entre 3,40-3,59 y 27-29, la probabilidad de aceptación de postulantes de color fue 4 veces mayor que la de los asiáticos y 2,8 veces mayor que la de los blancos. En el caso de los hispanos ubicados en esos rangos la probabilidad de ser aceptado fue más del doble de los blancos y tres veces mayor a la de las personas de color. En cuanto al promedio de aceptación a similares puntajes, los de color exhibieron una tasa de 81,2 por ciento y los latinos de 59,5 por ciento, comparada con un 30,6 por ciento del resto. En el caso de postulantes con resultados GPA y MCAT bajo el promedio general, los afroamericanos mostraron una probabilidad 900 por ciento mayor de ser aceptados que los asiáticos y 700 por ciento mayor que los blancos. Y en el caso de postulantes con puntajes por sobre el promedio, la tasa de aceptación de estudiantes de color llega a 86,9 por ciento y de hispanos a 75,9 por ciento, mientras la de blancos alcanza 48,0 por ciento y la de asiáticos 40,3 por ciento[351]. Las universidades en Estados Unidos practican esta política sistemática de discriminación racial en casi todas sus carreras, y aun cuando en varios estados como California, Texas, Washington, Oklahoma y Florida, entre otros, la práctica de preferencias raciales se encuentre legalmente prohibida. Para soslayar esta prohibición

legal y llevar a cabo su agenda de justicia social, sin embargo, las burocracias de las universidades han inventado el concepto de que los criterios de admisión son «holísticos». Esto significa que otras supuestas cualidades, como, por ejemplo, el liderazgo, son consideradas para determinar quién entra a la universidad. Desde luego esto es un fraude que le permite a la universidad llevar a cabo la discriminación racial que la ley no permite. De hecho, la probabilidad de ser aceptado en una universidad como una persona de color o latino es tanto más elevada que el promedio, que hay personas que han fingido serlo para ingresar a la universidad. En 2015 el *New York Post* publicó un artículo de un americano de origen indio llamado Vijay Chokal-Ingam que contaba la razón por la que se había hecho pasar por afroamericano para entrar a medicina[352]. Ya en los años 90, explicó el autor, la Association of American Medical Colleges (AAMC) estableció un programa para lograr cuotas de diversidad racial en las facultades de medicina. Tras estudiar los datos publicados por la misma AAMC, Chokal-Ingam concluyó que con sus mismas calificaciones tenía muchas más probabilidades de ser aceptado si se presentaba como afroamericano. Como consecuencia decidió raparse la cabeza, cambiar su nombre a Jojo y afirmar que su familia venía de Nigeria. El truco funcionó, entrevista de admisión incluida, y Chokal-Ingam, cuya familia era adinerada, se convirtió así en estudiante de medicina gracias a las acciones afirmativas basadas en discriminación racial. En su opinión, esta política no beneficia necesariamente a los más desaventajados, algo que la literatura ha demostrado largamente[353]. Además, agregó, disminuye la calidad de la educación médica al no aceptar realmente a los mejores y crea «resentimiento racial» de aquellos que son discriminados. Chokal-Ingam, que finalmente abandonara la carrera de medicina para estudiar negocios, concluyó que esta política racial «fomenta los estereotipos negativos sobre el profesionalismo y la competencia de los profesionales afroamericanos, nativos americanos e hispanos al hacer que parezca que necesitan un tratamiento especial»[354].

Lo cierto es que los postulantes blancos y asiáticos con MCAT promedio de 31,8 y 32,8, respectivamente, son mejores que los latinos y afroamericanos, cuyos promedios son de 28 y 27,3[355]. Esto no significa que no existan individuos latinos y de color que no se encuentren entre los mejores de todos los grupos, simplemente habla de la ley de los grandes

números, es decir, de por qué hay más blancos y asiáticos en esas carreras. Pero también da cuenta de cómo la calidad de la medicina se sacrifica por razones ideológicas. Sin duda, a un paciente normal no le interesa la etnia ni el género de su médico tratante, sino que sea el más calificado. Las acciones de preferencia racial no solo conspiran en contra de ese propósito, sino que consiguen restar credibilidad a todos los miembros de los grupos supuestamente beneficiados, incluidos los que legítimamente han llegado a la posición que ocupan.

Como la medicina, la física y la ingeniería están siendo también sacrificadas en el altar de la corrección política. En Escocia, el Scottish Funding Council, alarmado entre otras cosas por el exceso de mujeres en enfermería y el de hombres en ingeniería, ha propuesto una meta fija de 75:25 por ciento de hombres y mujeres para todas las áreas de estudio hacia el 2030[356]. Este movimiento por la igualdad de género tiene alcance global. La ONU lanzó todo un programa llamado *He For She* en el cual se insta a los hombres a trabajar por la meta ideológica pretendida. La declaración de *He For She* afirma que «la gente en todas partes entiende y apoya la idea de la igualdad de género», añadiendo que se trata de un problema «de derechos humanos» y no solo de la mujer. Luego sostiene que «*He For She* es una invitación para que hombres y personas de todos los géneros se solidaricen con las mujeres para crear una fuerza audaz, visible y unida para la igualdad de género. Los hombres de *He For She* no están al margen»[357].

Por su puesto esto tiene sentido en el contexto de países no occidentales donde por ley se discrimina a las mujeres y se les impide el acceso a oportunidades básicas, además de someterlas a tratos brutales. Pero equiparar, como hace la ONU, la lapidación pública o la mutilación genital que pueda sufrir una mujer en alguna comunidad en África o Asia con la falta de mujeres en física es un absurdo que desvirtúa por completo la real causa igualitaria y liberal que es la de tener el mismo trato ante la ley. Más adelante profundizaremos en este punto cuando veamos cómo las diferencias biológicas entre hombres y mujeres inciden en que tengamos preferencias de vida distintas y cómo ello da cuenta de las diferencias en participación en áreas científicas y humanistas. Por ahora basta notar que, siguiendo esta ideología, varias de las universidades líderes de occidente empeñadas en lograr mayor representación en ciencias computacionales,

ingeniería, física, astronomía, entre otras disciplinas identificadas por *He For She*, han llegado a disminuir requisitos de entrada esenciales para la calidad científica. En algunos casos, por ejemplo, se han eliminado por completo las pruebas de matemáticas y física bajo el argumento de que muy pocas mujeres quieren tomar esos exámenes. Así, University College London se deshizo de requisitos específicos para entrar a estudiar en las facultades de ingeniería porque muy pocas mujeres querían tomar las pruebas de física, mientras Cambridge alteró su currículo haciendo más livianas las matemáticas para que más mujeres optaran por estudiar carreras en ciencias naturales. Esto consiguió que efectivamente la participación femenina se incrementara en un 39 por ciento entre 2010 y 2012[358]. Oxford, en tanto, extendió los tiempos de las pruebas de matemáticas para ayudar a las mujeres a que les fuera mejor, aunque sin conseguir el objetivo[359].

En Estados Unidos, la American Astronomical Society (AAS) ha recomendado que los programas de doctorado en astronomía eliminen el examen GRE en física debido a que perjudicaría a minorías y mujeres que, sin la prueba, tendrían a la larga mejores posibilidades de éxito. En una carta tratando el tema, la presidenta de la organización, Meg Urry, afirmó que «es de vital importancia capacitar a los líderes que ayudarán a nuestra profesión a lograr una verdadera equidad e inclusión, y por lo tanto una comunidad astronómica lo más fuerte posible»[360]. Cualquiera hubiera pensado que el objetivo de una asociación de astrónomos es el avance de la astronomía en tanto ciencia, pero en los tiempos de corrección política actuales ni el estudio de los astros queda exento de la politización a que conduce la ideología identitaria. Que la AAS tenga un «Comité Sobre la Situación de las Minorías en la Astronomía», otro «Comité Sobre la Situación de la Mujer en la Astronomía» y un «Comité Para la Orientación Sexual y las Minorías de Género en la Astronomía», los que han propuesto la eliminación del GRE obligatorio, da cuenta de que preciosos recursos se están desviando a hacer política de acuerdo a agendas de poder de ciertos grupos en lugar de investigación científica, a la cual debería ser irrelevante por completo el grado de diversidad tribal que exhiben sus cuerpos operativos y académicos.

Estos lineamientos, por cierto, han sido seguidos por universidades como Harvard y otras que ya no exigen el GRE en física para sus programas de

astronomía. Y aunque cierta evidencia no concluyente apunta a que el examen no es un predictor de éxito en la carrera, no cabe duda de que la motivación de abandonarlo sea política y no científica, y que evidentemente no se haría si la representación de estudiantes hombres, blancos y asiáticos fuera la excepción. Desde luego, los promotores de esta visión argumentan que mientras más diversa la ciencia mejor será su calidad, como si la comprensión de protones, mitocondrias y cometas se volviera más accesible dependiendo del género, orientación sexual o etnia de quien los estudia. Eso es, sin embargo, lo que parece creer la prestigiosa revista *Nature*, en cuyo sitio web afirma lo siguiente:

> La ciencia tiene un problema de diversidad. Muchos grupos están subrepresentados en la investigación, incluidas mujeres, minorías étnicas, personas con discapacidades y poblaciones socialmente desfavorecidas. La atención al problema está creciendo, y algunas instituciones y comunidades científicas están buscando activamente aumentar la diversidad. Pero aún queda mucho por hacer[361].

Los mismos casos de esfuerzo por la diversidad que cita *Nature* dan cuenta de que la discusión nada tiene que ver con ciencias, sino con ideología. Así, por ejemplo, un científico computacional de la Universidad de Florida en Gainesville cuenta que su contribución a ayudar a las mujeres afroamericanas en ciencias consiste en protegerlas del «sesgo implícito» que los hombres tienen. «Cuando una colega habla, pero luego los colegas masculinos hablan sobre ella, cordialmente los interrumpo y digo: 'Disculpe, no pude escuchar todo lo que ella tenía que decir'. Si esto sucede repetidamente, entonces debe abordarse como departamento»[362]. Interrumpir a una mujer mientras habla sería la prueba de machismo que, según *Nature*, contribuiría a que haya menos mujeres en ciencias, como si los hombres jamás se interrumpieran entre sí y como si no existieran conflictos gigantescos de ego entre científicos. Más sintomática aún es la idea de que otro hombre o la facultad entera deben salir a defender y proteger a la mujer por ser ella incapaz de imponerse por sus propios medios.

Otra de las formas de incrementar diversidad la sugiere un físico de Nueva Zelandia y consiste en no participar en lo que llama «*manels*», que son paneles compuestos solo de hombres y que son atacados por

neoinquisidores de redes sociales que nada tienen que ver con el mundo científico. Según el investigador, esto debe ser celebrado tanto como el hecho de que muchos hombres se están resistiendo a dar conferencias solo con otros hombres. «Durante los últimos tres años, me he negado a participar en los *manels*. Cuando me invitan a hablar, pregunto si la conferencia tiene un código de conducta y si hay un equilibrio de género entre los oradores invitados», explica[363]. Lo que no dice este investigador es que otros científicos hombres probablemente se nieguen a aparecer solo con hombres por temor a las hordas de redes sociales y no por una convicción real sobre la diversidad. Y es que, como hemos dicho, nada de todo esto tiene esto que ver con la ciencia en sí misma, la que es completamente ciega al género del expositor. ¿Qué ocurre si los mejores expertos del mundo en un área específica son todos hombres o si simplemente no hay mujeres en una determinada área específica de las ciencias? Nada de eso importa, pues el mismo investigador cuenta que en los casos en que los organizadores han hecho esfuerzos por encontrar mujeres, si no las encuentran él declina participar.

Otro investigador de University of Michigan Medical School sugiere que se debe hacer uso de las redes sociales para atacar a aquellos científicos que comenten los trabajos de mujeres científicas ofreciendo consejos que puedan interpretarse como «*mansplaining*». «*Mansplaining*» es básicamente la idea de que cuando los hombres explican de cierta forma algo a las mujeres lo hacen porque las creen incapaces de entender. Como esto depende absolutamente de la interpretación subjetiva de la misma mujer, entonces todos los hombres que expliquen algo a una mujer son potenciales perpetradores de «*mansplaining*»[364]. Pero este investigador fue aún más allá de endosar esa delirante categoría creando, con la ayuda de una colega psicóloga, otros nueve tipos de crímenes conductuales que por definición solo pueden cometer hombres hacia sus colegas mujeres. Luego de crear la tabla con las ofensas, la subió a Twitter en la cuenta @9ReplyGuys de modo de que las mujeres científicas tuvieran un *link* que pudieran adjuntar a sus conversaciones en Twitter donde figurara la información con el tipo de mala conducta en el que, según ellas, sus colegas hombres incurrían al debatirles sus investigaciones[365].

Todo este mecanismo de denuncia, explica el creador, ha encontrado una alta recepción entre las mujeres científicas en Twitter. «Muchas mujeres

han visto el valor de etiquetar estos comportamientos comunes. Muchas respuestas de los hombres han sido extremadamente negativas porque se encuentran con @9ReplyGuys cuando las mujeres etiquetan su comportamiento como perteneciente a una de las nueve categorías de respuesta. Ellos dicen: 'Pero yo no estaba haciendo *mansplaining'*. Sí, lo estabas».

No hay que ser un genio para saber que si los hombres son por definición sospechosos de conductas que violan la doctrina del pensamiento y conducta correcta de acuerdo a la ideología de igualdad de género, cada vez menos científicos se atreverán a opinar, dar *feedback* e incluso criticar el trabajo de sus colegas mujeres con el objetivo de mejorarlo, pues estas podrían utilizar alguna de las nueve categorías de delito verbal para presentarlo como victimario. Incluso comentarios despectivos pueden ser útiles cuando tienen un fondo sólido de crítica y es absurdo esperar que todos los hombres, especialmente en ciencias, únicamente exhiban un comportamiento emocionalmente agradable y solo hagan críticas afectivas y positivas. El mismo creador del detector de delitos verbales de género reconoce que en ciencias los hombres son entrenados para «resolver problemas» y que eso lleva a ser agresivo y a buscar imponerse. «Lo que no estamos capacitados para hacer es leer la sala y preguntar: '¿Estoy diciendo algo que la gente no sabe y necesita saber? ¿O estoy siendo condescendiente?». La ciencia se trata de lo primero, no de crear un ambiente feliz y seguro para las mujeres a quienes esta ideología, promovida por *Nature*, presenta como víctimas débiles e incapaces de navegar en ambientes más competitivos y hostiles. El mismo investigador no tiene problemas en reconocer que su proyecto se trata de ideología al definir su causa como «twittear por justicia social» con el objetivo de que los hombres «dejen de contestar y comiencen a escuchar a las mujeres».

Por si estos ejemplos no bastaran para ilustrar el punto al que el nuevo lysenkismo ha penetrado las ciencias, veamos el diagnóstico de un entomólogo de California State University, citado por *Nature*, sobre el gran desafío de las ciencias hoy en día. «No se puede hablar de equidad de género», explica, «a menos que también se trate de equidad interseccional: para mujeres transgénero, latinas, mujeres de comunidades indígenas, mujeres que son las primeras en sus familias en llegar a la universidad, etc.». Respecto a toda esta lista de víctimas creada por las políticas

identitarias, el científico afirma que «los hombres deberían asumir más responsabilidad para catalizar el cambio de cultura porque los hombres son, principalmente, el problema»[366].

Max Planck, Albert Einstein, Isaac Newton, Alexander Fleming y todos sus seguidores, hombres que desarrollaron casi la totalidad de la ciencia moderna, gracias a la cual la humanidad entera goza de la mejor calidad de vida de su historia, serían, según esta visión, un problema en la medida en que solo se concentran en la ciencia y no en la promoción y protección de supuestas víctimas. El investigador continúa insistiendo que los hombres deben preocuparse de microagresiones tales como interrumpir a una mujer, tratarlas de «señorita» en lugar de «doctora», casos que en su visión constituyen «acoso de género»[367].

Más allá de que sea totalmente irrelevante la proporción de hombres y mujeres en cualquier área en que el objetivo sea otro que la diversidad, lo cierto es que esta ya existe. En efecto, cuando se analizan los porcentajes de hombres y mujeres con doctorados de once áreas incluyendo ciencias de la salud, educación, ingeniería, comportamiento humano, agricultura y biología, física, matemática y computación, entre otras disciplinas, incluyendo artes y humanidades, se ve que hay paridad en cuatro de ellas, mientras en otras cuatro las mujeres predominan sobre los hombres y solo en tres hay mayoría de hombres. En el recuento total de doctorados otorgados en 2016-2017 las mujeres constituyen el 53 por ciento y los hombres el 47 por ciento, lo que echa por tierra la idea de que la sociedad opresiva patriarcal hace imposible a las mujeres tener iguales oportunidades que los hombres[368]. En algunas áreas como administración pública y salud más del 70 por ciento de los doctorados son entregados a mujeres, cuestión que en ningún caso es considerada un problema para la preciada «igualdad de género».

Si bien los datos anteriores se refieren a Estados Unidos, la verdad es que la tendencia se está dando en todo occidente, con los hombres siendo relegados en cuanto a cantidad de títulos universitarios. En Inglaterra, por ejemplo, es un 36 por ciento más probable que las mujeres postulen a universidades que los hombres. Un informe del Higher Education Policy Institute advirtió que los hombres se desempeñan peor que las mujeres en la educación «primaria, secundaria y superior […] y la situación está empeorando» al punto de que «la brecha entre ricos y pobres se verá

eclipsada por la brecha entre hombres y mujeres dentro de una década»[369]. Los autores del informe dicen que si la brecha fuera al revés, es decir, si las mujeres mostraran un desempeño tan malo en relación a los hombres de seguro habría «llamadas de pánico para una investigación sobre lo que está causando una desigualdad de género tan dramática» y «demandas de mejores programas de divulgación, campañas publicitarias y discriminación positiva para que las mujeres ingresen a la educación superior»[370].

Esta tendencia, dice el informe, se verifica en general en los países de la OCDE donde, en promedio, un 54 por ciento de quienes entran a educación terciaria son mujeres. En el caso de Estados Unidos la proporción de mujeres en educación superior fue de 56 por ciento en 2017. La caída en el número de hombres que asisten a universidades ha sido tan sostenida que muchas instituciones están comenzando a preocuparse del asunto para intentar revertirlo. En un artículo que señala que los hombres son «la nueva minoría» en las universidades, *The Atlantic* observó que si bien la controversia sobre asuntos de género se había enfocado en cosas como baños para transgéneros, un tema «mucho más grande detrás de la escena en las universidades es cómo atraer a más hombres»[371].

Cabe insistir, antes de finalizar el capítulo, que la ideología de la corrección política tiene efectos nocivos sobre la libertad académica y la calidad científica. Un artículo publicado por la *European Molecular Biology* advertía ya en 2005 que la presión ideológica de los pares académicos y el pensamiento del *mainstream* ahogaba la libre expresión y la innovación[372]. Según el artículo, la cultura de la corrección política incrementaba el conformismo, el plagio y el riesgo de que quienes decidan fondos de investigaciones y evalúan las publicaciones académicas elijan a aquellos conocidos que siguen la ortodoxia aceptada, conspirando así precisamente en contra de lo que la ciencia se supone que debe conseguir. Como consecuencia, agregaba el autor, diversos científicos han propuesto eliminar el *peer review*, esto es, el control que realizan otros académicos del área de una investigación antes de ser publicada, debido a la tendencia a censurarla si amenaza el consenso establecido.

En la misma línea, la National Association of Scholars publicó en 2008 un artículo de Noretta Koertge, filósofa de las ciencias y profesora emérita de Indiana University, que advertía que «las aulas de ciencias de hoy se están

convirtiendo en sitios para el adoctrinamiento en la narrativa de 'diversidad' prevaleciente», agregando que «cuando interviene la ideología, el resultado es una mala ciencia, una ciencia que es epistémica y moralmente corrupta» y que incluso puede llevar a que «la tradición de la investigación científica simplemente se desvanezca»[373]. La retórica diversocrática que se enseña en cursos de identidad impregnados de posmodernismo y su obsesión con relaciones de poder, agrega Koertge, busca explotar la idea victimista de la opresión en las ciencias. Por eso, esta visión describe la esfera científica de manera terrible mientras promueve una mayor representación de distintos grupos con el fin de «cambiarla desde dentro» para ajustarla a sus estándares ideológicos. Incluso los alumnos de escuelas, agrega Koertge, se encuentran expuestos a una creciente perspectiva políticamente correcta de las ciencias en sus textos de estudio. Luego de una larga digresión sobre cómo se ha manifestado la corrección política en las ciencias, Koertge se pregunta: «¿Qué se debe hacer para minimizar la intrusión de las políticas de identidad en la educación científica?». Como respuesta sugiere combatir toda forma de acción afirmativa y fortalecer la educación para todos. Lo segundo es jamás olvidar que el objetivo de atraer más estudiantes a las ciencias es «producir científicos de alta calidad, técnicamente competentes e innovadores» y que por tanto «nunca» se debe «sacrificar la calidad por la cantidad solo para satisfacer criterios demográficos». Koertge sugiere que la idea de que hay un problema si no hay igualdad de participación de todos los géneros y razas en todas las áreas científicas es «extraña». Finalmente señala que «debemos hacer una causa común y aprender de los valientes científicos y académicos de otros países que luchan contra los intentos, en sus naciones, de hacer que la ciencia sea políticamente correcta». Solo así, concluye, preservaremos la integridad de las ciencias de quienes pretenden cooptar «el aula de ciencias para avanzar sus agendas políticas»[374].

El retorno del ejército rojo

«El peligro actual para la libertad de pensamiento y la expresión no son los tanques del Ejército Rojo que corren a través del Fulda Gap en Alemania; es el ejército rojo de mediocridades que libra una guerra dentro de la academia y los medios de comunicación»[375]. La frase es del historiador británico Niall Ferguson en una columna del *Sunday Times* refiriéndose a la destrucción de imagen del destacado filósofo Roger Scruton, orquestada de manera maliciosa por la revista de izquierda *New Statesman*. El asesinato de imagen siguió paso a paso el guión de persecución paranoica, tergiversación de los hechos y contagio ya habitual en buena parte de la prensa occidental dominada por activistas. Luego de ser nombrado por el gobierno conservador en el cargo honorario de una comisión llamada «*Building better, building beautiful*», cuyo fin es el de mejorar la estética de la arquitectura en Inglaterra, Scruton, probablemente el filósofo conservador más destacado del mundo, fue contactado por George Eaton, uno de los editores de *New Statesman*. Creyendo que se trataba de una conversación sobre sus libros, Scruton accedió a dar la entrevista en su departamento en Londres. Antes de que esta se publicara, Eaton anunció en Twitter que Scruton había hecho «una serie de comentarios escandalosos», procediendo a abrir el menú predilecto de los apóstoles de la neoinquisición: racismo, antisemitismo, homofobia e islamofobia, entre otros. Luego de la publicación de la entrevista, miembros del Partido Conservador, incluyendo al ex ministro George Osborne, condenaron a Scruton exigiendo que fuera despedido. Otros intelectuales se sumaron a la campaña de destrucción de imagen hasta que finalmente James Brokenshire, el ministro que lo había nombrado, anunció su despido. Tras la decisión, Eaton subió una foto a Instagram tomando de una botella de champaña y expresando: «La sensación cuando logras que un racista de derecha y homofóbico sea echado como asesor de un gobierno conservador». La noticia del despido de Scruton, quien no recibía dinero por el cargo, se convirtió en discusión nacional y en una campaña masiva por destruir su imagen. Nadie, como es usual cuando la turba se desata, se preocupó de averiguar lo que realmente había dicho Scruton, quien demandó la entrega de las grabaciones con su entrevista. Ante la negativa de Eaton de entregarlas, un colega con mayor conciencia hackeó el sistema y luego de conseguir la grabación la envió a Scruton. Al hacerse pública, quedó en evidencia que todo era un montaje y

que el filósofo jamás había hecho comentarios ni racistas, ni homofóbicos, ni antisemita, ni de ningún tipo del que se le atribuían. Es más, Scruton había específicamente dicho que la homosexualidad no era una perversión y respecto a los judíos criticó a Viktor Orban en Hungría por no observar los hechos cuando se refería a George Soros. Los demás comentarios iban en líneas similares, pero el daño de las manipulaciones de Eaton, quien se vio obligado a disculparse por su comportamiento en redes sociales, ya estaba hecho, y a pesar de que algunos conservadores también se disculparon, nada fue igual, pues, como comentó un observador del caso, las mentiras fueron más poderosas que la verdad[376].

El caso Scruton es uno más dentro de cientos de ejemplos, muchos mencionados ya en este libro, en que periodistas distorsionan la verdad con el objetivo de avanzar su agenda ideológica. Y es que si la academia se encuentra dominada por el pensamiento de izquierda que pocos académicos se atreven a desafiar, la prensa no lo hace mucho mejor. Un estudio publicado en el *Quarterly Journal of Economics* el año 2005 repasando la prensa estadounidense concluyó que existía «un fuerte sesgo de izquierda», agregando que «todos los medios de comunicación», excepto el Informe especial de Fox News y el *Washington Times* estaban «a la izquierda del miembro promedio del Congreso». Algunos, incluidos *The New York Times* y *CBS Evening News*, estaban «más cerca del demócrata promedio en el Congreso que del centro»[377]. Para determinar el sesgo, los autores Tim Groseclose, de UCLA, y Jeffrey Milyo, de la Universidad de Missouri, midieron la cantidad de veces y forma en que los periodistas citaban centros de estudio y grupos dedicados a políticas públicas, comparándolo con las veces que los miembros del Congreso citaban los mismos grupos, los que tienen siempre un sello ideológico identificable. Los autores del estudio concluyeron que es muy difícil que las noticias se reporten con objetividad dado que «los periodistas pueden tener sistemáticamente el gusto de inclinar sus historias hacia la izquierda»[378].

Los hallazgos de la investigación de Milyo y Groseclose coinciden con otros estudios según los cuales tan solo un 7 por ciento de los periodistas se identificaba como republicanos en 2014, menos de la mitad que en 2002 (18 por ciento) y casi un cuarto que en 1971 (25,7 por ciento). El mismo año 2014, un 28,1 por ciento se identificó como demócrata, un 50,2 por

ciento independiente y el resto en otras categorías[379]. Si bien según este estudio los independientes han crecido a expensas de ambos partidos, la inclinación ideológica de esos independientes suele ser hacia la izquierda. Esto se ha reflejado en estudios de Pew Research Center publicados en 2004 según los cuales por cada periodista conservador en la prensa nacional había cinco de izquierda[380]. Más aún, como ha mostrado Groseclose en su libro, profundizando el trabajo realizado con Milyo, *The Turn Left. How Liberal Media Bias Distorts the American Mind*, a la hora de votar, aunque no se identifiquen con el partido, los periodistas de medios nacionales consistentemente muestran apoyar en más de un 85 por ciento a candidatos demócratas e incluso, cuando se considera evidencia no basada en encuestas, la cifra llega a 95 por ciento, lo que significa que son más de izquierda de lo que declaran en ellas[381]. Según Groseclose, debido a un fenómeno de autoselección, la gente de izquierda tiene mucho mayor inclinación a seguir la carrera de periodismo, lo que a su vez, como en la academia, hace menos atractivo para personas de derecha dedicarse a ello[382].

En esta misma línea, un artículo publicado en el medio digital estadounidense *Politico* explicando las razones por las cuales casi todos los periodistas fracasaron en predecir la victoria de Trump señaló que la razón principal es la burbuja ideológica en que estos viven debido a su creciente concentración demográfica en áreas predominantemente demócratas. Estas serían, además, zonas caras, lo cual les hace perder la conexión con el Estados Unidos real al aislarse no solo en una burbuja ideológica, sino también económica[383]. El artículo explica que casi el 90 por ciento de los periodistas dedicados a publicaciones en Internet en 2015 trabajaban en un condado donde ganó Clinton y el 75 por ciento en uno en que ganó por más de 30 puntos porcentuales, lo que significa que están inmersos en un mundo donde es raro encontrar opiniones divergentes[384]. Ante toda esta evidencia, la conclusión del artículo en *Politico* fue que Clinton era la «candidata de los medios nacionales». Groseclose, por su parte, señala que el 93 por ciento de los periodistas en Washington, que son los que cubren temas políticos e informan de ellos al público general, votan por demócratas[385].

Pero otros países también exhiben una mayoría abrumadora de periodistas que se identifican con la izquierda. Un estudio de la Universidad Rey Juan

Carlos mostró que en España al menos la mitad de ellos se identifica con la izquierda, el resto con el centro y ninguno con la derecha[386]. En el Reino Unido un estudio de la universidad de Oxford en conjunto con el Reuters Institute for the Study of Journalism arrojó que un 24 por ciento de los periodistas se identifica con el centro; un 23 por ciento con la derecha, y un mayoritario 53 por ciento con la izquierda[387]. Interesantemente este estudio señala que aquellos que se identifican con posiciones conservadoras en realidad son menos conservadores o de derecha de lo que creen, mientras que en quienes se perciben como cercanos a posiciones de izquierda normalmente la realidad es mucho más ajustada a la percepción subjetiva.

En Alemania el reconocido profesor de ciencias de la comunicación Hans Mathias Kepplinger elaboró un estudio sobre la prensa en el país que constató un fuerte sesgo hacia la izquierda y a la corrección política en la forma en que se trataban temas controversiales tales como la crisis migratoria. En una entrevista analizando los resultados de sus estudios, Kepplinger realizó una reflexión que sin duda resulta aplicable a la prensa occidental en general. No es que los periodistas sean «mentirosos que saben la verdad y, con intenciones maliciosas, difunden lo contrario», afirmó[388]. El problema es que «son creyentes que consideran erróneamente que su punto de vista profesional o departamental es la verdad sobre temas controvertidos», lo que los lleva a rayar en «la arrogancia intelectual». Una gran parte de los periodistas, agregó, «tendrían que ser más modestos y críticos para cumplir su papel como mediadores neutrales entre los eventos actuales y la población, más autocríticos y más críticos de colegas». No cabe, por lo tanto, ninguna duda, según Kepplinger, de que la preferencia ideológica de los periodistas influencia la manera en que estos reportan los hechos, muchas veces distorsionándolos para ajustarlos a sus visiones preconcebidas.

En cuanto a datos concretos de orientación ideológica, el 63 por ciento de los periodistas alemanes declara encontrarse a la izquierda de sus padres y solo un 8 por ciento a la derecha; un 46 por ciento dice ser más de izquierda que el público contra un 7 por ciento que cree ser más de derecha que él; y un 26 por ciento dice ser más de izquierda que sus amigos versus un 9 por ciento que declara ser más de derecha[389]. Esto refleja que los periodistas son un grupo más ideologizado hacia la

izquierda que sus círculos de referencia y también que el público al que se dirigen. De hecho, según el estudio de Kepplinger, el 65 por ciento de los periodistas en 2005 votaban por partidos de izquierda como SPD, Die Grünen y Die Linke —mientras apenas un 15 por ciento lo hizo por la centroderecha CDU-CSU y el partido liberal FDP—. El público, en cambio, fue mucho más equilibrado votando un 45 por ciento por la centroderecha y un 42 por ciento por la centroizquierda[390].

Al igual que la mayoría de los académicos que enseñan en las universidades, el grueso de los periodistas vive en una burbuja ideológica en la que no existe mayor diversidad intelectual ni mucho menos una representatividad proporcional de las sensibilidades ideológicas del público, lo que los lleva a desconectarse con él y a perder imparcialidad cuando se trata de informar. Todo ello, a su vez, vez contribuye a sesgar a una parte de la opinión pública y simultáneamente a generar desconfianza en otra parte de ella. No es raro, frente a esta realidad, que la prensa tienda a ser tan servil con la neoinquisición de inspiración ideológica de izquierda y que no dude, en muchos casos, en activar su ejército rojo para destruir la reputación de connotados intelectuales, políticos, artistas u otros que, incluso siendo de izquierda moderada, se aparten de la doctrina políticamente correcta. Esto no significa que no haya periodistas honestos y serios incluso de tendencia de izquierda que intentan hacer bien su trabajo. Pero dada la espiral de silencio que generan los movimientos morales revolucionarios, deben mantenerse callados o incurrir en complicidad si quieren sobrevivir, especialmente en un mundo en que el tribunal último lo conforman las turbas desenfrenadas de las redes sociales. Sin duda existe un sesgo en los medios de comunicación hacia la izquierda que la mayoría de las veces se hace evidente en cómo tratan a sus entrevistados dependiendo del sector del que estos provengan. Ejemplos de esto hay muchos, pero uno que es emblemático es el que ocurrió al profesor estrella de la Universidad de Toronto Jordan Peterson con la periodista de *Channel 4 News,* Cathy Newman[391]. La forma en que Newman intentó tergiversar las respuestas de Peterson para hacerlo quedar mal fue tan burda y extrema que la entrevista se viralizó por las redes alcanzando millones de reproducciones. La parte más sintomática de la interacción entre ambos, sin embargo, fue cuando Newmann, fiel a la ideología inquisitiva dominante, sugirió que la libertad de expresión no

debería cubrir expresiones ofensivas. Ante ello, Peterson simplemente contestó que si una persona quería pensar debía arriesgarse a ser ofensiva. Ella misma, le dijo a Newmann, lo había desafiado de manera bastante incómoda durante la entrevista con el fin de descubrir la verdad sin preocuparse demasiado por ofenderlo, cuestión que Peterson celebró como parte de la libertad de expresión ante la mirada desconcertada de su entrevistadora, que se vio obligada a concederle el punto.

Mucho se escribió sobre la entrevista de Newmann a Peterson, pero la mejor reflexión fue probablemente la que hiciera la columnista Peggy Noonan en *The Wall Street Journal* en una columna titulada «Who's Afraid of Jordan Peterson?»: «Cuando las personas —escribió Noonan—, especialmente las que están en una posición de autoridad, como las emisoras, se esfuerzan tanto por callar a un escritor, ese escritor debe tener algo que decir. Cuando los árbitros culturales intentan silenciar a un pensador, debes asumir que está diciendo algo valioso»[392].

Tolerancia represiva

El caso de Peterson, un académico destacado, nos sitúa nuevamente en el contexto universitario que ya hemos abarcado. Seguido por millones de personas y calificado por *The Wall Street Journal* como «el intelectual más influyente de occidente», el profesor canadiense ha sido acusado de toda la lista de *Totschlagargumente* imaginable. ¿La razón? Peterson ha cuestionado de manera fundada la agenda victimista de la neoinquisición haciéndose famoso por su oposición a que se obligue legalmente a las personas a utilizar pronombres que ellos no quisiesen para referirse a gente transexual u otros. Cuando se estudian los videos y escritos de Peterson, sin embargo, no existe una sola prueba de que este haya formulado comentarios sexistas, racistas, homofóbicos, transfóbicos o cualquiera otro. Como escribió la académica experta en filosofía política Carol Horton, quien comenzó a estudiar a Peterson luego de oír la

narrativa que la izquierda había construido sobre él, «la brecha entre la inteligencia obvia de Peterson y la mordaz denuncia que la izquierda hace de él como un idiota de extrema derecha es simplemente demasiado grande para que muchos de nosotros la ignoremos»[393]. Horton agregó que «el ataque de la izquierda a Peterson es tan implacable, tan superficial y con tanta frecuencia tan cruel que muchos de nosotros que trabajamos y/o vivimos en entornos sociales de izquierda nos da miedo hablar en contra de eso. No queremos alejar a nuestros amigos, dañar nuestra reputación profesional o atraer la atención de activistas que respiran fuego»[394]. Ese es el clima de terror que los entornos sin diversidad intelectual logran instalar y la forma en cómo se produce la espiral de silencio. Como observó la misma Horton, ese silencio solo contribuye a empobrecer el discurso político al eliminar voces que estén en la izquierda razonable o más a la derecha. Ello, agregó, forma parte de una tendencia mucho más general que se ha apoderado de la izquierda, la que hoy es incapaz de hablar de una serie de temas limitándose a promover «cruzadas ideológicas superficiales» con el fin de «demonizar a conservadores pensantes como Peterson»[395].

En este clima de persecución y decadencia cultural, por cierto, el hecho de que Peterson sea un consagrado académico no hace diferencia para los soldados del ejército rojo. De ahí la escandalosa decisión de la Divinity School de la Universidad de Cambridge de cancelar la oferta que le había hecho para ser Visiting Fellow, transgrediendo expresamente las reglas de libertad de expresión establecidas para las universidades de Inglaterra y Gales por la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos. Según ellas, una vez que se ha formulado una invitación a alguien para que hable en una universidad, esta no puede retirarse[396]. Como en otras ocasiones, esta vez un grupo de estudiantes saboteó la visita de Peterson, a quien censuraron por considerar que no se ajustaba al ambiente «inclusivo» de la universidad. Las razones que expusieron en la revista de los estudiantes para atacar al profesor canadiense básicamente consistían en que este cuestionaba la idea patriarcal del feminismo, la «culpa blanca» y la culpabilidad de occidente, entre otras. Pero, además, la forma en que las autoridades de Cambridge decidieron tratar el asunto, cediendo a la turba estudiantil, es reveladora. Cambridge no envió una carta privada a Peterson, sino que lo comunicó por Twitter haciendo del asunto un tema

inmediatamente público. Peor aún, hizo parecer como que la invitación había surgido luego de una petición de Peterson, lo cual era falso, pues esta había sido el resultado de una visita previa a la universidad en la que Peterson conversó con diversos académicos. Encima de todo ello, Cambridge ocultó sus motivaciones, pues afirmó que además de ir en contra de los principios de la universidad, Peterson no ofrecía una perspectiva valiosa para la comunidad universitaria. Pero resulta que en una visita anterior Peterson había hablado ante un auditórium repleto ante la Cambridge Union liderada por estudiantes, y su charla se convirtió en el segundo video más visto de la organización entre doscientos videos. «Me parece que el abarrotado auditorio de Cambridge Union, el cuestionamiento inteligente asociado con la conferencia y el número abrumador de visualizaciones acumuladas en el video publicado posteriormente indican que hay varios estudiantes de Cambridge muy interesados en lo que tengo que decir, y bien podría considerar mi visita como una valiosa contribución a la universidad», escribió Peterson en respuesta a la declaración de Cambridge[397].

El escándalo, que alcanzó proporciones nacionales, no ha sido el único en involucrar a dicha universidad. En 2017 el profesor de Oxford Nigel Biggar fue agresivamente denunciado *online* por una académica de Cambridge debido a su proyecto de investigación sobre las implicancias éticas de los imperios, los que en opinión de Biggar eran capaces tanto del bien como del mal, y en consecuencia merecían una discusión ética sofisticada. De inmediato, Biggar fue acusado de supremacista blanco y racista de cuya boca solo salía «vómito», según las palabras de la académica del departamento de literatura inglesa de Cambridge. De nada sirvieron las quejas de Biggar con las autoridades universitarias, las mismas que habían creado reglas para la interacción *online* de su cuerpo docente y universitario y que habían sido flagrantemente violadas por los ataques de la académica. Según Biggar, cuando el caso de Peterson se toma en el contexto de lo que le ocurrió a él, la conclusión es que una nueva moral totalitaria se ha tomado la universidad:

> La universidad efectivamente discrimina por motivos injustificables de raza, género y, sobre todo, de moral y política. Si usted no es blanco, es mujer y se despertó agresivamente, entonces se le otorgará

> el máximo beneficio de la duda, se le dará un pase sobre las normas oficiales de civilidad, se le permitirá escupir odio y desprecio en las redes sociales y se le permitirá (probablemente) malformar e intimidar a los estudiantes. Sin embargo, si usted es blanco, masculino, culturalmente conservador y tiene dudas expresas sobre las costumbres prevalecientes, no se le dará ningún beneficio en absoluto. Y si hace tanto como para parecer transgredir normas de inclusión mal concebidas, será excluido de manera sumaria y rudimentaria[398].

Biggar terminó su análisis del caso Peterson afirmando que la realidad en Cambridge tiene serias implicancias para la libertad intelectual y de seguro obligará a muchos a intentar erradicar de su pasado cualquier expresión que pueda considerarse ofensiva a la nueva ideología o bien a autocensurarse al punto de vivir en el exilio interno. Por ello, invitó a la universidad a darse cuenta de que el problema es su falta de diversidad política y moral.

Pero tampoco Oxford, donde Biggar se desempeña como profesor de teología, se encuentra libre de la invasión de lo que Ferguson denominó el «ejército rojo» de mediocridades imponiendo una agenda de clara inspiración totalitaria. En 2019, un movimiento de cuatrocientos estudiantes exigió que la universidad expulsara a John Finnis, uno de los filósofos de derecho natural más prominentes del último siglo. El razonamiento que dos de ellos expusieron en una columna en *The Guardian* para justificar su postura es revelador sobre la forma en que el posmodernismo ha infectado de celo totalitario el pensamiento de buena parte de la nueva generación de estudiantes. La libertad académica, dijeron, no se juzga mejor en abstracto, pues «se trata de dinámicas de poder y sistemas de desventaja que afectan la calidad de esa libertad en el mundo real»[399]. Finnis, al enseñar en Oxford, estaría intimidando a miembros de la comunidad LGTB y por tanto impidiéndoles ejercer su verdadera libertad, agregaron los estudiantes, explicando que la idea de «libertad académica» era un cliché para no enfrentar la real naturaleza del problema, que es la discriminación[400]. Así, con la teoría de las estructuras de poder ocultas que tanto obsesionaría a Foucault, una conquista tan valiosa como la libre expresión intelectual y académica se convierte, en un abrir y cerrar de ojos, en una forma de opresión y la censura del

pensamiento en un acto de auténtica «liberación» de quienes son oprimidos por determinados lenguajes y los sistemas que les permiten desplegarse. Con este tipo de mentalidad revolucionaria extendiéndose en occidente no es extraño que las universidades se estén convirtiendo en centros de adoctrinamiento para los cuales la verdad es, en el mejor de los casos, un instrumento al servicio de las agendas de poder y justicia social de grupos determinados. Es obvio que si se acepta la lógica de que no se pueden publicar ideas o pensamientos que ofendan a ciertos grupos, entonces no solo los homosexuales tendrán derecho de censurar a todo el que no apruebe la homosexualidad, sino que los creyentes podrían censurar a los profesores ateos cuya visión resulte ofensiva, los ateos a los profesores creyentes, los musulmanes a los judíos y así sucesivamente.

En defensa de Oxford hay que decir que, a diferencia de otras universidades, las autoridades no cedieron ante los inquisidores de Finnis, lo que fue esencial en poner freno al afán purgatorio de los estudiantes, quienes, según constó posteriormente, no habían analizado los escritos de Finnis en su real contexto. Finnis mismo, en lugar de retractarse y pedir disculpas, diplomáticamente afirmó que defendía cada palabra que alguna vez había escrito sobre el asunto de la homosexualidad, con lo cual dejó claro que no se dejaría amedrentar por los neoinquisidores.

Algo similar ocurrió a la icónica intelectual y referente emblemática del feminismo de segunda ola Camille Paglia en la University of Arts en Filadelfia, donde ha sido profesora por más de treinta años. En 2019, un numeroso grupo de alumnos, indignados por reflexiones que Paglia ha realizado sobre el movimiento LGTB, exigió su expulsión. Paglia, ella misma lesbiana, ha dicho que se ha instalado una moda que ha llevado a muchos a querer identificarse como trans sin serlo y que el movimiento *#MeToo* ha alcanzado niveles histéricos, convenciendo a muchas mujeres que jamás fueron atacadas sexualmente de que hubo agresión en su contra. «Camille Paglia debe ser eliminada de la facultad de UArts y reemplazada por una persona *queer* de color», decía la petición de los estudiantes, y agregaba que, si debido a su estatus de profesora con permanencia era ilegal retirarla, entonces la universidad debía, al menos, «ofrecer secciones alternativas de las clases que imparte, enseñadas por profesores que respetan a los estudiantes transgénero y sobrevivientes de agresión sexual»[401]. Además exigían que las autoridades, especialmente el

presidente de la universidad David Yager, se disculparan y se sentaran con un grupo de personas transgénero, estudiantes y sobrevivientes de agresión sexual, para hablar sobre la mejor manera de apoyarlos. Este grupo debía incluir «estudiantes de color», concluían, dejando clara la jerarquía social de la pirámide victimista.

Yager, por su parte, a diferencia de lo ocurrido en muchas universidades, optó por apoyar a Paglia, condenando las protestas durante sus clases y desechando la petición de los estudiantes bajo el argumento de que constituían un atentado en contra de la libertad académica. Paglia, discípula de Harold Bloom, en tanto, ha dedicado toda su vida a promover la libertad de la expresión personal en materias como el género, pero ha sido siempre crítica de sus excesos y de las desviaciones patológicas y totalitarias de sus representantes. En los últimos tiempos se ha convertido en una devastadora crítica del feminismo de tercera ola, así como del posmodernismo que ha infectado las humanidades, hablando sin temor a romper los tabúes más sagrados de la neoinquisición. «El silencio del *establishment* académico sobre la corrupción de las universidades occidentales por el posmodernismo y el posestructuralismo ha sido una absoluta vergüenza», declaró en 2018 cargando en contra de Lacan, Derrida y Foucault[402]. «Los venenos del posestructuralismo —agregó— se han extendido por todo el mundo y han hecho un daño enorme a los estándares académicos básicos, socavando desastrosamente la creencia, incluso en la posibilidad de conocimiento […] El declive constante en las carreras de humanidades es una señal inequívoca de que este antiguo campo noble se ha convertido en un páramo»[403].

Ahora bien, aun cuando es claro que el posmodernismo y posestructuralismo con su inspiración marxista han sido fuerzas centrales en arruinar las humanidades y, desde ahí, crear una cultura del victimismo de espíritu totalitario, existe otro cuerpo de pensamiento de origen marxista que ha hecho una contribución no menos importante al desmantelamiento de la cultura de la tolerancia. Se trata de la llamada teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, cuyos exponentes son mucho más serios, claros y rigurosos de lo que suele ser la escuela francesa, aunque con objetivos similares. El mismo Foucault expresaría su admiración por la Escuela de Frankfurt señalando que si en su tiempo hubiera «sabido de la Escuela de Frankfurt me habría ahorrado mucho trabajo», agregando

que no habría dicho «ciertas tonteras» y no habría tomado ciertas pistas para tratar de no perderse cuando «la Escuela de Frankfurt ya había despejado el camino»[404].

Sus intelectuales son ampliamente conocidos e incluyen a Theodor Adorno, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Max Horkheimer, Walter Benjamin y posteriormente a Jürgen Habermas, entre otros. Aunque excedería con creces las pretensiones de este libro explicar el pensamiento de la Escuela de Frankfurt con todos sus matices y diferencias, resulta necesario al menos repasar brevemente su origen y propósito. Este se encuentra en el Instituto de Investigación Social fundado por el alemán Felix Weil en 1923, quien había heredado una fortuna de su padre Herman, un magnate de la agricultura argentina. Con el instituto, Weil buscaba crear un centro de investigación que profundizara el pensamiento marxista para algún día entregarlo a un victorioso estado soviético alemán. La Escuela de Frankfurt, que luego de la ascensión de Hitler al poder en Alemania se trasladaría a Estados Unidos, se abocó, entonces, desde el inicio al estudio de diversas disciplinas que incluían desde asuntos económicos, filosóficos y políticos a estéticos y psicoanalíticos. La teoría que su primera generación desarrollaría incorporando todos esos elementos sería conocida como «*critical theory*» o teoría crítica (TC). Como ha explicado Rolf Wiggershaus en su monumental estudio sobre la Escuela de Frankfurt, la TC era «teoría marxista camuflada»[405]. Sus exponentes, partiendo por Horkheimer, quien haría popular el término, al igual que los posmodernos franceses, se veían a sí mismos como herederos de los principios marxistas, aunque no tanto en su crítica al sistema capitalista, sino a las condiciones sociales responsables de la alienación. Se trataba así de rescatar la esencia del ser humano de la destrucción a la que lo sometía el capitalismo en todas sus dimensiones y no solo de la explotación del proletariado. Esta preocupación había ocupado los escritos de juventud de Marx[406]. En su ensayo sobre el concepto de TC, Horkheimer explicó cómo, a diferencia de las tradicionales, la TC no representaba el *status quo* de grupos que mediante sus teorías buscaban afirmar su poder. Esta más bien reflejaba una desconfianza radical en las normas instaladas con el fin de lograr la emancipación real del individuo:

> La actitud crítica de la que estamos hablando es totalmente

> desconfiada de las reglas de conducta con las que la sociedad actualmente constituida proporciona a cada uno de sus miembros. La separación entre individuo y sociedad en virtud de la cual el individuo acepta como natural los límites prescritos para su actividad se relativiza en la teoría crítica. Esta última considera que el marco general que está condicionado por la interacción ciega de las actividades individuales (es decir, la división existente del trabajo y las distinciones de clase) es una función que se origina en la acción humana y, por lo tanto, es un posible objeto de decisión planificada y racional de determinación de objetivos[407].

En ese contexto de desconfianza de todas las reglas que caracterizan la sociedad capitalista, uno de los objetivos centrales de parte de este grupo fue atacar la Ilustración y la idea de que, gracias al uso de la razón, occidente había progresado dejando atrás la mitología y otras formas oscuras de encontrar explicaciones a los fenómenos que nos rodean. La racionalidad, afirmaban Adorno y Horkheimer en su libro *Dialectic of Enlightenment*, era el nuevo mito y sus consecuencias serían devastadoras, pues los impulsos más propiamente humanos serían sometidos a una «razón instrumental» a partir de la cual cualquier cosa podía ser justificada. «La Ilustración —escribieron—, entendida en el sentido más amplio como el avance del pensamiento, siempre ha tenido como objetivo liberar a los seres humanos del miedo e instalarlos como amos. Sin embargo, la tierra completamente iluminada está radiante con un desastre triunfante»[408]. Lo propio del pensamiento ilustrado, postulan Horkheimer y Adorno, cuyo origen, señalaron, es anterior al período conocido como la «Era de la Razón», es la dominación sobre la naturaleza, la que a su vez implica la dominación del hombre sobre su propia naturaleza debilitándola a través de la represión pensada de sus impulsos y deseos. De ahí que Horkheimer y Adorno, refiriéndose ahora sí a la Ilustración moderna afirmaran que para ella «todo lo que no se ajuste al estándar de cálculo y utilidad debe verse con sospecha» y que no importa «qué mitos se invocan en contra de él, al ser usados como argumentos, están hechos para reconocer el principio mismo de la racionalidad corrosiva en la que se basa la Ilustración. La Ilustración es totalitaria», concluyeron[409]. El mundo creado por ella, incluyendo su idea de derechos humanos, sería, de este

modo, nada más que otro mito, pero uno que sustenta una opresión brutal que llega incluso a ejercerse por parte del individuo sobre sí mismo:

> La dominación no solo se paga con el alejamiento de los seres humanos de los objetos dominados, sino que las relaciones de los seres humanos, incluida la relación de los individuos con ellos mismos, han sido embrujadas por la objetivación de la mente […] Las innumerables agencias de producción en masa y su cultura imprimen un comportamiento estandarizado en el individuo como el único natural, decente y proporcional. Los individuos se definen ahora solo como cosas, elementos estadísticos, éxitos o fracasos. Su criterio es la autoconservación, la adaptación exitosa o no exitosa a la objetividad de su función y los esquemas asignados a ella[410].

Con esas críticas, Adorno y Horkheimer parecen arrojarse al pacto con Mefistófeles renunciando a un mundo dirigido por la razón, a la que se acusa de ser el instrumento opresor por excelencia en la sociedad burguesa de mercado, para, en cambio, abrazar una especie de «verdadera Ilustración», que es la que ellos han desarrollado con el fin de moderar la dominación que el hombre pretende ejercer de la naturaleza[411]. La razón en tanto principio de organización social y económica ha de rechazarse por ser «una herramienta universal para la fabricación de todas las demás herramientas, dirigida de forma rígida y tan calamitosa como las operaciones de producción material»[412]. La pregunta obvia en este punto es cómo es posible discutir siquiera sobre el orden social mismo si el instrumento que hace posible el debate, a saber, la razón, funciona con reglas que ya predeterminan el resultado de la discusión. Mejor abandonarla por completo. O, en otro ejemplo, si la libertad se encuentra definida en términos racionalistas y, por tanto, serviles a la sociedad opresiva del orden burgués, ¿no será la violencia y la revolución total la única alternativa para romper el embrujo racionalista y la verdadera libertad, algo totalmente opuesto a lo que la sociedad burguesa sostiene que es la libertad? Precisamente en esa dirección apuntó la respuesta de Herbert Marcuse, uno de los representantes más influyentes de la Escuela de Frankfurt y crítico acérrimo de la cultura occidental. En su ensayo «Repressive Toleranz» (Tolerancia represiva), dedicado a sus alumnos de la Brandeis University, Marcuse argumentó que la tolerancia era un fin en

sí mismo que nos permitía protegernos de la violencia de terceros y, por tanto, una condición necesaria de una sociedad humana. Sin embargo, en su visión, esa sociedad no existía aún en la década de los 60, cuando escribía el ensayo, pues, sostuvo, jamás la opresión y violencia habían sido más grandes. Las democracias occidentales, con su combate en contra del comunismo, su colonialismo y otras prácticas eran tan opresivas como las dictaduras, agregó Marcuse. En consecuencia, la tolerancia no existía más que como disfraz para legitimar un orden establecido que era inherentemente inmoral. «La tolerancia se extiende a medidas políticas, actitudes, condiciones y comportamientos que no deben ser tolerados, porque obstaculizan, donde no destruyen, las posibilidades de estar allí sin miedo y sin miseria»[413], escribió. Entre ellos, añadió, se encontraban el mercado y la oposición política en las democracias, las que se encuentran neutralizadas bajo la tiranía de la tolerancia que las obligan a aceptar un estado de cosas contrario a la libertad humana. Incluso el ejercicio de derechos civiles como votar, escribir a senadores y la manifestación de opiniones críticas en la prensa, explicó Marcuse, solo sirve para validar el orden realmente represivo que se ha impuesto. En ese contexto, agrega, la libertad de expresión, de reunión y de habla se convierten meramente en «un instrumento para exculpar a la esclavitud»[414]. La democracia liberal es, a la luz de lo anterior, una «democracia totalitaria»[415]. Y es que es solo en circunstancias de igualdad total, agrega, que puede hablarse de verdadera tolerancia, lo cual no es posible en una sociedad de clases, la que puede ser compatible con la «igualdad constitucional», pero nunca con la igualdad real. En suma, en la sociedad liberal burguesa la tolerancia se reduce a un estado pasivo en el que se acepta un orden de cosas que daña al ser humano y la naturaleza.

Este es el modo en que Marcuse realiza la alquimia lingüística, propia de todo pensamiento totalitario, que permite convertir a una idea como la tolerancia liberal en su completo opuesto. La transmutación de la auténtica tolerancia, de la democracia y del estado de derecho en cruda opresión y violencia es, por supuesto, el paso previo para justificar la destrucción del sistema de libertades burguesas con el fin de instaurar la «real libertad». «La libertad debe todavía establecerse incluso en las sociedades más libres existentes», sentencia Marcuse[416]. Y ello implica que la tolerancia excluya todas aquellas posturas que no promuevan la verdadera liberación, es

decir, todas las posiciones que no adhieran a un diagnóstico marxista del tipo que hace Marcuse: «La tolerancia no puede ser indiscriminada e igual con respecto al contenido de la palabra y la expresión de la palabra; no puede proteger las palabras equivocadas y los actos injustos que, de manera demostrable, contradicen y contrarrestan las posibilidades de liberación»[417]. Y aunque el mismo Marcuse defendió la idea de que una tolerancia más amplia debía permitirse en la discusión académica y privada, al afirmar que «la tolerancia general se vuelve cuestionable cuando ya no existe su base racional, cuando se prescribe la tolerancia y se capacita a individuos que toman como propia la opinión de sus amos y las repiten como loros», dejó abierta la puerta para que esta sea destruida en todos los espacios. Esto porque la racionalidad de las opiniones, según Marcuse, consiste en abrazar la verdad que el mismo Marcuse ha descubierto[418]. De este modo, la única tolerancia posible, la «verdadera tolerancia» como la llama, es aquella en que se aceptan solo las opiniones de todos los que están de acuerdo con Marcuse y su diagnóstico según el cual la sociedad burguesa occidental es intrínsecamente opresiva: «La tolerancia liberadora significaría, por lo tanto, intolerancia con los movimientos de la derecha y tolerancia con los movimientos de la izquierda», escribió sin un atisbo de duda[419]. Como consecuencia, en la construcción de la sociedad auténticamente tolerante la libertad académica, de asociación y de expresión deben ser eliminadas en nombre de la «libertad humana» para permitir solo aquellas formulaciones que se ajusten a la narrativa neomarxista:

> Esto incluiría privar de la libertad de expresión y reunión a los grupos y movimientos que abogan por políticas agresivas, armamento, chovinismo y discriminación racial y religiosa, o que se opongan a la ampliación de entrega de servicios públicos, seguridad social y asistencia médica. Además, la restauración de la libertad de pensamiento puede requerir nuevas y severas restricciones a las doctrinas y prácticas de las instituciones educativas, que, por sus propios métodos y términos, sirven para integrar la mente en el universo establecido de habla y comportamiento impidiendo una evaluación racional de la alternativa. En la medida en que la libertad de pensamiento conduce a la lucha contra la inhumanidad, la

> restauración de tal libertad también implica la intolerancia con la investigación científica que vaya en interés de los 'elementos disuasivos' mortales y busque el retorno de condiciones anormales e inhumanas[420].

Por supuesto, en esta sociedad auténticamente «libre», el poder para determinar lo que se acepta y se rechaza, lo que se permite y se prohíbe debe ejercerlo alguien. Ahora bien, dado que, según Marcuse, se requieren conocimientos empíricos elevados y una racionalidad desarrollada que no se encuentra disponible en el pueblo, los indicados para ejercer ese poder son los expertos como él: «La cuestión de quién califica todas estas distinciones, hacer definiciones e investigaciones para la sociedad en su conjunto ahora tiene una respuesta lógica: cualquiera […] que haya aprendido a pensar de manera racional y autónoma. La respuesta a la dictadura educativa de Platón es la dictadura educativa democrática de los hombres libres»[421].

Recapitulando y resumiendo en pocas palabras los postulados anteriores, Marcuse afirma que la verdadera libertad es la de la dictadura que personas como él van a dirigir y que la verdadera racionalidad que conduce a esa libertad es aquella a la cual personas marxistas como él tienen acceso. Todo lo demás es engaño y debe ser extirpado.

La visión ideológica de Marcuse y varios teóricos colegas suyos vino a reforzar la condena que el posmodernismo francés hizo de occidente como una civilización opresora que debía ser destruida, aun cuando, a diferencia del nihilismo y pensadores como Derrida y Foucault, Marcuse no negaba la existencia de una verdad superior. De hecho, fue su defensa lo que le permitió ofrecer un modelo social alternativo de tipo dictatorial, algo que es más dudoso de encontrar en los franceses. Aunque este no llegara a realizarse, su idea de tolerancia represiva instaló una tradición de censura entre la izquierda occidental que ha resurgido con fuerza en los últimos tiempos, particularmente en Estados Unidos, donde Marcuse mismo enseñó muchos años. Es a esa tradición que se puede atribuir al menos en parte el clima de persecución y terror intelectual que se vive entre académicos, estudiantes y cada vez más entre el público general de países desarrollados. Marcuse mismo defendió el uso de la violencia por parte de minorías que se sienten oprimidas, distinguiendo entre la violencia

injustificada, que es la que ejerce el opresor a través de las instituciones de la democracia liberal y sus libertadas, y la violencia justificada o reaccionaria, que es la que ejercen los oprimidos en contra de los opresores: «Cuando —los oprimidos— usan la fuerza, no comienzan una nueva cadena de violencia, sino que rompen la establecida. Ya que serán golpeados conocen el riesgo y, cuando están dispuestos a tomarlo, ninguna tercera persona, y menos el educador e intelectual, tienen el derecho de predicar su abstención»[422].

Estas ideas fueron enormemente influyentes en las acciones violentas de estudiantes de las décadas de los 60 y 70 en Europa y su lógica es la misma que utilizan hoy para atacar, agredir y censurar las opiniones y personas que no se ajustan a la narrativa de las políticas identitarias. En 1968 el fundador del grupo terrorista alemán de izquierda Baader-Mainhof, Andreas Baader, citó directamente el ensayo de Marcuse para justificar el atentando que había realizado a una tienda comercial[423]. Actualmente, Marcuse ha sido resucitado por académicos norteamericanos de izquierda, quienes lo han invocado para defender el derecho a clausurar la libertad de expresión en las universidades apoyando la acción violentista del grupo llamado Antifa, el que, reclamando combatir el fascismo, recurre a métodos violentos propiamente fascistas. «El principio de tolerancia», escribieron dos profesores en un *paper*, «se ha convertido en un instrumento de fuerzas reaccionarias en la supresión de la izquierda radical. Entendida dialécticamente, la bandera de la tolerancia se está utilizando como un medio para neutralizar la oposición de los estudiantes contra un sistema injusto y explotador»[424], afirmaron. De este modo, agregaron los académicos, «la tolerancia se invierte» convirtiéndose «en un instrumento de opresión», cumpliendo así con la condición que Herbert Marcuse advirtió en uno de sus ensayos más controvertidos, «Tolerancia represiva». Para ellos, «la tolerancia represiva no solo persiste», sino que se encuentra entre «el arsenal del *establishment* como un instrumento de lo que Marcuse calificó como contrarrevolución en la sociedad industrial avanzada. Es decir —concluyen—, bajo la demanda de que deberían ser más ‘abiertos’, se instruye a los estudiantes de izquierda para que escuchen de manera pasiva y no expresen oposición a lo que es intolerable»[425].

De este modo, inspirada en el espíritu marcusiano, legitimaban

representantes de la izquierda académica la reacción violenta en contra de voces distintas a las de ellos, pues todas buscan salvaguardar el orden capitalista y liberal opresor. Por eso, escribieron, «debemos resistir […] agresivamente la demanda de que toleremos las expresiones o promulgaciones de estas opresiones bajo el disfraz de tolerancia liberal». Pues tolerar opiniones distintas sería una «demanda repugnante, nauseabunda, asesina» que exige «rebelarnos en todas las formas que podamos»[426].

Esta vocación inquisitorial para imponer agendas de justicia social que eliminen la supuesta «tolerancia represiva» liberal es cada vez más frecuente entre las nuevas generaciones, las que, como hemos visto, están menos dispuestas a aceptar y escuchar puntos de vista opuestos a los propios. Como ha observado April Kelly Woessner, la inclinación totalitaria de la nueva izquierda en las universidades se deriva directamente de la ideología de Marcuse[427]. Pero incluso si no fuera ese el caso, hay pocas dudas de que su ideología se encuentra ampliamente extendida hoy. En palabras del profesor de derecho de Yale Stephen Carter: «Los censores de hoy en el campus, ya sea que hayan leído a Marcuse o no, han emprendido claramente su proyecto […] Marcuse vive. Los censores seguirán comportándose deplorablemente y recordándonos al resto de nosotros que el verdadero presagio de un futuro autoritario no vive en la Casa Blanca, sino en los bosques de la academia»[428].

La situación de la libertad de expresión en los campus universitarios de Estados Unidos —que, como hemos visto, se extiende más allá de ese país y de las universidades— es lo suficientemente crítica como para que varias instituciones educacionales hayan adoptado resoluciones oficiales comprometiéndose en la defensa de la libertad de expresión. Una de las pioneras en esta materia fue la Universidad de Chicago, que en 2015 emitió una resolución ratificando su compromiso con la libre expresión que la izquierda más radical rechaza. En la declaración oficial, la Universidad de Chicago afirmaba que «no es el rol apropiado de la universidad tratar de proteger a los individuos de las ideas y opiniones que les resultan desagradables o incluso profundamente ofensiva», añadiendo que «aunque la universidad valora mucho la civilidad, y aunque todos los miembros de la comunidad universitaria comparten la responsabilidad de mantener un clima de respeto mutuo», estas preocupaciones «nunca se

pueden utilizar como justificación para el cierre de la discusión de ideas, por más ofensivas y desagradables que esas ideas puedan ser para algunos miembros de nuestra comunidad»[429]. Y en una reflexión genuinamente liberal que Marcuse habría detestado, la universidad agregó que aunque los miembros de la comunidad universitaria «son libres de criticar y disputar a los oradores que están invitados a expresar sus puntos de vista en el campus, no pueden obstruir ni interferir con la libertad de los demás para expresar puntos de vista que rechazan o incluso detestan». En consecuencia, concluía, «la universidad tiene la solemne responsabilidad no solo de promover una libertad de debate y deliberación animada e intrépida, sino también de proteger esa libertad cuando otros intentan restringirla»[430].

Aunque declaraciones de este tipo, adoptadas por diversas universidades, son vitales para preservar la libertad de expresión, especialmente si la universidad la protege efectivamente sancionando a quienes la busquen censurar, en un clima en que las sanciones son sociales y laborales, no resultan suficientes como demostró la misma universidad en el caso de Ted Hill. Si bien la Universidad de Chicago no admite que se calle a académicos o charlistas polémicos, de ahí a que sus profesores y estudiantes se atrevan a publicar y expresar opiniones políticamente incorrectas hay una gran distancia. El acoso por redes sociales y la destrucción de imagen que son capaces de hacer estos y los medios de comunicación, como hemos visto en numerosos ejemplos, a los que se podrían agregar muchísimos más, crean un clima de miedo y persecución casi imposible de superar. La censura violenta que proponía Marcuse podrá ser eliminada, pero la autocensura no desaparecerá hasta que cambie definitivamente el clima de intimidación predominante del que se nutre una serie de prácticas, burocracias, formas de enseñar ideas y sentimientos menos visibles.

El odio al odio

En su clásico libro *On Liberty,* el filósofo inglés John Stuart Mill formuló una defensa maximalista de la libertad de expresión bajo dos argumentos centrales. El primero consiste en que la verdad solo puede determinarse permitiendo competir las distintas visiones, y que esta jamás se alcanza definitivamente, por lo que el proceso de confrontación entre las distintas posturas no debe cerrarse jamás. El segundo es que la diversidad de formas de expresión permite el dinamismo de la sociedad, anticipándose a una uniformidad decadente que asfixia la capacidad de crear y progresar. Respecto al primer argumento, Mill sostuvo que aquellos que desean suprimir una opinión, alegan que es falsa, pero ellos no son infalibles y, por lo tanto, no tienen el derecho de excluir a toda la humanidad de oír esa opinión basados en la falsa presunción de su infalibilidad. Mill escribió: «Si la opinión —que se pretende censurar— es verdadera, se elimina la posibilidad de intercambiar la verdad por el error; si es falsa, se pierde lo que es un beneficio casi igual de grande: la percepción más clara y viva de la verdad producida por su colisión con el error»[431]. Por ello, argumentó Mill, es que la región de la libertad humana, es decir, aquella que debe encontrarse exenta del poder del gobierno y de la tiranía social, «comprende la libertad de conciencia en el sentido más comprehensivo, libertad de pensamiento y sentimiento y absoluta libertad de opinión en todos los temas, prácticos o especulativos, científicos, morales o teológicos»[432]. Cuando ello no es el caso y solo existe una «convención tácita» de que «las grandes discusiones que ocupan a la humanidad se consideran cerradas», agregó refiriéndose al segundo argumento, la «actividad mental» que ha forjado los grandes períodos de la historia humana desaparece[433].

La defensa de Mill sobre la utilidad de la verdad y la humildad intelectual que nos debería caracterizar lo llevó a afirmar que si toda la humanidad menos una persona está de acuerdo en una idea, eso no le da más derecho a la humanidad para censurar la opinión de esa persona que lo que esta tendría de censurar la opinión de la humanidad entera. En ambos casos, advirtió, se impide la discusión que permite aproximarse a la verdad y que alimenta la vitalidad social. Esto es fundamental para entender cómo opera la corrección política en tanto tiranía de la opinión común que silencia a los disidentes, censura que se produce, ante todo, socialmente. Y es que la sociedad, dijo Mill, puede practicar «una tiranía social más

formidable que muchos tipos de opresión política», y si bien no suele recurrir a penas tan extremas, «deja menos medios de escape, penetra mucho más profundamente en los detalles de la vida y esclaviza al alma misma». Por eso, añadió Mill, la protección contra la tiranía del magistrado no es suficiente. Se necesita también la protección «contra la tiranía de la opinión y sentimiento prevaleciente, contra la tendencia de la sociedad de imponer, por otros medios que los civiles y penales, sus propias ideas y prácticas como reglas de conducta a los que disienten de ellas»[434].

En *Fausto,* Goethe advertiría sobre la misma tiranía que suele emanar de la opinión común impidiendo alcanzar la verdad. Ansioso de conocimiento real, Wagner, el ayudante de Fausto, exclama: «Pero ¡del mundo, del corazón y del alma humana! Todo el mundo quisiera aprender algo».

Fausto, sin embargo, le alerta sobre el peligro mortal que encierra decir la verdad desafiando los prejuicios de la época en que se vive:

> Sí […], ¡eso que se llama aprender!
>
> ¿Quién puede darle al niño el nombre que merece?
>
> Los pocos que de esas cosas algo han aprendido,
>
> que fueron lo suficientemente locos como para no ocultar todo su corazón,
>
> descubriéndole al populacho su visión y su sentir,
>
> han sido crucificados y conducidos a la hoguera[435].

Desafortunadamente, en el mundo actual, los ataques a la libertad de expresión, que John Stuart Mill considerara fundamental para el progreso humano y que Goethe viera como el portal al aprendizaje, no se limitan a casos de persecución en prensa, redes sociales y patios universitarios. Aunque no se deriva del todo de la ideología de la corrección política, esta sin duda ha contribuido a que cada vez más la cultura de intolerancia que infecta occidente se convierta en medidas legales, regulatorias y de presión que significan un retroceso en términos de libertad de expresión. Según una columna publicada en *The Washington Post* en 2012 por el profesor de derecho constitucional de George Washington University, Jonathan Turley, «la libertad de expresión está muriendo en el mundo

occidental». Aunque una mayoría de las personas, agregó, «aún disfrutan de una considerable libertad de expresión, este derecho, que alguna vez fue casi absoluto, se ha vuelto menos definido y menos confiable para aquellos que comparten puntos de vista sociales, políticos o religiosos controversiales»[436].

Citando una serie de casos, Turley comentó que la tendencia reciente de diversas autoridades, pero también de jueces, es a hacer interpretaciones cada vez más restrictivas de la libertad de expresión cuando resulta ofensiva a otros. Se trata, agregó Turley, de un desangramiento de este derecho por medio de miles de pequeños cortes bajo el argumento de que estos ayudarán a mantener la armonía social. Es así como tribunales han sancionado a personas por utilizar disfraces ofensivos en Halloween o por usar pronombres incorrectos, mientras diversas autoridades han aprobado normas para prohibir la publicidad que se considere ofensiva y otras que sancionan criminalmente a quienes ofendan creencias religiosas, particularmente al Islam. El concepto de «crímenes de odio» y, más específicamente, de «discurso de odio» es central en este contexto de declive de la libertad de expresión de manos de los estados. La Policía Metropolitana de Londres (MET, según sus siglas en inglés), una de las numerosas agencias encargadas en Inglaterra de perseguir a aquellos que se expresen de manera políticamente incorrecta, constituye un buen ejemplo de lo anterior. En su página web da la definición estándar de delitos de odio afirmando que «un delito de odio es cuando alguien comete un delito en su contra debido a su discapacidad, identidad de género, raza, orientación sexual, religión o cualquier otra diferencia percibida», aclarando que no tiene por qué incluir la «violencia física»[437]. La MET continúa señalando, en el lenguaje propio de las políticas identitarias, que «alguien que usa lenguaje ofensivo hacia usted o te acosa por ser quien eres, o por quien cree que eres, también comete un crimen. Lo mismo ocurre con alguien que publica mensajes abusivos u ofensivos sobre usted en línea». Ahora bien, como es imposible probar el odio, la lógica de delitos que se aplica es la del magistrado Danforth en los juicios de Salem. Dice la MET: «La evidencia del elemento de odio no es un requisito. No necesita percibir personalmente el incidente como relacionado con el odio. Sería suficiente si otra persona, un testigo o incluso un oficial de policía pensara que el incidente fue relacionado con el odio». En pocas palabras,

cualquier cosa ofensiva que se diga a una persona —usualmente de minorías supuestamente victimizadas— puede ser entendida como «crimen de odio» solo porque alguien, sin importar cómo, determina que hubo odio. No es difícil imaginar los abusos a que estas leyes se prestan en una cultura en la que de antemano se ha establecido quién es la víctima y quién el victimario y que además premia a quien se victimiza. Es evidente que el odio será entendido usualmente como del blanco en contra del no blanco, del heterosexual en contra del homosexual, del cisgénero contra el transgénero, etc. En todo caso, nuevas categorías de crímenes de odio han venido a generar tal confusión que las víctimas típicas del delito han pasado a ser victimarios. Como bien observó un columnista de *The Spectator*: «La cultura de la identidad es opuesta. Hay un grupo de víctimas y un grupo de opresores (hombres frente a mujeres; blanco versus negro; heterosexual versus homosexual; cis versus transgénero), pero si todas son víctimas, no quedará nadie para el opresor»[438]. El punto es válido: ¿cómo se resolverán los ataques de mujeres feministas a hombres trans y viceversa si ambos son considerados grupos igualmente victimizados? ¿O de gays contra mujeres?

Todo este análisis no significa que no haya personas que odian a otras, sino que vale la pena cuestionar por qué la gravedad de un ataque por odio tiene que ser mayor al de un ataque por otros motivos y tomar conciencia de que en materia de expresión, el uso de categorías híper subjetivas como el «discurso de odio» abre un espacio ilimitado para la censura. Es probablemente por eso que la Corte Suprema de Estados Unidos considera el discurso de odio como cubierto por la primera enmienda de la constitución de ese país. Como observó hace más de tres décadas el destacado jurista Geoffrey Stone, comentando el criterio de la corte sobre estas materias, «así como el gobierno no puede restringir de manera constitucional la defensa del comunismo, la agitación contra una guerra en curso, la quema de la bandera estadounidense o la expresión de ideas que ofenden profundamente a otros, tampoco puede restringir el discurso que insulta o degrada a grupos raciales, religiosos, étnicos o de género en particular». El punto, agregó el comentarista, «no es que tal expresión sea inofensiva. Es, más bien, que hay mejores maneras de abordar el daño que dando al gobierno el poder de decidir qué ideas y opiniones pueden expresar o no los ciudadanos de una nación libre y autónoma»[439]. Esta

protección, por cierto, no aplica cuando ese discurso implica una incitación cierta, plausible e inmediata a la violencia física en contra de un grupo o persona[440].

La Corte Suprema de Estados Unidos es sin duda uno de los últimos bastiones de protección de la libertad de expresión en occidente, y sus fallos han permitido expresiones que resulten ofensivas en redes sociales así como la inscripción de marcas que ciertos grupos denuncian. Como ha dicho el profesor de Harvard Noah Feldman, analizando fallos recientes, «la corte ha dado un golpe a la corrección política» al negar a la Oficina de Patentes y Marcas el derecho a no inscribir marcas que resulten ofensivas y al afirmar, en otro fallo, que internet es un foro público en el que caben casi todas las expresiones»[441]. Lo más sorprendente de los fallos recientes, dice Feldman, «es lo que significan para la regulación del discurso ofensivo en las redes sociales», a saber, que «el gobierno no se va a involucrar». Esto, como advierte el mismo Feldman, es muy distinto de lo que se ve en Europa, donde los gobiernos están restringiendo y regulando cada vez más la expresión en distintos foros, especialmente internet. No son pocos los casos que han acaparado la atención pública en Inglaterra, por ejemplo, que ha tomado un camino cada vez más represivo en esta materia. Dos ejemplos emblemáticos fueron el de una joven de diecinueve años que en 2018 fue arrestada por postear letras de rap en su Instagram que incluían la palabra «*nigger*» y otro en el que un inglés fue arrestado bajo el cargo de «crimen de odio» por enseñar a su perro el saludo nazi y subirlo como una humorada en YouTube. En 2018 la policía de South Yorkshire, promoviendo el lema «el odio hiere» instó al público, no solo a reportar expresiones eventualmente criminales, sino también aquellas que no lo fueran, entrando así derechamente a un sistema de denuncia inspirado en la misma psicología orwelliana que animó los regímenes totalitarios del pasado reciente[442]. La persecución ha llegado a tal punto que, según *The Times*, en 2017 la policía inglesa arrestaba a nueve personas diariamente por cosas que habían dicho *online*. Solo en 2016 arrestó a tres mil trescientas personas, lo que implicó un incremento de 50 por ciento respecto de los años anteriores. De acuerdo a *The Times*, los arrestos fueron con toda seguridad mucho más numerosos, pues buena parte de las fuerzas encargadas de ellos se negaron a entregar la información. Estos se hicieron invocando una ley de 2003 según la cual

está prohibido intencionalmente «causar molestia, inconveniencia o ansiedad innecesaria a otro» con expresiones *online*[443].

Así, en lugar de combatir la creciente criminalidad y terrorismo en Inglaterra, las autoridades destinan cuantiosos recursos para perseguir comentarios *online* considerados ofensivos. Con toda razón una de las oficiales de policía de mayor rango en MET llamó a las autoridades a no extender las categorías de crimen de odio *online*, señalando que ello distraía a la policía de ocuparse del crimen violento[444].

En Alemania, donde desde hace décadas existen leyes penalizando determinadas expresiones, la extensión de la categoría de discurso de odio ha llevado a que en 2017 se aprobara una ley en que se obliga a las plataformas de redes sociales a remover contenido considerado ilegal en 24 horas luego de que sea denunciado bajo penas que pueden alcanzar los 5 millones de euros en caso de no hacerlo[445]. Como resultado, desde mediados de 2018 a mediados de 2019 se censuraron 58 mil videos de YouTube, 29 mil *tweets* y 362 posteos en Facebook, todos en cumplimiento de la ley[446]. Si se consideran todos los demás contenidos eliminados por iniciativa propia de Facebook, estos llegan a 160 mil solo en el primer trimestre de 2019[447]. Ahora bien, dado que son las mismas plataformas las que de acuerdo a la ley deben determinar si el contenido es ilegal o no, el resultado de esta normativa ha sido que solo Facebook cuenta con mil doscientas personas en Alemania dedicadas exclusivamente a editar contenido subido por sus usuarios[448]. Esto conlleva el riesgo de que se censure contenido perfectamente legal, caso en el cual la persona cuyo contenido fue eliminado puede recurrir a un tribunal.

Pero el fenómeno de creciente criminalización de diversas formas de expresión consideradas ofensivas no es exclusivo de Alemania e Inglaterra, sino de todo occidente, cuyas máximas autoridades políticas promueven la agenda de censura bajo razones teóricamente humanitarias. En 2019, hablando a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, el Secretario General del mismo organismo, António Guterres, declaró que «el discurso del odio es una amenaza para los valores democráticos, la estabilidad social y la paz», añadiendo que «se apoya en el discurso público que estigmatiza a las mujeres, minorías, migrantes, refugiados y cualquier otro llamado ‘otro’»[449]. Según Guterres, ese odio se estaba

convirtiendo en «la corriente dominante, tanto en las democracias liberales como en los estados autoritarios». Como consecuencia, agregó, se había «reunido a un equipo de la ONU para ampliar nuestra respuesta al discurso del odio, definir una estrategia para todo el sistema y presentar un plan de acción global por vía rápida»[450].

Cabe recordar que cuando la misma ONU en 1940 debatió la incorporación del derecho de libertad de expresión dentro del catálogo de derechos humanos se propuso incorporar al mismo tiempo una provisión que exigía la prohibición legal de toda forma de promoción de odio nacional, racial o religioso. Esta provisión fue propuesta por los países del bloque soviético, los que, a través de ella, buscaban justificar la persecución de los intelectuales y prensa disidente favorable a la democracia liberal y el capitalismo. Entendiendo que las leyes contra discurso de odio eran una forma de consolidar el totalitarismo, las democracias occidentales se opusieron férreamente a la exigencia propuesta por el bloque comunista[451].

Como consecuencia del avance de esta lógica servil a la censura, desde los años 60 hasta hoy en día casi todos los países de Europa han aprobado leyes en contra del discurso de odio. De hecho, en 2008, la Unión Europea adoptó un acuerdo que obliga a todos los estados miembros a criminalizar formas de «discurso de odio[452]. De ahí que un *paper* analizando la legislación sobre discurso de odio en Europa y Estados Unidos haya concluido que «en general, se ha vuelto mucho más riesgoso expresar o actuar sobre pensamientos provocativos racistas en democracias contemporáneas multirraciales, multiétnicas y multirreligiosas»[453]. A primera vista esto puede parecer algo positivo, pero el mismo trabajo añade que si bien todavía existen amplios márgenes de libertad de expresión, hay razones para preocuparse por la evolución que se ha verificado, especialmente desde los años noventa en adelante, la cual, de proyectarse en las próximas décadas, producirá un severo daño dada la creciente demanda por censurar nuevas formas de expresión aplicando la misma lógica que ya se ha aceptado para justificarla en otros casos[454]. En palabras del experto en derechos humanos, el danés Jacob Mchangama, el respeto a la libertad de expresión es «el sello distintivo de las sociedades libres y el primer derecho a ser circunscrito por los estados no liberales», razón por la cual, dice, resulta «triste» ver en Europa el «énfasis creciente en la criminalización de las palabras que hieren, ofendan o lastimen», lo

cual, recuerda, fue originalmente una creación de los estados totalitarios con los que Europa se enfrentó en la Guerra Fría[455].

El problema, cuando se niega la libertad de ofender o decir cosas odiosas, es quién define y bajo qué criterios aquello que constituye discurso de odio. Es ahí donde se abren las puertas a la censura y arbitrariedad masiva y es justamente por eso que los países del bloque soviético apoyaban la idea de penalizar el discurso de odio —como hoy lo hacen en la misma instancia los países del bloque islámico— y la razón por la que, en países como Venezuela y Ruanda, se han aprobado legislaciones de este tipo[456].

Para la profesora de derecho constitucional de la Escuela de Leyes de la Universidad de Nueva York y ex presidenta de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, Nadine Strossen, el concepto de discurso de odio se está utilizando para censurar una gama cada vez más amplia de mensajes, incluidos muchos que son esenciales a la democracia[457]. Peor aún, según Strossen, incluso si se cree en que el gobierno debe censurar expresiones odiosas, la evidencia muestra que el resultado de las leyes que criminalizan el discurso de odio es contraproducente. Según múltiples estudios de académicos e instituciones como Human Rights Watch, el Parlamento Europeo y la misma ONU, muchos países que han aprobado leyes para castigar el discurso de odio no han mostrado una disminución en sus niveles de discriminación, sino todo lo contrario[458]. Parte de la explicación a ello se debe a la inefectividad de la legislación, pero más importante que eso es que el discurso de odio y las actitudes discriminadoras no desaparecen por ser sancionadas, sino que se sumergen, se tornan menos visibles y más extremas. Al no poder ventilarse públicamente, explica Strossen, no es posible saber quiénes las promueven y tampoco pueden ser refutadas de cara al público general. Un ejemplo de lo anterior lo constituyen las reglas que prohíben el discurso de odio en Facebook, las que han impedido a grupos que son objeto de ataques odiosos aclararlos y refutarlos en la misma plataforma[459].

El caso histórico más dramático en este sentido lo ofrece, sin duda, la Alemania de la década del 20. Durante todo el período en que se fundó y desarrolló el partido nazi, existieron leyes que criminalizaban el discurso de odio muy similares a las que existen hoy en países como Canadá. El diario antisemita *Der Stürmer*, publicado por Julius Streicher, llegó a ser incluso confiscado y sus editores llevados a las cortes treinta y seis veces.

En los quince años antes de que Hitler llegara al poder hubo más de doscientos procesos en contra de diversas personas, incluyendo líderes nazis, por emitir opiniones antisemitas, todo lo cual solo contribuyó a que consiguieran posicionarse aún más frente a su público[460]. Algo similar ocurrió cuando en 1977 un grupo de neonazis obtuvo el permiso para marchar en el barrio judío de Skokie, el que luego fue revocado generando una dura batalla legal que les dio enorme publicidad y que los nazis terminaron ganando en la Corte Suprema, la cual sostuvo que su derecho a marchar, aunque hubiera sido profundamente ofensivo, estaba cubierto bajo la libertad de expresión de la primera enmienda. Teniendo en consideración también lo ocurrido en ese caso, Strossen, ella misma hija de sobrevivientes del Holocausto, concluye que «lejos de reducir la violencia entre grupos, la hostilidad y las tensiones, las leyes de discurso de odio usualmente las alimentan» en parte porque muchas reacciones simplemente son viscerales y se deben a la desaprobación de lo que se escucha[461]. De todos modos, añade, a nivel psicológico, quienes sienten odio o desprecio por determinados grupos no pueden ser corregidos mediante sanciones penales, sino más bien permitiendo su expresión para luego enfrentarlas constructivamente. Esto es más evidente aun con expresiones que muchas veces no están animadas por el odio, sino que son producto de la mera ignorancia o insensibilidad y las cuales son perseguidas de la misma manera[462]. Y es que en el *Zeitgeist* actual, ni siquiera el humor escapa a la censura y persecución, pues cualquier broma puede ser tomada como ofensiva o motivada por el odio.

Prohibido reír

En su aclamada novela *El nombre de la rosa*, Umberto Eco relata la historia de un monasterio en la Edad Media en el que comienzan a ocurrir repentinas muertes a las que los monjes no encuentran explicación. Para resolver el misterio, un monje externo acude al lugar acompañado de un

asistente. Eventualmente, el monje investigador, interpretado por Sean Connery en la película del mismo nombre, descubre que las muertes son causadas por el veneno añadido a las hojas de un libro particular de Aristóteles en el que el filósofo hablaba de las virtudes de la risa y de la comedia. El libro había sido envenenado por uno de los monjes, quien veía en la fuerza de la risa una directa amenaza para el temor a Dios, sobre el cual todo el orden de la cristiandad se encontraba fundado. «La risa libera al aldeano del miedo al diablo, porque en la fiesta de los tontos también el diablo parece pobre y tonto, y, por tanto, controlable», dice Jorge, el asesino, cuando ya ha sido descubierto, y agrega:

> La risa distrae, por unos instantes, al aldeano del miedo. Pero la ley se impone a través del miedo, cuyo verdadero nombre es temor de Dios […] ¿Y qué seríamos nosotros, criaturas pecadoras, sin el miedo, tal vez el más propicio y afectuoso de los dones divinos? Durante siglos, los doctores y los padres han secretado perfumadas esencias de santo saber para redimir, a través del pensamiento dirigido hacia lo alto, la miseria y la tentación de todo lo bajo. Y este libro, que presenta como milagrosa medicina a la comedia, a la sátira y al mimo, afirmando que pueden producir la purificación de las pasiones a través de la representación del defecto, del vicio, de la debilidad, induciría a los falsos sabios a tratar de redimir (diabólica inversión) lo alto a través de la aceptación de lo bajo[463].

En un mundo de purismo religioso, censurar la risa cuando esta puede poner en cuestión la fe y en consecuencia la autoridad misma de los sacerdotes y del orden que los eleva por sobre los demás es no solo una demanda religiosa, sino una necesidad política. Sin el temor que produce la herejía y el pecado que ellos definen, estos sacerdotes se vuelven superfluos y la doctrina que difunden, inútil. En otras palabras, la risa es políticamente incorrecta y por tanto debe ser perseguida, pues, como dice Jorge en la novela de Eco, la comedia, la sátira y el mimo pasan a competir con los sabios por la purificación de las bajas pasiones. Esta es exactamente la razón por la cual, en la sociedad hipermoralizada actual, los neoinquisidores se han lanzado en contra del humor para acallarlo y destruir a quienes hacen de temas tabú objeto de chistes o comedia. El columnista Andrew Doyle ha advertido que cada vez existen más

episodios en que personas indignadas interrumpen a comediantes en medio de sus rutinas para acusarlos de racistas, machistas u otra herejía, por cualquier broma que involucre a mujeres o individuos de minorías supuestamente victimizadas. Según Doyle, «la búsqueda de ofensas se ha convertido en una especie de deporte amateur» producto de la influencia de las redes sociales y de un «escalamiento general en el comportamiento narcisista»[464]. Este último punto es esencial dentro de la cultura del victimismo, la que, como hemos visto, premia a aquellos individuos que se victimizan o reclaman representar víctimas incrementando así su estatus moral y la autopercepción de que son mejores que el resto. Pero Doyle advierte que este afán por sentirse ofendido no solo se está dando con las audiencias, sino también con la crítica especializada, ya que un creciente número de críticos está exigiendo a los comediantes convertirse en guardianes de la nueva moral. El resultado final de todo este fenómeno, observa Doyle, es el mismo que se ha observado en las artes y la literatura: la autocensura.

Doyle, por cierto, no es el único en advertir sobre la tendencia políticamente correcta que está acabando con el humor. El legendario comediante Mel Brooks ha dicho que la comedia es hoy casi imposible, porque «nos hemos convertido en estúpidos de la corrección política». Su colega Gilbert Gottfried coincide al afirmar que existe una «epidemia de las disculpas» y que si los más grandes comediantes de la historia, como Charles Chaplin, vivieran hoy, no podrían trabajar sin disculparse todo el tiempo. El actor afroamericano Chris Rock, por su parte, ha decidido no actuar más en campus universitarios por la obsesión que tienen de «no ofender a nadie». Todo este clima de censura fue resumido por Dennis Miller afirmando que «el problema principal de los escuadrones de la inquisición de hoy es que muchos de nuestros guardias 'abiertos de mente' se encuentran entre los ciudadanos de mente más cerrada»[465].

Reacciones de este tipo llevaron a un artículo de Salon.com a concluir que «cada vez más comediantes se han manifestado en contra de la corrección política, argumentando que el aumento de la sensibilidad y la tendencia de la audiencia a sentirse ofendida reprime la libertad cómica»[466]. El mismo artículo cita al comediante John Cleese, quien señaló que había dejado de hacer bromas sobre mexicanos luego de ver reacciones negativas del público. Aludiendo a la forma en que las políticas identitarias han

infectado también el mundo del humor, Cleese afirmó que se puede «hacer chistes sobre suecos y alemanes, franceses, ingleses, canadienses y estadounidenses. ¿Por qué no podemos hacer chistes sobre los mexicanos? ¿Es porque son tan débiles que no pueden cuidar de sí mismos? Es muy condescendiente eso». Cleese tiene razón en notar que existen categorías de personas de las que se puede reír u «ofender» y otras de las que no se pueden hacer comentarios que no sean positivos. Esa es la esencia de la cultura de las políticas identitarias analizada en capítulos anteriores, la cual, como nota el mismo Cleese concordando con Freud, en el fondo esconde un gran desprecio por los mismos grupos que busca supuestamente proteger. Y tal como ocurre en el caso de los delitos de odio, que no contribuyen a reducir la discriminación sino muchas veces a aumentarla, en el caso de la comedia la censura impide que los grupos puedan tomarse livianamente sus diferencias y acercarse entre sí a través de una cuestión tan humana y poderosa como es el humor. Pues no hay duda de que, contrario a lo que sugiere el monje asesino de Eco, la capacidad de reír que ofrece la comedia, los mimos y la sátira, entre otras formas de humor, domestica las pasiones más destructivas y bajas de los seres humanos. Con toda razón, el intelectual marxista Slavoj Žižek ha advertido que la corrección política, lejos de eliminar el racismo, lo perpetúa de manera oculta y que la prohibición de chistes racistas en nada ayuda a combatirlo. «La verdadera superación del racismo no es que se prohíban las bromas racistas», dice Žižek, sino que se establezca «un cambio de atmósfera tal que se puedan contar exactamente las mismas bromas sin parecer un racista», pues cuando hay «una verdadera relación de igualdad, respeto y demás, a veces bromas sucias, incluso bromas suavemente racistas hechas de una manera no racista, con esto quiero decir que te incluyes y te burlas de ti mismo, son increíbles»[467]. Žižek agrega que es fácil no ser racista de manera políticamente correcta y decir «oh, respeto tu comida y tus identidades nacionales», pero que ahí jamás se da el contacto real con otros, porque este no es posible sin «un pequeño intercambio de obscenidad». «La situación ideal posracista —dice Žižek— es, digamos, que soy indio y tú afroamericano. Nos estamos contando chistes sucios el uno al otro sobre nosotros mismos, pero de tal manera que simplemente nos reímos y cuanto más los contamos, más amigos somos. ¿Por qué? Porque de esta manera realmente resolvimos la tensión

del racismo»[468].

El humor es un gran instrumento para acercar a personas porque descomprime en risa lo que de otro modo se canaliza a través del odio y del desprecio. Esto explica por qué los fanatismos son intolerantes con cualquier tipo de bromas sobre sus creencias, lo cual queda fielmente reflejado con los puritanos de Salem. El caso de las caricaturas de Mahoma publicadas por el diario danés *Jyllands-Posten* en 2005, y que desató la furia de musulmanes en todo el mundo y causó la muerte de hasta doscientas personas, constituye otro ejemplo de que la seriedad, la violencia y la intolerancia son inseparables. Por supuesto, en nuestra atmósfera inquisitorial, Flemming Rose, el editor del diario responsable de la publicación, fue acusado de racista y fascista en Europa y fuera de ella, además de haber sido culpado por las muertes que la publicación políticamente incorrecta detonó. En su libro *The Tyranny of Silence*, Rose criticó directamente la idea de políticas identitarias que usaron quienes lo atacaron por las publicaciones. En una democracia, afirmó, nadie tiene el derecho exclusivo de decir determinadas historias, lo que significa que los musulmanes tienen el derecho a hacer chistes de los judíos, los ateos de los musulmanes, los blancos de los negros, etc.[469].

El humor, el diálogo y la crítica constituyen precisamente el modo en que las diversas culturas pueden encontrar puentes de comunicación conviviendo sobre la base del principio de la libertad de expresión y del respeto mutuo que esta implica. Y ese respeto no consiste, como creen los neoinquisidores, en no decir nada que pueda resultar ofensivo para algún grupo, sino en tolerar y defender el derecho de otros a decir esas cosas que puedan resultar ofensivas. Por eso, lejos de ser un criminal, como muchos pretenden, Rose es un héroe de la libertad de expresión, valor que legiones de políticos e intelectuales, incluso en occidente, prefieren transar para no molestar o incomodar las sensibilidades de diversos grupos, especialmente de minorías supuestamente victimizadas. Con la publicación de las caricaturas de Mahoma, las que en un mundo con mayor sentido del humor no habrían pasado de ser anecdóticas, Rose expuso el abandono cultural y político al que se encuentra sometido uno de los principios fundantes del orden civilizado occidental, contribuyendo al mismo tiempo a revitalizarlo frente a la cobardía de quienes, por razones de corrección política, han cedido el terreno al tipo de clima de intolerancia y fanatismo que produjo

la ola de muertos en 2005 y que ha animado las cacerías de herejes en todos los tiempos.

CAPÍTULO III

LOS DOGMAS DE LA NUEVA DOCTRINA

«Esta es la mentalidad de un culto, en el que creencias fantásticas se alardean como prueba de la propia compasión. Esa mentalidad no puede coexistir con una estima por la verdad, y creo que es responsable de algunas de las desafortunadas tendencias en la vida intelectual reciente. Una de esas tendencias es el desprecio declarado entre muchos académicos por los conceptos de verdad, lógica y evidencia. Otra es una división hipócrita entre lo que los intelectuales dicen en público y lo que realmente creen».

Steven Pinker

La igualdad de género

En un sentido moral es indiscutible que hombre y mujer son iguales en dignidad y derechos. El problema es que actualmente lo que se postula en el debate público es una igualdad fáctica que concibe el género como una construcción social.

Esta idea, que carece de toda rigurosidad académica, propia del feminismo hegemónico, pretende establecer que el género es una imposición de la sociedad. Según esta tesis, los hombres y mujeres tenemos una constitución biológica diferente en tanto a órganos sexuales, pero no existen diferencias innatas capaces de manifestarse en nuestra interacción con otros. En otras palabras, no habría una naturaleza propiamente femenina o masculina que, aun parcialmente, determine los roles que asumimos en la vida en común. La feminista Simone de Beauvoir planteó esta idea ya en la introducción de su influyente libro *El segundo sexo,* en el cual hizo un repaso histórico de la sumisión a la que, en su visión, había sido sometida la mujer: «Las ciencias biológicas y sociales ya no creen en

la existencia de entidades inmutablemente fijas que definirían caracteres determinados tales como los de la mujer […] si ya no hay feminidad es porque no la ha habido nunca»[470], afirmó. Y más adelante, de Beauvoir continuó desarrollando su teoría: «No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino»[471]. Consecuente con esa lógica, de Beauvoir afirmó que niños y niñas son idénticos y que es solo la confrontación con el «otro» diferente lo que los lleva a desarrollar su identidad masculina y femenina, no algo que les sea natural. El sexo biológico entonces no determina nada, ni siquiera los intereses de machos y hembras, los que les son «imperiosamente insuflados desde sus primeros años»[472]. Con estas reflexiones, observó Judith Butler, probablemente la teórica feminista más influyente de las últimas décadas, de Beauvoir separó el género del sexo, contribuyendo a la idea feminista según la cual la anatomía no es destino[473]. Como consecuencia ya no se pueden atribuir «valores o funciones» sociales a la biología ni tampoco se puede «hablar con sentido de comportamientos naturales o antinaturales de género», pues «todo género es innatural», es decir, un constructo social[474]. La misma Judith Butler, en su *bestseller, Gender Trouble*, argumentó que «el género es culturalmente construido» y que no es «ni el resultado casual del sexo ni tan aparentemente fijo como el sexo»[475]. Si eso es así, añadió, entonces cualquier persona se puede identificar con el género que desee y, aún más, «no tiene por qué asumirse que los géneros son solo dos»[476].

Toda esta teoría se encuentra detrás de diversas ideas de uso común; entre ellas, aquella según la cual si no existe paridad de género en diversas áreas de la vida social, tales como las ciencias, la música, la ingeniería o los directorios de las empresas, por nombrar algunos ejemplos, es debido a una cultura machista en la que no se valora ni promueve el rol de la mujer. De la misma manera, si hay más mujeres dedicadas a la crianza que hombres, si se verifican menores salarios de parte de las mujeres o conductas sexuales distintas, es producto de un orden patriarcal discriminatorio y opresivo que debe ser superado para lograr la auténtica liberación de la mujer. En su ensayo *La dominación masculina,* el influyente sociólogo Pierre Bourdieu sostuvo que fue precisamente la

diferencia de los órganos sexuales y la significación del acto sexual como uno de dominación del hombre sobre la mujer lo que había fundado todo el sistema institucional y simbólico de dominación masculina. Bourdieu se declaraba asombrado por lo que llamó «paradoja de la doxa», y que básicamente consiste en la aceptación de parte de grupos oprimidos y opresores del orden de dominación establecido. En ningún caso, agregó, se daba esto de manera más clara que respecto de las mujeres, sometidas a una violencia simbólica sistemática a través del lenguaje, las maneras de pensar y hablar y toda una estructura institucional que debía ser, según Bourdieu, quebrada para liberar a la mujer[477]. Al igual que Butler y de Beauvoir, Bourdieu creía que el género era una construcción social derivada de una perversa significación de la diferencia sexual biológica:

> Las apariencias biológicas y los efectos indudablemente reales que han producido, en los cuerpos y en las mentes, un prolongado trabajo colectivo de socialización de la biología y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos y hacer parecer una construcción social naturalizada —los géneros en cuanto hábitos sexuados— como el fundamento de la división arbitraria que está en el principio tanto de la realidad como de la representación de la realidad que se impone a veces a la propia investigación[478].

Como Butler, de Beauvoir y toda la corriente feminista de raigambre posmoderna y marxista, Bourdieu pensó que no había una esencia femenina ni masculina, sino una *tabula rasa*, una hoja en blanco que la mera cultura ha escrito, plagándola de diferencias de una manera que es discriminatoria para con la mujer, cuyo rol se ve reforzado una y otra vez por los sistemas de violencia simbólica ejercidos por las formas de comunicación, la escuela, la familia y así sucesivamente.

Ahora bien, aunque sea innegable el hecho de que en tiempos pasados la mujer se encontraba en una evidente situación de desventaja ante los hombres y que esas desventajas eran reforzadas culturalmente, el problema con la visión feminista que ve al género como una mera construcción social es ante todo ideológica. En otras palabras, el presupuesto central de todo el discurso de género es simplemente contrario a la evidencia científica más elemental y en consecuencia no se

trata más que de una narrativa arbitraria que pretende avanzar posiciones de privilegio de grupos determinados y al mismo tiempo promover una agenda ideológica servil a esos intereses. En su libro *The Blank Slate*, el psicólogo evolutivo de Harvard Steven Pinker, refutando precisamente la tesis feminista de la construcción social, sostiene que «muchas feministas atacan la investigación sobre la sexualidad y las diferencias sexuales» y agrega que «la política de género es una razón central por la que la aplicación de la evolución, la genética y la neurociencia a la mente humana sea amargamente resistida en la vida intelectual moderna»[479]. En este sentido anticientífico que denuncia Pinker es que puede hablarse de que existe efectivamente una especie de ideología de género.

La verdad es que no es necesario recurrir a Platón ni a una teoría esencialista de las cosas como la que critican de Beauvoir y sus seguidores para afirmar científicamente el hecho de que existe una naturaleza humana y que dentro de dicha naturaleza hay categorías biológicas de características bastantes definidas que distinguen a los hombres de las mujeres. La neurociencia moderna ha establecido, más allá de toda duda, que los cerebros del hombre y de la mujer son diferentes, lo cual tiene una serie de consecuencias sociales que el discurso de igualdad de género predominante niega para atribuirlas a supuestas estructuras de opresión. El mismo Pinker, liberal de izquierda, señala decenas de diferencias existentes entre los cerebros del hombre y de la mujer que han sido demostradas con diversas tecnologías y experimentos. «Las mentes de los hombres y las mujeres no son idénticas, y a veces las diferencias son grandes», explica Pinker. Entre ellas, argumenta Pinker, los hombres tienen una mayor preferencia por el sexo sin compromiso con una mayor diversidad de parejas y son más inclinados a la competencia violenta y letal. Las mujeres, en tanto, experimentan emociones básicas de manera más intensa, tienen relaciones sociales más íntimas, tienen más empatía, mantienen mayor contacto visual y sonríen más. De otra parte, agrega Pinker, mientras los hombres compiten por estatus de manera más violenta, las mujeres lo hacen socavando el prestigio de sus competidoras y agrediendo verbalmente. Los hombres tienen mayor tolerancia al dolor físico y disposición a arriesgar su vida; las mujeres son más atentas con los llantos de sus hijos y cuando son niñas juegan más a ser madres y a roles sociales, mientras los niños se dedican a juegos violentos, a

perseguirse y a manipular objetos. Todas estas y muchas otras diferencias, explica Pinker, se encuentran ancladas en nuestro cerebro y no tienen nada que ver con construcción social, sino con biología[480]. Por eso, agrega, es que en todas las culturas del mundo a través del tiempo se ha visto a hombres y mujeres de manera distinta, dividiendo el trabajo en función de esas diferencias biológicas, algo que el desconcertado Bourdieu, inmerso en su ideología de la dominación, ignoró por completo en su análisis. En casi todas las culturas, afirma Pinker, los hombres son más agresivos, violentos y dispuestos al sexo casual. Todas diferencias a nivel de cerebro que son producto de la evolución, la misma que hizo que en promedio los hombres sean físicamente más grandes que las mujeres. Estos debían competir violentamente por mayores oportunidades de apareamiento con diversas hembras, pues así multiplicaban, explica Pinker, las probabilidades de descendencia. Es por eso que el hombre es físicamente más grande que la mujer, lo cual se verifica en muchos mamíferos. La mayor habilidad de los hombres de ubicarse en espacios físicos más amplios se deriva también de una historia evolutiva de control de territorio, lo cual podría explicar la ventaja que tienen en los ejercicios de rotación tridimensional y el uso de mapas mentales[481].

Pero también la fisionomía de los cerebros masculinos y femeninos es diferente. Pinker explica que los hombres tienen cerebros más grandes con más neuronas y las mujeres tienen más materia gris. Diversas partes del hipotálamo y de los hemisferios izquierdo y derecho son distintas en hombres y mujeres. Los niveles de testosterona, a su vez, tienen impactos muy diferentes en la conducta masculina y la femenina, al igual que los estrógenos, que afectan el nivel cognitivo de la mujer dependiendo de la parte de su ciclo menstrual. Es simplemente absurdo suponer que la evolución adaptó nuestros cuerpos para la función reproductiva que debemos cumplir, pero desconectó completamente nuestros cerebros de esa misma función reproductiva y de supervivencia dejando a hombres y mujeres como la única especie en todo el mundo animal sexuado exenta de una programación cerebral distintiva. Como observó *The Economist* en un artículo refiriéndose a los estudios recientes sobre diferencias entre los cerebros de hombres y mujeres: «En los días de caza y recolección, los hombres pasaban más tiempo lejos del campamento, sus cerebros tenían que adaptarse para poder encontrar su camino. También pasaron más

tiempo rastreando, peleando y matando, ya sea animales o vecinos intrusivos. Las mujeres, en tanto, se educaron entre sí y criaron a los niños, por lo que tuvieron que adaptarse para permitirles manipular las emociones de los demás y de sus hijos para tener éxito en su mundo»[482]. Esto explicaría, según dice *The Economist* basándose en la neurología moderna, por qué los hombres tienen mejores habilidades motoras y espaciales, un pensamiento monolítico y las mujeres, en cambio, tienen mejor memoria, pueden lidiar con varias cosas al mismo tiempo y son más socialmente adaptables.

Las diferencias entre el cerebro masculino y femenino son más profundas de lo que pudiera pensarse. Para el neurobiólogo Dick Swaab, «nada parece ser más fácil que determinar el sexo del bebé, pues ya en el momento de la fecundación se encuentra definido». A partir de dos cromosomas X surge una mujer, a partir de uno X y uno Y surge un hombre[483]». El cromosoma Y del niño desata un proceso que genera la producción de la hormona masculina testosterona que desarrolla los órganos sexuales masculinos. Swaab explica que es «en la segunda mitad del embarazo que se diferencia el cerebro masculino del femenino, pues, contrario a las niñas, en esta etapa el niño produce altas concentraciones de testosterona que en esta fase definen nuestra identidad de género» lo que significa que «la sensación de ser hombre o mujer queda fija de manera irreversible en las estructuras cerebrales»[484]. La identidad misma de mujer u hombre entonces, poco tiene que ver con cultura y mucho más con la biología. Creer lo contrario, como proponen Butler, de Beauvoir y las feministas de género, a la luz de la evidencia no solo es falso, sino tremendamente dañino. Swaab explica que entre 1960 y 1980 se creía que los bebés «llegaban como hojas en blanco al mundo y que su comportamiento se definía por el entorno en una dirección femenina o masculina». Bajo esa idea, agrega, se pensaba que en una operación después del nacimiento se podía elegir el sexo del niño y que la socialización lograría adaptar la identidad de género al sexo biológico. Esta idea, dice Swaab, tuvo «graves consecuencias en el trato de nuevos nacidos» pues las «diferencias de sexo en el cerebro y en el comportamiento se manifiestan también en campos que aparentemente no tienen ninguna conexión con la reproducción». Uno de ellos es el comportamiento en juegos, que según se suele decir es netamente producto

de la cultura. Swaab aclara, sin embargo, que esto no es producto de nuestro entorno social:

> Los niños son más activos, rebeldes y juegan preferentemente con soldados y autos, mientras las niñas prefieren muñecas. Que esta diferencia entre los sexos está fundada biológicamente lo demostraron después los experimentos de Alexander y Hines. La preferencia por determinados juguetes no es, por lo tanto, impuesta por la sociedad, sino que está programada en nuestro cerebro para prepararnos para nuestro rol social posterior: en el caso de las niñas, por ejemplo, para ser madres, y en el caso de los niños hombres para combatir y desarrollar labores técnicas[485].

Esta selección de «juguetes sexualmente específicos», agrega Swaab, se da también en monos, dando cuenta de un mecanismo que ha evolucionado por decenas de millones de años y que pasa por «las altas dosis de testosterona que reciben los niños hombres en el vientre materno», las que «parecen ser responsables del comportamiento de juegos sexualmente diferenciados»[486].

Si la identidad de género fuera una construcción social como reclaman muchos, entonces el caso de John-Joan-John no se podría haber producido. Cuando era apenas un bebé de menos de un año, David Reimer, nacido en 1965, fue sometido a una simple operación médica para sacarle parte de la piel del pene, pero un error produjo que perdiera la totalidad de él. Luego de deliberar qué hacer, los padres, guiados por un psicólogo de teoría de género de Filadelfia llamado John Money, decidieron, con su asesoría, convertirlo en mujer. Así fue que lo castraron, lo llamaron Brenda, lo educaron como mujer y le administraron dosis de estrógenos durante la pubertad además de asesorarlo psicológicamente con dicho profesional. Durante años Money presentó el caso como uno de éxito indiscutido sobre la teoría de género como construcción social. El problema es que Money no decía toda la verdad, pues Brenda nunca se sintió cómoda con su identidad femenina y, al llegar a la edad adulta, la rechazó por completo asumiendo una completamente masculina, volviendo a su nombre David e incluso casándose y adoptando varios hijos. Según Swaab, la testosterona había anclado de tal modo la identidad masculina en el cerebro de David, que ni la suma de la castración, la educación estereotípica de mujer, el

tratamiento con hormonas y la educación psicológica pudieron hacerle asumir una identidad femenina[487].

A pesar de la evidencia científica, feministas como Judith Butler, por ejemplo, insisten en definir el género como una construcción social, lo que relega toda la teoría feminista de esa línea al campo de la ideología. Lo interesante del caso de Butler, como el de los posmodernos franceses, es que su estilo oscuro y confuso ni siquiera permite entender siempre qué es lo que defiende. Como ha observado la filósofa feminista liberal y profesora de la Universidad de Chicago, Martha Nussbaum, en su artículo «The Professor of Parody», «es difícil entender las ideas de Butler, porque es difícil descubrir cuáles son»[488]. Lo que busca Butler con su estilo oscuro es, según Nussbaum, «crear un aura de importancia» pues dado que no se puede entender lo que dice, el lector ha de pensar que «debe haber algo significativo, cierta complejidad de pensamiento, donde en realidad a menudo hay nociones familiares o incluso desgastadas que se abordan de manera demasiado simple y casual». Butler, añade Nussbaum, ni siquiera sigue los cánones de seriedad académica establecidos cuando hace interpretaciones de pensadores que suele citar, tales como Freud o Foucault, lo que significa que no escribe para una audiencia académica. Pero tampoco lo hace para el público general, el que simplemente, dice Nussbaum, no sería capaz de digerirla. Butler se dirige en cambio a una audiencia «notablemente dócil», sujeta «a la voz oracular del texto de Butler, y deslumbrada por su pátina de abstracción de alto concepto». Se trata así de un lector que «plantea pocas preguntas y que no solicita argumentos ni definiciones claras de los términos». En otras palabras, según Nussbaum, la obra de Butler es una charlatanería en la cual «la oscuridad llena el vacío dejado por la ausencia de una verdadera complejidad de pensamiento y argumento». Incluso la gran idea de Butler, aquella según la cual el género es una construcción social, dice Nussbaum, no es nada nuevo ni original. La misma Nussbaum agrega que si Butler cree que «los bebés ingresan al mundo completamente inertes, sin tendencias ni habilidades que, en cierto sentido, son anteriores a su experiencia en una sociedad con género», ello no es muy plausible y «difícil de respaldar empíricamente»[489].

Esta falta de fundamentos sólidos que constituye la esencia del feminismo hegemónico ha llevado a que la sociedad se cargue de una tóxica

atmósfera de «lucha de géneros», donde se concibe que toda posición de ventaja del hombre es necesariamente una que anula a la mujer. Según la filósofa feminista liberal Christina Hoff Sommers, el feminismo se encuentra «dominado por un grupo de mujeres que busca convencer al público […] de que las mujeres viven bajo un patriarcado, una hegemonía masculina en un sistema de sexo/género en el que el género dominante trabaja para mantener a las mujeres sometidas»[490]. Estas «feministas de género», como las llama, creen que la escuela, la familia y todas las instituciones operan para mantener la dominación. Lo anterior, agrega Hoff Sommers, es una farsa y una hipocresía que alimenta el resentimiento vengativo de las feministas en circunstancias de que las mujeres viven hoy en Estados Unidos en sociedades con la misma libertad y derechos que los hombres[491].

Como se ve, de manos de la teoría de género, el feminismo ha caído en el juego de las políticas identitarias analizado en capítulos anteriores, según el cual los intereses de unos grupos, en este caso, hombres y mujeres, no son complementarios, sino que están en oposición. Hoff Sommers advierte que esto es una perversión contraria al espíritu liberal: «La pérdida de fe en el liberalismo clásico y sus soluciones, sumada a la convicción de que las mujeres permanecen sometidas y sujetas a una permanente y maligna reacción masculina», ha llevado a que «la ideología feminista dé un giro divisivo», enfatizando a la mujer como «una clase política que se encuentra en oposición a los intereses de los hombres». Según esta visión, «las mujeres deben ser leales a las mujeres», unidas en la hostilidad a los hombres, quienes buscan asegurar «sus privilegios y poderes patriarcales»[492]. Para avanzar su agenda ideológica, dice Hoff Sommers, estas feministas niegan la ciencia y recurren a «mentiras nobles» en que inventan y tergiversan información manipulando a la opinión pública en temas que van desde la violación, pasando por agresiones a mujeres, hasta la brecha salarial[493].

Y aunque muchas mujeres no se identifican con el feminismo, estos discursos derivados de la falacia según la cual el género es una construcción social han permeado haciendo un daño importante. Sin duda el más recurrente tiene que ver con el rol de la mujer en el mundo laboral. Como hemos visto, existe una idea generalizada de que la cultura es enteramente responsable de que haya menos mujeres científicas,

ingenieras, premios Nobel o en altos puestos empresariales. Pero resulta que si bien la cultura tiene influencia, mucho más relevante en esta materia es la biología, es decir, la naturaleza propiamente femenina y la masculina. Uno de los *papers* más reputados que se hayan publicado sobre la presencia de mujeres en ciencias y matemáticas —las llamadas áreas STEM— concluyó que los hombres tienen, en tanto grupo, mayores habilidades e intereses en ellas:

> Los machos son más variables en la mayoría de las medidas de capacidad cuantitativa y visuoespacial, lo que necesariamente resulta en más varones en los extremos de alta y baja capacidad [...] Los machos superan a las hembras en la mayoría de las medidas de las habilidades visuoespaciales, que se han considerado como un factor en las diferencias de sexo en los exámenes estandarizados en matemáticas y ciencias. Una explicación evolutiva de las diferencias sexuales en matemáticas y ciencias respalda la conclusión de que, aunque las diferencias sexuales en matemáticas y ciencias no han evolucionado directamente, podrían estar relacionadas indirectamente con diferencias en intereses y sistemas cerebrales y cognitivos específicos[494].

Lo anterior debe entenderse a la luz de lo sostenido por la neurosiquiatra estadounidense y autora de *The Female Brain*, Louann Brizendine, quien afirma que «el cerebro femenino está tan profundamente afectado por las hormonas que se puede decir que su influencia crea la realidad de una mujer»[495] dando forma a sus valores y deseos. Esto se verifica durante toda la vida de la mujer, pues «cada estado hormonal —la infancia, la adolescencia, la maternidad y la menopausia— actúa como fertilizante para diferentes conexiones neurológicas que son responsables de nuevos pensamientos, emociones e intereses». Todo ello, agrega Brizendine, produce fluctuaciones que comienzan desde los tres meses y duran hasta después de la menopausia, configurando una realidad neurológica menos predecible que la de un hombre[496].

Por razones evolutivas entonces, los hombres y las mujeres no solo tenemos capacidades distintas, sino que además diferentes preferencias. Esto significa que, aun cuando el entorno tenga incidencia en la cantidad de hombres y mujeres que se dedican a las ciencias y otras áreas, la

biología es esencial para entender por qué más hombres que mujeres deciden hacerlo. La psicóloga Susan Pinker ha explicado el tema de las preferencias laborales de las mujeres en relación a las de los hombres señalando que, en sociedades avanzadas, estas poco tienen que ver con discriminación o barreras sociales y mucho más con la forma en que se encuentran cableados nuestros cerebros. En carreras como ingeniería y ciencias de la computación, explica Pinker en su libro *The Sexual Paradox*, ni aun con acciones de discriminación positiva y becas se ha logrado equiparar la proporción de mujeres y hombres, a pesar de que mujeres en esas carreras ganan 30 o 50 por ciento más que el promedio de las mujeres. Las mujeres con vocación científica, en tanto, eligen abrumadoramente profesiones en la ecología, biología, farmacéutica, dentista, psicología y medicina. Incluso entre las que han entrado a ciencias físicas, técnicas e ingeniería, muchas optan por abandonar la carrera[497]. Y esto no tiene que ver con políticas de gobierno. En países como Alemania, Japón y Canadá, donde existe un alto grado de igualdad de género y políticas de apoyo a la familia, tan solo un 5 por ciento de las mujeres elige estudiar física, comparado con un 30-35 por ciento en Filipinas, Rusia y Tailandia, que son mucho menos igualitarios[498]. En Holanda y el Reino Unido, en tanto, solo un 10 y 20 por ciento, respectivamente, elige estudiar física, menos que en muchos países pobres donde hay menores oportunidades para las mujeres. Este fenómeno es lo que los expertos han venido a llamar «la paradoja de género» y se refiere a que mientras mayor es la igualdad de género, menos mujeres deciden estudiar ciencias naturales y matemáticas, lo cual se ha confirmado notoriamente en el caso de los países nórdicos. Una investigación de 2018 sobre la materia, analizando 475 mil adolescentes en 67 países del mundo, concluyó que estas suelen optar por carreras científicas en países más pobres y con menos igualdad de género y carreras no científicas en los países ricos con mayores oportunidades para las mujeres: «Los países con altos niveles de igualdad de género tienen algunas de las mayores brechas de STEM en la educación secundaria y terciaria», escribieron los autores, señalando que «esto es lo que llamamos la paradoja de la igualdad de género en la educación». Finlandia, agregaron, sobresale en igualdad de género, al punto de que sus niñas adolescentes superan en rendimiento a los niños en ciencias. Esto significa que podría «cerrar la brecha de género

de STEM» a nivel de estudios superiores. Sin embargo, el estudio señala que, paradójicamente, «Finlandia tiene una de las brechas de género más grandes en el mundo universitario en los campos STEM» junto con Noruega y Suecia, donde menos del 25 por ciento de los graduados de STEM son mujeres. Este patrón, concluyeron los autores, «se extiende a todo el mundo, por lo que la brecha de graduación en STEM aumenta con los niveles crecientes de igualdad de género»[499].

Una razón plausible para esta paradoja es que al permitir una mayor fuente de ingresos, en los países pobres las mujeres se vuelcan en mayor número a estas carreras por razones de subsistencia, pero cuando las variables económicas son menos relevantes, como ocurre en los países ricos, estas eligen las carreras por las que realmente se sienten inclinadas y que les resultan más satisfactorias. En otras palabras, las preferencias están fuertemente influidas por la biología y, por lo tanto, pudiendo elegir sin presiones, más mujeres se sentirán más realizadas en profesiones relacionadas con el lenguaje, así como más hombres con las ciencias. Los autores del estudio afirmaron que encontraron «diferencias considerables en las actitudes, ya que los niños a menudo expresan una mayor autoeficacia, más alegría y un interés más amplio en la ciencia que las niñas. Estas diferencias también fueron más grandes en países con mayor igualdad de género»[500].

Ahora bien, existe otra razón evolutiva ya mencionada, aparte de las preferencias, que hace que haya más hombres que mujeres entre los grandes científicos, artistas, literatos, filósofos y en general las grandes mentes de la humanidad. Helena Cronin, codirectora del Centre for Philosophy of Natural and Social Science de la London School of Economics, lo ha explicado de manera sencilla en una charla disponible en YouTube[501]. La presentación es una clase magistral sobre aquellas diferencias biológicas innatas que derivan en elecciones de carrera y potencial cognitivo diferente. Cronin comienza explicando que diversos experimentos enseñan que, por naturaleza, las mujeres se encuentran más interesadas en personas y los hombres en objetos. Además, los hombres son mucho más competitivos que las mujeres, debido a que la selección natural hace decenas de miles de años solo permitió sobrevivir a aquellos hombres que fueron exitosos en luchar por la probabilidad de aparearse. En otras palabras, todos los hombres que viven hoy descienden de esos

animales fuertemente competitivos. De ahí se sigue que los hombres sean más dispuestos al riesgo, más agresivos, más obsesionados con el estatus y con ganar, entre otros atributos. Esta sería una razón central, dice Cronin, por la que hay más hombres en posiciones de liderazgo en distintas áreas. En efecto, según un informe de 2018 del World Economic Forum que evaluó ciento cuarenta y nueve países, hay solo diecisiete que tenían mujeres como jefas de Estado, mientras que, en promedio, solo un 18 por ciento de ministros y un 24 por ciento de los parlamentarios a nivel mundial eran mujeres. De manera similar, las mujeres ocupan solo el 34 por ciento de los cargos directivos en los países donde hay datos disponibles[502]. En una plataforma totalmente ciega a las diferencias de género como es Wikipedia, estudios muestran que el 87 por ciento de los editores son hombres y tan solo un 13 por ciento mujeres[503]. Esto va en línea con los estudios generales de participación de mujeres en foros públicos de pensamiento como diarios o miembros del Congreso, entre otros. En ellos, para Estados Unidos, la proporción es de 85 por ciento hombres versus 15 por ciento mujeres[504].

Es difícil imaginar que todos los datos anteriores, que muestran el mismo patrón a través de las distintas culturas, sean meramente producto de la discriminación. De hecho, ella ni siquiera es técnicamente factible en el caso de Wikipedia, pues cualquiera puede, desde su casa, convertirse en editor. Para dejar más claro el rol de la biología en este contexto es necesario volver a la otra razón que hemos visto, dada para explicar las diferentes posiciones alcanzadas por hombres y mujeres; a saber, que en todas las especies la distribución de características es mucho más dispersa entre los machos que entre las hembras, las que tienden a concentrarse en el promedio. Así, por ejemplo, la diferencia entre los individuos más grandes y los más pequeños es mucho mayor en los machos que en las hembras, lo que significa que los machos se encuentran sobrerrepresentados en los extremos. Como explica Cronin, en términos de inteligencia humana esta mayor variabilidad masculina produce que si bien los hombres y las mujeres, en tanto grupos, presentan niveles casi idénticos de inteligencia, la distribución de esa inteligencia, sin embargo, es distinta entre ambos grupos. Mientras las mujeres tienden a ubicarse más en el promedio de la distribución, los hombres lo hacen más en los extremos. En palabras de Cronin, en el mundo de los hombres hay «más

tontos, pero más premios Nobel». En ciertas áreas, como razonamiento mecánico, por ejemplo, en el mejor 0,1 por ciento de individuos la proporción de hombres en relación a mujeres es 236:1. Esto, insiste Cronin en la charla citada, explica la sobrerrepresentación de hombres en los máximos niveles de excelencia.

A la luz de la evidencia científica, sugiere Cronin, es simplemente un dogma ideológico afirmar que la cultura es la única responsable de los roles y posiciones que asumimos en nuestra vida profesional. Lo cierto es que nuestros cerebros, al ser distintos, no solo inciden en los resultados de representación en el extremo, sino que nos predisponen a tomar caminos diferentes en todas las áreas de la vida. Dicho de otro modo, si no hay tantas mujeres como hombres en ciencias, ingeniería, directorios o gerencias de empresas es, en buena medida, simplemente porque tenemos valoraciones distintas afirma Cronin. Como ha explicado Susan Pinker, en promedio las mujeres tienen mejores habilidades comunicacionales y sociales que los hombres y también son más empáticas, todo lo cual tiene una base neurológica que se desarrolla desde que son niñas y que luego se proyecta en sus decisiones laborales. De hecho, las mujeres que destacan en matemáticas optan mayormente por carreras como medicina y otras ciencias de la salud, mientras los hombres lo hacen por matemáticas, ingeniería y ciencias computacionales. Esto tiene que ver con la inclinación natural de las mujeres a incorporar una dimensión comunitaria y relacional en su vida laboral y ocurre tanto con las que tienen como las que no tienen hijos[505]. En consecuencia, forzar, como se pretende hoy, que exista paridad en ciencias u otras áreas solo llevaría a mujeres a tomar carreras que no las satisfacen y a hombres a seguir profesiones para las que no tienen las mejores capacidades. Por lo demás, en áreas como biología y medicina las mujeres superan en cantidad con creces a los hombres, lo que implicaría reducir el número de mujeres si la paridad fuera realmente lo que se busca[506].

Pero Pinker va más allá señalando que toda esta obsesión con la representatividad de mujeres en todas las áreas, lejos de valorar a la mujer, la desprecia profundamente. Así, por ejemplo, cuando una mujer prefiere dedicar tiempo a su familia, a actividades sociales u otras que no confieren estatus, dinero o poder, es criticada o descalificada por el discurso feminista y social predominante, que lo atribuye a opresión, falsa

conciencia o barreras culturales. Paradójicamente, esto implica esperar que las mujeres elijan carreras tradicionalmente masculinas en lugar de asignarle un valor a sus propias preferencias, lo cual, como es fácil advertir, es el efecto inevitable de una ideología como el feminismo de género que niega la existencia de algo propiamente femenino. En un artículo sintetizando la discusión sobre este tema, Pinker observó que «está claro que las mujeres en muchas naciones industrializadas todavía están bloqueadas no necesariamente por el patriarcado, sino por la expectativa de que deberían 'apoyarse' y elegir siempre lo que un hombre haría, ya sea una carrera STEM o el número de horas que uno quiere consagrarle a ella»[507].

Que la vida en esas áreas sea una miseria debido a la cantidad de horas de trabajo, que casi no haya espacio para vacaciones, familia o amistades, nada de eso importa a las feministas y a todos los que repiten el dogma de género. «Cincuenta años después del nacimiento del feminismo de segunda ola, todavía es un tabú expresar la idea de que muchas mujeres encuentran la felicidad y la satisfacción en formas que pueden apartarse de la norma masculina», escribe Pinker. Esto es lamentable, agrega, pues la felicidad se obtiene teniendo más tiempo para formar comunidades afectivas, que es exactamente lo que las mujeres buscan en mayor proporción que los hombres porque su cerebro las inclina a ello. Holanda es buen ejemplo de este punto. En ese país existe la obligación del empleador de respetar jornada parcial si así lo eligieran sus empleados hombres o mujeres, pero el 76 por ciento de quienes trabajan tiempo parcial son mujeres, dentro de las cuales 2/3 no tienen hijos en casa. Como resultado, estas muestran niveles de satisfacción personal mucho mayores que sus pares estadounidenses que tienden a decicarse más al trabajo asumiendo todo el costo que eso significa en términos de relaciones humanas. «Sin tiempo para sus relaciones, hijos u otros intereses, los niveles de felicidad de las mujeres se han desplomado» desde la década de los 70 en países industrializados, escribe Pinker. En cambio, las mujeres holandesas, la mayoría de las cuales trabajan solo parte de la semana, «tienen más tiempo para actividades e interacciones que encuentran satisfactorias».

Aquí, Pinker toca un punto esencial y poco discutido en el clima de opinión políticamente correcto influido por doctrinas feministas. Diversos

estudios muestran que el nivel de felicidad de las mujeres en el mundo desarrollado es hoy menor que hace cincuenta años a pesar de que jamás han tenido mejores oportunidades educativas y laborales, mayores ingresos, estatus y prestigio. Un famoso *paper* publicado por el National Bureau of Economic Research en 1999 en Estados Unidos habló de «la paradoja del declive de la felicidad femenina». Los investigadores Betsey Stevenson y Justin Wolfers, ambos de la prestigiosa escuela de negocios Wharton School, concluyeron que si bien muchas brechas socioeconómicas entre hombres y mujeres en países industrializados se habían reducido, la brecha de felicidad se había incrementado sustancialmente:

> Según muchas mediciones objetivas, la vida de las mujeres en los Estados Unidos ha mejorado en los últimos treinta y cinco años. Sin embargo, demostramos que las medidas de bienestar subjetivo indican que la felicidad de las mujeres ha disminuido tanto en términos absolutos como en relación con los hombres. La paradoja de la disminución del bienestar relativo de las mujeres se encuentra en varios conjuntos de datos y medidas de bienestar subjetivo, y es generalizada en los grupos demográficos y los países industrializados. Las disminuciones relativas en la felicidad femenina han erosionado una brecha de género en la felicidad según la cual las mujeres, en la década de los 70, típicamente informaban un mayor bienestar subjetivo que los hombres. Estas disminuciones —en felicidad— han continuado y está surgiendo una nueva brecha de género que refleja un mayor bienestar subjetivo para los hombres[508].

En otras palabras, las mujeres no solo eran más felices en los años 70 que hoy en día, sino que además eran más felices que los hombres, al contrario a lo que sucede actualmente. Pero nada de esto significa que las mujeres deban quedarse en casa con sus hijos y renunciar a su desarrollo profesional, aunque sea esa una opción tan válida como la de ser CEO de una gran empresa. El punto es que debe reconocerse que la biología influye en el destino de hombres y mujeres y que hay diferencias naturales entre ambos que hacen que las cosas que puedan resultar deseables para un género no lo sean del mismo modo para el otro. Esto es algo que la neoinquisición se niega a reconocer y que muchos rechazan visceralmente,

sin entender que están haciendo un enorme daño a las mismas mujeres. Como observa Susan Pinker, «afirmar que la mayoría de las mujeres puede querer algo diferente de la vida de la mayoría de los hombres es explosivo»[509]. El hecho de que existan algunas diferencias entre el comportamiento masculino y el femenino ancladas en la naturaleza, agrega, «se ha convertido en un tema altamente politizado» porque «muchos argumentan a favor de la fluidez de género en toda la especie humana», suponiendo que las «diferencias sociales observables entre los sexos son inculcadas por las normas sociales» y que, por tanto, si eliminamos esas normas eliminaremos «cualquier diferencia entre hombre y mujer»[510]. Así, continúa Pinker reflexionando sobre la ideología de género, nos convertiremos en una «sociedad neutral en cuanto al género» aunque paradójicamente el ideal de comportamiento que se postula «es masculino para ambos sexos»[511]. Todo esto es absurdo, concluye Pinker, señalando que la ciencia ha demostrado de manera contundente que hay diferencias biológicas entre hombres y mujeres que tienen efectos sociales. «Estas diferencias influenciadas biológicamente inciden en la elección de metas y en las preferencias de vida distintas» tanto entre la gente común y corriente como entre los que consiguen «logros estratosféricos»[512]. En general, continúa Pinker, los hombres como grupo valoran el trabajo a tiempo completo, la posibilidad de generar un impacto y ganar altos ingresos, mientras que las mujeres valoran más el trabajo a tiempo parcial, el tiempo para las relaciones cercanas, la participación familiar y comunitaria. Estas preferencias son tan marcadas que entre los hombres y mujeres más dotados, ellos dedican más horas a trabajar que las mujeres, incluso cuando ambos trabajan a tiempo completo. Estudios muestran que el 30 por ciento de las mujeres, pero solo el 7 por ciento de los hombres, querían trabajar menos que tiempo completo en su trabajo ideal. Ante toda esta evidencia, Pinker concluye que «frente a los datos que surgen de las nuevas tecnologías, los estudios del genoma, la neurociencia social, los estudios con animales y las influencias hormonales que alteran nuestra arquitectura cerebral tanto como esculpen nuestros cuerpos, negar la existencia de cualquier diferencia sexual biológica equivale a negar la existencia de la ciencia»[513].

Es ese oscurantismo el que practica la escuela feminista hegemónica y aquellos que han comprado el discurso ideológico de que el género es una

construcción social. Al hacerlo son ellos, finaliza Pinker, quienes están creando un mundo peor: «Cuando se trata de sexo, un mundo sin diferencias no es solo una ficción. Es un lugar más intolerante, infeliz y, en última instancia, menos democrático»[514].

Sin duda uno de los resultados que han conseguido los famosos estudios feministas y de género, con su negación científica, ha sido convertir a muchos de sus estudiantes en activistas resentidos. Como explica la feminista de Yale Camille Paglia, «no se puede tener un feminismo que es hostil a las ciencias». Los programas de estudio de hoy sobre la materia agrega, carecen de «integridad académica» y son más bien «células políticas intocables y sacrosantas»[515]. Paglia se lamenta de que la necesidad de incorporar «genética, anatomía, neurología, endocrinología y un análisis histórico de alto nivel» haya sido reemplazada por el «posestructuralismo pernicioso» que invadió las universidades americanas[516]. La consecuencia ha sido que estos programas de género han creado «la nueva policía de pensamiento de la corrección política»[517].

La brecha salarial

En el contexto de la discusión sobre igualdad de género, ha emergido un dogma, repetido varias veces en la discusión pública global, según el cual la brecha salarial existente entre hombres y mujeres estaría fundada esencialmente en la discriminación de género injusta que se daría en un orden dominado por hombres. Incluso más, para algunas agrupaciones femenistas estadounidenses y europeas, gracias a los movimientos feministas de la década de 1960 la mujer pudo liberarse y acceder a mejores oportunidades.

Los estudios revelan, sin embargo, que la proporción de mujeres profesionales en Estados Unidos fue mayor en las primeras dos décadas del siglo XX, mucho antes del auge feminista y de las leyes antidiscriminación, que a mediados de siglo. En efecto, entre 1921 y 1932

el porcentaje de mujeres que conseguía doctorados en universidades estadounidenses era de 17 por ciento comparado con un 10 por ciento en las décadas de 1950 y 1960. En la década de 1930 las mujeres obtenían entre un 20 por ciento y 25 por ciento de los doctorados en biología y un 10 por ciento de los doctorados en economía, comparado con un 12,5 por ciento y un 2 por ciento, respectivamente, en la década de 1950[518]. La misma tendencia a la baja se verificó en las humanidades, derecho y química. Adicionalmente, en 1961 la cantidad de mujeres con posiciones académicas era menor que en 1930 y la edad promedio de matrimonio era también mayor a principios que a mediados de siglo[519]. Estos datos sin duda sorprenderían a muchas personas convencidas de la narrativa feminista que hoy en día lleva a tantos al agotador ejercicio de estar contando mujeres en todas partes y a asumir que cualquier diferencia de ingresos entre hombres y mujeres en tanto grupos es totalmente injustificada.

Este espíritu inquisitorial, que forma parte de la cultura popular, se reflejó perfectamente en 2019 cuando una periodista preguntó a Rafael Nadal qué le parecía el hecho de que los hombres ganaran más que las mujeres en el tenis. Ante ello Nadal contestó que no sabía la respuesta y que tampoco sabía la respuesta a la pregunta de por qué las mujeres ganaban más que los hombres en el modelaje, agregando que ahí nadie dice nada[520]. La respuesta de Nadal fue brillante, pues logró dejar en evidencia la falacia de que hombres y mujeres deben ganar lo mismo solo por hacer lo mismo y enrostrar la hipocresía que atraviesa todo el debate sobre brecha salarial, en el que solo se mencionan los casos en que los hombres ganan más. El entonces número uno del *ranking* ATP, Novak Djokovic, fue aún menos diplomático y argumentó —desatando de paso la indignación de Serena Williams— que le parecía injusto que en el tenis las mujeres y los hombres ganaran lo mismo si los partidos de los hombres tenían más audiencia y vendían más entradas[521]. Con su respuesta, tanto Djokovic como Nadal dieron a entender los principios básicos de economía que están en juego: el ingreso es una función de la productividad; por lo tanto, si los hombres generan más dinero para el circuito que las mujeres, es evidente y justo que ganen más. Quien decide esto finalmente son los espectadores, que prefieren ver partidos de hombres antes que de mujeres porque, en general, les resultan más atractivos y competitivos.

Ahora bien, en tenis, aquellos torneos en que juegan hombres y mujeres, como las Grand Slam, reparten premios iguales, pero aquellos donde solo juegan mujeres reparten bastante menos comparados con aquellos donde solo juegan hombres. ¿Es esto pura discriminación? Los datos dicen que no. En 2015, 973 millones de personas vieron los partidos de los hombres en el ATP contra 395 millones que vieron los partidos de las mujeres de la WTA. La final de hombres Wimbledon el mismo año fue vista por 9,2 millones de personas versus 3,3 millones la misma final de mujeres; y la del US Open de hombres alcanzó 3,3 millones de vistas contra 1,6 millones la de mujeres, aunque aquí ha habido excepciones ocasionales. También en general los hombres venden muchas más entradas que las mujeres[522].

Un debate similar se ha producido en el fútbol luego de que la selección femenina de Estados Unidos ganara el mundial en 2019, ocasión en que recibieron un premio de 4 millones de dólares, comparado con los 38 millones de dólares del equipo de hombres francés por lograr la victoria en el campeonato mundial en el 2018. Esto significa que las mujeres ganan apenas un 10,5 por ciento de lo que ganan los hombres por hacer exactamente lo mismo, lo que bajo cualquier perspectiva de igualdad de género es un escándalo. La economía, sin embargo, no se doblega ante la ideología de la corrección política. Mientras la copa mundial de hombres en 2018 generó ganancias por 6 mil millones de dólares, la de mujeres en 2019 consiguió ingresos de apenas 131 millones de dólares, lo que equivale a un 2 por ciento de lo que generaron los hombres[523]. Si el salario debiera ser función del aporte productivo real como sugiere Sam Frank, del American Institute for Economic Research, entonces las mujeres deberían ganar ese 2 por ciento en relación a los hombres y no el 10,5 por ciento que ganan, lo que significa que estas obtendrían una remuneración cinco veces más alta de lo que deberían[524]. Hay que decir, en todo caso, que el reclamo de las jugadoras estadounidenses se refería a la diferencia de ingresos con los jugadores hombres de su propio país, respecto de los cuales alegaban que, a pesar de generar ingresos semejantes o mayores, eran mejor pagados. La polémica alcanzó el máximo nivel con la demanda que el equipo de fútbol femenino interpuso en contra de la Federación de Fútbol de Estados Unidos por «discriminación institucionalizada de género». Como de costumbre, las redes sociales y la prensa incendiaron el

país e incluso decenas de congresistas enviaron una carta al presidente de la Federación, Carlos Cordeiro, declarando su indignación por la injusta discriminación a que supuestamente eran sometidas las mujeres. No pasó demasiado tiempo hasta que las auditorías encargadas por la Federación se hicieron públicas revelando que las mujeres recibían un pago incluso mayor que a sus pares masculinos. El informe es sintomático no solo por mostrar que la diferencia de pago en salarios y bonos en el período 2010-2018 era casi de un 30 por ciento en beneficio de ellas —34,1 versus 26,4 millones de dólares—, sino que dejó en evidencia una serie de beneficios que reciben las mujeres a los cuales los hombres no tienen acceso. Entre ellos se encontraban seguros de salud con cobertura completa, plan de pensiones, planes de maternidad pagados, asistencia con el cuidado de niños y protección garantizada en caso de lesión. El carácter ideológico del ataque a la Federación fue aún más evidente cuando se consideran las cifras de los ingresos generados por hombres y mujeres. Según la auditoría, entre 2009 y 2019, las mujeres generaron ingresos brutos de 101,3 millones de dólares en 238 juegos, dando un promedio de US$425.446 por juego. Los hombres, en tanto, generaron ingresos brutos de 185,7 millones de dólares en 191 juegos, dando un promedio de US$972.147 por juego. Es decir, en promedio, los hombres generaron el doble de ingresos que las mujeres. Todavía más, la auditoría concluyó que, a lo largo de todo el período de once años, las mujeres generaron una pérdida neta de 27,5 millones de dólares. Para las feministas, el demoledor golpe que estos datos implicaron para el dogma de la brecha salarial solo empeoró con la conclusión «patriarcal» que el informe ofreció: «US Soccer no considera estas como pérdidas, sino más bien como una inversión importante en nuestro Equipo Nacional Femenino y en el crecimiento a largo plazo del fútbol femenino»[525].

Como es evidente, no existirá ahora un movimiento de protesta por la discriminación salarial a la que se encuentran sujetos los hombres, pues en la cultura del victimismo actual ellos serían los opresores. Pero incluso en esa cultura, Megan Rapinoe, la capitana del equipo de fútbol femenino estadounidense, mostró entender principios básicos de economía cuando declaró en una entrevista en *CNN* que los *fans* debían apoyarlas asistiendo a los juegos de liga, comprando camisetas de jugadoras y boletos de temporada[526]. Esa es exactamente la lógica que en el mercado determina

salarios cuando no hay presiones externas.

La productividad es también la razón por la que la modelo mejor pagada en 2016, Giselle Bündchen, ganó 42 millones de dólares contra 1,5 millones de Sean O'Pry, el modelo mejor pagado. Esto se explica porque la industria de la moda femenina obtiene ingresos por 621 mil millones de dólares comparado con 400 mil millones de dólares en el caso de los hombres[527]. Además, las mujeres se convierten en figuras asociadas a casas de moda, lo que no ocurre igualmente con los hombres.

Pero la discusión sobre la brecha salarial y su causal de género trasciende con creces el rubro de los deportes y de la moda extendiéndose a prácticamente todas las áreas profesionales en todos los países. Es usual oír hablar de que en promedio las mujeres ganan entre un 5 por ciento a 30 por ciento menos que los hombres y que esto es una injusticia que merece ser reparada. Según la Unión Europea, en sus países miembros el promedio de la brecha salarial, definida como «la diferencia relativa en el ingreso bruto promedio de mujeres y hombres dentro de la economía en su conjunto», es de 16 por ciento, variando desde menos de 8 por ciento en naciones como Bélgica, Rumania, Italia y Polonia a más de 20 por ciento en Austria, Alemania y el Reino Unido[528]. En Estados Unidos esta es de 22 por ciento entre hombres y mujeres trabajando tiempo completo, según el Bureau of Labor Statistics. En otras palabras, por cada dólar que gana un hombre, una mujer gana 78 centavos[529].

El problema con todo este análisis es que, de la forma en que se suele plantear, la mera existencia de que la brecha salarial ya demuestra discriminación contra la mujer es simplemente falso. Un excelente ejemplo de lo absurda que resulta esta narrativa lo ofrece un estudio de la Universidad de Stanford sobre brecha salarial en más de un millón de conductores de Uber. Como se sabe, la plataforma es completamente ciega a diferencias de género, pagando a los choferes exclusivamente por su desempeño con clientes. A pesar de ello, el estudio publicado en 2019 concluyó que había un 7 por ciento de brecha de ingresos entre hombres y mujeres, la cual era enteramente atribuible a la experiencia de los conductores con la plataforma, las preferencias sobre dónde trabajar y la velocidad en el manejo. Así, ni siquiera una economía totalmente ciega a diferencias de género como la digital, donde la discriminación es imposible, garantiza que se elimine la brecha salarial. De ahí que los

autores del estudio concluyeran: «No encontramos que los hombres y las mujeres se vean afectados de manera diferente […] por la discriminación del cliente. Nuestros resultados sugieren que no hay razón para esperar que la economía «gig» cierre las brechas de género». Y luego añadieron que «incluso en ausencia de discriminación y en mercados laborales flexibles, el costo de oportunidad relativamente alto de las mujeres que significa el tiempo de trabajo no remunerado y las diferencias de preferencias y limitaciones basadas en el género pueden sostener una brecha salarial de género»[530]. En otras palabras, tal como ha sugerido Susan Pinker, hombres y mujeres tienen distintas aproximaciones hacia el trabajo ya que valoran diferentes factores. De ahí que la diferencia de ingresos no tenga que ver con la capacidad de cada género, sino más bien con la cantidad de horas que hombres y mujeres le dedican al trabajo —diariamente o a lo largo de toda su carrera— y con la experiencia adquirida en ese tiempo.

Lo que el caso de Uber revela no es que no exista una diferencia entre los ingresos promedios de los hombres y de las mujeres, sino lo que esta realmente esconde. Cualquier grupo de personas a los que se realice el ejercicio de comparación presentará diferencias de ingresos. Perfectamente se podría medir el ingreso promedio de las personas rubias y compararlo con el de las personas pelirrojas, o las altas y las bajas, o las gordas y las flacas; y lo más probable es que habría una brecha de ingresos, pero eso no habla necesariamente de que exista una discriminación o sesgo en contra de ningún grupo. Es más, si fuera cierto que por exactamente el mismo trabajo las mujeres ganan menos que los hombres, entonces todos los empleadores contratarían solo mujeres, pues obtendrían igual productividad a menor costo, con lo cual aumentarían sus ganancias. Esto no quiere decir que no haya culturas donde las mujeres son desaventajadas social y legalmente y que no se den casos de discriminación y abuso. El punto es que cuando se mide la brecha salarial entre hombres y mujeres, o cualquier grupo, hay un sinnúmero de factores que se deben tomar en cuenta para explicarlo y que no se incorporan en la dogmática de la corrección política actual. Científicamente no tiene sentido medir meros promedios de ingresos sin corregir esas mediciones por el tipo de trabajos que se realiza, pues si es el caso que la mayoría de los hombres medidos son ingenieros y la mayoría de las mujeres enfermeras, obviamente habrá una brecha salarial, pero eso tiene que ver

con la productividad de la profesión y no con algún tipo de injusticia. La misma brecha existirá entre mujeres ingenieras y hombres obreros o enfermeros. Pero además se debe corregir por tipo de jornada laboral, por ausencia del mercado del trabajo debido a maternidad o enfermedad, por nivel de calificaciones, cargo, disposición al riesgo físico y así sucesivamente. Cuando se corrige por todos los factores que corresponden, la verdad es que la brecha salarial casi desaparece en prácticamente todos los países occidentales en que hay buena información disponible. Como observó *The Economist*, cuando se hacen bien las mediciones, «en Gran Bretaña, como en otros países europeos, la brecha media en el pago entre hombres y mujeres, en exactamente los mismos trabajos, es pequeña o inexistente»[531]. Y si bien se ve en las posiciones mejor pagadas, esto, según *The Economist*, poco tiene que ver con discriminación. Lo mismo ocurre en Estados Unidos, donde este tema se ha tomado por completo la agenda pública. Ya un trabajo de 2009 del Department of Labor del gobierno de ese país, analizando múltiples datos del mercado del trabajo, llegó a la «conclusión inequívoca de que las diferencias en la compensación de hombres y mujeres son el resultado de una multitud de factores y que la brecha salarial no debe utilizarse como base para justificar la acción correctiva. De hecho, puede que no haya nada que corregir. Las diferencias en los salarios brutos pueden ser casi enteramente el resultado de las decisiones individuales hechas por trabajadores tanto hombres como mujeres»[532].

En cuanto a la brecha salarial de género más general en Estados Unidos, podría comenzar señalándose que a pesar de que los hombres representan el 54 por ciento del mercado del trabajo, estos constituyen el 92 por ciento de los muertos por accidentes laborales. La razón es que los hombres toman trabajos más riesgosos —y por tanto mejor pagados— que las mujeres, algo que sin duda tiene una explicación evolutiva. Que las mujeres son menos del 4 por ciento de la fuerza de trabajo en construcción y mantenimiento, menos del 2 por ciento de instaladores de techos y albañiles y menos del 1 por ciento de los mecánicos y técnicos de maquinaria pesada no puede explicarse solo por la cultura patriarcal[533].

Ahora bien, cuando de ingresos se trata, un factor que no puede dejar de considerarse es la decisión de muchas mujeres de tener familia durante su vida laboral, lo que influye directamente sobre el tipo de carrera y jornada

que estas están dispuestas a perseguir. Asimismo, los años que las mujeres se ausentan del trabajo por sus hijos tienen un efecto directo sobre su salario, ya que son cientos de horas las que dejan de trabajar acumulando, como consecuencia, menos experiencia que los hombres. Esto explica que incluso a iguales calificaciones en el mismo trabajo a muchas mujeres se les pague menos, ya que tienen menos experiencia que sus pares hombres, quienes se han podido desarrollar por más tiempo en su carrera. Nada de eso es discriminación, sino simple ejercicio de preferencias y realidades económicas. De hecho, en Estados Unidos, entre mujeres calificadas de cuarenta a sesenta y cuatro años que jamás tuvieron hijos ni se casaron, las mujeres ganan sustancialmente más que los hombres en la misma categoría —47 mil versus 40 mil dólares—, lo cual no podría ocurrir si existiera una discriminación contra la mujer solo por ser mujer[534]. Más aún, ya en 1969 las mujeres académicas nunca casadas tenían ingresos superiores a los hombres académicos no casados, y lo mismo ocurría en 1971 con aquellas mujeres solteras en otras áreas profesionales, cuyos ingresos superaban levemente los de los hombres. Del mismo modo, en 1994, el ingreso de entrada al mercado de graduados de derecho era también en promedio superior para las mujeres que para los hombres: 50 mil versus 48 mil dólares. Por eso, el economista Thomas Sowell concluye que «la principal razón por la que las mujeres ganan menos que los hombres no es que se les pague menos por hacer el mismo trabajo sino que tienen menos horas de experiencia por una distribución diferente de su tiempo invertido en él y una menor continuidad en la fuerza de trabajo»[535]. De hecho, el diferencial de ingreso es muy bajo al inicio de la carrera laboral entre hombres y mujeres con idénticas profesiones y cargos e inexistente para trabajadores de tiempo completo entre veintiún y veinticinco años sin hijos ni parejas[536].

Es en el trascurso de la vida laboral que emerge una diferencia salarial que está basada en las decisiones que toman las mujeres, alejándose muchas veces del mundo profesional para priorizar la realización personal. Esto es lo que ha concluido la economista de Harvard Claudia Goldin, quien ha dedicado décadas al estudio de la diferencia salarial: «Los factores más importantes que explican la brecha de ingresos por género son las horas semanales y el tiempo que se pasa fuera de la fuerza laboral»[537], afirma. Entre otros, Goldin estudió el comportamiento de las mujeres con las

mejores proyecciones laborales, aquellas con MBA de la Universidad de Chicago, para compararlas con sus pares hombres del mismo programa. Lo que encontró fue que cuando tienen hijos, las mujeres se mueven a posiciones de jornada flexibles, lo que las lleva a ganar incluso por hora menos que quienes no lo hacen. «Los sectores financieros y corporativos penalizan en gran medida las menores horas», dice Goldin, agregando que esto es «tanto para hombres como para mujeres», de modo que no existe una discriminación basada en el género que explique la brecha salarial. Goldin demostró que se produce un fenómeno llamado «no linealidad de los salarios», y que conduce a que las personas que trabajan más horas reciban una recompensa por cada hora trabajada en relación a quienes trabajan menos horas. En otras palabras, si una persona trabaja tiempo parcial y otra igual de calificada trabaja tiempo completo en el mismo trabajo, no van a recibir exactamente el mismo sueldo por hora trabajada. Los abogados egresados de Michigan Law School confirman la tendencia mostrada por los MBA: «Las ganancias son claramente no lineales, y las personas que trabajan más horas por semana ganan más por hora. Estos hallazgos resisten los controles durante años fuera del trabajo y años trabajando a tiempo parcial», dice Goldin, y añade que «la fracción de mujeres en el grupo de menos horas es mucho más alta, y la fracción de las mujeres que tienen hijos también es mucho más alta en el grupo de horas más bajas»[538].

En el caso de los trabajos en el área farmacéutica la realidad es distinta, permitiendo la linealidad de los salarios, es decir, que a pesar de tener una menor jornada laboral las mujeres ganan por hora casi lo mismo que los hombres. La razón para ello es el avance tecnológico y el hecho de que la mayoría de los farmaceutas que antes trabajaban como independientes en pequeñas farmacias hoy son dependientes en centros de salud con sistemas de información sofisticados, lo que les ha permitido ser sustitutos fácilmente entre ellos, algo que no ocurre en el mundo de los abogados ni el financiero[539]. El caso de la industria farmacéutica solo confirma que no existe discriminación sistémica en el mercado del trabajo en contra de las mujeres, sino fuerzas económicas imparciales que, bajo idénticas condiciones, afectan a ambos sexos por igual. Comentando los hallazgos de Goldin, la editora de *Harvard Magazine*, Marina Bolotnikova, observó que toda la narrativa sobre la brecha salarial había sido desbancada por la

economista: «La retórica de los políticos y las prescripciones de política destinadas a cerrar la brecha salarial de género suponen que las disparidades salariales se crean principalmente por la discriminación absoluta de los empleadores o por la falta de capacidad de negociación de las mujeres»[540], afirmó. La realidad que muestra Goldin, sin embargo, es otra, dijo Bolotnikova: «La brecha salarial no surge porque los hombres y las mujeres reciban un pago diferente por el mismo trabajo, sino porque el mercado laboral los incentiva a trabajar de manera diferente», concluyó, refiriéndose al fenómeno de la no linealidad del trabajo ya analizado.

La pregunta que cabe formular a la luz de lo anterior es si acaso son irracionales las mujeres por preferir un camino de mayor tiempo libre sacrificando parte de su ingreso y carrera. De acuerdo a *The Atlantic*, en el caso de los abogados de grandes estudios, las jornadas laborales son típicamente entre 60 y 70 horas por semana[541]. Para los CEOs, un estudio de Harvard realizado por los profesores Michael Porter y Nitin Nohria concluyó que el promedio de la jornada laboral era de 62,5 horas con el 75 por ciento de su tiempo organizado de antemano y solo un 25 por ciento de manera espontánea[542]. Con ese ritmo de vida no es casualidad que en las Fortune 500, esto es, las quinientas empresas más grandes de Estados Unidos listadas en bolsa, el máximo histórico de mujeres CEOs haya llegado apenas a 6,7 por ciento del total en 2017 cayendo a 4,8 por ciento en 2018. Tampoco que en los directorios haya un 22,2 por ciento de mujeres, lejos de la paridad deseada por muchos[543]. De acuerdo al *Financial Times*, en total, entre Europa, Estados Unidos y el Reino Unido, menos del 5 por ciento de los CEOs son mujeres, llegando a tener 0 por ciento de representación en países como Italia y Dinamarca[544]. Algo similar ocurre en las oficinas de abogados, donde apenas 18 por ciento de los «*equity partners*» son mujeres en Estados Unidos a pesar de que más de la mitad de quienes entran a estudiar derecho lo son[545]. En Inglaterra solo un 19 por ciento de esta categoría de socios son mujeres, en circunstancias de que ellas representan dos tercios de los estudiantes de derecho[546].

Según estudios más amplios sobre mercado del trabajo, en general en Estados Unidos las personas altamente calificadas y con niveles de salarios en el 20 por ciento superior de la escala tienen jornadas laborales de más de 50 o 55 horas a la semana. Estos hombres, por cierto, no solo

ganan más semanalmente y por hora que las mujeres que no están dispuestas a seguir ese ritmo de vida, sino también que los otros hombres que trabajan un horario semanal regular de 40 horas. Más aún, la diferencia de ingresos entre los hombres que trabajan 40 horas por semana y aquellos que trabajan 55 horas por semana se ha duplicado entre la década de 1980 y los 2000, lo que indica que el fenómeno de no linealidad de los salarios se ha profundizado, llevando a una mayor proporción de hombres a trabajar más horas semanalmente[547].

Con esos datos en mente, la decisión de las mujeres, incluyendo aquellas altamente calificadas, que eligen no dedicar toda su vida al trabajo para priorizar en cambio la familia y el tiempo para sí mismas parece bastante racional. Y lo es aún más cuando se considera que las mujeres de alto capital humano se casan con hombres cuyo ingreso les permite a ellas dedicar más tiempo a la maternidad. En palabras de los economistas Steven Levitt y Stephen Dubner, «muchas mujeres en Estados Unidos obtienen un MBA para incrementar sus ingresos, pero terminan casándose con hombres […] que también tienen salarios altos, permitiéndoles el lujo de no tener que trabajar tanto»[548]. Así las cosas, el problema real en esta discusión sobre la brecha de género, sugieren Levitt y Dubner, no son los salarios más bajos, sino la obsesión de que las mujeres deben tener las mismas preferencias que los hombres: «En lugar de interpretar los salarios menores de las mujeres como una debilidad, tal vez debería verse como una señal de que un salario mayor simplemente no es un incentivo con el suficiente sentido para las mujeres como lo es para los hombres», concluyen[549].

Pero hay todavía un factor fundamental en esta discusión sobre la brecha salarial de género, y tiene que ver con que el simple hecho de ganar el dinero y gastarlo son cosas muy distintas. Lo que la evidencia muestra es que la gran parte del dinero que ganan los hombres con familia es gastado por las mujeres de acuerdo a las prioridades que ellas estiman pertinentes. Según un artículo en *Bloomberg*, las mujeres toman entre el 70 y 80 por ciento de las decisiones de consumo en todo el mundo e «incluso cuando una mujer no está pagando algo por sí misma, a menudo es la influencia o el voto de veto detrás de la compra de otra persona». Además, debido a que «las mujeres se desempeñan como cuidadoras principales de niños y ancianos en prácticamente todas las sociedades del mundo, las mujeres

compran en nombre de las personas que viven en sus hogares, así como para familiares extensos (como padres mayores y suegros) y amigos»[550]. Incluso si el nombre que aparece en la tarjeta de crédito responsable de la compra no es de una mujer, esto no significa que quien haga el gasto no lo sea. En palabras del artículo: «La persona que realiza una transacción de venta no es necesariamente quien toma las decisiones. Incluso si una mujer no recibe un salario, es probable que sea la encargada de los gastos de su hogar»[551].

No tiene mayor sentido obsesionarse con quién gana el dinero si lo relevante es quién lo gasta y con qué fines. E históricamente, en diversas sociedades, las mujeres han sido las encargadas de llevar el hogar, algo que no ha cambiado realmente en los países industrializados aun cuando estas tienen la oportunidad de elegir caminos totalmente diferentes. Esto es así porque, como explica el artículo de *Bloomberg* haciéndose eco de la evidencia científica, «las mujeres de todo el mundo son más parecidas que diferentes. Están unidas por sus estructuras cerebrales, niveles hormonales y el papel biológico en el nacimiento de la raza humana. También están unidas por sus roles como cuidadoras, constructoras de relaciones y comunicadoras»[552].

Cuando se toman en consideración todos estos hechos, cabe preguntarse si acaso el gobierno debiera intervenir para «corregir» la supuesta brecha salarial. Goldin es enfática: «La solución no tiene que involucrar la intervención del gobierno y no depende de la mejora de las habilidades de negociación de las mujeres o de crear en ellas una mayor voluntad para competir»[553]. Lo que debe cambiar, dice, son los incentivos de mercado para que existan jornadas más flexibles y mayor facilidad de sustitución para los empleadores, de modo que no les sea tan atractivo tener personas trabajando 80 horas a la semana o más.

La idea de las cuotas en directorios de empresas y otros trabajos para asegurar mayor participación femenina debe ser, entonces, descartada. Una publicación de la la Sociedad Max Planck en Alemania, argumentó que el sistema de discriminación inversa que implican las cuotas ha tenido efectos más bien negativos. En primer lugar, observó el autor de la publicación, al constituir una discriminación arbitraria en contra de hombres igualmente calificados negándoles la posibilidad de tener éxito desde el principio destruye incentivos para un mayor esfuerzo laboral.

Pero, además, concluyó, «esta discriminación también conduce inevitablemente a animosidad entre los grupos solicitantes. Las diferencias precisas que la herramienta de tratamiento preferencial realmente intenta superar son, paradójicamente, aún enfatizadas y acentuadas»[554]. Como ha dicho en *The New York Times* la editora jefe de *Reason Magazine*, Katherine Mangu-Ward, «la mejor manera de arruinar el proceso orgánico y gradual de avanzar hacia una sociedad en la que tanto hombres como mujeres puedan realizar el trabajo que desean, de manera segura, con salarios justos e igualdad de oportunidades para su promoción, es congelar y polarizar la conversación imponiendo un montón de leyes y políticas rígidas»[555]. Esto porque las cuotas para mujeres terminan generando la sensación de que llegan a posiciones de liderazgo no porque lo merecen, sino solo por ser mujeres, lo que a su vez refuerza la idea de que no son lo suficientemente competentes. La evidencia muestra, además, que las cuotas solo tienden a beneficiar a unas pocas mujeres más calificadas sin ayudar en lo más mínimo a que exista un incremento en la movilidad general de mujeres, lo cual destruye el argumento de que estas serían necesarias para «romper la inercia» de un sistema que ha sido históricamente desfavorable para ellas. En Noruega, donde por ley determinado tipo de empresas deben incluir 40 por ciento de mujeres en los directorios, setenta mujeres se reparten más de trescientos cargos de directorio dando un promedio de cuatro mandatos para cada una. Por eso, un estudio publicado por el National Bureau of Economic Research, analizando el efecto de la ley de cuotas aprobada el año 2003 en Noruega, concluyó que no hay «evidencia sólida de que la reforma benefició al conjunto más amplio de mujeres empleadas en las empresas sujetas a la cuota» y que «la reforma no tuvo un impacto claro en las mujeres altamente calificadas, cuyas calificaciones equivalen a las de los miembros de la junta directiva y que no fueron nombradas en juntas directivas»[556]. La reforma tampoco «afectó las decisiones de las mujeres jóvenes», las que no optaron por tomar mayor cantidad de cursos de educación empresarial tras ser aprobada la ley. Por último, señalaron los autores que «siete años después de que la política de cuotas en juntas directivas entrara en vigencia por completo, llegamos a la conclusión de que esta tuvo muy poco impacto perceptible para las mujeres en el mundo de los negocios, más allá de su efecto directo en las mujeres que

ingresaron a las salas de juntas». En suma, la ley de cuotas no mejoró el ingreso de mujeres igualmente calificadas, no inspiró a más mujeres a seguir carreras de negocios, no aumentó la movilidad hacia arriba de otras mujeres ni redujo la brecha salarial entre mujeres y hombres. Todo lo que hizo fue mejorar la situación de un pequeño grupo de mujeres de élite, llamadas «*golden skirts*» (faldas doradas) a expensas de hombres igualmente o mejor calificados que ellas. Pero el resultado de la ley de cuotas no quedó ahí, pues entre 2001, cuando comenzó la discusión en Noruega, y 2008, el número de empresas con la configuración legal que hace las cuotas obligatorias se redujo en un 23 por ciento y muchas empresas se trasladaron al extranjero. Los valores de las empresas afectadas, en tanto, cayeron un promedio de 2,6 por ciento y en compañías que todavía no tenían mujeres en sus equipos de alta dirección cayeron hasta en un 5 por ciento[557].

Tampoco es efectivo, como notó *The Economist* analizando los sistemas de cuotas establecidos en distintos países, que las empresas incrementen su productividad por tener mayor cantidad de mujeres en sus directorios: «Los estudios que comparan el desempeño de las empresas antes y después de la introducción de las cuotas no han sido concluyentes. Algunos han encontrado efectos positivos en los resultados de las empresas; otros, lo contrario», afirmó el semanario[558].

En suma, las cuotas son indefendibles tanto desde un punto de vista ético —pues implican una discriminación en contra de personas solo en razón de su género, barriendo con la meritocracia— como económico y práctico, pues no resuelven el problema que pretenden resolver, no contribuyen necesariamente al mejor desempeño de la empresa, implican un privilegio artificial para una minoría de mujeres de élite e incentivan el resentimiento entre los géneros. Un ejemplo evidente de todo este fracaso se ha dado en las cuotas obligatorias que se han introducido en los comités de selección académicos de diversas universidades occidentales bajo la teoría de que los hombres sufren de un sesgo implícito en contra de las mujeres. Un estudio sobre el efecto de las cuotas en el área de ciencias en España e Italia, realizado por académicos finlandeses e italianos que analizaron más de cien mil aplicaciones con comisiones de selección compuestas por 40 por ciento de mujeres y trescientos mil evaluaciones individuales, concluyó que «no hay evidencia de que una mayor presencia

de mujeres evaluadoras en los comités de evaluación tenga un efecto positivo en las posibilidades de éxito de las candidatas»[559]. El mismo estudio añadió que «la presencia de mujeres en los comités de evaluación puede incluso tener un impacto negativo en las posibilidades de éxito de las candidatas» debido en parte «al impacto en el comportamiento de voto de los evaluadores masculinos, quienes se vuelven más duros con las candidatas». Por último, señalaron los investigadores, «no hay evidencia de que los comités con una proporción relativamente mayor de mujeres promuevan mejores candidatos»[560].

Estudios elaborados en Francia confirman esta conclusión. El economista Pierre Deschamps, de Sciences Po, analizó los efectos de la ley de cuotas impuesta por el gobierno francés en 2015 para los comités de selección en universidades, los que desde entonces deben tener al menos un 40 por ciento de miembros de ambos géneros. Las conclusiones del estudio son demoledoras: «Basándome en un conjunto de datos único compuesto de datos administrativos proporcionados por universidades francesas, muestro que la reforma empeoró significativamente la probabilidad de ser contratadas así como el estatus de las mujeres»[561]. En consecuencia, agregó, «imponer cuotas de género en los comités de reclutamiento no ayuda al reclutamiento de mujeres, y puede dañar sus carreras»[562]. El autor agrega que «cuanto mayor es la proporción de mujeres evaluadoras en un comité, más bajas son calificadas las mujeres, incluso cuando se controla por publicaciones y conexiones académicas»[563]. No está claro si ello se debe a que las mujeres tienden a optar más por hombres que por mujeres para no sentir competencia dentro de su género, o a que los hombres resienten el hecho de ser obligados a conformar comités con paridad de género, siendo más duros con las candidatas. De lo que no hay duda en todo caso es de que la ley de cuotas no condujo a un aumento en la cantidad de mujeres postulando a posiciones académicas y, peor aún, dado que los miembros de los comités pertenecen a las instituciones que contratan, las mujeres que trabajan ahí se han visto abrumadas con mayor carga administrativa que las distraen de su trabajo académico[564].

Por último, iniciativas como forzar legalmente el mismo pago por el mismo trabajo han resultado mostrar igualmente efectos contraproducentes. El caso de Islandia, país que se considera modelo en esta materia por haber sido el primero en imponer la obligación de pagar

exactamente lo mismo a mujeres y hombres en las mismas empresas, prueba que la realidad es más compleja de lo que asume el discurso de corrección política sobre la brecha de género. En Islandia las empresas de más de veinticuatro empleados deben demostrarle al gobierno que pagan lo mismo por igual trabajo para, de ese modo, obtener un certificado sin el cual se exponen a multas y mala publicidad. Si deciden pagar más a un hombre o mujer porque se ha desempeñado mejor, deben pasar por el proceso burocrático de probar que hay un valor agregado en la persona que recibe más dinero. No es difícil imaginar que el efecto de esta legislación ha sido destruir los incentivos tanto de hombres como de mujeres a trabajar más duro para ganar más dinero, pues la ley simplemente prohíbe darle a uno un bono o alza por desempeño que no le dio a otro. «Creo que las empresas deberían poder recompensar al personal que muestra iniciativa y habilidades. El estándar de igualdad salarial hace esto imposible», dijo Friðbert Traustason, presidente de la Confederación de Empleados de Bancos y Finanzas de Islandia[565]. De otra parte, la legislación no hará nada para acotar la brecha promedio de ingresos entre hombres y mujeres, que es de 22 por ciento y que se explica precisamente por las preferencias de las mujeres de interrumpir su carrera para tener hijos. Como notó *The Washington Post*: «Aunque tanto los hombres como las mujeres en Islandia tienen tres meses de licencia por maternidad no transferible, pocos hombres optan por tomarla. Y es mucho más probable que las mujeres interrumpan sus carreras para dedicar más tiempo a sus familias que los hombres»[566]. Esto ocurre en el país que desde hace años lidera el *ranking* de igualdad de género en el mundo, lo cual confirma, una vez más, que, en general, la biología explica más que la cultura cuando se trata de diferencias entre hombres y mujeres en el mundo del trabajo y otros ámbitos.

El hombre opresor

«Un rencor malhumorado contra los hombres ha sido uno de los rasgos más desagradables e injustos del feminismo de segunda y tercera ola. Las faltas, fallas y debilidades de los hombres han sido tomadas y magnificadas en terribles facturas de acusación. Los profesores de ideología de nuestras principales universidades adoctrinan a estudiantes impresionables con teorías descuidadas y carentes de hechos que afirman que el género es una ficción arbitraria y opresiva sin base en la biología», escribió la ícono del movimiento feminista Camille Paglia en la revista estadounidense *Time*[567]. Con ese artículo, Paglia daba cuenta del espíritu de los tiempos que ha convertido a todos los hombres en sospechosos *a priori* de muchos de los males que aquejan a las mujeres. Un análisis riguroso de la historia, sin embargo, permite concluir que la realidad es más compleja que la narrativa víctima-victimario creada por el feminismo. De partida, el patriarcado tan execrado por las feministas como un sistema de opresión consciente en realidad constituyó un orden social eficiente basado en las diferencias biológicas innatas de hombres y mujeres y el cual, especialmente en tiempos de extrema escasez, facilitó la supervivencia de ambos géneros. Que la situación del pasado era lejos de ser ideal para las mujeres es indiscutible, pero también era tremendamente gravosa para la mayoría de los hombres de menor estatus. En todo caso, este punto ni siquiera es relevante cuando se atiende al hecho de que la historia humana es una de violencia y lucha desesperada por sobrevivir. Como ha argumentado Yuval Harari, es probable que el *homo sapiens* haya prevalecido tras haber exterminado completamente a todas las otras especies de humanos[568]. Ahora bien, los humanos somos biológicamente primates y eso incide de manera fundamental en la estructura social que creamos. Ya en 1981 la antropóloga feminista Sarah Hrdy explicó que todas las teorías sobre el patriarcado existentes hasta entonces eran insuficientes porque no podían «explicar la asimetría sexual ni siquiera en otra especie»[569]. Especialmente las feministas estaban equivocadas, dijo Hrdy, «al rebelarse ante la idea de buscar en la ciencia de la biología información que se relacione con la condición humana». Ellas, añadió, pueden ser desalentadas por el hecho de que, entre los otros primates, «el equilibrio de poder favorece a los machos en la mayoría de las especies» y por el hecho de que «no encontrarán ninguna base para pensar que las mujeres, o sus predecesoras evolutivas hayan sido dominantes sobre los

hombres en el sentido convencional de esa palabra».
Hrdy insistió en que el dominio masculino «caracteriza a la mayoría de varios cientos de otras especies que, como la nuestra, pertenecen al orden primates», añadiendo que «salvo por un puñado de excepciones altamente informativas, las asimetrías sexuales son casi universales entre los primates»[570]. La misma Hrdy explicó que el orden en el cual las mujeres tenían el mayor estatus era aquel donde se practicaba la monogamia y que la historia del matriarcado donde las mujeres eran inocentes y pacíficas era un mito que en nada contribuía a la liberación de la mujer, pues ni el matriarcado ni la mujer inocente habían existido jamás:

> Hay poco que ganar con los contramitos que enfatizan la inocencia natural de la mujer respecto a su lujuria por el poder, su cooperación y solidaridad con otras mujeres. Tal hembra nunca evolucionó entre los otros primates. Incluso en las condiciones más favorables para un estatus alto para las mujeres —la monogamia y la 'hermandad de hermandades'— la competencia entre las mujeres sigue siendo un hecho primordial. En algunos casos, conduce a la opresión de unos por otros; en otros, la competencia entre las mujeres ha impedido el surgimiento de la igualdad con los hombres. A medida que ello sucede, un subconjunto particular de sociedades humanas (patrilineal y estratificada) se lleva el premio al 'sexismo'[571].

Así las cosas, el orden patriarcal es producido en parte importante por la realidad biológica de hombres y mujeres y ha sido también apoyado por mujeres históricamente como uno que las beneficia, como es claramente el caso con la monogamia y los arreglos patriarcales que se producen en torno a ella, los que, por un lado incrementan la igualdad de sexos y control de la natalidad de las mujeres, pero a su vez restringen su libertad al impedirle tener sexo con otros hombres. Esta restricción a la conducta sexual femenina, sin embargo, también fue apoyada, según Hrdy, por muchas mujeres que veían en ella un beneficio a su linaje al evitar que los recursos familiares se disipen beneficiando a hijos de otras mujeres.
Si bien por razones evolutivas y reproductivas el patriarcado ha sido la regla general a través de la historia humana, también por mucho tiempo ha sido el sistema económicamente más eficiente debido a que los trabajos, especialmente en la era agrícola, eran fundamentalmente físicos. Así,

mientras las mujeres invertían sus energías en el cuidado de los niños, de los cuales la mayor parte moría en el parto o en los primeros años, los hombres trabajaban la tierra. Todo esto cambió gracias a la revolución industrial capitalista, la que permitió reducir en poco tiempo la carga física del trabajo dando la oportunidad a las mujeres de encontrar trabajos productivos. De este modo, contrario a lo que piensan las feministas como Simone de Beauvoir, el capitalismo, creado esencialmente por hombres, es decir, por el supuesto patriarcado opresivo, ha sido la principal fuerza de liberación de la mujer. Como ha dicho la economista feminista Deirdre McCloskey en *Revista Átomo*, cuando hay industrialización y comercio las mujeres «tienen la oportunidad de ganar su propio dinero» y dejan de depender de su marido o su padre como ocurría en la sociedad agrícola[572]. McCloskey recuerda que en Inglaterra para la Revolución Industrial había mujeres que vivían en las fábricas de algodón y que, a pesar de las restricciones, «ganaban su dinero y por tanto entraban al matrimonio con experiencia en el mercado, lo cual cambiaba su relación». Esto también ocurrió en Inglaterra y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, donde las mujeres debieron «suplir a los hombres que iban al combate y esa experiencia fue una experiencia de mercado, no de ir de un hogar a otro». En consecuencia, concluye, es «una locura afirmar que el mercado es hostil a las mujeres o que sostiene el patriarcado».

En una línea similar, Paglia afirmó que el patriarcado «no existe» y que es «una estupidez que descalifica cualquier análisis» porque «en occidente, las mujeres no viven en ningún patriarcado»[573]. Más aún, de acuerdo a Paglia, las estructuras que han creado los hombres «es lo que ha permitido a las mujeres escapar de la opresión de la propia naturaleza y tener sus propias carreras, identidades, logros [...] Así que ha llegado el momento de dejar de vilipendiar y minusvalorar a los hombres». En su columna en *Time*, Paglia explicó que las tradiciones obstructivas para la mujer habían surgido de la natural división del trabajo durante los miles de años del período agrario y su finalidad fue proteger a las mujeres «permitiéndoles permanecer en el hogar para cuidar a los infantes y niños indefensos». En una reflexión de la columna que vale la pena reproducir, Paglia insistió en lo que sigue:

> Durante el siglo pasado, fueron los aparatos que ahorran mano de

> obra, inventados por hombres y difundidos por el capitalismo, lo que liberó a las mujeres de la monotonía diaria […] Los hombres hacen el trabajo sucio y peligroso de construir caminos, verter concreto, colocar ladrillos, techar techos, colgar cables eléctricos, excavar tuberías de gas natural y alcantarillado, cortar y limpiar árboles y arrasar el paisaje para urbanizar viviendas. Son los hombres que levantan y sueldan las vigas de acero gigantes que enmarcan nuestros edificios de oficinas, y son los hombres los que hacen el trabajo de levantar y sellar las finas ventanas de cristal de los rascacielos de cincuenta pisos de altura […] La economía moderna, con su vasta red de producción y distribución, es una epopeya masculina en la que las mujeres han encontrado un papel productivo, pero las mujeres no fueron sus autoras. ¡Seguramente, las mujeres modernas son lo suficientemente fuertes ahora para dar crédito a quien se debe dar el crédito![574].

Los efectos de la ideología del hombre opresor y de la masculinidad tóxica, sin embargo, se han hecho sentir no solo negando ese reconocimiento, sino perjudicando especialmente a las mujeres. Según Paglia, hoy existe una crisis de masculinidad derivada de ese constante ataque a la esencia propiamente masculina. Cuando una cultura educada, escribe, «denigra rutinariamente la masculinidad y la condición de hombre, las mujeres quedarán atrapadas perpetuamente con niños que no tienen ningún incentivo para madurar o para cumplir sus compromisos». Y sin hombres fuertes como modelos para abrazar, las mujeres «nunca alcanzarán un sentido centrado y profundo de sí mismas como mujeres» cayendo en una profunda crisis de ansiedad e inseguridad sobre la perspectiva de conseguir una vida emocional y personal plena[575].

En su último libro *Free Women, Free Men*, Paglia confirma el punto señalando que la retórica feminista que denigra al hombre y lo trata como un acosador sexual sistemático ha creado hombres que «no tienen nada que ofrecer a las mujeres» y que irónicamente mientras más los hombres se ajustan al modelo predicado por las feministas menos los quieren las mujeres[576]. Por supuesto, Paglia no está justificando aquí los reales casos de abuso y acoso que existen, sino dando cuenta de una ideología que pretende tratar esos casos como una condición intrínsecamente masculina.

Esta ideología de la supuesta masculinidad tóxica ha llegado a tal extremo que en 2018 la American Psychological Association (APA) evacuó un informe con recomendaciones para tratar a pacientes hombres y niños afirmando que la «ideología de la masculinidad tradicional» que enseña los hombres a ser fuertes y capaces de confiar en sí mismos es la responsable de severos problemas entre los hombres. En la clásica neolengua de las políticas identitarias, APA afirmó que la masculinidad es una «construcción social» derivada del patriarcado que debe ser combatida, sugiriendo que no hay nada biológico en la búsqueda de estatus, poder, riesgo y conducta violenta de los hombres[577]. Diversos académicos reunidos por la revista *Quillette* respondieron al documento de APA señalando que esta entidad se había desacreditado por completo con el nivel ideológico que contenían sus postulados. «El lenguaje abiertamente partidista del documento y las narrativas políticamente progresistas no alentarían a los hombres a recibir atención psicológica, sino a mantenerlos alejados», observó un profesor de la Universidad de Cincinnati[578]. El profesor de psicología de la Universidad de Georgia Keith Campell, en tanto, sostuvo que una sociedad en que los valores masculinos se centran en el autoenfoque emocional en lugar del estoicismo; cooperatividad en lugar de competitividad; sumisión en lugar de dominación, y la bondad en lugar de la agresión», como propone APA, nunca ha existido y que no sería más sana para los hombres ni permitiría la subsistencia de la sociedad, la que requiere de la agresividad masculina para proteger a sus integrantes de otros grupos violentos. Esta agresividad, añadió Campell, no es practicada en tiempos de paz, sino celebrada en competencias deportivas de manera pacífica.

Según otro profesor de Steetson University en el documento de APA, «las directrices carecen de una base científica amplia, en particular una comprensión de los contribuyentes biológicos a la identidad de género» y «tienden a usar términos como 'masculinidad tradicional' en formas que carecen de integridad conceptual y con frecuencia son estereotipadas» demostrando que en realidad se trata de «una ideología sociopolítica más que una revisión científica equilibrada y matizada».

Un profesor de psicología de la Universidad de Hawaii afirmó que el manifiesto de la APA era «una vergüenza para la disciplina de la psicología» y que se trataba más bien de «una abdicación de la

responsabilidad científica, que niega las realidades biológicas y evolutivas en favor de una fantasía progresiva impulsada por la 'justicia social' y las ideologías feministas». La psiquiatra Sally Satel, que imparte clases en Yale, agregó que «las pautas de APA corren el riesgo de subvertir la empresa terapéutica en conjunto porque enfatizan la identidad de grupo sobre la individualidad del paciente».

La filósofa Christina Hoff Sommers afirmó que el texto de APA estaba «saturado de retórica de estudios de género», aunque rescató algunas ideas positivas que planteaba el mismo, como, por ejemplo, que tal vez la terapia verbal no era tan efectiva para hombres como para mujeres. La misma Hoff Sommers dedicó todo un libro a analizar lo que llamó «la guerra contra los hombres», que a su juicio estaba haciendo un enorme daño a los niños y jóvenes en Estados Unidos. En el trabajo, repleto de estadísticas, Hoff Sommers muestra que en realidad los hombres son los que sufren el verdadero problema social y no las mujeres. Los datos señalan que las niñas obtienen mucho mejores notas en el colegio, que siempre están mejor preparadas que los niños cuando se trata de llegar con tareas hechas y libros a la clase, que toman en mayor proporción las pruebas de selección universitaria que los hombres, que obtienen casi el 60 por ciento de los títulos de bachiller, 60 por ciento de los de máster y 52 por ciento de los de doctorado[579]. Nada de esto, dice Hoff Sommers, parece importar, lo que quedó perfectamente reflejado cuando en 2011 se demostró que los niños de octavo grado superaban a las niñas en matemáticas y ciencias por 1 y 5 puntos, respectivamente, dando pie a un escándalo nacional y, sin embargo, cuando en 2007 las mismas pruebas mostraron una diferencia de 9 y 20 puntos en favor de las mujeres en lectura y escritura no hubo una sola reacción. Tampoco es relevante el hecho de que entre veinticinco y treinta y cuatro años el 35,7 por ciento con estudios de *college* sea mujer contra un 27,1 por ciento de hombres, ni que el porcentaje de personas que se retiró de la fuerza de trabajo por ser incapaces de encontrar algo se encuentra conformado en un 60 por ciento de hombres o que haya 1,5 millones de hombres en las cárceles contra 113.462 mujeres. También el porcentaje de personas que viven con sus padres entre treinta y cinco y treinta y cuatro años es el doble entre hombres que mujeres —18,6 por ciento versus 9,7 por ciento—, mientras el salario medio anual de hombres solo egresados de educación secundaria

ha caído 47 por ciento desde 1969. La retórica y el activismo de las asociaciones feministas, combinados con una prensa y clase política sumergida en ella, explica Hoff Sommers, han hecho que la catástrofe social que afecta a los hombres desde que son niños en Estados Unidos sea completamente ignorada.

Según Hoff Sommers, desde prescolar las instituciones educacionales tienen distintas expectativas de comportamiento según su género, como por ejemplo que las niñas tienden a ser más ordenadas y a hacer más caso al profesor que los niños, lo cual se ve reflejado en peores evaluaciones de estos últimos y no solo porque sus notas sean objetivamente más bajas, sino porque existe existe un favoritismo de los profesores transversalmente por las niñas, puntualiza Hoff Sommers. Peor aún han sido todos los esfuerzos a nivel de escuela y universidad por eliminar juegos y deportes típicamente masculinos, incluyendo el lanzamiento de pelota, bajo el argumento de que cuando se tira un objeto a alguien se crea un ambiente de resentimiento. Según Camille Paglia, «una versión desviada de feminismo está destruyendo los deportes masculinos en las universidades americanas» al punto de que el gobierno amenazó con quitar financiamiento a las instituciones que no muestren paridad de género aun cuando haya muchos más hombres interesados en ciertos deportes que mujeres. Como resultado, señala Paglia, más de cien programas históricos de lucha libre, incluyendo el legendario programa de Princeton, han sido terminados junto a otros de gimnasia masculina[580].

A través de Estados Unidos y también en otros países esta ola ideológica en contra de los deportes competitivos ha crecido afectando cada vez más negativamente a los niños. En muchas partes ya no se cuentan los puntos o goles de los equipos para no herir sensibilidades de los menores, contribuyendo a crear adultos más frágiles e incapaces de lidiar con el fracaso. Pero lo cierto es que, contrario a lo que creen las feministas con su teoría del género, especialmente en el caso de los hombres los deportes competitivos están en su biología. Como explicó un artículo en *Time* resumiendo el estado de la ciencia sobre la materia, estudios sobre treinta y cuatro países investigados muestran que los hombres tienen una mayor disposición, participación e interés en los deportes competitivos y también son los que más consumen deportes competitivos en cuanto espectadores[581]. Esto es así porque, como explica la psicología evolutiva,

la competencia permite a los hombres —al igual que con machos en otras especies— desplegar su idoneidad física frente a las mujeres y, no menos relevante, frente a otros hombres con los que consigue medirse y a la vez crear lazos comunitarios que definen estatus. En palabras de *Time*, «la naturaleza precisa de las actividades deportivas también es importante, ya que muchas de ellas (correr, atacar, lanzar proyectiles, avanzar por el terreno o incluso alrededor de un diamante) son útiles para la guerra. Todo esto sirve para refinar habilidades, reforzar alianzas e intimidar a rivales potenciales».

Competir y canalizar la energía y el potencial de agresión por la vía de la competencia deportiva responde a impulsos fundamentales de la vitalidad masculina, los que de ser reprimidos derivan en patologías de distinto tipo. Lo mismo ocurre con los juegos con armas, espadas y otros juguetes típicamente masculinos cuya elección por niños no es producto de una construcción social, sino de una realidad bilógica subyacente que los hace distintos a las mujeres. De acuerdo a Michael Thompson, experto en psicología infantil y coautor del *bestseller Raising Cain*, históricamente los niños se han visto atraídos a juegos de combate para verse ellos como los héroes que enfrentan el mal. En ese sentido, por lo tanto, la violencia que simulan en sus juegos no es mala porque se concibe como una herramienta para resolver problemas limitada al mundo de la fantasía. De hecho, dice Thompson, el juego agresivo conduce a una conducta menos agresiva en la vida real porque da a los niños la posibilidad de actuar de acuerdo a sus impulsos en un ambiente seguro[582]. En ese contexto, las reacciones virales en contra de Kate Middleton y el príncipe William de Inglaterra luego de que fotografiaran a sus hijos jugando con pistolas de juguete en 2018 dan cuenta de la histeria que se ha tomado la discusión basada en premisas ideológicas directamente derivadas de que el género y, por tanto, la masculinidad son una construcción social tóxica. A tal punto ha llegado este dogmatismo que en Inglaterra diversos colegios están realizando talleres con niños hombres que consiguen hacerlos sentir culpables por su género. Según *The Daily Telegraph*, «los talleres son los últimos de una serie de iniciativas en las que se invita a activistas motivados ideológicamente a las escuelas, impulsados por la creencia de que los niños deben ser reeducados para evitar que se conviertan en una amenaza para las mujeres»[583].

Los activistas han definido su función como una que busca «reprogramar los modales sexuales de los adolescentes hombres para que sean aptos para un mundo feminista». Los informes sobre los cursos realizados muestran que luego de los crudos relatos de estos activistas los niños quedan «aterrorizados de por vida». El artículo de *The Daily Telegraph* cita varias organizaciones inspiradas en el feminismo que buscan «imponer una cosmovisión ideológica que, ante todo, ve a los hombres jóvenes como potenciales abusadores y perpetradores, mientras ignora y minimiza rutinariamente la amenaza muy real de violencia tanto física como sexual a que los niños y los hombres jóvenes se enfrentan». Entre los datos que desbancan la narrativa feminista, *The Daily Telegraph* señala que los niños son dos veces más expuestos a violencia física que las niñas en general y que en las relaciones de pareja adolescente los niveles de violencia sufridos por hombres y mujeres son idénticos. En los casos de abuso sexual —agrega el medio— las víctimas eran un 64 por ciento mujeres y un 36 por ciento hombres, y estos últimos son más abusados por mujeres que por otros hombres. A pesar de todo lo anterior, la ideología feminista se ha convertido en política oficial del gobierno inglés, que ahora exige cursos de consentimiento a niños de once años bajo el argumento empíricamente falso de que son especialmente las mujeres las que sufren abusos sexuales y violencia. Las universidades del Reino Unido, por su parte, han impuesto sus propios cursos de adoctrinamiento feminista. Estudios hechos con participantes de esos cursos han revelado el clima totalitario que viven en ellos. Según *The Daily Telegraph*, cuando participantes trataban de «expresar cualquier punto de vista que contradijera el pensamiento feminista, eran gritados y humillados públicamente» y sus motivos eran siempre objeto de «sospecha inmediata simplemente por su género». Los mismos muchachos pidieron ser protegidos «contra el fundamentalismo de figuras prominentes y destacadas en la campaña por la igualdad de género». El artículo concluía que en estos tiempos parece haber «un impulso para hacer de la vergüenza y la culpa una parte formal de la educación de los niños»[584].

Ahora bien, no hay duda de que muchas mujeres efectivamente han sido abusadas o acosadas sexualmente durante su vida, pero de ahí a suponer que todos los hombres son potenciales acosadores o violadores y que todas las mujeres son inocentes y que jamás han hecho uso de sus poderes

seductivos para conseguir objetivos hay una gran distancia.

Sin embargo, esta perniciosa lógica es la que ha difundido el movimiento *#MeToo*, que partió con quejas sensatas y terminó en una verdadera cacería de brujas destruyendo incluso la reputación de hombres inocentes. Como están las cosas hoy, a cualquier hombre en cualquier momento de su vida se le puede arruinar su reputación si tan solo una mujer reclama haberse sentido víctima en algún momento del pasado. Cabe destacar que lo relevante no es si el hombre acusado es o no culpable, como entiende toda persona que crea en un sistema de justicia liberal y no totalitario. Lo único que importa es si se puede probar su culpabilidad; de lo contrario, como en las persecuciones de brujas de Salem, cualquiera puede acusar a cualquiera de cualquier crimen, destruir su reputación —o enviarlo a la cárcel— y no pagar costo alguno por ello. De ahí que el principio de presunción de inocencia no sea tan solo un estándar procesal o judicial, sino uno de decencia básica entre ciudadanos, especialmente cuando es sabido que en el mundo sensacionalista y victimista de hoy es imposible recuperarse de cierto tipo de acusaciones, como aquellas referidas a abuso sexual. Por eso es preocupante que la lógica feminista totalitaria del *#BelieveHer* —de creerles a las mujeres solo por el hecho de serlo— haya avanzado desde Estados Unidos, particularmente sus campus universitarios, influenciando todo el ambiente de occidente. Como cualquier persona sabe, las mujeres, al igual que los hombres, son perfectamente capaces de mentir, de ser vengativas o de simplemente distorsionar la realidad, y no son pocos los casos de acusaciones de abuso sexual que han resultado ser falsas. Solo en España, por ejemplo, entre 2004 y 2015 el 88 por ciento de denuncias por violencia de género en contra de hombres no terminaron en condena por la imposibilidad de probarlas, lo que indicaría que un número considerable de ellas serían falsas[585]. Así y todo, estos deben asumir un elevado costo, pues luego de la denuncia la ley establece que deben ser expulsados inmediatamente del hogar. Además se les prohíbe ver a sus hijos e incluso son llevados presos por varios días hasta que se inicia el proceso. La mujer que interpone la denuncia, por el contrario, tiene inmediata asistencia social y jurídica, se le exime de pagar seguridad social por seis meses y obtiene privilegios laborales[586]. Con esos incentivos no es raro que las autoridades españolas hayan desarticulado redes dedicadas a promover denuncias falsas para obtener beneficios.

Pero el daño mayor hacia los hombres, como hemos dicho, es a su reputación y suele presentarse en los procesos de divorcio. Según la abogada Yobana Carril, que se dedica al tema hace veinte años, muchas mujeres hacen una «instrumentalización de la ley de violencia de género para obtener beneficios económicos o bien la custodia total del hijo»[587]. Numerosos hombres, relata, son completamente arruinados en estos procesos debido a que la ley favorece de manera injusta a las mujeres y su prestigio queda destruido incluso cuando son totalmente inocentes. Según Carril, «los hombres tienen mucho miedo de casarse hoy en día, por lo que antes de hacerlo buscan asesorarse para saber cómo enfrentar una posible ruptura, pues algunos incuso han llegado al suicidio a pesar de ser inocentes»[588].

Este abuso de legislaciones de género no solo se produce en España, sino en casi todos los países en que los incentivos y el clima de opinión han sido infectados por la ideología feminista de la lucha de géneros, la que además ha probado ser altamente lucrativa. Solo en España, el gobierno transfiere más de 150 millones de euros a estas organizaciones y comprometió más de 1.000 millones de euros en cinco años a partir de 2018[589]. Prácticamente todos los países avanzados tienes formas de apoyo gubernamental para organizaciones similares, muchas veces creando incentivos perversos para que sus receptores magnifiquen el problema y puedan exigir más financiamiento. El resultado de todo lo anterior en la era del *#MeToo* ha sido que la credibilidad de las denuncias de abusos sexuales se ha deteriorado a nivel público, lo que es grave para aquellas mujeres que realmente lo han sufrido. En 2018 *The Economist* dio cuenta de la creciente reacción, especialmente de mujeres estadounidenses, en contra del movimiento *#MeToo*, al que consideraban politizado y cada vez más contraproducente[590]. Otros estudios han mostrado que casi el 80 por ciento de las mujeres en Estados Unidos creen que hay acusaciones tanto reales como falsas y que muchas de ellas no califican de acoso o asalto sexual[591]. Los efectos de la cacería de brujas que feministas han llevado adelante, sin embargo, van más allá de la pérdida de credibilidad de las víctimas reales. Un 80 por ciento de hombres encuestados en otro estudio afirmó que el problema más grave de trabajar con mujeres era la posibilidad de acusaciones falsas de acoso sexual. Como observó una columnista de Forbes.com comentando dicho estudio, esto es negativo

para las mujeres, pues si los hombres viven preocupados por acusaciones falsas de acoso o agresión dejarán de hacer el esfuerzo de ayudarlas: «Cuando se trata de interactuar con mujeres, los hombres que temen las acusaciones falsas son, naturalmente, más propensos a evitar reuniones personales, almuerzos, cenas y viajes de negocios con empleadas. En otras palabras, las mujeres podrían ser excluidas de los mismos eventos que podrían ayudar más a sus carreras»[592]. Ese alejamiento es ya una realidad extendida. Un artículo de *Bloomberg* sobre la reacción de Wall Street al *#MeToo* afirma que esta ha consistido en «evitar las mujeres a toda costa»[593]. «No más cenas con colegas femeninas. No te sientes a su lado en los vuelos. Reserva habitaciones de hotel en diferentes pisos. Evita las reuniones uno a uno […] solo contratar a una mujer en estos días es un riesgo desconocido», comienza el artículo. Luego afirma que este fenómeno no es exclusivo de Wall Street sino de hombres a través de todo el país, quienes están cambiando su conducta para «protegerse frente a lo que consideran una corrección política irrazonable, o simplemente para hacer lo correcto». La consecuencia, señala *Bloomberg*, es que se han dañado las carreras de las mujeres, pues los hombres no quieren estar en contacto con ellas y menos aún ser sus mentores. Según una publicación de *The Washington Post*, producto del *#MeToo*, el 60 por ciento de los gerentes hombres en Estados Unidos prefiere evitar el contacto con mujeres, especialmente jóvenes, cifra que aumentó explosivamente desde 2018 en que el mismo estudio arrojaba un 46 por ciento de hombres gerentes con idéntica preocupación. A nivel de gerentes *senior,* el rechazo a hacer viajes con mujeres se multiplicó por nueve. Como resultado, dice Sheryl Sandberg, directora de Operaciones de Facebook citada en el artículo, «las mujeres están sufriendo una gran crisis en sus posibilidades de ser ascendidas»[594].

Los países nórdicos han experimentado una evolución similar. Según la académica danesa Marianne Stidsen, autora de un libro sobre los efectos del *#MeToo* en esa región, este movimiento ha tenido un impacto «excepcionalmente profundo en los países nórdicos». Se trata, agrega, de un «movimiento revolucionario que juzga a los hombres en los medios antes de que sus casos sean tratados en el sistema legal»[595]. Para Stidsen, «la carga de la prueba ha sido revertida», lo que implica «una violación de los derechos civiles, como la presunción de inocencia y el derecho a un

juicio justo» y «un ataque a la democracia misma que socava el legado de la Ilustración. Estamos lanzando doscientos años de lucha por los derechos humanos por la borda», afirma. Como en Salem, muchos han usado la histeria persecutoria para ver arder a personas a las que no querían, como ocurrió con el director de la Escuela de Escritores de Copenhague, destituido por la publicación de un artículo que hablaba de rumores de supuestas conductas irregulares en esa escuela, ninguno de los cuales podía probarse. Stidsen, por lo mismo, concluye que «cuando se trata de la intensidad del debate *#MeToo*, Escandinavia no es diferente de América del Norte, que es el epicentro de toda la cultura de victimización de la que forma parte *#MeToo*». Y finalmente señala que «incluso como mujer puedo entender completamente si alguien prefiere no trabajar estrechamente con las mujeres mientras esta locura *#MeToo* continúe. Si me arriesgara a ser juzgada sobre la base de rumores sueltos, sería igualmente cautelosa. Es un retorno a las formas arcaicas de poder: moralista, opaco, impredecible. E increíblemente fácil de abusar».

Pocos lugares han contribuido más a este clima de paranoia e inquisición que las universidades estadounidenses. Heather Mac Donald ha repasado con gran detalle los datos y realidad de lo que llama «el mito de la violación sistemáticas en los campus», concluyendo que se trata de un invento completamente artificial de las burocracias universitarias dedicadas a asuntos de género, las que justifican su trabajo a partir de fabricar la sensación de que se vive una epidemia de violaciones, aun cuando las mismas supuestas víctimas no lo vean así. De acuerdo con la plataforma *#BelieveSurvivors* —escribe Mac Donald—, la razón por la que la mayoría de las víctimas de violaciones no denuncia es porque el «proceso de denuncia es demasiado antifemenino y retraumatizante», pero la verdad es que la mayoría de las víctimas de violaciones clasificadas por investigadores no lo informan porque «no creen que lo que les sucedió fue lo suficientemente grave como para informar»[596]. Las estadísticas publicadas por burocracias universitarias son derechamente falsas, agrega, explicando que si fuera cierto que una de cada cuatro o cinco mujeres en las universidades fuera violada, los campus universitarios de Estados Unidos tendrían niveles de criminalidad 10 o más veces superiores a Detroit, la ciudad con mayor tasa de violaciones, asesinatos y otros crímenes en Estados Unidos. En otras palabras, los padres de esas alumnas

estarían enviando a sus hijas a los lugares más peligrosos del país y además pagando cientos de miles de dólares para que sean violadas. Lo cierto, como explica Mac Donald, es que la estadística del 25 por ciento de mujeres violadas proviene de una feminista, Mary Koss, quien al no obtener los números que quería preguntando directamente a las mujeres, asignó a las acciones que ellas describían la categoría de violación. Sin embargo, un estudio posterior confirmó que el 73 por ciento de las mujeres que Koss calificaba como violadas declaraban jamás haberlo sido y 42 por ciento de ellas volvía a tener sexo con el mismo hombre, algo difícil de concebir para una mujer que ha sido auténticamente violada[597]. Las mismas burocracias que crean el pánico de que los campus están plagados de hombres violadores, sin embargo, no reportan casi ninguno de esos casos a la policía. Organizaciones feministas como la American Association University Women incluso han manifestado quejas por la baja tasa de denuncias de violaciones en universidades, que según la teoría del 25 por ciento debería incluir entre unos trescientos o cuatrocientos mil mujeres por año. Mientras tanto, explica Mac Donald, el gobierno de Estados Unidos, específicamente el Departamento de Derechos Civiles, instruía a las universidades en 2011 a elevar sus estadísticas de violación por la vía de relajar los estándares probatorios de los tribunales de violación universitarios bajo penas de perder financiamiento público. Un efecto nocivo de esta aproximación es que se ha revertido la presunción de inocencia llevando a que muchos hombres sean expulsados de universidades sin evidencia de que la violación haya jamás ocurrido. Mac Donald repasa una serie de casos emblemáticos en que mujeres que alegaron ser violadas lo hicieron después de haber tenido relaciones sexuales consentidas con el mismo hombre acusado, que luego quiso seguir en contacto con ella. Uno de ellos fue el caso de una alumna de Washington and Lee University que tuvo relaciones sexuales con un compañero la misma noche que lo conoció. Durante un mes siguieron en contacto intercambiando mensajes por chat hasta que un día vio a su compañero besando a otra chica en una fiesta. Al cabo de un tiempo el muchacho establecería una relación con esa chica. Luego de enterarse y de constatar que el muchacho postulaba a un programa de estudios en el extranjero al que ella también iría, la joven en cuestión comenzó una terapia psicológica en la cual reconoció haber disfrutado el sexo con el

compañero; sin embargo, en la terapia fue convencida de que el hecho de que haya disfrutado del sexo y que haya sido voluntario no significaba que no hubiera sido sexualmente agredida. Cuando finalmente ambos fueron aceptados al programa en el extranjero, la muchacha decidió lanzar toda la maquinaria universitaria sobre el joven, quien finalmente fue expulsado de la universidad. Casos como estos, dice Mac Donald, abundan en los campus universitarios y son instigados por la ideología feminista y lo que llama «*campus rape industry*» o «industria de violación en campus», que se sostiene gracias a que existe un clima de paranoia sexual en las universidades. Nada de esto significa que no se produzcan casos efectivos de abuso o violación, sino que la narrativa en torno a una epidemia de depredación sexual de parte de hombres es simplemente falsa. Según esta narrativa, incluso cuando ellas aceptan tener sexo si en realidad no lo querían, no es su responsabilidad, sino de las normas sociales patriarcales. Fue lo que concluyó la editora de género de *The New York Times* Jessica Bennet en una columna titulada «When Saying Yes Is Easier Than Saying No». Según Bennet, para las mujeres existe «el lugar sin retorno», que definió como «la situación que creías que querías o tal vez en realidad nunca quisiste, pero de alguna manera aquí estás y está sucediendo y deseas desesperadamente salir, pero sabes que en este punto salir de la situación sería más difícil que simplemente estar allí y esperar a que termine. En otras palabras: decir sí cuando realmente queremos decir no»[598]. ¿Qué opción le queda a un hombre si incluso cuando le dicen que sí, tal vez la mujer quería decir no y por tanto después del acto sexual es calificado de abusador? Bennet no responde directamente la pregunta, pero la implicancia es clara.

Parte importante de este problema que afecta la sexualidad de las mujeres, explica Paglia, es que el feminismo actual ha mentido a las mujeres jóvenes al decirles que esta es idéntica a la de los hombres, cuando la verdad es que hay diferencias biológicas relevantes entre ambos casos[599]. Paglia argumenta que toda la teoría de la construcción social aplicada a la sexualidad es un fraude que tiene su origen en ideas que pueden rastrearse hasta Rousseau y su visión del ser humano como una *tabula rasa*. Lo cierto, hay que reiterarlo, es que el ser humano tiene una naturaleza anclada en su cerebro que define que la biología sexual masculina y femenina sea diferente. Como ha observado el profesor de neurobiología

de la Universidad de California, Irvine, Larry Cahill refutando un conocido libro que niega las diferencias biológicas entre ambos sexos, «es bastante claro para cualquiera que busque honestamente que la variable del sexo biológico influye en todos los niveles de la función cerebral de los mamíferos hasta el sustrato celular/genético, que por supuesto incluye el cerebro humano de los mamíferos»[600]. Ya en 1979 el profesor de psicología evolutiva Richard Hagen explicaba que los hombres son por naturaleza más promiscuos que las mujeres porque durante milenios debieron tener sexo con más parejas para poder asegurar que sus genes sobrevivieran. Mientras más promiscuo, más posibilidades de que sus genes se traspasen. Además, a diferencia de las mujeres, para reproducirse los hombres deben necesariamente excitarse y conseguir una erección, razón por la cual son mucho más visuales que las mujeres. Estas en tanto, solo tienen un óvulo que puede ser fecundado, por lo que la promiscuidad no incrementa sus posibilidades reproductivas. En consecuencia, deben ser extremadamente selectivas con la pareja con la que han de reproducirse, especialmente debido a la exigencia física y de recursos que implica todo el proceso de embarazo y sobrevivencia de los hijos. Todo lo anterior, además del hecho de que, a diferencia del hombre, que invariablemente llega al orgasmo, ellas no tienen garantizado el placer sexual, hace que tengan una inclinación a vincular sexo con emociones y por tanto a ser selectivas:

> Mientras que los hombres producen millones de espermatozoides diariamente, las mujeres generalmente producen solo un óvulo al mes. Eso lo hace económicamente raro y precioso, especialmente cuando se considera el tiempo y la energía involucrados en la gestación y la lactancia. En una sociedad primitiva, es evidente que es una ventaja para la mujer excitarse sexualmente solo cuando la relación con su pareja es segura. Por lo tanto, la hembra protege su inversión y mejora su supervivencia genética cuando se asegura de que su descendencia sobreviva hasta la madurez. Una forma de hacerlo es conseguir que un hombre ayude a criar a los niños, proteja y cuide a la familia y se quede con él a través de buenos y malos tiempos[601].

Más recientemente, Steven Pinker ha argumentado que los hombres por evolución tienen mayor inclinación por sexo sin compromiso, lo que

explicaría su mayor consumo de pornografía y prostitución[602]. Un solo macho, escribe Pinker hablando de los mamíferos, «puede fertilizar a varias hembras, lo que obliga a otros machos a quedarse sin pareja reproductiva»[603]. Los machos deben además competir violentamente por el acceso a las hembras acumulando los recursos necesarios para aparearse o persuadiendo a una hembra para que lo elija. En consecuencia, «el éxito reproductivo de un macho depende de con cuántas hembras se aparea, pero no al revés; para una mujer, una pareja por embarazo es suficiente. Eso hace que las mujeres sean más discriminatorias en su elección de parejas sexuales»[604]. En el caso de los humanos, agrega, dado que los hombres también se preocupan por su descendencia, las mujeres compiten por ellos, pero por los que están más dispuestos a invertir en los hijos y no meramente a copular. Según Pinker, las mujeres también pueden verse tentadas por la infidelidad, aunque su motivo genético es «la calidad y no la cantidad». De este modo, una adúltera discreta puede hacerse de los genes del hombre más apto y, al mismo tiempo, de la inversión del hombre más generoso. Así, dice Pinker, un hombre cornudo dedicaría sus esfuerzos a los genes de un competidor, lo que es «un suicidio darwiniano» que explica por qué los celos sexuales de los hombres son tan intensos[605].

Estas diferencias biológicas son fundamentales para entender por qué la liberación sexual femenina fundada en la retórica de que las mujeres pueden comportarse sexualmente como hombres ha generado tanta frustración entre ellas. Por razones evolutivas, el instinto de los hombres se encuentra más satisfecho mientras más fácil les resulta copular con diversas mujeres. Estas, en cambio, rápidamente tienden a desarrollar emociones que vinculan su sexualidad con la pareja que eligen, lo que les hace doloroso ser simplemente ignoradas luego de un encuentro sexual. Como explica la terapeuta sexual y catedrática de Duke University, Laurie Watson, si bien para la mujer «la mente, la memoria o los sentimientos emocionales de conexión pueden incitar el deseo sexual, el deseo de los hombres es físico» y responde a enormes cantidades de testosterona que en sus cuerpos los empujan «hacia la expresión sexual»[606]. En el hombre, agrega, «la energía hormonal le da el impulso y la agresión para perseguir el propósito y el trabajo de su vida y para perseguir a su pareja. Lo empuja a través de la monotonía diaria, tentada por la fantasía de una recompensa

sexual al final de un día difícil»[607]. El personaje Pózdnyshev de la novela de Lev Tolstoi *Sonata a Kreutzer* expresaría esta misma idea de manera un tanto dramática planteando el encuentro entre un hombre y una mujer hermosa casi como una fatalidad: «Las mujeres han hecho de sí mismas un instrumento que ejerce tal poder sobre la sensualidad de los hombres que estos no las pueden tratar con normalidad. En cuanto un hombre se acerca a una mujer, cae de inmediato bajo su hechizo y pierde la cabeza. También antes me resultaba incómodo, hasta violento, encontrarme ante una dama con un traje de fiesta, pero es que ahora me da auténtico pavor y veo en ello algo peligroso para los hombres, e ilegal, hasta me vienen ganas de llamar a un policía, pedir ayuda contra la amenaza, exigir que se retiren, que se lleven ese objeto peligroso»[608].

Ahora bien, lo anterior no significa que los hombres no puedan expresar amor en el sexo —con sus parejas suelen hacerlo—, explica Watson, así como las mujeres pueden perfectamente ser infieles. El punto es que, en términos generales, su cerebro funciona con motivaciones diferentes, lo que explica que el fulminante tormento que describe Pózdnyshev difícilmente podría plantearse a la inversa. Y es que, como dice Louann Brizendine, las mujeres requieren de mucha más inversión emocional para encontrarse sexualmente disponibles, y cualquier cambio en su estado de ánimo por un conflicto o alguna experiencia desagradable las puede sacar de ahí. Por eso, señala, la atención y las palabras lindas de la pareja tienen comprobados efectos positivos sobre el cerebro femenino, ayudándole a disponerla para el sexo[609].

Tomando en cuenta estas diferencias biológicas hay pocas dudas de que la liberación sexual femenina, con los aspectos positivos que tuvo, finalmente implicó una liberación sexual masculina al facilitar enormemente a los hombres la posibilidad de tener sexo. En palabras del académico Nigel Barber, «desde una perspectiva evolutiva, la llamada liberación sexual de las mujeres se parece más a la liberación sexual para los hombres. Es decir, los hombres obtienen más sexo y más variedad sexual sin comprometerse emocionalmente»[610]. Dado que el poder de negociación de las mujeres se reduce, agrega Barber, estas se comportan sexualmente cada vez más como hombres, lo que es especialmente cierto en las universidades estadounidenses —y otros países— donde hay cien mujeres disponibles por cada setenta y cinco hombres. Todo ello,

concluye, les hace pagar a ellas un alto costo emocional al sentirse muchas veces utilizadas.

Tal vez por eso la era del *#MeToo* ha producido reclamos que han llevado a exigir «consentimiento afirmativo» para tener sexo, es decir, convertir la complejidad, impulsividad, ambigüedad, espontaneidad e irracionalidad propia de la actividad sexual en un frío modelo contractual calculando todos sus detalles de antemano. La moral tradicional, que entendía las diferencias biológicas inherentes a hombres y mujeres, hacía esto innecesario porque se asumía que no existía sexo sin algún compromiso mayor e incluso hasta el matrimonio, lo que era en sí mismo un poderosos filtro y garantía para la mujer, al menos en el sentido de que tendría sexo con un hombre dispuesto a invertir seriamente en una relación. Con el cambio de la moral sexual la posición femenina *a priori* hacia el sexo, que históricamente era de decir «no», pasó a ser «sí», con lo cual ahora se ven obligadas a justificar cuando prefieren no hacerlo. En palabras de Mac Donald, las costumbres tradicionales reconocían «los diferentes impulsos sexuales de hombres y mujeres y las dificultades de negociar con la libido masculina». En ese contexto, «el 'no' predeterminado al sexo prematrimonial significaba que una mujer no tenía que negociar el rechazo con cada hombre», sino que simplemente se asumía como lo normal. La mujer podía acceder si quería, pero no debía justificarse si se negaba[611]. El problema de los tiempos actuales, fomentado por el *#MeToo*, es que, al negar aquellas diferencias biológicas entre la sexualidad masculina y la femenina, se ha politizado el deseo sexual. Mac Donald explica que «tratar la libido masculina indómita como un problema político» ha conducido a cada vez mayor control legal. La creciente «burocracia sexual» en los campus universitarios, donde los administradores están «escribiendo reglas altamente técnicas para el sexo que es el dominio de lo irracional», es un ejemplo de ello. Y el objetivo no declarado de esas reglas, agrega Mac Donald, es volver el valor predeterminado del sexo prematrimonial al «no» que solían dar las mujeres en sociedades conservadoras, lo que no podrá lograrse por esa vía, pues el problema es cultural[612]. La cultura tradicional trató de canalizar la libido masculina celebrando las virtudes de la gentileza y el respeto, haciendo inconcebibles casos como el del humorista Louis C.K que se masturbaba espontáneamente frente a mujeres que lo visitaban. Pero hoy, concluye Mac Donald, «con las 'damas' y los

‘caballeros’ desterrados de nuestro universo social, e incluso del lenguaje, tal comportamiento aparentemente ya no es impensable. La mayoría de los hombres no se sentirían acosados si una conocida se masturbara frente a ellos; incluso podrían considerarse afortunados. Que las mujeres retrocedan ante este mismo comportamiento revela una división fundamental entre las experiencias masculinas y femeninas del cuerpo y el sexo»[613].

No es de extrañar en todo este caos que los comportamientos masculinos más tradicionale de aproximación a las mujeres también se hayan visto criminalizados por el movimiento feminista y las diversas legislaciones que han sido aprobadas alrededor de occidente. Como reacción a esta neoinquisición en contra de los hombres, en Francia más de cien artistas, académicas e intelectuales mujeres lideradas por las actrices Catherine Deneuve y Catherine Millet, publicaron un manifiesto antifeminista defendiendo la interacción entre ambos sexos. «La violación es un crimen. Pero tratar de seducir a alguien, aunque sea persistente o torpemente, no lo es, ni la galantería es un ataque de machismo», rezaba la primera frase de la carta[614]. Enseguida, refiriéndose al *#MeToo* agregaba que «al igual que en los viejos tiempos de la caza de brujas, lo que estamos presenciando una vez más aquí es el puritanismo en nombre de un bien mayor, que pretende promover la liberación y protección de las mujeres solo para esclavizarlas a un estado de eterna víctima y reducirlas a presas indefensas de demonios machistas». Muchos hombres, agregaban, han enfrentado una especie de justicia sumaria que les ha costado su prestigio y trabajo por tratar de «robar un beso o conversar sobre temas íntimos», lo que era tratado al mismo nivel de crímenes sexuales. Los hombres, señalaron alarmadas las firmantes, incluso deben disculparse y humillarse públicamente por conductas realizadas hace veinte o treinta años que hoy salen a la luz. «Estas confesiones públicas, y la incursión en la esfera privada de los autoproclamados perseguidores, han llevado a un clima de sociedad totalitaria», decía el manifiesto. En la línea de Mac Donald, explicaba también que hoy se puede «comprender que los impulsos sexuales son, por naturaleza, ofensivos y primitivos, pero también podemos distinguir la diferencia entre un intento incómodo de seducir a alguien y lo que constituye una agresión sexual». Y añadían que el ser humano no es un monolito y que una mujer puede, «en el mismo día,

dirigir un equipo profesional y disfrutar de ser el objeto sexual de un hombre, sin ser una 'puta' o una vil cómplice del patriarcado». Finalmente, Denueve y las signatarias concluían atacando el espíritu totalitario del feminismo hegemónico:

> Como mujeres, no nos reconocemos en este feminismo que, más allá de la denuncia de abusos de poder, toma el rostro del odio a los hombres y a la sexualidad. Creemos que la libertad de decir 'no' a una propuesta sexual no puede existir sin la libertad de molestar. Y consideramos que uno debe saber cómo responder a esa libertad de molestarse de otras maneras que no sea encerrándose en el papel de la presa […] Los incidentes que pueden afectar el cuerpo de una mujer no necesariamente afectan su dignidad y no deben, por más difícil que sea, necesariamente convertirla en una víctima perpetua, porque no somos reductibles a nuestros cuerpos. Nuestra libertad interior es inviolable. Y esta libertad que apreciamos no está exenta de riesgos y responsabilidades.

Hay todavía un punto que debe ser discutido antes de finalizar el análisis sobre el feminismo de género y su naturaleza anticientífica y totalitaria. Dado que la ideología subyacente a esta corriente combina elementos marxistas y posmodernos, su objetivo no puede ser otro que una desintegración de toda idea de normalidad que ha emergido en la sociedad burguesa. De ahí que sea extremadamente hostil a la maternidad y el matrimonio, ambos concebidos como una forma de opresión sobre la mujer. «El matrimonio moderno no puede comprenderse sino a la luz del pasado que perpetúa»[615], escribió Simone de Beauvoir. Y ese pasado es uno de sometimiento, humillación y abuso. La mujer, al casarse, se convierte en «vasalla» del hombre, dice la madre de todas las feministas actuales, quien en todo el capítulo dedicado al matrimonio en *El segundo sexo* no tiene casi una sola expresión positiva sobre él[616]. Es más, el matrimonio, dice, solo hace feliz al hombre, pues le permite progresar en su trabajo y destacar en política. Cuando se cansa de «experimentar la dispersión a través del tiempo y del universo» el hombre «funda un hogar» para que la mujer ignorada y sometida lo atienda y cuide de sus hijos[617]. En esta visión del matrimonio no hay romance, ni sueños, ni amor, ni proyecto común, ni felicidad de las mujeres, sino un sombrío destino impuesto a ella por la

sociedad debido a que es la única que asegura la subsistencia de la especie. Los matrimonios, dice, «no se deciden en general por amor», más bien las mujeres son normalmente obligadas a él por la sociedad. Lo mismo ocurre con la maternidad, de la cual la sociedad convence a la mujer y que poco tiene que ver con el amor o el deseo profundo de crear vida propia de la feminidad, pues esta, según de Beauvoir, quien no dudaba en hacer una apología del aborto, es una mera construcción social. Tal vez la reflexión que realizó sobre el feto resume de mejor forma la visión feminista sobre todo el tema de la familia: «El embarazo es, sobre todo, un drama que se representa en el interior de la mujer […] el feto es una parte de su cuerpo y es también un parásito que la explota y, al llevarlo en su seno, la mujer se siente vasta como el mundo; pero esa misma riqueza la aniquila; tiene la impresión de no ser ya nada»[618]. De más está decir que muchas madres, probablemente la gran mayoría, son felices con el embarazo y más aun con sus hijos, algo que de Beauvoir no experimentó porque no los tuvo. Pero investigaciones de larga data han mostrado también que las mujeres casadas y con hijos son, en general, más felices que las que no lo están. Este tema fue intensamente debatido a propósito del libro del profesor de la London School of Economics, Paul Dolan, en el que argumentaba que los hombres eran más felices casados, pero que las mujeres eran más infelices casadas y con hijos. Diversos académicos demostraron que el libro de Dolan se encontraba plagado de errores y que sus propios datos no permitían respaldar sus conclusiones. Una de ellas, Emiliana Simon-Thomas, del Greater Good Science Center en UC Berkeley, comentó que Dolan basó su opinión en encuestas telefónicas que supuestamente mostraban que las mujeres declaraban niveles más bajos de felicidad cuando su cónyuge estaba fuera de la habitación cuando contestaban, pues se asumía que así darían una respuesta más honesta. Sin embargo, las personas que respondieron sí a «cónyuge ausente» y que estaban casadas no se referían a que la persona no estaba en la habitación, sino a que ya no compartían un hogar con su cónyuge, por lo cual, explica Simon-Thomas, fue la separación de sus maridos lo que hizo que se declararan menos felices y no el estar casadas[619]. Que un error tan elemental pueda pasar los estándares académicos mínimos no deja de ser sospechoso.

Pero Simon-Thomas no elude la pregunta sobre si es malo que las mujeres se casen. Su respuesta es contundente:

> Según la ciencia, no. Históricamente, grandes estudios muestran que, en promedio, las personas casadas reportan una mayor felicidad más adelante en la vida que las personas solteras. Las personas separadas y divorciadas tienden a caer en un cubo menos feliz, mientras que los que nunca se casaron y enviudaron se encuentran en algún punto intermedio […] Estos efectos positivos del matrimonio en la felicidad están presentes tanto para las mujeres como para los hombres. En conjunto, décadas de investigación del desarrollo humano, la psicología, la neurociencia y la medicina convergen irrefutablemente en esta conclusión: estar en una relación comprometida a largo plazo que ofrece apoyo confiable, oportunidades de apoyo y un contexto social para experiencias compartidas significativas a lo largo del tiempo definitivamente es bueno para tu bienestar[620].

Ciertamente no se trata de que incluso un matrimonio devenido en relación tóxica haga a la gente más feliz; de hecho, lo que ocurre es lo contrario. El punto es que la visión dramática y sufriente sobre el matrimonio que ofrecieron de Beauvoir y muchas feministas que la siguieron es tan errada hoy como en la época en que ella escribía, y bien podría decirse que la máxima realización de la felicidad en la mayoría de las personas se da en compañía con otros y no en el trabajo o las posiciones de prestigio que obsesionan a las feministas. En ese contexto, la familia y el matrimonio deben ser reconocidos no como una forma de esclavitud para la mujer como la veía de Beauvoir, sino como una de las fuentes esenciales de su felicidad. De ahí que Camille Paglia afirme que «la ideología feminista jamás ha lidiado honestamente con el rol de la maternidad en la vida humana», describiéndola como un artefacto de la «opresión masculina»[621]. Esto, agrega Paglia, es una «grotesca distorsión de los hechos», pues históricamente los arreglos sociales eran tales que permitían a la mujer su protección y mejor desempeño reproductivo. Paglia sostiene que el feminismo ha sido muy injusto al no reconocer a los hombres «el enorme cuidado que han dado a sus mujeres e hijos» buscando culpar a todos los hombres de los abusos atroces de algunos, cuando la verdad es que los hombres han entregado «heroicamente su energía y trabajo y de hecho sus vidas para el beneficio y protección de sus hijos y mujeres». La retórica «venenosa» del feminismo, dice Paglia, ha

hecho enorme daño psicológico a las mujeres jóvenes que son convencidas de ignorar sus instintos más profundos para perseguir una supuesta meta laboral en la que pueden no estar interesadas[622].

No solo la idea de familia burguesa y matrimonio repelía a de Beauvoir y los partidarios de la teoría de género y de la deconstrucción, sino las normas de la sexualidad misma que esta conlleva. Y es que, si el género es una construcción social sin base en la realidad biológica, la sexualidad es lo mismo. La heterosexualidad se presenta, bajo esta lógica, como otra forma más de dominación aprendida y la homosexualidad como liberación. El hombre heterosexual sería el abusador de la mujer y el máximo beneficiado de la cultura burguesa, y la heteronormativa, un arma más de su arsenal que debe ser desmontada. En otras palabras, nada hay de necesariamente natural sano o positivo en la relación hombre-mujer, sino al revés. Como observa la intelectual francesa Bérénice Levet, en esta visión la orientación sexual puede y debe ser moldeada para romper el binomio hombre-mujer y lograr así la superación del patriarcado[623].

Nada en esta crítica al feminismo de género implica la más mínima justificación de los ataques en contra de la homosexualidad, los que afortunadamente han sido superados casi por completo en occidente, ni menos de moralizar la sexualidad entre adultos. De lo que se trata es de exponer las falacias sobre las que se funda la teoría de género con su nociva negación de la realidad biológica que subyace en la diferenciación sexual entre hombres y mujeres, la que no solo diferencia en buena medida los géneros, sino que, sin duda alguna, también la sexualidad humana.

Pero volviendo al punto anterior, si las normas de sexualidad son también enteramente una construcción social, entonces ¿podría aceptarse también el tener sexo con niños legalizando la pedofilia? ¿Acaso no sería esta regla también una creada por el patriarcado burgués? Esto era lo que creían Simone de Beauvoir, Michel Foucault, Jean-Paul Sartre, Jacques Derrida y muchos otros intelectuales europeos. Según informó *The Guardian* en el 2001, documentos descubiertos mucho tiempo después de los 60 confirmaron que buena parte de la intelectualidad de izquierda francesa —y europea— en esos años abogó por legalizar la pedofilia[624]. Un caso emblemático se dio en 1977 en el marco de un juicio a tres hombres franceses que habían tenido contacto sexual con niñas de doce y trece años recibiendo un castigo por no respetar las edades de consentimiento

reguladas en la ley. Ante ello, de Beauvoir, Foucault, Sartre, Derrida y decenas de otros intelectuales íconos de mayo del 68 firmaron una petición que rezaba lo siguiente: «La ley francesa reconoce en los niños de doce y trece años una capacidad de discernimiento que puede juzgar y castigar. Pero rechaza tal capacidad cuando se trata de la vida emocional y sexual del niño. Debe reconocer el derecho de los niños y adolescentes a tener relaciones con quien elijan»[625].

Algunos han intentado limpiar la imagen de estos intelectuales con diversas explicaciones, pero lo cierto es que, como afirmó la socióloga de la universidad de Cambridge Veronique Mottier, de Beauvoir y los signatarios de la petición del año 1977 pertenecían a una constelación de «grupos que abogan por la pedofilia»[626]. El mismo Guy Hocquenghem, uno de los intelectuales que firmaron la petición junto a de Beauvoir, reconocería, en una entrevista junto a Foucault y el actor Jean Danet en abril de 1978, que su petición buscaba «abolir artículos de la ley sobre las relaciones y la despenalización de las relaciones entre adultos y menores de menos de quince años»[627]. Luego, Hocquenghem se quejaría de que la tendencia de la época era no solo la de «fabricar un tipo de delito que es simplemente la relación erótica o sensual entre un niño y un adulto, sino también la de crear una determinada categoría de la población definida por el hecho de que tiende a disfrutar de esos placeres». Los pedófilos, en otras palabras, serían víctimas del sistema y de la construcción que el patriarcado burgués ha hecho de la normalidad sexual como una exclusiva entre adultos. Castigando la pedofilia, dijo Hocquenghem, convertimos a estas personas «en pervertidos y monstruos intolerable,s ya que el crimen como tal es reconocido y constituido y fortalecido por todo el arsenal psicoanalítico y sociológico». Así, concluyó, lo que hacemos es «construir un tipo de criminal completamente nuevo, un criminal tan inconcebiblemente horrible que su crimen va más allá de cualquier explicación, cualquier víctima». Foucault daba la razón a Hocquenghem defendiendo el derecho de los niños a tener sexo con adultos:

> Escuchar a un niño, oírlo hablar, oírle explicar cuáles eran realmente sus relaciones con alguien, adulto o no, siempre que se escuche con suficiente simpatía, debe permitir establecer más o menos qué grado de violencia se usó o qué grado de consentimiento se dio. Y asumir

> que un niño es incapaz de explicar lo que sucedió y que no puede dar su consentimiento son dos abusos que son intolerables, bastante inaceptables […] En cualquier caso, una barrera de edad establecida por la ley no tiene mucho sentido. Una vez más, se puede confiar en que el niño diga si fue o no sujeto a violencia.

Refiriéndose a la carta firmada también por de Beauvoir, Hocquenghem sostuvo que «no pusimos ningún límite de edad en nuestro texto», añadiendo que eran «simplemente un movimiento de opinión que exige la abolición de ciertas leyes y que, en lo respectivo al consentimiento, preferían los términos utilizados por Michel Foucault: escuche lo que dice el niño y dele cierta credibilidad». Para estos intelectuales, «la noción de consentimiento es una trampa», pues «la forma legal de un consentimiento intersexual no tiene sentido. Nadie firma un contrato antes de hacer el amor». Aunque esta última frase tenga sentido en el contexto de adultos y el debate actual en torno al absurdo del consentimiento afirmativo, incorporar a ella a niños sin límite de edad pervierte la totalidad del debate al presentar la pedofilia no como un desorden o enfermedad, sino como una variación más de la sexualidad que busca ser criminalizada por la normatividad burguesa. No tener sexo con niños se trataría, según Foucault, de otro discurso más de dominación del *establishment* médico y psiquiátrico: «Es dentro del nuevo marco legislativo, básicamente destinado a proteger a ciertos sectores vulnerables de la población con el establecimiento de un nuevo poder médico, donde se basará una —nueva — concepción de la sexualidad y, sobre todo, de las relaciones entre la sexualidad infantil y adulta», declaró. Para Foucault, esta concepción de la sexualidad era «extremadamente cuestionable», pues bien podría ser que «el niño, con su propia sexualidad, haya deseado a ese adulto, incluso haya dado su consentimiento, incluso haya dado los primeros pasos. Incluso podemos estar de acuerdo en que fue él quien sedujo al adulto».

No hay que ser conservador para entender el nivel de distorsión al que este tipo de filosofía puede llevar la realidad. Una donde la relación entre adultos heterosexuales es potencialmente concebida como manifestación de estructuras y discursos opresivos, pero donde el sexo con niños, sin límite de edad, es visto como perfectamente natural. Esto explica que así como algunos sacerdotes miembros de la Iglesia Católica tienen un pasado

oscuro en materia de hipocresía sexual, la izquierda lo tiene tanto en sus ideas como en sus prácticas cuando se refiere a la pedofilia. La diferencia es que, en el caso de los sacerdotes, al menos a nivel teórico, siempre estuvo claro que el sexo con menores era inmoral y que la heterosexualidad era natural y deseable para la subsistencia de la especie humana. Lamentablemente, como las demás religiones monoteístas, también condenó como inmoral la homosexualidad, contribuyendo a un clima de castigo a un grupo que, al ejercer su sexualidad en libertad y como expresión de su dignidad, no dañaba a nadie ni implicó nunca una amenaza al orden social.

Lo anterior, sin embargo, no cambia el hecho de que la deconstrucción a la que la moral progresista pretende someter a la sociedad occidental solo puede derivar en múltiples daños. Un ejemplo emblemático ocurrió en Alemania en la década de 1970, donde, inspirados en las teorías de género y sexualidad de mayo del 68, numerosos niños fueron utilizados para experimentos sexuales aberrantes por grupos de izquierda. Así, en el centro Rote Freiheit —Libertad Roja— de Berlín, apoyado por el instituto de psicología de la Universidad Libre de Berlín, se buscó la reeducación de diversos niños entre ocho y catorce años con el fin de introducirles una personalidad socialista. Entre las tareas que debían cumplir para su reeducación se encontraban juegos sexuales. Según un reportaje de la revista alemana *Der Spiegel* basado en documentos de la época, «fue precisamente en los llamados círculos progresistas que comenzó una erotización de la infancia y una disminución gradual de los tabúes. Fue un cambio que incluso permitió la posibilidad de tener relaciones sexuales con niños». El reportaje agregó que «los miembros del movimiento de 1968 y sus sucesores quedaron atrapados en una extraña obsesión por la sexualidad infantil. Es un capítulo de la historia del movimiento que nunca se menciona en los relatos más brillantes de la época», pues sus estudiosos han «sucumbido a la amnesia» en esa materia[628]. Pero lo cierto, insistió la revista, es que «la izquierda tiene su propio historial de abuso, y es más complicado de lo que parece a primera vista. Cuando se les pregunta a los líderes del movimiento estudiantil de fines de la década de 1960, ofrecen respuestas vacilantes o evasivas».

La historia que rescató *Der Spiegel*, una revista liberal de izquierda, es estremecedora y no puede entenderse, según la publicación, sin tomar en

cuenta la ideología de mayo del 68 promovida por feministas como de Beauvoir e intelectuales como Foucault, Derrida y otros. *Spiegel* recuerda que «el control del deseo sexual fue visto como un instrumento de dominación con el que la sociedad burguesa solía defender su poder» y su origen se encontraba en «la agresión del hombre, la codicia y el deseo de poseer cosas, así como su disposición a someterse a la autoridad». Como consecuencia, se debía producir una liberación sexual que mientras más temprano comenzara, mejor. Bajo esta ideología se desarrolló el experimento de la Commune 2 de Berlín en 1967, donde tres mujeres y cuatro hombres se mudaron juntos con dos niños, una niña de tres años y un niño de cuatro. Los relatos de los participantes muestran cómo estos hombres tenían contactos sexuales «consentidos» con los menores. Si bien los archivos dan a entender que no hubo penetración con la niña de tres años por razones fisiológicas, al parecer los adultos tuvieron todas las formas de sexo físicamente posibles con los niños. El caso de la Commune 2 no fue un experimento aislado, sino el inicio de una ola de sexualización de los niños que atravesó varias regiones de Alemania, donde se crearon jardines infantiles e instituciones para aplicar la ideología progresista. Hoy en día, añadió *Der Spiegel*, «la estimulación de los órganos sexuales de un niño por parte de un adulto se ve claramente como una agresión sexual criminal. Pero para los revolucionarios de 1968 fue una herramienta educativa que ayudó a «crear una nueva persona». La revista recuerda que el «Manual de adoctrinamiento infantil positivo», publicado en 1971 por seguidores de la moral progresista de la época, afirmaba lo siguiente: «Los niños pueden aprender a apreciar el erotismo y las relaciones sexuales mucho antes de que sean capaces de entender cómo se concibe un niño. Es valioso que los niños se acurruquen con adultos. No es menos valioso que las relaciones sexuales ocurran durante el abrazo». Como era de esperar, quienes sometieron a sus hijos a este tipo de educación en preescolar y otros lugares fueron especialmente intelectuales y gente educada de izquierda, intoxicada por la nueva ideología. Varios de estos padres, relata *Der Spiegel,* dando cuenta de la patología a la que conduce la destrucción de las ideas de normalidad, «pasaron mucho tiempo discutiendo si era una buena idea tener relaciones sexuales con sus propios hijos para demostrar la ‘naturalidad’ de las relaciones sexuales».

El movimiento por legalizar la pedofilia no solo existió en Francia y

Alemania, sino en diversas partes de Europa, incluyendo Holanda e Inglaterra, y fue tomado como bandera por partidos políticos de izquierda. En Holanda, grupos feministas, la Dutch Sexual Reform Organization y algunas emblemáticas organizaciones por los derechos homosexuales, exigieron en 1979 la despenalización de la pedofilia, mientras otras distribuían decenas de miles de copias del manual *Paedophilia* destinado a escuelas de primaria holandesas con el fin de promover el sexo entre adultos y niños[629]. En el caso alemán, particularmente el Partido Verde —Die Grünen— se ha visto envuelto en escándalos por su historia en esta materia al punto de que en 2013 el presidente del partido, Jürgen Trittin, tuvo que disculparse públicamente por haber propuesto, en la década de 1980, un programa político que incluía la legalización del sexo entre adultos y niños. Finalmente, Trittin renunció a la presidencia del partido, aunque aduciendo otras razones.

Como se ha dicho, la ideología detrás de todo esto se encuentra lejos de haber desaparecido y algunos de sus tóxicos efectos han sido ya comentados. No se puede, sin embargo, dejar de mencionar que la mejor refutación de la teoría de género y de explotación femenina que postula Simone de Beauvoir fue su propia vida y su relación con Jean-Paul Sartre. La novelista y biógrafa de de Beauvoir, Lisa Appignanesi, escribió que ambos tenían un acuerdo de total libertad de explorar sexualmente con otros, y que Sartre resultó «ser mucho más igualitario que ella», pues fue él quien se lanzó a innumerables *affaires*, mientras ella respondió «solo en unas pocas ocasiones con pasiones más duraderas»[630]. También es evidente, dice Appignanesi, que de Beauvoir «sufrió profundamente los celos», pues no le eran indiferentes los amoríos de Sartre. Más aún, las cartas póstumas de Sartre muestran que de Beauvoir vivía en una dependencia casi completa, acomodándose incondicionalmente a los deseos de este y aceptando cosas que, según Appignanesi, otras mujeres habrían rechazado por «denigrantes»[631]. Entre esas cosas se encontraba el organizar las idas y venidas de las amantes de Sartre, atender y contener a su llamada «comunidad de amigos» y ex, hacer frente de él lo que este le pidiera y conseguirle dinero y aventuras eróticas. La verdad es que si existe un ideal de mujer «empoderada» de acuerdo a la visión feminista más vociferante, de Beauvoir claramente no lo representa. En cuanto a la sexualidad de los géneros, la misma de Beauvoir diría que «el hombre

puede fácilmente conocer abrazos sin un mañana que son suficientes para calmar su carne y para destensarlo moralmente» porque puede «disociar el erotismo y el sentimiento, la carne y la conciencia». En cambio, la mujer, agregó, «es rara vez completamente sincera cuando pretende no considerar más que una aventura sin futuro en consideración al placer, ya que el placer, lejos de liberarla, la ata; una separación, incluso si supuestamente es amistosa, la lastima»[632].

Con su propia vida y esas palabras, la madre de todas las feministas y defensora de la idea de género como construcción social reconocería que sí hay diferencias naturales entre la biología sexual del hombre y de la mujer y que esas diferencias tienen consecuencias concretas en la forma en que interactúan entre sí. De este modo, la misma de Beauvoir terminó revirtiendo su famosa y revolucionaria sentencia sobre la inesencialidad de lo femenino para concluir que la mujer nace mucho más de lo que se hace.

Inmigración y diversocracia

Hasta ahora hemos visto tres dogmas que la ideología de la corrección política sostiene, todos los cuales tienen que ver con la agenda feminista. No cabe duda de que la lista de dogmas es más larga, pero no podemos dejar fuera de este capítulo, dos adicionales que resultan fundamentales en el debate público mundial. El primero tiene que ver con la idea de que la inmigración y la diversidad son siempre buenas, y el segundo, relacionado con el anterior, la tesis según la cual todos los imperios occidentales fueron inherentemente inmorales y devastadores para las colonias. Partamos con el primero.

Ningún documento en tiempos recientes ha dejado más en evidencia el carácter dogmático de muchas de las ideas sobre inmigración que el famoso Pacto Global de Migraciones de la ONU. Según este, «la migración […] es una fuente de prosperidad, innovación y desarrollo

sostenible en nuestro mundo globalizado, y estos impactos positivos pueden optimizarse mejorando la gobernanza de la migración»[633]. En otras palabras, para la ONU, la inmigración solo tiene efectos positivos y se debe combatir toda forma de racismo y discriminación, los que, en su visión, solo pueden ser hechos contra inmigrantes, pero nunca de inmigrantes en contra de locales. Para lograrlo el documento propuso medidas concretas, entre las que se encuentran la censura y el castigo de opiniones que se consideren contrarias a la migración, aun cuando el mismo pacto dice que respetará la libertad de expresión en el debate: «Nos comprometemos a promover un discurso público abierto y basado en la evidencia sobre la migración y los migrantes en asociación con todas las partes de la sociedad, que genere una percepción más realista, humana y constructiva», dice el objetivo 17 del pacto. Pero una discusión abierta y basada en la evidencia no tiene por qué llevar necesariamente a una visión más constructiva de la migración ni a la idea de que esta solo causa progreso, a menos de que se asuma *a priori* y antes de la evidencia que esta es siempre beneficiosa, como efectivamente hace la ONU en el documento. Este sesgo políticamente correcto queda aún más en evidencia cuando los signatarios del pacto afirman que se comprometen a «promulgar, implementar o mantener una legislación que penalice los crímenes de odio y los crímenes de odio agravados dirigidos a los migrantes» y que capacite a las autoridades policiales y otros funcionarios públicos para «identificar, prevenir y responder a tales crímenes y otros actos de violencia dirigidos a los migrantes, así como para brindar atención médica, asistencia legal y psicosocial para víctimas». Ahora bien, como es obvio, si el documento pretendiera ser mínimamente imparcial no buscaría proteger solo a los migrantes de los ataques de locales, sino también a estos de los ataques de migrantes, lo que en muchas partes ocurre con mayor frecuencia, como veremos. Bajo la ideología que idealiza al otro, sin duda alineada con el antioccidentalismo de Lévi-Strauss, figura de enorme influencia en la ONU, se entiende que esta organización proponga «empoderar a los migrantes y las comunidades para que denuncien cualquier acto de incitación a la violencia dirigida a los migrantes informándoles sobre los mecanismos disponibles para la reparación, y garantizar que quienes participan activamente en la comisión de un delito de odio dirigido a los migrantes rindan cuentas, de

conformidad con la legislación nacional».
Aquí se refuerza la cultura de denuncia que impone la corrección política en contra de aquellos considerados victimarios por la mera razón de pertenecer a un determinado grupo. Sin duda debe procurarse el buen trato de los inmigrantes, pero de formas que no impliquen atacar la libertad de expresión y fomentar una cultura del victimismo. La ONU, en cambio, prefiere el camino de la censura. De ahí que proponga una masiva intervención en medios de comunicación que no se ajusten a la narrativa oficial diciendo que se debe: «Sensibilizar y educar a los profesionales de los medios sobre cuestiones y terminología relacionadas con la migración, invirtiendo en estándares y publicidad éticos y deteniendo la asignación de fondos públicos o apoyo material para medios de comunicación que promueven sistemáticamente la intolerancia, la xenofobia, el racismo y otras formas de discriminación hacia los migrantes, en pleno respeto de la libertad de los medios». Ahora bien, ¿quién define lo que es xenofobia y racismo? y ¿cómo se logra esa censura e intervención respetando la libertad de los medios? La respuesta no es evidente en ninguno de estos casos; de ahí que muchos países de diversos continentes con horribles antecedentes en materia de derechos humanos y libertad de prensa, tales como Egipto, Congo, Burkina Fasso, China, Venezuela, Emiratos Árabes, Irán, Rusia y Cuba, hayan firmado gustosos el pacto de la ONU, el que podría darles aún mayor discrecionalidad para perseguir a la prensa bajo el disfraz de buenas intenciones.
Además de todo lo anterior, el pacto deliberadamente no diferencia con claridad la inmigración irregular de la regular en su tratativa proponiendo toda suerte de derechos sociales para los inmigrantes, sean cuantos sean y lleguen como lleguen. No es extraño que países como Australia, Israel, Suiza, Italia, Austria, República Checa, Chile y otros perfectamente democráticos prefirieran no firmarlo, en tanto que algunos que sí firmaron, como Dinamarca, le pusieron reservas y aclaraciones para acomodarlo a su visión del asunto.
Y es que la verdad sobre el debate migratorio se encuentra lejos de lo que la agenda políticamente correcta pretende imponer, y el mejor ejemplo fue la noche de Año Nuevo en la ciudad de Colonia, Alemania, el año 2015/2016. Solo esa noche miles de mujeres fueron atacadas sexualmente por más de mil inmigrantes de origen norafricano y árabe en diversas

ciudades de Alemania —y Europa—, siendo Colonia el lugar con el mayor número de ataques. Como era esperable, la primera reacción de las autoridades políticas y policiales fue mentirle a la ciudadanía declarando que no tenían la menor idea de quiénes habían sido los atacantes. Los canales de televisión pública también censuraron la información por no cuadrar con la narrativa oficial sobre el tema migratorio. Así se manejó el asunto hasta que la verdad fue filtrada por la policía de Colonia desatando un escándalo nacional, pues se descubrió que las autoridades políticas se encontraban ya en conocimiento de los hechos mientras negaban saber quiénes eran los agresores. La deliberada desinformación orquestada por la prensa llegó a tal punto que, para contener el impacto político beneficioso a círculos de derecha, el Consejo Europeo se vio obligado emitir la resolución 2093 titulada «Ataques recientes contra mujeres: la necesidad de informes honestos y una respuesta integral». Esta resolución, emitida por quienes han estado siempre del lado globalista, constituye el mejor reconocimiento de cómo el debate sobre migraciones se encuentra infectado de ideología políticamente correcta: «Los recientes ataques contra mujeres en varias ciudades europeas han puesto de manifiesto la urgente necesidad de proteger a las mujeres de la violencia sexual. Su ocurrencia simultánea, su escala, los informes tardíos de los medios y la lenta respuesta de las autoridades son motivo de gran preocupación», afirmó el consejo[634]. Más aún, en el mismo texto, el consejo añadió que los medios «tienen la importante responsabilidad de informar objetiva y verazmente sobre los hechos» y «no deberían, para garantizar la corrección política, ocultar la verdad al público general», pues ello solo aumenta «la desconfianza de las autoridades y los medios de comunicación» facilitando una reacción nacionalista. Por supuesto, tampoco el Consejo Europeo podía quedar del todo exento de la ideología de las políticas identitarias, por lo que no dudó en incorporar la clásica retórica sobre las relaciones de poder entre hombres y mujeres en su análisis. Más aún, a pesar de reconocer en el texto que los atacantes eran inmigrantes, la resolución dio a entender que este es un problema general entre hombres y mujeres y no lo atribuyó mayormente a una cultura específica, a pesar de la evidencia. Por eso es que entre todas las propuestas que formuló el consejo para protegerlas, ni siquiera una contempla la posibilidad de restringir la migración precisamente de

aquellas culturas donde los hombres tratan a las mujeres como seres inferiores, lo que convierte todo su esfuerzo en una declaración inútil. De todos modos, es interesante notar que, al reconocer que los ataques masivos a mujeres fueron realizados por ciertos grupos de inmigrantes, la resolución 2093 del Consejo Europeo contradice abiertamente la supuesta bondad inherente a la inmigración que postula el Pacto Global de Migraciones de la ONU y deja en evidencia la falsa retórica de que solo los inmigrantes pueden ser víctimas de agresiones.

Pero los casos de corrección política, es decir, de engaño por razones ideológicas se han dado reiteradamente durante muchos años. Uno de los más dramáticos se produjo en Inglaterra, donde la policía dejó actuar impunemente a bandas de inmigrantes que abusaban sexualmente de menores inglesas vulnerables entregadas a los servicios sociales. Violaciones en grupo, consumo de drogas forzado y golpes eran algunas de las atrocidades a las que estas menores —algunas niñas— eran sometidas semana a semana por grupos de hombres de origen paquistaní. Cuando una de ellas,de catorce años, denunció el caso a servicios sociales, fue inmediatamente rechazada por tratarse de hombres inmigrantes. Lo mismo ocurrió con la policía, que ignoró por completo lo ocurrido para no ser acusada de racista. Y así, durante quince años más de mil cuatrocientas niñas inglesas fueron violadas y abusadas por depredadores sexuales sin que una sola autoridad del pueblo de Rotherham hiciera algo[635]. Roger Scruton explicó que ha sido la acusación por parte de intelectuales de izquierda de que la policía inglesa adolece de racismo institucionalizado lo que avaló los crímenes cometidos en contra de las niñas inglesas: «Por muy bien que se haya comportado, por más escrupulosamente que haya tratado a personas de diferentes colores de piel, será culpable de 'racismo institucionalizado' simplemente por la institución a la que pertenece y en nombre de quienes está actuando»[636], dijo Scruton en una columna analizando el caso. Esta es la forma en que intelectuales de izquierda conciben la clase media, explica el filósofo, como una racista y xenófoba de la cual estos, al denunciarla, pretenden lavarse las manos para dejar clara su superioridad moral. Como consecuencia, dijo Scruton, los trabajadores sociales y las policías deben estar locas para intervenir en casos en que los agresores son inmigrantes y las víctimas blancas, pues ahí siempre serán acusados de discriminación. Por ello, agregó, es mejor

acusar a las víctimas de ser racistas y dedicarse a perseguir el tráfico de drogas de las clases medias. Y es que, en sus palabras, solo insinuar el simple hecho de que «los musulmanes paquistaníes tienen más probabilidades que los ingleses nativos de cometer crímenes sexuales» traerá el ser calificado como «racista e islamófobo, ser excluido en el lugar de trabajo y poner el futuro bajo observación».

Así, dice Scruton, haciendo al lector pensar en el clima orwelliano de Salem, la corrección política no solo obliga a ocultar lo que se piensa, sino a actuar en contra de sus creencias, permitiendo que grupos minoritarios impongan su agenda a todos los demás. La intención de estos activistas, agrega, «es interrumpir y desmantelar las viejas formas de orden social», pues están convencidos de que nuestras sociedades occidentales no solo son racistas, sino demasiado «desiguales, opresivas y degradantes». De ahí que «propaguen con entusiasmo las doctrinas de la corrección política como una forma de venganza social», sentenció Scruton antes de proceder con la conclusión final:

> La gente en Gran Bretaña ha aceptado sin resistencia las enormes transformaciones que se les han infligido en los últimos treinta años, en gran parte por activistas que trabajan a través del Partido Laborista. Han aceptado políticas de inmigración que han llenado nuestras ciudades con musulmanes alienados, muchos de los cuales han ido a luchar contra nosotros en Siria e Irak. Han aceptado el crecimiento de escuelas islámicas en que se prepara a niños para la Jihad contra el orden social circundante. Han aceptado la constante denigración de su país, de sus instituciones y su religión heredada, por la simple razón de que estas cosas son suyas y, por lo tanto, están contaminadas con lealtades prohibidas.

Aunque Scruton se refiere a Inglaterra, es evidente que lo mismo puede aplicarse al resto de Europa occidental, donde destaca, nuevamente el caso alemán. Cuando en el 2015 Angela Merkel, unilateralmente, tomó la decisión de dejar entrar a millones de inmigrantes, la mayoría musulmanes de algunas de las regiones más peligrosas y pobres del mundo, demostró el punto al que las élites, llevadas por agendas ideológicas, son capaces de ignorar a sus ciudadanos e imponerles realidades con las que esas mismas élites no deben convivir. El filósofo

marxista Slavoj Žižek tuvo toda la razón cuando dijo que la decisión de Merkel, quien sin mediar siquiera autorización del Parlamento expuso a la sociedad alemana a una transformación cultural sin precedentes en el último medio siglo, fue claramente antidemocrática[637]. Y aunque los políticos e intelectuales del *establishment* políticamente correcto lo negaron, los efectos de la política migratoria de Merkel se comenzaron a ver en la forma de creciente criminalidad y violencia. Por supuesto sería injusto y falso atribuir estos problemas de manera general a la población migrante sin distinciones. Pero tampoco se pueden ignorar hechos como los que consignó un restudio encargado por el gobierno alemán —Bundesfamilienministerium— que determinó un alza sustancial de criminalidad en el estado de Niedersachsen, el que vio incrementados los delitos violentos en un 10,4 por ciento entre 2014 y 2016. El estudio mostró que el alza fue exclusivamente de manos de inmigrantes, —92,1 por ciento de refugiados— mientras los delitos violentos cometidos por alemanes cayeron. Los refugiados fueron, según el informe, presumiblemente responsables de un 13,3 por ciento del total de delitos violentos en Niedersachsen a pesar de representar menos del 1 por ciento de la población. Para el resto de Alemania las estadísticas agregadas de la policía alemana (Polizeilichen Kriminalstatistik) mostraron también un alza sustancial de delitos violentos. De los denunciados, los inmigrantes constituyeron el 30,5 por ciento, siendo tan solo un 10 por ciento de la población. Entre ellos el grupo más sobrerrepresentado es el de quienes llegaron luego de la política de fronteras abiertas de Merkel[638]. Esto explica que entre 2016 y 2017 las violaciones y ataques sexuales a mujeres por parte de inmigrantes aumentaran un 91 por ciento solo en el estado de Bavaria[639].

Los ataques de xenofobia, racismo y extremismo por parte del *establishment* a quienes denunciaron esta situación se intensificaron produciendo exactamente el efecto contrario al deseado: muchas personas que veían con preocupación la masiva inmigración se alejaron de los partidos tradicionales que parecían totalmente ciegos a sus inquietudes y abrazaron a la AFD, el partido a la derecha de la derecha. Esta ha sido, en muchas partes, la reacción natural de quienes se sienten traicionados por la ideología de la corrección política que caracteriza a las élites globalistas. Como ha explicado el psicólogo social y profesor de la Universidad de

Nueva York Jonathan Haidt refiriéndose al tema migratorio:

> Tan pronto como hable para expresar esas preocupaciones, los globalistas lo despreciarán como racista y como corrupto. Cuando los globalistas, incluso los que dirigen los partidos de centroderecha en su país, caen sobre usted de esa manera, ¿a dónde puede recurrir? La respuesta, cada vez más, es a los partidos nacionalistas de extrema derecha en Europa, y a Donald Trump, que acaba de diseñar una toma hostil del Partido Republicano en Estados Unidos[640].

Pero Haidt explica además por qué es un error de parte de las élites políticamente correctas calificar todo tipo de preocupación por lo nacional como racismo o xenofobia:

> Los nacionalistas ven el patriotismo como una virtud; ellos piensan que su país y su cultura son únicos y vale la pena preservarlos. Este es un verdadero compromiso moral, no una pose para encubrir la intolerancia racista […] No hay nada necesariamente racista sobre este arreglo o contrato social. Tener un sentido compartido de identidad, normas e historia generalmente promueve la confianza. Las sociedades con alta confianza, o alto capital social, producen muchos resultados beneficiosos para sus ciudadanos: tasas de delincuencia más bajas, menores costos de transacción para las empresas, mayores niveles de prosperidad y una propensión a la generosidad, entre otros[641].

Este último punto que hace Haidt es esencial. En un mundo en que la idea de diversidad se ha convertido en un dogma, no está de más repasar lo que la psicología social y la sociología enseñan sobre los efectos que esta puede tener en el capital social de una comunidad. Haidt define el capital social como aquellos «lazos sociales entre los individuos y las normas de reciprocidad y confiabilidad que surgen de esos lazos», que permiten un mejor funcionamiento de la sociedad entera, incluyendo la economía[642]. Concediendo el punto a los conservadores, Haidt señala que para tener altos niveles de capital social es necesario un entorno de valores, instituciones, naciones, religiones y tradiciones que unen a las personas. Estas son las llamadas «comunidades morales», que en palabras de Haidt son «difíciles de construir y fáciles de destruir», lo cual consigue la

ideología liberal de izquierda[643]. La idea radical de la inclusión que la izquierda promueve, explica Haidt citando a Edmund Burke, puede destruir todos los grupos disolviendo su estructura interna y eliminando como consecuencia su capital moral. El profesor de Harvard Robert Putnam, en quien Haidt se apoya al formular su crítica a esta visión, concluyó hace tiempo que altos niveles de diversidad étnica e inmigración reducen el capital social. En uno de sus trabajos más conocidos, Putnam sostuvo:

> A corto y mediano plazo, la inmigración y la diversidad étnica tienden a reducir la solidaridad social y el capital social. Nueva evidencia de los Estados Unidos sugiere que, en vecindarios étnicamente diversos, los residentes de todas las razas tienden a 'agacharse'. La confianza (incluso en la propia raza) es menor, el altruismo y la cooperación comunitaria son más raros y hay menos amigos. A la larga, sin embargo, las sociedades inmigrantes exitosas han superado esa fragmentación creando nuevas formas transversales de solidaridad social e identidades más amplias[644].

Según Putnam entonces, los efectos negativos de la diversidad y la inmigración solo pueden ser superados con una integración efectiva de los migrantes en las sociedades receptoras, pero esto se encentra lejos de ocurrir con todos los grupos de inmigrantes en todos los países. Fue la misma Angela Merkel la que en un arranque de honestidad en 2010 diría que «el enfoque del multiculturalismo ha fracasado completamente» en Europa, agregando que a los inmigrantes no solo había que apoyarlos, sino también exigirles[645]. Nada de ello ha ocurrido, desde luego, lo que ha conducido a una mayor fragmentación cultural y pérdida de capital social. Un año después de que Merkel declarara el fracaso de la sociedad multicultural, el Ministerio de la Familia alemán publicó un estudio según el cual en apenas un año más de tres mil niñas y mujeres jóvenes en Alemania, todas de familias inmigrantes, en un 83,4 por ciento musulmanas, eran forzadas bajo violencia a contraer matrimonio con hombres que sus padres elegían para ellas. En más de un 30 por ciento de los casos las mujeres debían hacerlo bajo amenaza de muerte, el 50 por ciento sufría violencia física en el acto de matrimonio y un tercio de ellas eran menores de diecisiete años[646]. La cifra es similar en el Reino Unido,

donde en 2008 estudios calcularon que más de tres mil mujeres al año eran forzadas a contraer matrimonio[647].

Tanto los datos de Alemania como del Reino Unido se refieren solo a matrimonios en que las mujeres son obligadas por la fuerza a casarse y no incluyen los matrimonios arreglados por los padres en que no se ha aplicado violencia o amenaza de violencia física. La misma realidad se vive en prácticamente todos los países con grupos migrantes que importan esas tradiciones de sus culturas originarias. Hoy, en Europa, la costumbre de matrimonios forzados es tan extendida que los países se han visto obligados a aprobar sucesivas legislaciones penalizándola y el Consejo Europeo se ha visto en la necesidad de emitir resoluciones condenatorias. En la resolución 2233 de 2018 la Unión Europea afirmó que «todos los países de Europa se ven afectados por estas prácticas nocivas, en forma de matrimonios forzados celebrados en Europa, matrimonios forzados de ciudadanos o residentes europeos celebrados en otros lugares, o personas obligadas a casarse antes de llegar a Europa. Estas violaciones de derechos humanos afectan a todas las mujeres y niñas, pero también afectan a hombres y niños»[648].

Lo mismo ocurre con la barbárica práctica de la mutilación genital femenina, reservada a países subdesarrollados de África y Asia, pero hoy extendida por toda Europa. Según cifras del European Institute for Gender Equality de la Unión Europea, cada año ciento ochenta mil niñas son sometidas a mutilación genital en Europa o se encuentran en riesgo de serlo, y se estima que incluso podrían ser más debido a que el fenómeno es poco estudiado[649]. Obviamente la totalidad de estas víctimas se da en familias inmigrantes, lo que ha obligado, por primera vez en la historia de Europa, a introducir legislaciones criminalizándola. El mismo Parlamento Europeo emitió una resolución en 2014 sobre la mutilación genital femenina reconociendo que esta era una práctica importada por los inmigrantes y, peor aún, admitiendo que, a pesar de que era ilegal en Europa, «la persecución judicial del crimen es rara»[650].

Pero el enriquecimiento cultural que según los promotores de la corrección política y la ONU trae necesariamente la migración no termina en mayor criminalidad, matrimonios forzados y mutilación genital de niñas menores. En su *bestseller, Scharia in Deutschland*, la investigadora Sabatina James documentó hasta qué punto Alemania ha abierto espacios a

la desintegración del estado de derecho y los valores democráticos en su territorio. James es el seudónimo que la autora de origen paquistaní debió adoptar en la década de 1980 cuando, luego de rehusarse a un matrimonio forzado, su familia le decretó la pena de muerte. Desde entonces vive con protección policial e identidad oculta, todo ello en el centro de Europa. Los multiculturalistas, dice James, pretenden salvar al mundo del maligno imperialismo blanco, pero los deja totalmente indiferentes la persecución y asesinato de cristianos en países musulmanes y se encuentran siempre dispuestos a tratar de racista al que tematiza el problema del terrorismo islámico. En su antioccidentalismo, añade, se niegan a aceptar que muchas corrientes del Islam demandan de sus seguidores la resistencia a cualquier integración[651]. Algunos datos interesantes de la investigación de James son, por ejemplo, que en Berlín el año 2009 el 80 por ciento de los criminales recurrentes conocidos por la policía era de origen musulmán[652]. Pero más dramático aún resulta la suplantación del sistema legal alemán en áreas completas de Alemania donde han emergido cortes paralelas que resuelven problemas entre musulmanes aplicando la *Sharia*, la ley islámica que, entre otras cosas, permite al marido pegarle a su mujer. Esto ha significado un desplazamiento de la cultura occidental y su enfoque en los derechos humanos para dejar espacio a costumbres barbáricas que se esparcen bajo la mirada impávida de las autoridades. Más aún, el estado de derecho en Alemania es violado sistemáticamente por las autoridades alemanas debido a razones de corrección política. Un alarmante libro del juez Jens Gnisa, presidente de la Asociación de Magistrados y Fiscales de Alemania, consigna cómo la clase política alemana —y europea— se ha dedicado a horadar las bases de la democracia liberal en ese país cuando se trata del tema migratorio. Gnisa afirmó que «la inmigración es un factor esencial en el aumento de la criminalidad en Alemania, pero los mismos políticos que han defendido la consigna de la cultura de los brazos abiertos intentan no hablar de ello»[653]. Gnisa agrega que Merkel, al haber abierto las puertas a refugiados, no solo dejó entrar criminales y antisociales, sino que abdicó del rol del Estado que no puede ya distinguir a quienes engañan al sistema para entrar a Alemania, ni identificar a quienes entran para determinar su peligrosidad para la sociedad alemana, y menos aún expulsar a aquellos que, de acuerdo al derecho alemán, no merecen asilo y por tanto deben dejar el país. De acuerdo a Gnisa, solo hacia fines de 2015

había ciento cincuenta y cinco mil personas —cuatrocientos cincuenta mil hacia 2017— a las cuales se les había negado el derecho a asilo, lo que implicaba que debían abandonar el país. Sin embargo, el Ejecutivo se negó sistemáticamente a aplicar la ley[654]. Gnisa resumió la situación del estado de derecho alemán afirmando que «cada vez más decisiones judiciales dejan de tomarse en serio, se critican y se ponen en duda», y que el Estado «retrocede cuando alguna institución le pone presión con argumentos morales» que describen el trabajo de los funcionarios públicos como «inhumano o discriminador» y los fallos de tribunales como «injustos o demasiado blandos»[655]. En una entrevista a un medio alemán en el marco del lanzamiento de su libro, Gnisa ratificó el punto señalado que «el Estado a menudo no hace cumplir la ley por temor a que sea criticada como inhumana» aun cuando «todos los argumentos humanitarios se examinan a fondo en el procedimiento de asilo y en los tribunales» por lo que «si una decisión es definitiva, debe hacerse cumplir»[656].

En su libro, Gnisa añadió que tampoco las policías pueden hacer bien su trabajo de protección de los ciudadanos debido a la presión del moralismo políticamente correcto. Además, explicó cómo el Estado es abusado por sus prestaciones sociales, alertó sobre el desarrollo de áreas sin ley y advirtió que la población vive en una creciente sensación de inseguridad por el fracaso del Estado en darle protección, de lo cual citó como ejemplo el caso de Colonia para la noche de Año Nuevo 2015/2016.

Por supuesto todo esto ocurre en casi toda Europa, siendo Bélgica, Francia y Suecia casos extremos. En el caso francés, la división social con el mundo musulmán ha llegado al punto de que Emmanuel Macron anunció medidas para reformar el Islam en el país de modo de crear un Islam «francés»[657]. Esto en reacción a un alarmante informe entregado a Macron en el que se consignaba que los islamistas franceses tienen el monopolio intelectual sobre la comunidad musulmana del país, lo que permite fácilmente su radicalización. Pero aunque el reporte proponga medidas como cortar el financiamiento que radicales reciben de Arabia Saudita, como observó un artículo en *Politico*, Macron, como sus antecesores, probablemente fracasará en resolver un problema ya demasiado grande y complejo como para ser corregido[658]. De este modo, la disposición a la violencia y el fracaso de integración económica, laboral y escolar continuará siendo un factor distintivo de buena parte de estos grupos

migrantes y de su descendencia. Así lo confirman estudios encargados por el Ministerio de Integración alemán en 2007 según los cuales casi 20 por ciento de los hijos de inmigrantes no termina el colegio y solo un 23 por ciento aprende algún oficio profesional, contra casi un 60 por ciento de los alemanes que aprenden un oficio y una ínfima minoría que no termina la escuela. Además, según el estudio, el 40 por ciento de los inmigrantes no tiene ninguna forma de estudio superior o calificación profesional, dato que, en el caso de los turcos, la primera fuerza migratoria en Alemania, se eleva a 72 por ciento. Entre alemanes, en tanto, solo un 12 por ciento no tiene alguna forma de calificación profesional. Por lo mismo, el desempleo es el doble de alto entre migrantes que entre alemanes y su ingreso un 20 por ciento menos que el promedio de la población general[659]. Según otro estudio encargado por el gobierno alemán, un 60 por ciento de los hijos de inmigrantes entre cero y siete años que atienden las instituciones diseñadas para apoyarlos no habla alemán[660]. En el caso de Suecia, en 2009, apenas un 1,6 por ciento de los empleos de alta calificación eran ocupados por extranjeros y el desempleo era también el doble entre inmigrantes que entre nativos. Lo mismo ocurría en Dinamarca, Finlandia y Francia, mientras en países como Noruega y Holanda esta cifra se eleva al triple[661]. Aunque sin duda buena parte de este problema es causado por el Estado Benefactor, con su política laboral proteccionista, asistencialismo, regulaciones e impuestos, las bajas calificaciones lo empeoran al punto de que en esos mismos estados los inmigrantes calificados tienen niveles de empleo normalmente del doble que los poco calificados[662].

Pero el problema más grave es el que han reflejado estudios del ministerio del interior alemán, los que mostraron que un alto porcentaje de los musulmanes que viven en Alemania se encuentra inclinado hacia la violencia. Un 14 por ciento se declara de frentón en pie de guerra con el estado de derecho y la democracia, un 12 por ciento adhiere a una moral en total contradicción con occidente y un 40 por ciento del total es religioso de manera «fundamentalista»[663]. En la interpretación de izquierda, por supuesto, todo ello es culpa de la sociedad alemana que los discrimina, pero ciertamente el problema es más complejo. Ruud Koopmans, profesor de sociología y migraciones de la universidad Humboldt en Berlín explica:

> La población musulmana en todo el mundo se estima en mil seiscientas millones de personas. De estos, un billón es mayor de edad. La mitad de ella adhiere al Islam ultraconservador, que otorga poco valor a los derechos de las mujeres, los homosexuales y a personas de diferentes religiones. De estos quinientos millones, al menos cincuenta millones de musulmanes están dispuestos a aceptar la violencia para defender el Islam. Está claro que no todos los que están dispuestos a cometer violencia la viven directamente. Pero la amenaza también proviene de aquellos que apoyan, alientan, albergan o simplemente callan a los radicales cuando observan la radicalización y sospechan ataques[664].

Koopmans señala que, según diversos estudios, alrededor del 14 por ciento de la población musulmana adulta se encuentra dispuesta a la violencia contra civiles inocentes, lo que la lleva a una cifra de ciento cuarenta millones en el mundo. Ahora bien, para un país como Alemania esto significa que alrededor de doscientos mil musulmanes se inclinarían por actos terroristas o violentos en contra de la población civil si se creen las discutidas cifras del gobierno sobre la cantidad de población musulmana en el país —cuatro millones—; de lo contrario, sería casi el doble. Esta realidad, como las calamitosas cifras de integración, se extiende, como es lógico, por toda Europa. Según *The Times*, informes de inteligencia muestran que solo en el Reino Unido viven veintitrés mil jihadistas, es decir, terroristas islámicos identificados[665]. Otras tantas decenas de miles habitan en diversos países de Europa. Pero esto no es más que un síntoma del problema que denunciara Merkel: el colosal fracaso de la sociedad multicultural que, al menos en el caso de amplios sectores de migrantes, no ha mostrado ser más que un dogma ideológico sin resultados reales. Y es que, como dijo el politólogo italiano Giovanni Sartori, el Islam, en su forma actual, es incompatible con la cultura occidental. Según Sartori, «estamos en manos de políticos ignorantes, que no conocen la historia ni tienen cultura […] No hay líderes ni hombres de Estado y así nos va: la Unión Europea es un edificio mal construido y se está derrumbando. La situación se hace más desastrosa porque algunos han creído que se podían integrar los inmigrantes musulmanes, y eso es imposible»[666]. Sartori agrega que «el Islam es incompatible con nuestra cultura. Sus regímenes

son teocracias que se fundan en la voluntad de Alá, mientras que en occidente se fundan en la democracia, en la soberanía popular». Otras personas, como el científico ateo Sam Harris y la intelectual de origen somalí Ayaan Hirsi Ali, han argumentado que existen elementos en la misma religión musulmana que permiten justificar la violencia y que dan fundamento a los ataques terroristas y a su rechazo a occidente. En su libro *Heretic*, dedicado a la necesidad de reformar el Islam para hacerlo compatible con los valores democráticos y del estado de derecho occidentales, Hirsi Ali, ella misma una musulmana que en su juventud escapó de un matrimonio forzado y que fue además sometida a la ablación del clítoris, describe la forma en que los batallones de la neoinquisición la han tratado por hacer ver los problemas en el Islam: «Por expresar la idea de que la violencia islámica se encuentra enraizada no en condiciones económicas, sociales o políticas, sino más bien en los textos fundantes del Islam mismo, me han denunciado de 'islamófoba' e 'intolerante'. He sido silenciada, evitada y humillada. He sido considerada una hereje no solo por musulmanes, sino por occidentales de izquierda cuyas sensibilidades multiculturales se ven ofendidas por dichos pronunciamientos»[667], escribe Hirsi Ali.

Hirsi Ali ha sido acusada de difundir «el discurso del odio» solo por manifestar verdades que por lo demás son compartidas por diversos expertos en religión islámica y reflejadas en las crecientes tensiones sociales y culturales que, particularmente en Europa, se producen con el mundo islámico. Incluso una organización prestigiosa de izquierda como la Institución Brookings reconoce que Europa ha fracasado en integrar al mundo musulmán. Según Brookings, existe «el creciente peligro de que los modestos logros de la integración religiosa se deshagan antes de que se haya producido la incorporación de los musulmanes» a las sociedades europeas. Estos, a su vez, «perciben cada vez más la suma total del debate público sobre ellos como una simple persecución religiosa»[668].

Es difícil imaginar un cuadro más demoledor con la narrativa de que toda inmigración es buena para la sociedad que la recibe que aquel que muestran amplios sectores de la población musulmana en Europa. De hecho, libros serios hablan de una crisis civilizatoria e incluso de la «muerte de Europa». Así se titula, por ejemplo, el *bestseller* de Douglas Murray en el que analiza cómo la civilización europea ha sido desplazada

por la cultura islámica, la que, con sus tasas de natalidad y la protección de élites políticamente correctas, avanza de manera incontrarrestable. Los números que muestra Murray dan cuenta de un continente que, en un par de generaciones, dejará de ser predominantemente occidental y cristiano. «Europa está cometiendo suicidio, o al menos sus líderes han decidido cometer suicido», dice Murray, y continúa: «La civilización que conocemos como Europa se encuentra en el proceso de cometer suicidio y ni Inglaterra ni ningún otro país europeo occidental pueden evitar su destino porque todos parecemos sufrir de los mismos síntomas y el mismo mal. Como resultado, para el fin de las vidas de la mayoría de las personas vivas Europa no será Europa y los pueblos de Europa habrán perdido el único lugar en el mundo que tenemos para llamar 'nuestro hogar»[669]. Dos razones explican este trágico escenario según Murray. El primero es el reemplazo poblacional debido a la migración masiva de pueblos, que, al llegar a Europa, no se integran replicando casi exactamente sus condiciones de origen, pero ahora en otro territorio. La segunda —y más importante— dice Murray, es que Europa «ha perdido la fe en sus creencias, tradiciones y legitimidad». Esto se explica, sin duda, por el rol que han cumplido intelectuales de izquierda, quienes han contaminado el espíritu europeo de lo que Murray califica como «culpa por su pasado»[670]. De este modo, la ideología de la corrección política, con su dogmatismo religioso de la diversidad y el multiculturalismo, sumada a su visión victimista y culposa, están conduciendo a lo que Murray llama «suicido civilizatorio».

Nada de todo lo anterior significa, desde luego, que no haya fuerzas migratorias positivas que enriquezcan cultural y económicamente una sociedad. El punto es que debe distinguirse entre los distintos grupos de inmigrantes, pues ellos tienen desempeños muy diferentes como bien reflejan los datos europeos cuando se compara, por ejemplo, los índices de éxito e integración de los vietnamitas con los turcos. En Alemania, los primeros llegan en un 64 por ciento al Gymnasium, la educación escolar que prepara para la universidad, mientras entre los turcos —mayormente musulmanes— la cifra apenas supera el 12 por ciento[671]. Como hemos sugerido, las malas cifras de integración de los musulmanes se verifican en toda Europa. Un estudio que compara el desempeño de estos con otros grupos en el Reino Unido concluyó:

> Los musulmanes en nuestros datos se integran menos y más lentamente que los no musulmanes, incluso después de condicionarse a un rico conjunto de características demográficas y socioeconómicas individuales y contextuales […] Dentro de cada grupo, los inmigrantes de segunda generación tienen una menor probabilidad de mostrar un alto apego a su cultura de origen con el tiempo, pero esta reducción es más marcada para los no musulmanes que para los musulmanes. Más interesante aún, los años pasados en el Reino Unido prácticamente no tienen ningún efecto sobre el nivel de identidad religiosa de los musulmanes, mientras que disminuyen el de los no musulmanes […] Los musulmanes de segunda generación nunca alcanzan el nivel (más bajo) de probabilidad de tener una fuerte identidad religiosa de los no musulmanes de segunda generación[672].

Según los autores del estudio, sus hallazgos contradicen la teoría de que no existe un «choque cultural» con los musulmanes, y añaden que los «disturbios étnicos y raciales» producidos en 2007, antes de la publicación del trabajo, «son ciertamente una indicación de que las diferentes políticas europeas de integración no han tenido mucho éxito»[673].

No es, desde luego, solo con el mundo islámico donde se pueden encontrar argumentos en contra de la narrativa políticamente correcta, según la cual una mayor diversidad e inmigración siempre es positiva. En términos generales, los estudios de economistas, sociólogos y gobiernos caen, de nuevo por razones ideológicas, en lo que Thomas Sowell denomina «falacia del inmigrante abstracto». Esta consiste en tomar solo promedios estadísticos de los inmigrantes, sin diferenciar los grupos a los que pertenecen. De esta forma, resulta imposible saber a cuáles les va mejor, cuáles contribuyen a la sociedad a la que llegan y quiénes constituyen una carga para ella. El problema, dice Sowell, es «discutir a los inmigrantes en abstracto más que en términos de las realidades concretas específicas de inmigrantes particulares, en circunstancias particulares, en un momento y lugar particular»[674]. Lo último no se hace hoy en día porque, según Sowell, «no es políticamente correcto hacer tales preguntas sobre los inmigrantes, especialmente si los inmigrantes se desglosan por país de origen» como se hacía antes. Sin embargo, agrega, existen grupos de inmigrantes que casi no dependen de transferencias del Estado, mientras otros dependen

fuertemente de ellas; otros que son educados y con habilidades y otros sin ningún tipo de destrezas. Hoy, explica el académico de Stanford, millones de inmigrantes llegan sin un estudio previo sobre sus tasas de criminalidad, enfermedades o el riesgo de terrorismo. Según Sowell, la prepotencia de las élites es «parte de un patrón mucho más amplio, que se extiende más allá de la inmigración y se extiende más allá de los Estados Unidos a muchos países europeos, donde élites estrechas se imaginan a sí mismas tan superiores al resto de nosotros que es su derecho y su deber imponernos sus nociones». Estas élites, dice el economista, «parecen verse como ciudadanos del mundo y consideran las fronteras nacionales como reliquias desafortunadas del pasado ignorante». Pero las élites, dice, no son afectadas cuando niños de padres mucho más pobres ponen a sus hijos en colegios públicos. Europa, agrega Sowell, ha ido mucho más lejos en este camino con «autoridades que han ignorado o minimizado las violaciones de mujeres en las calles de Alemania por parte de refugiados masculinos del Medio Oriente». Ni siquiera los ataques terroristas recurrentes, agrega, han provocado alguna reconsideración de las leyes de «discurso de odio que pueden invocarse contra cualquiera que advierta sobre los peligros».

El punto de Sowell es fundamental porque las estadísticas abstractas sirven para engañar a la población sobre la realidad de los inmigrantes. Así, por ejemplo, si del total de inmigrantes que llega a un país, el 70 por ciento contribuye con impuestos y el 30 por ciento cuesta a los contribuyentes menos de lo que los anteriores aportan, la estadística, en promedio, será que los inmigrantes contribuyen al erario fiscal y este argumento se utilizará cada vez que alguien se queje de que determinados inmigrantes reciben demasiados subsidios del gobierno o que llegan al país por sus transferencias sociales. Pero la verdad es que si los datos se desagregan quedaría claro que hay grupos de inmigrantes que, en virtud de su origen serían los que tienden en mayor medida a ser un costo y otros un aporte. No es igual para un país recibir ingenieros indios calificados o vietnamitas no calificados que en poco tiempo se integran y obtienen incluso mejores resultados que los locales que inmigrantes de Medio Oriente pobres cuya cultura y religión les dificulta la integración y que no poseen ni la ética del trabajo ni el estudio o la aceptación de los valores del país que los recibe. Lo mismo ocurre con la criminalidad, tema en el

que jamás se muestran las estadísticas desagregadas que permiten determinar qué grupos contribuyen a disminuirla y cuáles a aumentarla. Desafortunadamente, la cultura de la cual provienen los inmigrantes es el mejor predictor de éxito o fracaso posterior en la sociedad a la que llegan. En su monumental trabajo sobre migraciones y culturas en el mundo, el mismo Sowell documentó con exhaustivo detalle cómo los diversos grupos migrantes obtienen resultados similares independientemente de la cultura o región a la que lleguen. Japoneses, italianos, alemanes y judíos alrededor del mundo consiguieron altos niveles de éxito e incluso se especializaron en cuestiones similares en continentes distintos. La conclusión de Sowell es que aunque muchos factores, tales como la geografía, son cruciales a la hora de explicar el devenir de los pueblos, «las habilidades, hábitos, valores que constituyen el patrimonio cultural de los pueblos usualmente juegan un rol poderoso en delinear el tipo de resultados experimentados por esos pueblos»[675]. Y este bagaje cultural se desarrolla a través de un largo tiempo, generando un impacto que trasciende generaciones y que se mantiene en el caso de los inmigrantes. En este contexto, señala Sowell, las culturas compiten y hay unas mejores que otras en lidiar con las realidades de la vida, lo que implica que el relativismo cultural —del estilo que promovió Lévi-Strauss— «no tiene poder explicativo ni relevancia histórica» a la hora de dar cuenta de las diferencias entre grupos. Sowell explica:

> Las culturas son formas particulares de lograr las cosas que hacen la vida posible, la perpetuación de la especie, la transmisión del conocimiento, la absorción de los *shocks* de cambio y muerte, entre otras cosas. Ellas difieren en la importancia relativa que les asignan al tiempo, ruido, seguridad, limpieza, violencia, esfuerzo, excelencia, intelecto, sexo y arte. Estas diferencias implican a la vez diferencias en elecciones sociales, eficiencia económica y estabilidad política[676].

Las culturas son, entonces, fuentes de capital social, económico y político, y difieren entre sí, pues algunas son, en esas materias, claramente más aventajadas que otras. De ahí que Sowell rechace el argumento multicultural como uno que suena bien, pero que se contradice a sí mismo, ya que suponer que todas las culturas valen lo mismo implica suponer que esa visión culturalmente especifica vale lo mismo que otra que diga que

unas valen más que otras.
Ahora bien, si Sowell tiene razón, entonces es absurdo suponer no solo que las culturas son iguales, sino que es irrelevante el origen de la migración que llegue a un determinado país. Y si eso es absurdo —como ilustra el caso europeo con claridad— entonces el debate migratorio debe dejar de centrarse en inmigrantes abstractos, como demanda la corrección política, para preguntarse por qué tipo de inmigración es la que una determinada sociedad desea, pues no es verdad que estas sean idénticas entre sí.
Tampoco es verdad lo que muchos economistas, incluidos libertarios, suelen argumentar sobre la inmigración. Es cierto que esta suele ser causa de prosperidad de los países que la reciben, especialmente cuando es calificada, razón por la cual países como Canadá y Australia tienen sistemas de puntos que les permiten seleccionar a quienes ellos quieren. Sin embargo, esta puede tener también efectos económicos negativos sobre segmentos de la población que los economistas tienden a ignorar, muchas veces por razones de corrección política. No deja de ser curioso que cuando se trata del tema migratorio las leyes de oferta y demanda dejen de existir y todos quienes llegan al país, independientemente de sus calificaciones, se convierten en una contribución para su economía. Sin embargo, basta una reflexión básica para entender lo incoherente de este pensamiento. Si asumimos, como hacen todos los economistas, que la pobreza es un problema que debe ser resuelto con crecimiento económico, y que mientras menos pobreza haya en una sociedad más desarrollada, es decir, mejor se encuentra social y económicamente, entonces claramente aceptar nuevos pobres por la vía migratoria, lejos de ser una avance, constituye un retroceso social y económico, aun cuando en el producto agregado este tipo de migración pueda tener un impacto positivo. Un ejemplo simple sirve para entender mejor este punto. Imaginemos una sociedad avanzada integrada por mil personas que producen 100 dólares anuales en promedio cada una. Esto dará un PIB per cápita de 100 dólares y un producto anual total de 100 mil dólares. Ahora supongamos que un grupo de cien nuevos integrantes se suma a esa sociedad, pero, debido a sus bajas calificaciones, estos solo producen 10 dólares anuales cada uno. En términos totales, si sumamos a los 100 mil dólares que ya existían, estos nuevos 1.000 dólares que traen los inmigrantes (10 x 100), el PIB anual habrá subido a 101 mil dólares para toda la sociedad. En ese sentido

puede decirse que los inmigrantes han contribuido al crecimiento del PIB. Pero si vemos la cifra de ingreso per cápita para la sociedad entera el cuadro es distinto. Mientras antes de la inmigración el PIB per cápita era de 100 dólares anuales, ahora es de 91,81 dólares (101 mil/1.100), es decir, la inmigración llevó a un empobrecimiento promedio de 10 por ciento de la sociedad. Además, la desigualdad de ingresos podría haber aumentado fuertemente si es el caso que el país receptor presente un capital humano relativamente homogéneo, como claramente ha ocurrido en los países nórdicos. Ahora bien, se podrá decir que en la medida en que cada uno siga ganando lo mismo no hay nada que objetar, pues los inmigrantes ganarán sus 10 dólares promedio por año y los locales sus 100 dólares. Pero la realidad es mucho más compleja que eso, pues la pobreza lleva consigo una serie de problemas como un aumento de la criminalidad, alcoholismo, drogadicción, baja educación, problemas de salud y otros que en todo occidente son atendidos por servicios públicos financiados con dinero de los contribuyentes. Y entonces se produce la migración a sistemas sociales desde países pobres a países más avanzados, lo cual puede llegar a amenazar la subsistencia misma de su sistema social. Hans-Werner Sinn, uno de los economistas más renombrados de Alemania y por muchos años profesor y director del Ifo Institut de la Universidad de Múnich, afirma que la migración hacia el estado social alemán es causa de «gran preocupación»[677]. En Alemania, como en otros países avanzados de Europa, cualquier inmigrante de la Unión Europea, en cuya órbita se encuentran países pobres como Bulgaria y Rumania, tiene derecho, después de cinco años, a recibir todos los beneficios sociales además de un monto inmediato por hijo. De este modo, un rumano de sesenta años, puede emigrar a Alemania y exigir, a sus sesenta y cinco años que se le dé una vivienda, un seguro de salud y una pensión de por vida llevando a un costo total promedio de más de 1.000 euros mensuales, lo que representa el doble del salario promedio en Rumania y el triple de Bulgaria. Sinn se queja de que por mucho tiempo ha sido «políticamente incorrecto hablar de estos problemas» y recuerda cómo él fue atacado e insultado incluso por parlamentarios europeos cuando comenzó a advertirlos. De no abordarse, concluye Sinn, la paz social y el principio benefactor mismo podrían verse arruinados.

La situación es aún más dramática y la expuso en detalle el mismo Sinn en

la prensa alemana[678]. Mientras Alemania recibe hasta medio millón de inmigrantes al año, de los cuales un 80 por ciento son poco calificados, el capital humano se va, entre otras razones, por los altos impuestos que debe pagar para sostener el Estado benefactor. La cifra neta es de una pérdida de veinte mil alemanes calificados al año, que emigran a Suiza y otros países en busca de mejores oportunidades. Ante esta realidad se afirma que dado que la población alemana —y europea— envejece, requiere inmigrantes jóvenes para financiar sus jubilaciones. Pero según Sinn se necesitarían treinta y dos millones de inmigrantes jóvenes en las próximas décadas para estabilizar el sistema de pensiones, lo cual dinamitaría por completo la sociedad alemana. Ahora bien, todavía podría decirse, recurriendo a la falacia del inmigrante abstracto, que, en la suma, los inmigrantes aportan al Estado benefactor en impuestos más de lo que reciben. La verdad, sin embargo, es que cuando se resta a lo que estos pagan en impuestos lo que estos reciben del Estado no solo vía transferencias y servicios sociales, sino también en términos de infraestructura, seguridad pública, sistema de justicia y otros, el resultado, según estudios de la Bertelsmann Stiftung y del Ifo Insititut, es que el inmigrante promedio cuesta 1.800 euros por año al contribuyente alemán durante toda su vida. Si se descuenta la defensa, la cifra es de 1.450 euros anuales. El economista Holger Bonin, de la Bertelsmann Stiftung, calculó que, finalmente, el inmigrante promedio cuesta casi 80 mil euros en su vida al Estado alemán considerando todo lo que contribuyen y lo que recibe. Es simplemente una falacia entonces sostener, como postula el dogmatismo migratorio actual, que la inmigración necesariamente es un aporte al bienestar fiscal, pues claramente no es el caso ni en Alemania ni en buena parte de Europa. Sinn concluye:

> Debería comenzar un debate libre de ideologías sobre la política de migración, no impulsado por la búsqueda de la corrección política. Así como la migración se desarrolla, está yendo mal porque la estructura de los migrantes está distorsionada por los incentivos artificiales del Estado de Bienestar. Básicamente, solo hay tres formas de corregir estos errores: en primer lugar, se puede restringir la libertad de movimiento; en segundo lugar, se puede restringir el principio de inclusión, el acceso de los inmigrantes a los beneficios del Estado de

Bienestar y, en tercer lugar, se puede reducir el Estado de Bienestar[679].

Pero también cuando se trata del aporte económico de los inmigrantes, la población local tiene razones para la cautela, especialmente aquella menos calificada que entra a competir directamente con la mano de obra que ingresa al país. El cubano-americano profesor de Harvard George Borjas, calificado por *The Wall Street Journal* como el principal experto migratorio de Estados Unidos, ha demostrado que, contrario a la narrativa predominante en círculos económicos, la inmigración suele tener efectos negativos en los ingresos de ciertos grupos locales, creando ganadores y perdedores. En su libro *We wanted workers,* Borjas afirmó que es un error pensar en la inmigración como se piensa sobre el libre comercio, pues mientras el segundo conlleva el flujo de bienes y servicios a través de las fronteras, la primera implica que personas con sus valores, tradiciones, problemas y habilidades ingresan al país. No es cosa de importar simplemente el trabajo que ya se hace afuera para tener una equivalencia con el libre comercio, dice Borjas. Los inmigrantes que ingresan a trabajar no son meros robots productivos, no son trabajadores, sino seres humanos cuyo impacto va mucho más allá de su rol productivo, planteando desafíos en términos de integración, Estado benefactor, políticas públicas, impacto de su descendencia, etc. Como Sowell, Borjas afirma que distintos grupos tienen patrones de integración y asimilación diferentes y que según ello dependerán más o menos del Estado. Borjas aclara que las conclusiones de su estudio no pretenden incorporar elementos morales, sino solo constatar el impacto de la inmigración en Estados Unidos. Y este indica que cuando hay un *shock* de oferta laboral producido por una alta migración «algunos ganan y otros pierden», lo que convierte a la migración en otra «política social redistributiva»[680]. Borjas concluye que, bajo ciertas condiciones, el total de lo ganado por los locales beneficiados por la inmigración puede exceder el total de lo perdido por los locales que pierden con ella, aunque esto puede ser revertido si es el caso que, por ejemplo, los inmigrantes terminan irrogando un costo alto en asistencia social a los contribuyentes o un costo social elevado derivado de la falta de asimilación. En otras palabras, la inmigración puede terminar empobreciendo a toda la sociedad. Borjas reconoció que sus conclusiones no son políticamente correctas: «Por largo tiempo he sospechado que mucha de la investigación ha estado

ideológicamente motivada y que ha sido censurada o filtrada para alterar la evidencia de un modo que exagere los beneficios y minimice los costos de la inmigración»[681]. En su libro, Borjas, él mismo un inmigrante, ofrece varios ejemplos de manipulación de datos y conceptos por razones ideológicas. También muestra que, desde la década de 1950, el nivel de calificaciones de los inmigrantes a Estados Unidos ha colapsado. Así, si en 1960 los nativos y los inmigrantes tenían el mismo nivel educativo, ya en 1990 tenían en promedio dos años menos de educación. Del mismo modo, los salarios de inmigrantes recién llegados han caído sustancialmente. Si en 1960 los recién llegados ganaban en promedio 11 por ciento menos que los nativos, en 1990 la diferencia había crecido a 28 por ciento[682]. Esto significa que, en promedio, los inmigrantes a Estados Unidos han sido cada vez menos calificados y menos productivos. Ello no es verdad para todos los grupos, dice Borjas, pues los inmigrantes de Canadá y Alemania a Estados Unidos, por ejemplo, ganan en promedio un 70 por ciento más que los nativos, mientras aquellos prevenientes de México o República Dominicana ganan un 50 por ciento menos que los locales. Esto se explica en parte porque muchas personas altamente calificadas se van de países europeos o avanzados debido a las cargas de impuestos que les imponen, mientras en países en vías de desarrollo ser altamente calificado reporta un beneficio que no es usualmente igualado hacia abajo por el Estado mediante impuestos. Los inmigrantes poco calificados, en tanto, sí prefieren dejar países en vías de desarrollo donde no tienen buenos ingresos. En consecuencia, insiste Borjas, el origen de los inmigrantes es fundamental para entender su desempeño posterior. Así, por ejemplo, la asimilación de inmigrantes de China e India es muy superior a la de mexicanos y cubanos, lo que se ve reflejado en el hecho de que sus ingresos crecen 30 por ciento y 17 por ciento, respectivamente, en los primeros diez años de arribar, mientras los de los mexicanos caen un 10 por ciento y los de los cubanos un 6 por ciento[683]. Parte importante de esto se debe a que los latinos llegan a comunidades étnicas extensas que los reciben quitándoles el incentivo para asimilarse rápidamente, lo cual contradice la narrativa de que los inmigrantes en general se asimilan rápidamente. Lo cierto es que hay determinados grupos que se asimilan mejor que otros, y eso es válido también para sus hijos y nietos. Según Borjas, la cultura que rodea a los inmigrantes de diversas etnias conforma

un «capital étnico» o social que influencia el progreso de las futuras generaciones. Verse expuesto a un entorno de gente poco educada, como suele ocurrir con inmigrantes mexicanos, explica Borjas, desfavorece las posibilidades de asimilación[684].

Otra de las falacias en torno al debate migratorio es la idea de que los inmigrantes hacen trabajos poco calificados que los nativos —o nacionales — no quieren hacer. La verdad, dice Borjas, es que los empresarios prefieren inmigrantes porque pueden pagarles salarios más bajos que a los locales, pero que estos harían esos trabajos bajo mejores condiciones. He aquí la forma en cómo la inmigración afecta a los trabajadores nativos. El ofrecer servicios similares —sustitutos— a menores precios hace que bajen los salarios de sus competidores beneficiando sobre todo al inmigrante mismo —que escapa de una situación aun peor— y al empresario. Ahora bien, la única forma en que un *shock* migratorio puede llevar a un aumento general de salarios es que las habilidades de los inmigrantes sean complementarias a las de los trabajadores nativos, lo cual jamás se da en el 100 por ciento de los casos, por lo que una parte importante al menos siempre será sustitutiva del trabajo que ofrecen los locales y, por tanto, los hará perdedores en el proceso migratorio. Incluso asumiendo los modelos matemáticos hipotéticos y estándares sobre el excedente migratorio —que se define como el aumento neto de riqueza de la población nativa—, Borjas afirma que la inmigración en Estados Unidos realiza un aporte positivo de 50 mil millones de dólares, lo cual es una cifra muy baja —menos de 0,5% del PIB— cuando se considera que esta tiene un tamaño de 18 millones de millones de dólares. Según estos mismos cálculos, sin embargo, ese excedente se derivaría de una ganancia para empresarios americanos de 565,9 mil millones de dólares y una pérdida para los trabajadores nativos de 515,7 mil millones de dólares. El resto del incremento total del PIB derivado de la inmigración sería para los inmigrantes: 2,0538 millones de dólares. En otras palabras, la inmigración haría un aporte marginal total a la economía, pero redistribuiría masivamente recursos de los trabajadores nativos a los dueños de empresas mientras los trabajadores inmigrantes se llevarían el 98 por ciento de la torta creada adicionalmente[685]. En una columna en *Politico* publicada en 2016 Borjas concluía:

> Cuando la oferta de trabajadores aumenta, el precio que las empresas deben pagar para contratar trabajadores disminuye. Las tendencias salariales durante el último medio siglo sugieren que un aumento del 10 por ciento en el número de trabajadores con un conjunto particular de habilidades probablemente reduzca el salario de ese grupo en al menos un 3 por ciento. Incluso después de que la economía se haya ajustado por completo, los grupos de habilidades que recibieron la mayor cantidad de inmigrantes seguirán ofreciendo salarios más bajos en comparación con aquellos que recibieron menos inmigrantes[686].

Borjas añadió que «tanto los nativos poco calificados como los altamente calificados se ven afectados por la afluencia de inmigrantes», explicando que el aumento de inmigrantes, poco calificados afecta principalmente a los trabajadores estadounidenses sin calificaciones, como los de color e hispanos. La pérdida monetaria para estos grupos es considerable dice Borja. Así, si el desertor típico de la escuela secundaria gana alrededor de US $25.000 al año y si a ello se suma el hecho de que la cantidad de inmigrantes sin diploma secundario admitidos en las últimas dos décadas aumentó la fuerza laboral poco calificada en aproximadamente un 25 por ciento, el resultado es que las ganancias de este grupo particularmente vulnerable de la población americana cayeron entre $800 y $1.500 por año[687]. Frente a esta evidencia, una política responsable, finaliza Borjas, «no puede ignorar la realidad de que la inmigración ha empobrecido a algunos nativos»[688].

Ahora bien, no hay razón para pensar que las conclusiones que arrojan los estudios de Borjas no se apliquen de igual modo en todos los países con fuerte inmigración. A fin de cuentas, las leyes de la economía son iguales en todas partes y una mayor oferta de trabajo sustitutivo necesariamente deberá llevar a menores salarios. Adicionalmente, el gasto público en inmigrantes que no logran asimilarse exitosamente es un factor a considerar en los debates sobre los supuestos beneficios de la inmigración, así como el costo social de culturas que no se integran e incluso rechazan la cultura que las acoge. Tomados en consideración estos factores, solo cabe concluir que la idea según la cual la inmigración es solo positiva no es más que un dogma de la nueva ideología de la corrección política que impide discutir la compleja realidad que el tema demanda al plantear

posiciones cargadas de retórica victimista y *Totschlagargumente* que buscan cerrar el debate racional. Esto ocurre también en los llamados círculos liberales, donde se asume, sin más, que ser liberal implica una postura dogmática a favor de la libre inmigración. Nada puede ser más falso. Si, como ha observado George Smith, el liberalismo clásico implica una fuerte presunción en favor de la libertad[689], entonces cuando existen argumentos lo suficientemente poderosos como para restringirla, la restricción se encuentra justificada. Y claramente en el caso migratorio hay buenos argumentos para restringirla cuando, por ejemplo, se pone en riesgo la seguridad pública, o bien, cuando la existencia de un Estado benefactor se convierte en un magneto para que personas de países menos desarrollados vengan a gozar de sus beneficios. De ahí que un libertario como Milton Friedman dijera que de haber un Estado de Bienestar la inmigración debía ser limitada, pues la demanda por los beneficios que ofrece el Estado era infinita[690]. Incluso en un país generalmente menos generoso con los beneficios sociales como Estados Unidos, el impacto fiscal de la inmigración debería ser considerado. Según Borjas, a pesar de las restricciones al acceso a beneficios sociales para inmigrantes, en Estados Unidos, «la evidencia indica que los hogares de inmigrantes tienen muchas más probabilidades de recibir asistencia que los de los nativos». La inmigración poco calificada, agrega Borjas, «es una carga para los contribuyentes nativos mientras que la altamente calificada es una bendición»[691]. En promedio, el 45,8 por ciento de los inmigrantes recibe asistencia estatal en Estados Unidos, contra un 27,4 por ciento de los nativos. Cuando los datos se desagregan por grupos, lo reciben un 30,5 por ciento de los asiáticos, un 47,2 por ciento de los inmigrantes de color, un altísimo 61,9 por ciento de los latinos y un 30,9 por ciento de los inmigrantes blancos no hispanos[692]. Esta dependencia del Estado muestra directa relación con la proporción de inmigrantes calificados y no calificados en cada grupo. Del mismo modo, el elevado promedio de 46 por ciento de inmigrantes que dependen de asistencia estatal habla del bajo nivel educacional de la inmigración hacia Estados Unidos. En el corto plazo algunos cálculos señalan que el costo fiscal de la inmigración para los nativos es de entre 60 mil y 130 mil millones de dólares. Borja concluye que si se toman en serio los cálculos más conservadores sobre el impacto fiscal de la inmigración, esta «neutraliza los 50 mil millones de

excedente migratorio» calculado por otros modelos, lo que significa que, en la suma total, la inmigración no mejora la situación de los nativos, pero tampoco es necesariamente perjudicial en términos económicos, aunque claramente perjudica a algunos y beneficia a otros. En sus palabras, «más allá de todo lo que pueda discutirse, la inmigración no es más que otro programa de redistribución gubernamental»[693].

Finalmente, hay que agregar que no solo Friedman era condicional a la inmigración, sino otros liberales como Thomas Sowell, cuyos argumentos ya hemos comentado; Friedrich Hayek, quien postulaba restringirla para evitar reacciones nacionalistas, e incluso el anarco capitalista Murray Rothbard eran contrarios a la inmigración abierta. Según Rothbard, como en un mundo libertario toda la propiedad sería privada, entonces nadie podría exigir el derecho a ingresar a un lugar sin el consentimiento del dueño y, por lo tanto, no existiría la posibilidad de la inmigración abierta[694]. El mismo Rothbrad, alguna vez partidario de la inmigración sin límites, cambió su posición al constatar la devastación cultural que podía, en ciertos casos, causar. Rothbard explicó el problema con un realismo escaso entre sectores liberales progresistas y libertarios:

> La cuestión de las fronteras abiertas, o la inmigración libre, se ha convertido en un problema creciente para los liberales clásicos. Esto es así, primero, porque el Estado de Bienestar subsidia cada vez más a los inmigrantes para ingresar y recibir asistencia permanente, y segundo, porque los límites culturales se han visto cada vez más abrumados. Yo comencé a repensar mis puntos de vista sobre la inmigración cuando, al colapsar la Unión Soviética, se hizo evidente que los rusos étnicos habían sido alentados a inundar Estonia y Letonia para destruir las culturas y los idiomas de estos pueblos[695].

Para un libertario radical como Rothbard, entonces, el principio de realidad en torno a la destrucción cultural y la carga económica que puede significar una inmigración masiva indican que ella no puede permitirse. Más aún, en un modelo de libertad completo, es decir, de propiedad privada sin Estado, las fronteras abiertas no podrían existir:

> Si cada parcela de tierra en un país fuera propiedad de alguna persona, grupo o corporación, esto significaría que ningún inmigrante podría

> ingresar allí a menos que se le invite a ingresar y se le permita alquilar o comprar propiedades. Un país totalmente privatizado sería tan 'cerrado' como lo deseen los habitantes particulares y los propietarios. Parece claro, entonces, que el régimen de fronteras abiertas que existe *de facto* en los Estados Unidos realmente equivale a una apertura obligatoria por parte del Estado central, el Estado a cargo de todas las calles y áreas públicas, y que no refleja genuinamente los deseos de los propietarios[696].

Algunos podrán reclamar que ni Rothbard ni Friedman ni Sowell ni Hayek representan la integridad del pensamiento liberal, pues todos son próximos al libertarismo o liberalismo clásico, pero que en el liberalismo igualitario la realidad es diferente y el compromiso con las fronteras abiertas o algo similar es incuestionable debido al derecho humano que asiste a cada persona a moverse a donde le plazca. La verdad, sin embargo, es que tampoco en el liberalismo de izquierda o progresista hay una posición inequívoca de ese tipo, aunque sus adherentes lo ignoren. De hecho, nada menos que John Rawls, el padre de todos los liberales igualitarios modernos e ídolo filosófico máximo de la izquierda liberal, argumentaba que había buenas razones para restringir la inmigración. En su famoso intercambio epistolar con el filósofo belga Philippe van Parijs, Rawls insistió en la importancia de la cultura e identidad que configuraba la unidad política y de los límites territoriales que esta suponía. Discutiendo sobre la Unión Europea, Rawls dijo que los europeos debían preguntarse qué tan lejos querían ir con su unión, porque a diferencia de Estados Unidos ellos no tenían un lenguaje ni un discurso político ni una memoria histórica común y tampoco una voluntad extendida de moverse de un estado a otro. Para los europeos, afirmó Rawls, sus formas y tradiciones nacionales específicas eran de gran valor[697]. En su libro *The Laws of the Peoples,* Rawls fue aún más allá argumentando que «una importante función del gobierno, no importa cuán arbitrarias puedan parecer las fronteras de una sociedad desde un punto de vista histórico, es la de representante y agente efectivo de un pueblo al responsabilizarse por su territorio y por el tamaño de su población, al igual que por el mantenimiento de la integridad del ambiente y su capacidad para sustentar a la población»[698]. Rawls pensaba que solo existiendo una especie de

propiedad y por tanto límites sobre un territorio, la gente lo iba a cuidar y garantizar que este fuera productivo. Según Rawls, una determinada sociedad —pueblo— «debe reconocer que no puede eludir la responsabilidad de cultivar su tierra y conservar sus recursos naturales frente a la conquista bélica o la migración hacia el territorio de otro pueblo sin su consentimiento»[699]. En otras palabras, Rawls no solo plantea que la existencia de fronteras garantiza un mejor uso de los recursos internos, sino que la inmigración puede constituir una carga económica que vaya en detrimento de la población local que perfectamente podría justificar su restricción.

Del mismo modo, Rawls consideraba que las fronteras permitían sostener un orden social como el liberal y que el criterio para juzgar a un determinado Estado pasaba por evaluar los valores políticos que promovía y no la arbitrariedad de sus fronteras. «La respuesta —escribió— depende de la función de los estados, de los valores políticos que promueven y de la posibilidad o necesidad de reformular sus fronteras». En ese contexto, escribió Rawls, «un pueblo tiene, al menos, el derecho calificado de limitar la migración»[700]. Más aún, en su libro *The Laws of Peoples*, Rawls pensó que, dado que una sociedad liberal reposa sobre un conjunto de normas, simpatías, tradiciones, compromisos y sentidos de identidad, la inmigración podía constituir una amenaza para la existencia misma de esa sociedad liberal si quienes ingresaban a ella no compartían estos valores. Limitar la inmigración, afirmó Rawls, sirve para «proteger la cultura política de un pueblo y sus principios constitucionales»[701]. En esto Rawls se encuentra cerca de Rothbard y Sowell, quienes advirtieron sobre la importancia de la cultura y las tradiciones para mantener una determinada estructura social y constitucional. Rawls, por lo tanto, no era tan ingenuo como muchos de sus seguidores progresistas, siendo plenamente consciente de realidades sociológicas que hoy simplemente se optan por ignorar.

Aunque Rawls sea el padre de todo el liberalismo de izquierda, no es el único en esa línea que ha planteado la necesidad de controles migratorios. El filósofo alemán Otfried Höffe, por ejemplo, también ha afirmado que hay un derecho a restringir la inmigración. En su obra *Democracy in the Age of Globalisation*, Höffe afirmó que si bien existe un derecho a emigrar de cualquier país, el cual deriva de la libertad de conciencia de cada

individuo, «un derecho igual de permanecer permanentemente en cualquier estado del mundo y participar igualmente en el desarrollo del estado y beneficiarse de las bendiciones de sus programas benefactores, en suma, un derecho humano a la inmigración, no existe»[702]. Höffe agregó que si un país como Liechtenstein se viera avasallado por inmigración, lo terminaría arruinando política y económicamente, lo que lo llevó a concluir que la mejor forma de ayudar a refugiados era en su propio país, pues de esa manera se impide además el propósito de quien los expulsa. Por último, dijo Höffe, «cierto tipo de inmigración masiva sumada a determinado comportamiento puede convertir la inmigración en colonización» que termina dominando a la población local. En conclusión, señala Höffe, «dado que no hay un derecho humano a inmigrar, el estado puede decidir —dentro de límites— cuántos inmigrantes quiere aceptar y en qué términos, además de requerirles a los inmigrantes que muestren un mínimo de voluntad de adaptarse a la cultura política y social del estado que los recibe»[703].

En la misma línea ha argumentado el filósofo profesor de Oxford David Miller, más bien cercano al liberalismo de izquierda. Según Miller, las perspectivas de derechos humanos o económicos sobre la inmigración son insuficientes. Esto porque no se hacen cargo de un conjunto de valores colectivos de las comunidades que reciben a los inmigrantes, las que esperan razonablemente tener control sobre su futuro y su identidad cultural. Miller agrega que si hace un siglo existía una presión por que los inmigrantes que llegaran se asimilaran, hoy la cultura —políticamente correcta— incentiva a que estos mantengan sus tradiciones y hábitos de origen, todo en nombre del «multiculturalismo»[704]. Según Miller, «el estado democrático contemporáneo no puede adoptar una visión tan libre» como hace un siglo, pues «quiere y necesita a los inmigrantes» que se adapten, lo cual implica posiblemente «exigirles que eliminen parte del bagaje cultural que traen consigo». De este modo, dice Miller reconociendo que la inmigración puede ser fuente de graves problemas, «el equilibrio entre apoyar el pluralismo cultural y garantizar que exista un conjunto básico de creencias al que casi todos se suscriban es uno de los principales problemas que enfrentan los estados con grandes comunidades de inmigrantes»[705].

Pero los inmigrantes pueden ser un problema no solo en términos

culturales sino también económicos debido a la existencia de Estados Benefactores, advierte Miller. El Estado de Bienestar supone la contribución de quienes fueron beneficiarios en etapas de su vida, y ello a su vez demanda el respeto de normas sociales que son «contrarias a las creencias culturales o religiosas de algunos inmigrantes», problema que antiguamente no existía porque los estados no transferían casi beneficios, dice el profesor de Oxford[706]. Miller afirma que «los estados de Bienestar redistributivos reposan en la confianza entre los ciudadanos» y que esta asume que cada uno «se comportará de manera justa bajo los términos del esquema, pagará los impuestos con honestidad y no obtendrá beneficios a los que no tiene derecho». Desafortunadamente, concluye, «hay evidencia de que a medida que las sociedades se vuelven más diversas, étnica o culturalmente, los niveles de confianza tienden a disminuir»[707]. Al finalizar su libro sobre la filosofía política de la migración, Miller añade una reflexión fundamental en todo este debate con los neoinquisidores: «Estar a favor de una alta inmigración no significa ser siempre virtuoso y estar en contra de ella no significa siempre ser prejuicioso»[708]. Miller mismo defiende lo que llama «cosmopolitismo débil», el cual implica aceptar que si bien no existe un derecho humano a inmigrar, los estados siempre deben respetar los derechos humanos de los inmigrantes, y que para negarles la entrada a sus fronteras deben argüir buenas razones. Pero, insiste Miller, una democracia incluye el derecho a la autodeterminación de los ciudadanos, los que tienen «el derecho a decidir sobre la dirección futura de su sociedad». Miller concluye:

> Debido a que la inmigración afecta inevitablemente esa dirección futura, en parte debido a los cambios demográficos y culturales que trae consigo la migración interna y en parte porque la mayoría de los recién llegados se convertirán en ciudadanos políticamente activos a su debido tiempo, decisiones sobre a quién admitir, cuántos admitir y cuáles deberían ser los términos de admisión son asuntos importantes para que una democracia decida. Al llegar a tales decisiones, los ciudadanos deben reflexionar sobre los objetivos que les gustaría ver que su sociedad logre, que no solo deben ser estrictamente limitados a lo económico, sino también pueden ser deportivos, culturales o ambientales. Especialmente en el caso de los migrantes económicos,

> por lo tanto, la autodeterminación nacional exige una libertad muy considerable en la elección de una política de inmigración que se ajuste a los valores públicamente adoptados de la sociedad en cuestión[709].

Muchos otros autores liberales, y por cierto también comunitaritos y conservadores, podrían citarse para defender la postura de que la inmigración debe ser limitada. Incluso el padre de todo el universalismo de los derechos humanos y promotor de la idea de un gobierno mundial basado en la razón, el filósofo alemán Immanuel Kant, diría a fines del siglo XVIII que no existía un derecho a inmigrar. Según Kant, en razón de que originariamente el planeta Tierra pertenece a todos, lo que hay es «el derecho de un extranjero a no recibir un trato hostil por el mero hecho de ser llegado al territorio de otro», pero la comunidad a la que se presenta puede «rechazarlo si la repulsa no ha de ser causa de la ruina del recién llegado» [710]. Aun así, no se trata, insistió Kant, de que haya «un derecho por el cual el recién llegado pueda exigir el trato de huésped, sino simplemente de un derecho de visitante, que a todos los hombres asiste: el derecho a presentarse en una sociedad. Kant añadió que «el derecho de hospitalidad, es decir, la facultad del recién llegado, se aplica solo a las condiciones necesarias para 'intentar' un tráfico con los habitantes», es decir, para ofrecer sus servicios, bienes comerciales u otros intercambios, y en ningún caso para imponer la obligación de recibirlo[711].

Es evidente a la luz de este repaso que quienes afirman que ningún liberal puede ser partidario de una inmigración restringida muestran profunda ignorancia y dogmatismo, pues lo cierto es que, desde libertarios pro capitalismo como Rothbard, Hayek, Friedman y Sowell, a liberales igualitarios de izquierda como Rawls, Höffe y Miller, o pensadores del humanismo universal como Kant, permiten la restricción de la inmigración reconociendo en general que esta, a diferencia de lo que sugiere la nueva inquisición con su ideología políticamente correcta, puede implicar una grave carga para el bienestar de los ciudadanos y una amenaza para el tejido cultural y el capital social sobre el que se sostiene una sociedad libre.

La imperiofobia

El último dogma que revisaremos en este capítulo es la tesis de que los imperios occidentales han sido únicamente formas de opresión explotadora y criminal que sumieron en la miseria, la desesperación y la sangre a las colonias de los países en que operaron. No cabe duda de que las potencias imperiales de occidente fueron responsables de grandes males y crímenes sobre la población colonizada, pero eso no significa que estas hayan sido absolutamente malas o peores que las alternativas. Esta visión no diferenciada y totalmente negativa sobre este asunto ha tenido un devastador impacto sobre la conciencia occidental, generando un sentimiento de culpa que es en buena medida el responsable de la decadencia y agotamiento existencial que aflige a Europa, así como del resentimiento que emerge en Estados Unidos. En un capítulo anterior comentamos el caso del profesor Bruce Gilley, cuya publicación analizando los beneficios de la colonización desató la furia de académicos alrededor del mundo, obligando al *Third World Quarterly* a retirar el estudio de su autoría a pesar de que este ya había sido publicado luego de haber aprobado el proceso de revisión de pares y los controles editoriales pertinentes. Vale la pena repasar ahora con mayor detalle las conclusiones del trabajo de Gilley, pues este constituye un esfuerzo serio de un reconocido académico por analizar los hechos sin prejuicios ideológicos.

Lo primero que Gilley constata es que ha existido una enorme y sistemática campaña de descrédito en contra de las potencias colonizadoras occidentales por más de cien años, la cual ha ignorado las complejidades de lo que esta aventura implicó. Lejos de la narrativa oficial políticamente correcta, la verdad, dijo Gilley, es que puede hacerse una defensa del colonialismo occidental basada en el hecho de que este «reafirma la primacía de las vidas humanas, los valores universales y las responsabilidades compartidas, la misión civilizadora […] que condujo a mejoras en las condiciones de vida de la mayoría de los pueblos del Tercer Mundo durante la mayoría de los episodios del colonialismo occidental[712]. Gilley argumentó que las dos críticas principales que se hacen al colonialismo, a saber, que este empeoró las condiciones de vida de las

poblaciones colonizadas y que fue ilegítimo, no se sostienen. De partida, no hay duda de que según diversos indicadores socioeconómicos y de gobernanza las colonias tenían mejor desempeño que otras regiones, lo cual quedaba en evidencia con las masivas migraciones que ocurrían hacia las ciudades y regiones controladas por los europeos. En palabras de Gilley, «millones de personas se trasladaron a áreas de dominio colonial más intensivo, enviaron a sus hijos a escuelas y hospitales coloniales, fueron más allá del deber en los cargos en los gobiernos coloniales, denunciaron crímenes a la policía colonial, emigraron de áreas no colonizadas a colonizadas, lucharon para ejércitos coloniales y participaron en procesos políticos coloniales» de manera bastante voluntaria. Es más, Gilley agregó que la rápida expansión y persistencia del colonialismo occidental con muy poca fuerza en relación con la población colonizada es prueba de que este era aceptado por las poblaciones locales más que la alternativa[713]. Muchos locales alabaron los regímenes coloniales por haber traído «dignidad humana» a áreas en que la regla general eran atrocidades e inseguridad crónica, las cuales fueron sustancialmente reducidas por gobiernos de naturaleza más liberal. En ese contexto, la crítica anticolonial fracasa, dice Gilley, porque «nunca tuvo la intención de ser 'verdadera' en el sentido de ser una afirmación científica justificada a través de estándares compartidos de indagación susceptible de falsificación». La razón para ello es que los orígenes del pensamiento anticolonial fueron «políticos e ideológicos» y su propósito no era la precisión histórica, sino promover una determinada agenda. Y el daño que ha hecho este discurso ha sido gigantesco:

> El anticolonialismo devastó a los países mientras las élites nacionalistas movilizaban a las poblaciones analfabetas con llamamientos para destruir las economías de mercado, las políticas pluralistas y constitucionales y los procesos políticos racionales de los colonos europeos. En nuestra 'era de la disculpa' por las atrocidades, uno de los muchos silencios ha sido el de la disculpa por las muchas atrocidades causadas en los pueblos del Tercer Mundo por los activistas anticoloniales[714].

En Guinea-Bissau, por ejemplo, la lucha anticolonial en 1963, que jamás logró un apoyo importante de la población, pero sí financiamiento de

Cuba, la Unión Soviética y Suecia, costó la vida a quince mil personas —en una población de seiscientos mil— y produjo ciento cincuenta mil desplazados. En 1974, cuando finalmente se expulsó el régimen colonial, otras diez mil personas murieron. Pero el daño fue mayor, pues para 1980 la producción de arroz del país había caído 50 por ciento, el nuevo régimen se convirtió en una dictadura criminal de partido único que asesinó cientos de opositores y los ocultó en fosas comunas y el Estado creció multiplicando por 10 el tamaño de la administración portuguesa. Incluso en 2015 la producción de arroz continuaba siendo 1/3 per cápita de lo que era bajo el régimen colonial y las expectativas de vida crecieron menos de la mitad durante cuatro décadas de independencia de lo que habían crecido durante el período colonial tardío.

Gilley explicó que casi ochenta países que se retiraron del régimen colonial europeo han experimentado evoluciones desastrosas similares e incluso un reporte del Banco Mundial en 1996 reconoció que casi la totalidad de los países africanos había sufrido una regresión que los había dejado en peores circunstancias de capacidad estatal que aquellas que tenían bajo el régimen colonial, todo lo cual se tradujo en la muerte de millones de personas[715].

Sin embargo, algunos países han aprendido la lección y han comenzado a aplicar políticas de estado de derecho y apertura de mercados basadas directamente en su legado colonizador, a pesar de toda la retórica anticolonialista de intelectuales en occidente, lo que lleva a Gilley a sugerir que, con la aceptación de las poblaciones locales, formas de colonización que ayuden a resolver los déficits crónicos de estatalidad deberían ser consideradas. Una forma eficiente para conseguirlo, sugiere, pueden ser las «ciudades libres», es decir, sectores dentro de los países que no se encuentran bajo la tutela del Estado corrupto e ineficiente que controla ese territorio, sino de otro con capacidad de gobernanza, lo cual requeriría del acuerdo de estos gobiernos.

Gilley no ha sido, por cierto, el único en haber reivindicado el aporte realizado por los imperios occidentales al tercer mundo. El historiador británico Niall Ferguson ha argumentado que si bien no puede decirse que el imperio británico fue enteramente bueno, tampoco cabe sostener que fue absolutamente malo. Según Ferguson, la pregunta correcta es «si el imperio era o no mejor que las alternativas disponibles de manera realista,

que en la mayoría de los casos eran imperios rivales o estados premodernos relativamente débiles»[716]. Ferguson argumentó que ya hacia el siglo XIX el imperio británico era claramente una fuerza para el bien, inspirado en una filosofía liberal que llevó capital barato a las colonias y que exportó sus instituciones económicas, legales y políticas, las que eran muy superiores a las locales. En su trabajo, revisando el impacto económico del imperio británico, Ferguson mostró que este había logrado en buena medida crear instituciones que garantizaban los derechos de propiedad y respetaban libertades individuales, permitiendo el avance económico de las colonias. Según Ferguson, está claro que existe «una discrepancia significativa entre el consenso histórico de que el imperio británico era económicamente perjudicial y la literatura moderna sobre crecimiento económico. Un número sorprendente de las cosas actualmente recomendadas por los economistas a los países en desarrollo, de hecho, fueron impuestas por el dominio británico». Entre ellas, el imperio británico mantuvo tarifas más bajas que los países europeos, fomentando el comercio internacional, un enorme movimiento de personas y exportación de capital, que en algún punto llegó a significar que la inversión británica en Asia, África y América Latina era casi idéntica a aquella realizada en Gran Bretaña[717]. Ferguson concluyó que esta globalización financiera o «anglobalización», que combinó comercio, migración y la inversión extranjera sin precedentes, «impulsó gran parte del imperio a la vanguardia del desarrollo económico mundial», al punto de que la producción de bienes manufacturados por persona en Canadá, Australia y Nueva Zelandia era más alta que en Alemania en 1913, y entre 1820 y 1950 sus economías fueron las más rápidas en crecimiento[718].

Ferguson también desmitificó el caso de India, que exhibió un crecimiento mucho menor, explicando que el supuesto drenaje de capital hacia Gran Bretaña entre 1868 y 1930 fue de apenas un 0,3 y un 1,3 por ciento del ingreso nacional. Pero además citó estudios según los cuales el proceso de destrucción de trabajos en la industria textil de India habría ocurrido independientemente de quien gobernara, y explicó que los británicos hicieron grandes inversiones en sistemas de irrigación, que construyeron decenas de miles de millas de ferrocarril, sistemas postales antes inexistente, sanitización y que crearon flotas de vapores para utilizar los ríos interiores. Además, reforzaron el marco jurídico de respeto por los

contratos y derechos de propiedad. Así, el problema de India no fue la explotación británica, sino «la escala insuficiente de la interferencia en la economía india»:

> Los británicos ampliaron la educación india, pero no suficiente para tener un impacto real en la calidad del capital humano. El número de indios en la educación puede haber aumentado siete veces entre 1881 y 1941, pero la proporción de la población en educación primaria y secundaria estaba muy por debajo de las tasas europeas (2 por ciento en la India en 1913, en comparación con el 16 por ciento en Gran Bretaña). Los británicos invirtieron en India, pero no lo suficiente como para sacar a la mayoría de los agricultores indios de la línea de base de subsistencia, y ciertamente no lo suficiente para compensar el nivel extremadamente bajo de formación de capital neto indígena […] Los británicos construyeron hospitales y bancos, pero no lo suficiente como para realizar mejoras significativas en la salud pública y redes de crédito. Estos fueron pecados de omisión más que de comisión[719].

En su libro *Empire*, Ferguson describió con gran detalle cómo la expansión del imperio británico permitió asentar las instituciones y principios liberales del estado de derecho y el mercado alrededor del mundo, además de contribuir con la universalización de un idioma como el inglés que terminó siendo decisivo en la construcción de la modernidad. Reconociendo que los mismos británicos fracasaron en diversas ocasiones en el cumplimiento de sus ideales, siendo responsables de crímenes y abusos, Ferguson, sin embargo, afirmó persuasivamente que la alternativa habría sido peor. No hay duda, insistió confirmando las conclusiones de trabajos anteriores, que la cultura anglosajona con la difusión de sus valores y marco jurídico liberal del «*common law*» contribuyó a mejorar decisivamente la situación de las colonias[720].

Pero si bien Ferguson se enfoca en lo económico, también hay poderosas razones éticas para defender a las potencias europeas más allá del hecho evidente de que, gracias a los avances económicos, tecnológicos e institucionales que introdujeron, salvaron y mejoraron la calidad de vida de millones de personas. Tal vez el más importante es aquel que tiene que ver con la esclavitud, tema que ha constituido, justificadamente, una vergüenza histórica especialmente tematizada en Estados Unidos e

Inglaterra. Sin embargo, la historia debe analizarse en su integridad y no de manera sesgada. Lo cierto es que la esclavitud, con toda su brutalidad, fue una práctica extendida desde tiempos milenarios por todo el globo y todas las razas. Del mismo modo, el colonialismo no fue exclusivo de los occidentales. Basta recordar que musulmanes conquistaron y colonizaron España durante siglos, al igual que los turcos, cuyo imperio otomano sometió extensiones de Europa hasta casi tomarse Viena. Y esto es sin considerar los imperios que emergieron en Asia, África y América Latina mucho antes de que llegaran los europeos.

Un hecho convenientemente olvidado en este sesgado debate sobre la esclavitud y el colonialismo es que los piratas de la Costa Brava, en África, esclavizaron a millones de europeos. Estos piratas, étnicamente de color, que provenían de lugares como Trípoli, Rabat, Algiers y Túnez, recorrían las costas de Francia, Italia, Portugal, España, Islas británicas e incluso Islandia, secuestrando y esclavizando a sus habitantes para venderlos en el mercado de esclavos árabe ubicado en el norte de África y Medio Oriente y para abastecer al imperio otomano, que pagaba corsarios con ese fin. La víctima más famosa de este tipo de secuestros fue el escritor Miguel de Cervantes, autor de *El Quijote*, quien estuvo cautivo por cinco años.

En su libro *Christian Slaves, Muslim Masters,* el profesor Robert Davis documentó que un millón de europeos cristianos blancos entre 1580 y 1680 fueron esclavizados, cifra que supera con creces la cantidad de africanos que llegaron como esclavos a las colonias de Estados Unidos. Davis afirmó que resulta «impactante que apenas tenemos una idea vaga de la magnitud total del tráfico de esclavos europeos blancos, más aún cuando se considera que estaba ocurriendo en el mismo tiempo en que se producía el comercio de esclavos en el Atlántico al cual tanta investigación académica seria se ha dirigido»[721]. Claramente este desconocimiento es producto del sesgo ideológico que impera en la academia, el mismo que lleva a que también sea poco conocido el hecho de que, según algunas estimaciones, los árabes sometieran a alrededor de catorce millones de africanos a la esclavitud comparado con un estimado de doce millones de africanos esclavizados por todas las potencias europeas[722]. Más aún, esclavos blancos capturados en Europa se seguían vendiendo en los mercados de esclavos musulmanes cuando los esclavos

en Estados Unidos ya habían sido liberados.

Otro de los hechos totalmente ignorado en el debate público es que cuando llegaron los colonos británicos a Estados Unidos ya había tribus que practicaban cierta forma de esclavitud con indígenas de tribus enemigas. Un trabajo pionero en esta materia fue el libro de Christina Snyder, *Slavery in Indian Country: The Changing Face of Captivity in Early America* publicado en 2012. En él, Snyder demostró que la esclavitud era una práctica usual en Estados Unidos mucho antes del arribo de los europeos y africanos. Según Snyder, «la captura y su forma más explotadora, la esclavitud, eran propias de Norteamérica, era extendida y tomó muchas formas»[723]. Luego del arribo de los europeos y africanos, grupos de nativos americanos incluso esclavizaron a africanos participando activamente del comercio de esclavos.

Pero también existió algo similar a la esclavitud entre blancos, la que se daba en la figura de los «*indentured servants*» o sirvientes. Esta era una forma de trabajo forzada a la cual accedía la persona por un cierto número de años y que podía ser vendida a una tercera parte por el beneficiario. Usualmente europeos pobres se sometían a ella para poder migrar a Estados Unidos, llegando a constituir un alto porcentaje de la población de las trece colonias. Según el profesor de Oxford John Elliot, «el trabajo forzado de blancos fue vital para poblar y explotar la América británica. Los trabajadores forzados constituyeron un 75-85 por ciento de los colonos que emigraron a Chesapeake en el siglo XVII y probablemente un 60 por ciento de los emigrantes a todas las colonias británicas en América» durante el mismo siglo, de los cuales un 23 por ciento eran mujeres[724]. Si bien las condiciones para muchos de estos siervos blancos eran mejores que las de los esclavos africanos, para muchos otros, dice Elliot, esta figura era «equivalente a la esclavitud», estimándose que entre un 10-40 por ciento moría antes de poder completar su período de trabajo forzoso[725]. Fue debido a la escasez de esta forma de esclavitud, explica Elliot, que para compensar la falta de mano de obra en 1615 se importaron los primeros esclavos de África a Bermuda por la Virginia Company. Poco después comenzaría la importación de esclavos hacia Nueva Inglaterra y ya para 1720 el 20 por ciento de la población de Virginia eran esclavos[726].

La historia de la esclavitud en las distintas regiones del mundo es mucho más extensa y compleja de lo que se suele creer, y si hay algo que queda

claro es que esta institución no fue una basada en creencias raciales, sino en conveniencia económica. Indígenas esclavizaron a indígenas y a africanos, africanos esclavizaron a europeos y a otros africanos, europeos esclavizaron a europeos y africanos, árabes y musulmanes esclavizaron también indiscriminadamente, etc. La esclavitud era un simple dato de la existencia y se encontraba normalizada alrededor del mundo en dicha época. Pero fue solo occidente, particularmente el mundo anglosajón, el que puso por primera vez fin a esta práctica inhumana y hubo un país, Inglaterra, que la combatió globalmente, y otro país, Estados Unidos, que peleó una guerra civil a gran escala para acabarla en su territorio. Como ha dicho Thomas Sowell: «Lo más asombroso de la larga historia de la esclavitud, que abarcaba todo el mundo y todas las razas, es que antes del siglo XVIII no se planteó ninguna pregunta seria sobre si la esclavitud era correcta o incorrecta. A finales del siglo XVIII, esa pregunta surgió en la civilización occidental, pero en ningún otro lugar»[727]. Sowell agregó que los pocos hombres que dieron origen al primer movimiento contra la esclavitud del mundo buscaron hacer ver a sus compatriotas ingleses los hechos brutales que conllevaba la esclavitud, así como las implicaciones morales de esos hechos. Tras años de duras batallas, finalmente lograron una prohibición del comercio de esclavos y al poco tiempo una prohibición de la esclavitud en todo el imperio británico. Según Sowell, es «aún más notable» que Gran Bretaña asumiera, en su condición de principal potencia naval del mundo, el «vigilar la prohibición del comercio de esclavos contra otras naciones interceptando y abordando los barcos de otros países en alta mar para buscar esclavos», lo que convirtió a los británicos durante más de un siglo en «policías del mundo cuando se trataba de detener el tráfico de esclavos». Sowell concluye que «nada puede ser más perturbador y discordante con la visión de los intelectuales de hoy que el hecho de que fueron hombres de negocios, líderes religiosos devotos e imperialistas occidentales que juntos destruyeron la esclavitud en todo el mundo». Porque no se ajusta a la narrativa antioccidental, agrega, prefieren ignorarlo[728].

Corresponde dedicar ahora unas palabras al imperio español, que ha sido históricamente demonizado en América Latina y occidente al punto de que en 2019 el presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador exigió a España pedir disculpas por el proceso colonizador supuestamente

aberrante al que su país había sido sometido. En primer lugar, debe despejarse el absurdo mito, cultivado por pensadores como Michel de Montaigne y Jean Jacques Rousseau, de que en estas tierras habitaban «salvajes nobles», puros e inocentes. En el siglo XVI, Montaigne escribió que los nativos americanos no tenían «conocimiento ni de las letras, ni de la ciencia, ni de los números», ni reconocerían «magistrados o superioridad política» y que tampoco había «riqueza ni pobreza, ni contratos, ni sucesiones, ni dividendos, ni propiedades, ni empleos, [...] ni ropa, ni agricultura, ni metal, ni uso de maíz o vino»[729]. En este estado, cercano a la república perfecta para Montaigne, «las palabras que significan mentira, traición, disimulo, avaricia, envidia, retractación y perdón jamás las han oído»[730]. Los europeos en cambio, pensaba Montaigne, habían ya degenerado sus virtudes naturales para acomodarlas a su «corrompido paladar»[731]. En su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* del siglo XVIII, Rousseau, por su parte, sostuvo que «acostumbrados desde la infancia a la intemperie del tiempo y al rigor de las estaciones, ejercitados en la fatiga y forzados a defender desnudos y sin armas su vida y su presa contra las bestias feroces» los hombres han formado «un temperamento robusto y casi inalterable», mientras que «los hijos, viniendo al mundo con la excelente constitución de sus padres y fortificándola con los mismos ejercicios que la han producido, adquieren de ese modo todo el vigor de que es capaz la especie humana»[732].

Pero más importante aún, para Rousseau, el salvaje en América era un ser puro moralmente hablando, que no conocía pasiones degeneradas que en su visión eran el producto de la civilización:

> Con pasiones tan poco activas y un freno tan saludable, los hombres, más bien feroces que malos, más atentos a ponerse a cubierto del mal que podían recibir que inclinados a hacer daño a otros, no estaban expuestos a contiendas muy peligrosas. Como no tenían entre sí ninguna especie de relación; como, por tanto, no conocían la vanidad, ni la consideración, ni la estima, ni el desprecio; como no tenían la menor noción del bien ni del mal, ni alguna idea verdadera de justicia; como miraban las violencias que podían recibir como daño fácil de reparar, y no como una injuria que debe ser castigada, y como ni

> siquiera pensaban en la venganza, a no ser tal vez maquinalmente y en el mismo momento, como el perro que muerde la piedra que se le arroja, sus disputas raramente hubieran tenido causa más importante que el alimento[733].

Lo de Montaigne y Rousseau no pasa de ser una proyección de sus propias fantasías, algo que el escritor británico Charles Dickens dejaría claro en su texto *El buen salvaje,* donde afirmaba que era «extraordinario» observar cómo algunas personas hablaban del buen salvaje «como si hablaran de los buenos viejos tiempos»[734]. Con un mayor sentido de la realidad, Dickens declaraba en cambio que no creía «en lo más mínimo en el buen salvaje. Lo considero una prodigiosa molestia, una enorme superstición […] mi posición es que si debemos aprender algo del buen salvaje es precisamente que él es lo que se debe evitar. Sus virtudes son una fábula; su felicidad, una ilusión; su nobleza, tontería».

Dickens tenía razón, pues lo cierto es que cuando los españoles llegaron a México encontraron al imperio azteca, cuyo nivel de criminalidad era genocida y que practicó la esclavitud y los sacrificios humanos de manera sistemática, al punto de que se siguen encontrando torres de esqueletos humanos, incluyendo hombres, mujeres y niños, en ciudad de México[735]. También en Perú se han descubierto recientemente cientos de cadáveres de niños sacrificados por la cultura Chimú[736]. En México, estos genocidios fueron ampliamente documentados por cronistas de la época que viajaban con Cortés, sugiriendo ya que en ninguna parte de América existieron esos buenos salvajes de los que hablaban Rousseau y Montaigne, sino imperios y pueblos indígenas más o menos brutales que realizaban prácticas sangrientas de distinto tipo. Si hay algo que se puede decir de los españoles, más allá de la evidente codicia y afán evangelizador que caracterizó el proceso de conquista con todos los crímenes cometidos, es que trajeron la civilización occidental a América mejorando en muchos sentidos la situación de los pueblos que habitaban el continente. Un profundo trabajo de María Elvira Roca, académica española de Harvard, desmitifica la leyenda negra contada sobre el imperio español con documentos detallados. En el libro *Imperiofobia y leyenda negra*, Roca mostró la enorme contribución que hicieron los españoles a las colonias en materia de infraestructura, edificación, hospitales, justicia y educación.

Pero una de las cosas más interesantes es la desmitificación que realiza la autora de fray Bartolomé de las Casas, considerado el héroe máximo de los derechos humanos en América de la época. En realidad, según la autora, Bartolomé fue un propagandista eximio cuya *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de 1551, donde daba cuenta de los efectos de la colonización española en los habitantes nativos, pertenece a un género de la época al que las exageraciones le eran consustanciales. La mera lectura de este influyente texto, explica Roca, «basta para desacreditarlo como un documento fidedigno», agregando que «solo el haber caído en manos de la propaganda puede haber convertido a Bartolomé en un apóstol de los derechos humanos»[737]. Bartolomé, señala Roca, defendió los sacrificios humanos, comparándolos con la misa católica, y sostuvo que se debía traer personas de color de África, los que, en su opinión, no tenían alma, para esclavizarlos y liberar de trabajo a los indígenas. En su *Brevísima,* fray Bartolomé exageró los maltratos y crímenes de los españoles alcanzando una enorme influencia global y contribuyendo decisivamente a la leyenda negra en torno a la colonización española. Basta leer un fragmento del texto para entender de dónde proviene el tono con el que se percibe la colonización española hasta el día de hoy:

> Podemos asegurar que los españoles han quitado con su atroz e inhumana conducta más de doce millones de vidas de hombres, mujeres y niños; pero según mi opinión pasan de quince. De dos maneras se han conseguido estos bárbaros efectos: primera, dando guerras tan inhumanas como injustas; segunda, maltratando después de la conquista a los naturales del país, y matando a los señores, a los caciques y a los varones jóvenes y robustos; oprimiendo a los demás con la más dura, más áspera y más cruel esclavitud, insoportable aun por bestias. La única causa de tan horrible carnicería fue la codicia de los españoles. Estos se propusieron no tener prácticamente otro Dios que el oro, llenarse de riquezas en pocos días a costa de unas gentes humildes y sencillas, a las cuales trataron infinito peor que a las bestias, como yo mismo lo he visto, y aún con mayor vilipendio que el estiércol de las plazas; en prueba de lo cual no cuidaban ni aun de las almas de los indios, pues dieron lugar a que estos infelices muriesen

en los tormentos sin ser convertidos a la santa fe cristiana[738].

Este tipo de relato, muestra Roca, fue tomado por las potencias imperiales rivales de España, traducido y difundido por todos los medios para desacreditarla. Holandeses, ingleses y franceses no perdieron el tiempo en hacer circular los supuestos horrores contados por un sacerdote testigo presencial de los hechos perteneciente a la misma potencia que denunciaba. Y aunque Bartolomé hablaba de un genocidio a manos de los españoles, la verdad es que la disminución de la población indígena en América se debió fundamentalmente a enfermedades para las que no tenían defensas y al mestizaje, que por definición hacía caer el número de nativos debido a que sus hijos con españoles ya no contaban como tales. Según Roca, en todo caso, fray Bartolomé fue uno de los principales difusores del mito del buen salvaje de Rousseau, de acuerdo al cual los puros e inocentes nativos fueron corrompidos por el maligno y cruel hombre blanco occidental, tesis absurda, sobre todo si se considera que, según historiadores del período citados por Roca, el sistema de exterminio azteca encuentra un correlato moderno solo en el esquema aplicado por los nazis en la Segunda Guerra Mundial. En efecto, según cálculos, los aztecas exterminaban entre veinte mil y treinta mil indígenas de otras tribus todos los años[739].

Entre los españoles, en cambio, desde el principio hubo ciertos grupos que se preocuparon por los derechos de los indígenas, siendo los dominicos los primeros en defenderlos. Uno de ellos, fray Antonio de Montensinos, inició el movimiento por los derechos humanos ya en 1511, a lo cual siguieron varias normativas reales como las Leyes de Burgos en 1512 y las Leyes de Valladolid de 1513 otorgando protección legal a los indígenas[740]. De acuerdo a Elliot, el sermón de fray Antonio dado en la isla Española —República Dominicana y Haití— un domingo antes de Navidad en 1511 «hizo un asunto público toda la cuestión de la legalidad de la encomienda y el estatus de los ind*í*genas bajo dominio español», forzando a la corona a atender el problema de acuerdo a sus propias obligaciones establecidas en bulas papales. Las leyes mencionadas surgieron como reacción al activismo de fray Antonio y fueron discutidas por asambleas de teólogos y representantes de la corona estableciendo que los indígenas debían ser tratados como personas libres, con derecho de propiedad y a ser

remunerados en caso de trabajar[741]. Para el contexto de la época, esto significaba un avance gigantesco, especialmente si se considera que en ese tiempo no había nada similar en el mundo anglosajón. Como dice Roca en una entrevista publicada por *The Hispanic Council*, «las únicas leyes de protección de las poblaciones indígenas que ha habido en América son las leyes que los españoles escribieron. Las poblaciones indígenas de América se quedaron sin protección legal cuando el Imperio se desmembró. Todo lo que ha sucedido después no se cuenta, después de las independencias, que han sido las mayores desapariciones de etnias que se han producido en América en la zona hispana»[742].

En síntesis, la retórica políticamente correcta según la cual los imperios fueron un desastre completo para las poblaciones colonizadas no puede aceptarse de manera acrítica. Demasiada evidencia sugiere que, a pesar de los males que ciertamente existieron, hubo beneficios del proceso colonizador para los nativos tanto en términos de progreso económico y social como moral. Una correcta evaluación de esa etapa de la historia humana debe abrirse a una discusión basada en la evidencia, la que bien podría concluir que este fue detrimental si es lo suficientemente sólida. Lo que no es admisible es asumir como un dogma de fe que los imperios fueron nefastos y pretender desde ahí clausurar un debate altamente complejo que merece ser situado en el contexto histórico pertinente. Tampoco puede hablarse de la culpa occidental por los crímenes cometidos sin reconocer que los males perpetrados por los occidentales eran también comunes, e incluso más extendidos, en otras culturas y que fue precisamente la civilización occidental, con su filosofía liberal y humanista, la única que puso fin a muchos de ellos, pagando un elevadísimo precio en el proceso. La ventaja moral occidental fue sintetizada por el profesor de Oxford Larry Siedentop en los siguientes términos:

> Como otras culturas, la occidental se encuentra basada en creencias. Pero a diferencia de la mayoría de las otras, las creencias occidentales privilegian la idea de igualdad. Y es la preeminencia de la igualdad —de una premisa que excluye diferencias permanentes de estatus y la adscripción de opiniones autoritativas de personas o grupos— lo que fundó el estado secular y la idea de derechos naturales. Así, el único

> derecho de nacimiento reconocido por la tradición liberal es la libertad individual, y el cristianismo jugó un rol decisivo en ello[743].

Más categórica aún es la conclusión de Jürgen Habermas, uno de los pensadores más influyentes y renombrados de la izquierda en el último medio siglo que sería, sin embargo, capaz de reconocer la superioridad ética occidental:

> El igualitarismo universalista, del cual surgieron los ideales de libertad y una vida colectiva solidaria, la conducta autónoma de la vida y la emancipación, la moral individual de la conciencia, los derechos humanos y la democracia es el legado directo de la ética judaica de la justicia y la ética cristiana del amor. Este legado, sustancialmente sin cambios, ha sido objeto de continua apropiación crítica y reinterpretación. Hasta el día de hoy no hay alternativa. Y a la luz de los desafíos actuales de una constelación posnacional, seguimos recurriendo a la esencia de este patrimonio. Todo lo demás es palabrería posmoderna inútil[744].

En suma, sin dejar de lado las manchas de nuestra historia, podemos concluir que los occidentales tenemos buenas razones para estar orgullosos por la contribución sin precedentes que hemos hecho a la humanidad en términos morales, económicos, democráticos, científicos y culturales, pues todo ello ha transformado para mejor la vida de toda nuestra especie sobre este planeta.

EPÍLOGO

Este libro constituye un esfuerzo por combatir el oscurantismo que pretende evitar que determinados conocimientos sean difundidos y que parece avanzar en las sociedades occidentales, llevando a crecientes niveles de conflictividad, polarización, censura y decadencia cultural. A la luz de la evidencia, hay pocas dudas de que, en buena medida, el ataque en contra de la libertad de expresión y de la idea de excelencia que ha caracterizado la historia de los países avanzados ha sido el resultado de ideas desarrolladas por intelectuales que ven en occidente un sistema de opresiones e indignidades que merece ser desmontado. Ellos han engendrado un discurso autoflagelante que, explotando la culpa y el resentimiento a niveles a veces patológicos, se ha apoderado de las humanidades y de las ciencias sociales en muchas de las mejores universidades del mundo. Como consecuencia, han logrado transformar la autopercepción que las sociedades avanzadas tienen de sí mismas, al punto de que buena parte de ellas no muestra demasiada angustia por su posible desintegración cultural, valórica y social. A ratos incluso parecen abrazarla como un merecido castigo. El pesimismo sobre los tiempos que corren de pensadores e intelectuales conservadores y liberales, como Roger Scruton, Heather Mac Donald, Camille Paglia, Hans-Werner Sinn, Anthony Kronman, Harold Bloom, Pascal Bruckner, Mark Lilla, Jonathan Haidt, Niall Ferguson y tantos otros, debiera ser motivo más que suficiente para realizar una reflexión seria sobre lo que ocurrirá si no revertimos estas tendencias contrarias al ideario liberal y si no superamos la cultura del victimismo que se encuentra tras las cacerías de brujas, purgas y censura de nuestra época. Para ello resulta ineludible la confrontación con la ideología de la corrección política y sus batallones de neoinquisidores, siempre dispuestos a seguir el dedo acusador dondequiera que este apunte. De no detenerse a tiempo, la revolución cultural que estos han conseguido poner en marcha llevará no solo a una mayor decadencia y censura, sino a reacciones en contra que podrían ser dramáticas. La historia enseña que

cuando un grupo postula encontrarse en oposición existencial a otro, ineludiblemente se producirán conflictos en los que esos otros se organicen también en torno al enemigo común. Y en esa espiral de conflicto los elementos más extremos de ambos lados son los que prevalecen. Las histéricas persecuciones de quienes se desvían del pensamiento aceptado por la neolengua de la política identitaria son solo el principio de la confrontación. La respuesta populista de un Trump o la legítima decisión de los británicos de dejar la Unión Europea son apenas síntomas de un problema que podría terminar siendo mucho peor de lo que nadie es capaz de imaginar. El caso europeo, con sus miserables resultados de integración, su transformación demográfica y reemplazo cultural cada vez más marcados, permite anticipar que los problemas tribales-culturales recién comienzan, y no es descartable imaginar que, ante un escenario de crisis económica profunda, se desaten con mayor intensidad. Lamentablemente, aun cuando el multiculturalismo tan apreciado por intelectuales de izquierda haya resultado un fracaso reconocido por ellos mismos, no hay señales serias de que se esté consiguiendo elaborar una visión liberal mínima compartida por las culturas que se incorporan a Europa, especialmente las islámicas. Esto se debe a la convicción de los europeos occidentales de pertenecer «a las heces de la humanidad», como dijo Bruckner, estado anímico que inevitablemente conduce a la incapacidad de valorar y defender lo propio. Además, los europeos esperan que sea el Estado el que lo resuelva todo, en circunstancias de que sus propios gobiernos se han visto, por décadas, desbordados por el problema de la integración y ni siquiera han sido capaces de atender asuntos de su propia gente, a la que cobran cada vez más impuestos a cambio de menos prestaciones. Para peor, el solo hecho de tocar estos temas ha servido por mucho tiempo para ser linchado y luego quemado en la hoguera de las redes sociales y la prensa, lo cual ha producido una tóxica espiral de silencio que recién ahora parece estar cediendo, y no necesariamente de la mejor manera.

Estados Unidos, que en esta materia había sido siempre superior a Europa, ha desarrollado su propia enfermedad. La pérdida de sus universidades y medios de comunicación a manos de activistas políticos de izquierda ha sembrado, también en ese país, la culpa y el resentimiento en contra de sí mismo, como si su historia fuera exclusivamente una de crímenes y

pecados y no la de un tránsito doloroso desde crímenes y pecados comunes a toda la humanidad hacia una moralidad mejor a todo lo conocido hasta entonces. Como consecuencia de esta verdadera «rebelión de los resentidos», el relato fundacional de Estados Unidos, que sus padres fundadores entendieron como una igualdad moral y legal, se está desvaneciendo para dar paso a una narrativa de la división que, sobre la base de demonizar todo lo que representa el espíritu americano, pretende crear, mediante el poder del Estado y de diversas organizaciones, nuevas jerarquías de privilegiados que pueden manipular el temor de los demás a ofenderlos. Bajo el pretexto de liberar a las minorías, se construye así una nueva opresión basada en tabúes sobre el color de piel, género, orientación sexual o alguna de las diversas categorías de víctima que proveen de estatus social y privilegios especiales incompatibles con la igualdad moral y la búsqueda de excelencia propia de la grandeza estadounidense.

Es difícil predecir exactamente cómo habrá de terminar toda esta historia, pero las tendencias que se observan no son para nada auspiciosas. Afortunadamente ya ha comenzado una reacción que ofrece algo de esperanza. La conciencia sobre la necesidad de ponerle límite al victimismo de los distintos grupos se está discutiendo abiertamente, la defensa de la libertad de expresión en los campus universitarios ha encontrado voces que no retroceden, el escepticismo frente a denuncias infundadas del tipo *#MeToo* ha aumentado y una creciente presión por incrementar la única diversidad que importa en las universidades —la intelectual— ha emergido. El tiempo dirá si estos esfuerzos son suficientes para lidiar con el irracionalismo, el subjetivismo radical y la charlatanería académica que se ha apoderado de las humanidades y de la agenda intelectual y pública estas últimas décadas en el mundo desarrollado. Por ahora hay pocas dudas de que se debe sacar la voz, defender el intercambio libre y respetuoso de todo tipo de opiniones, oponerse a legislaciones que restringen la libertad de expresión bajo el argumento de proteger víctimas, exigir y velar por una mayor integridad psicológica a los jóvenes, demostrar menor temor ante la reacción de quienes digan sentirse ofendidos, desafiar los dogmas de esta nueva idelología sin complejos y exponer coraje institucional ante denuncias y ataques no demostrados que pueden arruinar la vida de personas potencialmente inocentes. En esto, los genuinos liberales de derecha e

izquierda deben unirse más allá de sus diferencias junto con los conservadores dialogantes y todo aquel preocupado por lo que podría terminar produciendo el clima de hipersensibilidad, persecución e irracionalismo tribal que se ha instalado. Si hay algo que se puede aprender del pasado es que, cuando se ponen en marcha procesos revolucionarios y cacerías de brujas, nadie, ni siquiera aquellos que los promovieron desde el inicio y que celebraron mientras veían arder a sus adversarios, se encuentra libre de ser el próximo en ser arrojado a la hoguera.

BIBLIOGRAFÍA

Abrams, Samuel J. «One of the Most Liberal Groups in America». *Inside Higher Ed*, 8 de noviembre de 2018. https://www.insidehighered.com/views/2018/11/08/college-administrators-are-more-liberal-other-groups-including-faculty-members.

——— «Professors Moved Dramtically Left Since the 1990s, Rest of Country Did Not». Heterodox Academy, 9 de enero de 2016. https://heterodoxacademy.org/professors-moved-left-but-country-did-not/.

Abramson, Leigh McMullan. «Making One of the Most Brutal Jobs a Little Less Brutal». *The Atlantic*, 10 de septiembre de 2015. https://www.theatlantic.com/business/archive/2015/09/work-life-balance-law/404530/.

Abrera, Bella d'. «What Version of Western Civilization Are Universities Offering Students?». *ABC Religion & Ethics*, 14 de junio de 2018. https://www.abc.net.au/religion/what-version-of-western-civilization-are-universities-offering-s/10094638.

Ali, Ayaan Hirsi. *Heretic: Why Islam Needs a Reformation Now*. Nueva York: Harper Collins, 2015.

Allyn, Bobby. «College Board Drops Its 'Adversity Score' For Each Student After Backlash». *National Public Radio*, 27 de agosto de 2019. https://www.npr.org/2019/08/27/754799550/college-board-drops-its-adversity-score-for-each-student-after-backlash.

Altman, Sam. «E Pur Si Muove». Sam Altman, 14 de diciembre de 2017. http://blog.samaltman.com/e-pur-si-muove.

Appignanesi, Lisa. «Did Simone de Beauvoir's Open 'Marriage' Make Her Happy*?*». *The Guardian*, 10 de junio de 2005. https://www.theguardian.com/world/2005/jun/10/gender.politicsphilosophyandsociety.

Applebaum, Anne. «Toppling Statues, from Lenin to Lee». *Northwest Florida Daily News*, 29 de agosto de 2017. https://www.nwfdailynews.com/news/20170829/anne-applebaum-toppling-statues-from-lenin-to-lee.

Arendt, Hannah. *On Revolution*. Nueva York: Penguin Books, 2006.

Ashenden, Gavin. «Truth, Beauty and the Creeping Hand of Totalitarianism. The Witch-hunting of Scruton». Gavin Ashenden, 9 de mayo de 2019. https://ashendenorg/2019/05/09/truth-beauty-and-the-creeping-hand-of-totalitarianism-the-witch-hunting-of-scruton/.

sylos-labini, Mauro, y Zinovyeva, natalia. «gender Quotas in science are counterproductive: evidence from italy and spain». European Economic Association, 2015. https://www.eeassoc.org/doc/upload/GENDER_QUOTAS_IN_SCIENCE_ARE_COUNTER PRODUCTIVE-_Evidence_from_Italy_and_Spain20150810122323.pdf

Barber, Nigel. «Sexual Liberation: Whose Sexuality is Liberated, Men's or Women's?». *Psychology Today*, 14 de abril de 2009. https://www.psychologytoday.com/us/blog/the-human-beast/200904/sexual-liberation-whose-sexuality-is-liberated-mens-or-womens.

Barolo, Scott. «Stop Replying, Start Listening». *Nature*, 27 de febrero de 2019. http://www.nature.com/articles/d41586-019-00683-z.

Bartlett, Tom. «Here Comes 'The Journal of Controversial Ideas'. Cue the Outcry». *The Chronicle of Higher Education*, 12 de noviembre de 2018. https://www.chronicle.com/article/Here-Comes-The-Journal-of/245068.

Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. Santiago: Penguin, 2018. https://www.megustaleer.cl/libros/el-segundo-sexo/MES-056516.

Beglinger, Martin. «Warum sich Vietnamesen im Westen so gut zurechtfinden und als Integrationswunder gelten». *Neue Zürcher Zeitung*, 18 de agosto de 2017. https://www.nzz.ch/gesellschaft/eine-vietnamesin-im-paradies-der-arbeit-ld.1311273.

Bell, Dan. «We Must Stop Indoctrinating Boys in Feminist Ideology». *The Telegraph*, 20 de julio de 2015. https://www.telegraph.co.uk/men/thinking-man/11747413/We-must-stop-indoctrinating-boys-in-feminist-ideology.html?fbclid=IwAR204dsyEGnJSLtXvZu79QFg99ShdweP8Sj_nnFTU4ViHVyRB-crlUOOnvA.

Bellafante, Ginia. «We Need to Talk About Balthus». *The New York Times*, 8 de diciembre de 2017. https://www.nytimes.com/2017/12/08/nyregion/we-need-to-talk-about-balthus.html.

Benn, Alex y Taylor, Daniel. «We Don't Think John Finnis Should Teach at Oxford University. Here's Why». *The Guardian,* 11 de enero de 2019. https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/jan/11/john-finnis-oxford-university-academic-freedom-law.

Bennet, Jessica. «When Saying Yes Is Easier Than Saying No». *The New York Times*, 16 de diciembre de 2017. https://www.nytimes.com/2017/12/16/sunday-review/when-saying-yes-is-easier-than-saying-no.html.

Berberana, Elena. «El infierno de los hombres 'mal divorciados': ruina, chantaje e indefensión». *Libre Mercado*, 15 de febrero de 2018. https://www.libremercado.com/2018-02-15/el-infierno-de-los-hombres-mal-divorciados-ruina-chantaje-e-indefension-1276613865/.

Bertrand, Marianne; Black, Sandra E.; Jensen, Sissel, y Lleras-Muney, Adriana. «Breaking the Glass Ceiling? The Effect of Board Quotas on Female Labor Market Outcomes in Norway». Documento de trabajo. National Bureau of Economic Research, 2017.

Biggar, Nigel. «Cambridge and the Exclusion of Jordan Peterson». *The Article*, 2 de abril de 2019. https://www.thearticle.com/cambridge-and-the-exclusion-of-jordan-peterson.

Bisin, Alberto; Verdier, Thierry; Patacchini, Eleonora, y Zenou, Yves. *«Are Muslim Immigrants Different in Terms of Cultural Integration?». Journal of the European Economic Association* 6, n° 2/3 (2008): 445-56.

Blandiana, Ana. «La corrección política es más peligrosa que la censura». Entrevistado por Gonzalo Domínguez Loeda. *EFE*, 21 de abril de 2018. https://www.efe.com/efe/america/cultura/ana-blandiana-la-correccion-politica-es-mas-peligrosa-que-censura/20000009-3592006.

Blanton, Hart; Jaccard, James; Klick, Jonathan; Mellers, Barbara; Mitchell, Gregory, y Tetlock Philip E. «Strong Claims and Weak Evidence: Reassessing the Predictive Validity of the IAT». *The Journal of Applied Psychology* 94, n° 3 (mayo de 2009): 567-82. https://doi.org/10.1037/a0014665.

Bleich, Erik. «The Rise of Hate Speech and Hate Crime Laws in Liberal Democracies». *Journal of Ethnic and Migration Studies* 37 n° 6 (2011): 917-34.

Bloom, Harold. «Preposterous Are Destroying Literature». Entrevistado por Michael Skafidas. *Huffington Post*, 6 de octubre de 2015.

——— *The Western Canon: The Books and School of The Ages*. New York: Harcourt Brace & Company, 1995.

Bolotnikova, Marina N. «Reassessing the Gender Wage Gap». *Harvard Magazine*, 15 de abril de 2016. https://harvardmagazine.com/2016/05/reassessing-the-gender-wage-gap.

Borjas, George J. *We Wanted Workers: Unraveling the Immigration Narrative.* Nueva York: Norton & Company, 2016.

——— «Yes, Immigration Hurts American Workers». *Politico*, 2016. https://www.politico.com/magazine/story/2016/09/trump-clinton-immigration-economy-unemployment-jobs-214216.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Traducido por Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 2000.

Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451*. Nueva York: Simon & Schuster, 2013.

Brennan, Bridget. «Top 10 Things Everyone Should Know About Women Consumers». *Bloomberg*, 11 de enero de 2018. https://www.bloomberg.com/company/stories/top-10-things-everyone-know-women-consumers/.

Brizendine, Louann. *The Female Brain*. New York: Broadway Books, 2007. (Edición Kindle).

Brown, Mark. «Gallery Removes Naked Nymphs Painting to 'Prompt Conversation'». *The Guardian*, 31 de enero de 2018. https://www.theguardian.com/artanddesign/2018/jan/31/manchester-art-gallery-removes-

waterhouse-naked-nymphs-painting-prompt-conversation.

Brownstein, Michael. «Implicit Bias». Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2019. https://plato.stanford.edu/entries/implicit-bias/.

Bruckner, Pascal. «Europe's Guilty Conscience: Self-hatred is Paralyzing the Continent». *The City Journal*, 2010. https://www.city-journal.org/html/europe%E2%80%99s-guilty-conscience-13302.html.

Buruma, Ian. «Editing in Times of Outrage». *Financial Times*, 19 de mayo de 2019. https://www.ft.com/content/7d47be7e-4efb-11e9-b401-8d9ef1626294?fbclid=IwAR236-z-hDT8AtEd27q3Zccrv-fGnVbnLeHUv85HrzgDJnqGcgY0jaPqEBU.

Butler, Christopher. *Postmodernism: A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford University Press, 2002.

Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge, 2007.

——— «Sex and Gender in Simone de Beauvoir's Second Sex». *Yale French Studies*, n° 72 (1986): 35-49. https://doi.org/10.2307/2930225.

Cahill, Larry. «Denying the Neuroscience of Sex Differences». *Quillette*, 29 de marzo de 2019. https://quillette.com/2019/03/29/denying-the-neuroscience-of-sex-differences/.

Campbell, Bradley y Manning, Jason. «Microaggression and Moral Cultures». *Comparative Sociology*, 2014.

——— «Understanding Victimhood Culture: An Interview with Bradley Campbell and Jason Manning». Entrevistado por Claire Lehmann. *Quillette*, 17 de mayo de 2018. https://quillette.com/2018/05/17/understanding-victimhood-culture-interview-bradley-campbell-jason-manning/.

Carbone, Christopher. «Which Confederate Statues Were Removed? A Running List». *Fox News*, 21 de agosto de 2017. https://www.foxnews.com/us/which-confederate-statues-were-removed-a-running-list.

Carter, Stephen L. «The Ideology Behind Intolerant College Students». *Bloomberg*, 6 de marzo de 2017. https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2017-03-06/the-ideology-behind-intolerant-college-students.

Chokal-Ingam, Vijay. «Why I Faked Being Black for Med School». *New York Post*, 12 de abril de 2015. https://nypost.com/2015/04/12/mindy-kalings-brother-explains-why-he-pretended-to-be-black/.

Cofnas, Nathan. «From Foolish Talk to Evil Madness». *Quillette*, 1 de octubre de 2018. https://quillette.com/2018/10/01/the-grievance-studies-scandal-five-academics-respond/.

Cohen, Noam. «Define Gender Gap? Look Up Wikipedia's Contri-butor List». *The New York Times*, 30 de enero de 2011. https://www.nytimes.com/2011/01/31/business/media/31link.html.

Cook, Cody; Diamond, Rebecca; List, John A., y Oyer, Paul. «The Gender Earnings Gap in the Gig Economy: Evidence from Over a Million Rideshare Drivers». Documento de trabajo. National Bureau of Economic Research, 2009.

Curtler, Hugh Mercer. «Political Correctness and the Attack on Great Literature». *Modern Age 51*, n° 3-4 (2009): 272-79.

Damore, James. «Google's Ideological Echo Chamber: How Bias Clouds our Thinking About Diversity and Inclusion». Google, 2017. https://assets.documentcloud.org/documents/3914586/Googles-Ideological-Echo-Chamber.pdf.

Darbyshire, Madison y Thompson, Barney. «Can You Be a Mother and a Senior Law Firm Partner». *Financial Times*, 14 de mayo de 2019. https://www.ft.com/content/8e70eb40-5a12-11e9-9dde-7aedca0a081a.

Darwin, Charles. *The Descent of Man*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1981.

Davis, Robert C. *Christian Slaves, Muslim Masters: White Slavery in the Mediterranean, the Barbary Coast and Italy, 1500-1800*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003.

Derrida, Jacques. *De la gramatología*. Traducido por Óscar del Barco y Conrado Ceretti. México D.F.: Siglo XXI, 1986.

Deschamps, Pierre. «Gender Quotas in Hiring Committees: a Boon or a Bane for Women?». Documento de trabajo LIEPP. SciencesPo, 2018.

Dickens, Charles. «The Noble Savage». The University of Adelaide. Accedido 18 de febrero de 2019. https://ebooks.adelaide.edu.au/d/dickens/charles/d54rp/chapter12.html.

Dickson, E. J. «How Should France Rebuild Notre Dame?». *RollingStone*, 16 de abril de 2019. https://www.rollingstone.com/culture/culture-features/notre-dame-cathedral-paris-fire-whats-next-822743/.

Die Beauftragte der Bundesregierung für Migration, Flüchtlinge und Integration. «Bericht der Beauftragten der Bundesregierung für Migration, Flüchtlinge und Integration über die Lage der Ausländerinnen und Ausländer in Deutschland», octubre de 2014. https://www.bundesregierung.de/resource/blob/992814/733826/9e310b776de8879946bcb464935d23d0/10-auslaenderbericht-2015-download-ba-ib-data.pdf?download=1.

DiLorenzo, Thomas J. *The Real Lincoln: A New Look at Abraham Lincoln, His Agenda, and an Unnecessary War.* Nueva York: Three Rivers Press, 2003.

Diver, Tony. «Oxford University Extends Exam Times for Women's Benefit». *The Telegraph*, 1 de febrero de 2018. https://www.telegraph.co.uk/education/2018/02/01/oxford-university-extends-exam-times-womens-benefit/.

Douglass, Frederick. «What to the Slave Is the Fourth of July?». Corinthian Hall, Rochester, 5 de julio de 1852. https://rbscp.lib.rochester.edu/2945.

Doyle, Andrew. «Easily Offended Hecklers are Ruining Comedy». *Spiked*, 11 de septiembre de

2017. https://www.spiked-online.com/2017/09/11/easily-offended-hecklers-are-ruining-comedy/.

Doyle, William. *The French Revolution: A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford University Press, 2001.

Duarte, José L.; Crawford, Jarret T.; Stern, Charlotta; Haidt, Jonathan; Jussim, Lee, y Tetlock, Philip E. «Political Diversity Will Improve Social Psychological Science». *The Behavioral and Brain Sciences* 38 (2015). https://doi.org/10.1017/S0140525X14000430.

Eastburn, Susanna. «We Need More Women Composers-And It's Not About Tokenism, It's About Talent». *The Guardian*, 6 de marzo de 2017. https://www.theguardian.com/music/2017/mar/06/sound-and-music-susanna-eastburn-we-need-more-women-composers-talent-not-tokenism.

Eco, Umberto. *A hombros de gigantes*. Madrid: Lumen, 2018.

Elliott, John H. *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*. New Haven: Yale University Press, 2007.

Elsesser, Kim. «Of All The Gender Issues At Work, Men Are Most Concerned About False Harassment Claims From Women». *Forbes*, 10 de enero de 2019. https://www.forbes.com/sites/kimelsesser/2019/01/10/of-all-the-gender-issues-at-work-men-are-most-concerned-about-false-harassment-claims-from-women/#52649e57866a.

Feldman, Noah. «Supreme Court Doesn't Care What You Say on the Internet». *Bloomberg*, 19 de junio de 2017. https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2017-06-19/supreme-court-doesn-t-care-what-you-say-on-the-internet.

Ferguson, Niall. «British Imperialism Revised: The Costs and Benefits of 'Anglobalization'». Serie de documentos de trabajo. Development Research Institute, 2003.

——— «Conversations with John Anderson: Featuring Niall Ferguson». Entrevistado por John Anderson. John Anderson, 14 de junio de 2018. https://johnanderson.net.au/conversations-featuring-niall-ferguson-ma-d-phil/.

——— *Empire: How Britain Made the Modern World*. Londres: Penguin, 2004.

——— «Join my Nato or Watch Critical Thinking Die». *The Times*, 14 de abril de 2019. https://www.thetimes.co.uk/article/join-my-nato-or-watch-critical-thinking-die-sl5sdqv5v.

——— «The Decline and Fall of History». presentado en The Philip Merrill Award for Outstanding Contributions to Liberal Arts Education, Washington D.C., 28 de octubre de 2016. https://www.goacta.org/images/download/Ali-Ferguson-Merrill-Speech.pdf.

——— «What the British Empire Did for the World». *The Independent*, 4 de junio de 2004. http://www.independent.co.uk/voices/commentators/niall-ferguson-what-the-british-empire-did-for-the-world-41252.html.

Filipovic, Jill. «Barbie's Problem Is Far Beyond Skin-Deep». *Time*, 28 de enero de 2016.

https://time.com/4196777/barbie-feminist-filipovic/.

Fiorina, Morris P. «Are We On The Verge Of Civil War? Some Words Of Reassurance». Defining Ideas-A Hoover Institution Journal, 28 de septiembre de 2018. https://www.hoover.org/research/are-we-verge-civil-war-some-words-reassurance.

Fleischhauer, Jan. «Die Idealisierung des Fremden». *Der Spiegel online*, 1 de septiembre de 2015. https://www.spiegel.de/politik/deutschland/deutschland-und-die-fluechtlinge-die-idealisierung-des-fremden-kolumne-a-1050820.html.

Fleischhauer, Jan, y Hollersen, Wiebke. «The Sexual Revolution and Children». *Der Spiegel*, 2 de julio de 2010. https://www.spiegel.de/international/zeitgeist/the-sexual-revolution-and-children-how-the-left-took-things-too-far-a-702679-3.html.

Forscher, Patrick S.; Lai, Calvin K.; Axt, Jordan; Ebersole, Charles R.; Herman, Michelle; Devine, Patricia G., y Nosek, Brian A. «A Meta-Analysis of Procedures to Change Implicit Measures». PsyArXiv, 15 de agosto de 2016. https://doi.org/10.31234/osf.io/dv8tu.

Fortin, Jacey. «What Robert E. Lee Wrote to The Times About Slavery in 1858». *The New York Times*, 18 de agosto de 2017. https://www.nytimes.com/2017/08/18/us/robert-e-lee-slaves.html.

Foucault, Michel. *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Traducido por Horacio Pons. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.

——— *Power/Knowledge*. Nueva York: Pantheon Books, 1980.

Francis, David. «Why High Earners Work Longer Hours». The National Bureau of Economic Research, julio de 2006. https://www.nber.org/digest/jul06/w11895.html.

Frank, Sam. «Megan Rapinoe Understands Economics». American Institute for Economic Research, 13 de julio de 2019. https://www.aier.org/article/megan-rapinoe-understands-economics.

Frankfurt, Harry. *On Truth*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2017.

Freud, Sigmund. «Totem und Tabu». En Gesammelte Werke. Köln: Anaconda, 2016.

Gardels, Nathan. «Francis Fukuyama: Identity Politics is Undermining Democracy». *The Washington Post*, 18 de septiembre de 2018. https://www.washingtonpost.com/news/theworldpost/wp/2018/09/18/identity-politics/.

Gelman, Andrew. «Did Blind Orchestra Auditions Really Benefit Women?». Statistical Modeling, Causal Inference, and Social Science, 11 de mayo de 2019. https://statmodeling.stat.columbia.edu/2019/05/11/did-blind-orchestra-auditions-really-benefit-women/.

Gersen, Jeannie Suk. «The Trouble with Teaching Rape Law». *The New Yorker*, 15 de diciembre de 2014. https://www.newyorker.com/news/news-desk/trouble-teaching-rape-law.

Gil, Pablo. «¿Pueden la corrección política y la censura acabar matando al pop español?». *El Mundo*, 8 de diciembre de 2018.

https://www.elmundo.es/papel/cultura/2018/12/08/5c0a73b221efa0e5328b45c6.html.

Gilbert, Juan. «Call Out the Realities of Bias». *Nature*, 27 de febrero de 2019. http://www.nature.com/articles/d41586-019-00683-z.

Gilley, Bruce. «The Case for Colonialism». *Third World Quarterly*, 2017. https://bit.ly/2KWHqqz.

Gnisa, Jens. *Das Ende der Gerechtigkeit: Ein Richter schlägt Alarm*. Freiburg: Herder, 2017.

——— «Der Staat setzt das Recht oft nicht durch». Entrevistado por Christian Rath. *Legal Tribune Online*, 16 de agosto de 2017. https://www.lto.de/recht/hintergruende/h/jens-gnisa-buch-ende-der-gerechtigkeit-interview-kritik-politik-rechtsstaat/2/.

Goethe, Johann Wolfgang von. *Faust*. Múnich: C.H. Beck, 2010.

Gold, Hadas. «Survey: 7 Percent of Reporters Identify as Republican». *Politico*, 5 de mayo de 2014. https://www.politico.com/blogs/media/2014/05/survey-percent-of-reporters-identify-as-republican-188053.html.

Goldin, Claudia. «How to Achieve Gender Equality in Pay». *The Milken Institute Review Third Quarter* (2015): 24-33.

Goldin, Claudia y Rouse, Cecilia. «Orchestrating Impartiality: The Impact of «Blind» Auditions on Female Musicians». The American Economic Review 90, n° 4 (2000): 715-41.

Gomez, Luis. «7 Famous Comedians Who Said Political Correctness is Killing Comedy». *Los Angeles Times*, 22 de septiembre de 2017. https://www.latimes.com/newsletters/sd-mel-brooks-comedians-say-political-correctness-killing-comedy-20170922-htmlstory.html.

Green, David. «Hate-Crime Laws are Making Us All Victims». *The Spectator*, 16 de octubre de 2018. https://blogs.spectator.co.uk/2018/10/hate-crime-laws-are-making-us-all-victims/.

Greiner, Ulrich. «Kinderbücher: Die kleine Hexenjagd». *Die Zeit*, 17 de enero de 2013. https://www.zeit.de/2013/04/Kinderbuch-Sprache-Politisch-Korrekt.

Groseclose, Tim. «How Biased is the Media? Tim Groseclose, Autor de *The Turn Left*, Answers Your Questions». *Freakonomics*, 8 de agosto de 2011. http://freakonomics.com/2011/08/08/tim-groseclose-author-of-left-turn-answers-your-questions/.

——— *Left Turn: How Liberal Media Bias Distorts the American Mind*. Nueva York: St. Martin's Press, 2011.

Groseclose, Tim y Milyo, Jeffrey. «A Measure of Media Bias». *The Quarterly Journal of Economics* 120, n° 4 (2005): 1191-1237.

Güney, Ajda, y Güney, Kaan. *«A Brief Description of Jacques Derrida's Deconstruction and Hermeneutics». e-Journal of New World Sciences Academy* 3, n° 2 (2008): 219-25.

Guterres, António. «Remarks to the Human Rights Council». United Nations Secretary-General, 25 de febrero de 2019. https://www.un.org/sg/en/content/sg/speeches/2019-02-25/remarks-the-human-rights-council.

Habermas, Jürgen. *Time of Transitions*. Cambridge: Polity Press, 2006.

Haidt, Jonathan. «Bienvenida la diversidad (menos la intelectual)». Entrevistado por Axel Kaiser. *Revista Átomo* n° 1, octubre de 2018.

——— «The Bright Future of Post-partisan Social Psychology». Entrevistado por John Brockman. Edge, 2 de noviembre de 2011. https://www.edge.org/conversation/the-bright-future-of-post-partisan-social-psychology.

——— *The Righteous Mind: Why Good People Are Divided by Politics and Religion*. New York: Vintage Books, 2013.

——— «When and Why Nationalism Beats Globalism». *The American Interest*, 10 de julio de 2016. https://www.the-american-interest.com/2016/07/10/when-and-why-nationalism-beats-globalism/.

Haidt, Jonathan, y Lukianoff, Greg. *The Coddling of the American Mind*. New York: Penguin Books, 2018.

Halpern, Diane F.; Benbow, Camilla P.; Geary, David C.; Gur, Ruben C.; Shibley Hyde, Janet, y Gernsbacher, Morton Ann. «The Science of Sex Differences in Science and Mathematics». *Psychological Science in the Public Interest* 8, n° 1 (2007): 1-51. https://doi.org/10.1111/j.1529-1006.2007.00032.x.

Hanson, Victor Davis. «The Origins of Our Second Civil War». *National Review*, 31 de julio de 2018. https://www.nationalreview.com/2018/07/origins-of-second-civil-war-globalism-tech-boom-immigration-campus-radicalism/.

Harari, Yuval Noah. *De animales a dioses*. Santiago: Debate, 2017.

——— «The Myth of Freedom». *The Guardian*, 14 de septiembre de 2018. https://www.theguardian.com/books/2018/sep/14/yuval-noah-harari-the-new-threat-to-liberal-democracy.

Hassett, Afton L., y Gevirtz, Richard N. «Nonpharmacologic Treatment for Fibromyalgia: Patient Education, Cognitive-Behavioral Therapy, Relaxation Techniques, and Complementary and Alternative Medicine». *Rheumatic diseases clinics of North America* 35, n° 2 (2009): 393-407.

Hayek, Friedrich A. *The Constitution of Liberty*. Londres: Routledge, 2009.

———*The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*. Editado por W.W. Bartley III. Chicago: The University of Chicago Press, 1991.

——— «The Intellectuals and Socialism». En *Socialism and War: Essays, Documents, Reviews*, editado por Bruce Caldwell, 221-38. Indianapolis: Liberty Fund, 2009.

Hendy, Shaun. «Say No to 'Manels'». *Nature*, 27 de febrero de 2019. http://www.nature.com/articles/d41586-019-00683-z.

Henley, Jon. «Calls for Legal Child Sex Rebound on Luminaries of May 68». *The Guardian*, 24

de febrero de 2001. Disponible en: https://www.theguardian.com/world/2001/feb/24/jonhenley.

Hicks, Stephen R. C. *Explicando el Posmodernismo, la crisis del socialismo*. Buenos Aires: Ediciones Barbarroja, 2014.

Hill, Theodore P. «Academic Activists Send a Published Paper Down the Memory Hole». *Quillette*, 7 de septiembre de 2018. https://quillette.com/2018/09/07/academic-activists-send-a-published-paper-down-the-memory-hole/.

——— «An Evolutionary Theory for the Variability Hypothesis». arXiv:1703.04184 [q-bio], 28 de marzo de 2019. http://arxiv.org/abs/1703.04184.

Hillman, Nick, y Robinson, Nicholas. «Boys to Men: The Underachievement of Young Men in Higher Education - And How to Start Tackling It». HEPI Report. Higher Education Policy Institute, 2016. https://www.hepi.ac.uk/wp-content/uploads/2016/05/Boys-to-Men.pdf.

Hinson, Sandra. «Why Are Men More Promiscuous? It's in the Genes, Says a Psychologist». *People*, 22 de octubre de 1979. https://people.com/archive/why-are-men-more-promiscuous-its-in-the-genes-says-a-psychologist-vol-12-no-17/ .

Höffe, Otfried. *Democracy in an Age of Globalisation*. Traducido por Dirk Haubrich y Michael Ludwig. Dodrecht: Springer, 2007.

Homero. *Ilíada*. Traducido por Fernando Gutiérrez. Barcelona: Penguin, 2015.

Horchem, Hans Josef. «Wunschträume – wahr durch Terror?». *Die Zeit*, 18 de octubre de 1974. https://www.zeit.de/1974/43/wunschtraeume-wahr-durch-terror.

Horkheimer, Max. «Traditional and Critical Theory». En *Critical Theory. Selected Essays*, 188-243. Nueva York: Continuum, 2002.

Horkheimer, Max, y Adorno, Theodor W. *Dialectic of Enlightenment*. Stanford: Stanford University Press, 2002.

Horton, Carol. «Jordan Peterson and the Failure of the Left». *Quillette*, 22 de mayo de 2018. https://quillette.com/2018/05/22/jordan-peterson-failure-left/.

Hrdy, Sarah Blaffer. *The Woman That Never Evolved*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981.

Hudson, Chris. «Witch Trials: Discontent in Early Modern Europe». Working Paper Series. Graduate Institute of International and Development Studies International Economics Department, 2016.

Humphries, Will. «Orcs in The Lord of the Rings 'Show Tolkien was racist'». *The Times*, 27 de noviembre de 2018. https://www.thetimes.co.uk/article/orcs-show-tolkien-was-racist-w3t95nqtp.

Hunter, Philip. «Is Political Correctness Damaging Science?». EMBO Reports 6, n° 5 (mayo de 2005): 405-7. https://doi.org/10.1038/sj.embor.7400395.

Jacobson, Claire. «Translator's Preface». En *Structural Anthropology*, de Claude Lévi-Strauss, ix-xvi. New York: Basic Books, 1963.

James, Sabatina. *Scharia in Deutschland: wenn die Gesetze des Islam das Recht brechen*. Múnich: Knaur, 2015.

Johnson, Jamie. «'White Male Titans' of Classical Music Are Putting Young People Off the Art Form, Royal Albert Hall Director Claims».*The Telegraph*, 15 de abril de 2019. https://www.telegraph.co.uk/news/2019/04/14/white-male-titans-classical-music-putting-young-people-art-form/

Kant, Immanuel. *Hacia la paz perpetua: Un diseño filosófico*. Traducido por Roberto R. Aramayo. Madrid: CTK E-Books, 2018.

——— «Was is Aufklärung?». Utopie Kreativ 159 (2004): 5-10.

Karabacak, Emre. «The European Witch-Craze», 2018. https://www.researchgate.net/publication/323699388_The_European_Witch-Craze.

Kelly-Woessner, April. «How Marcuse Made Today's Students Less Tolerant than their Parents». Heterodox Academy, 23 de septiembre de 2015. https://heterodoxacademy.org/how-marcuse-made-todays-students-less-tolerant-than-their-parents/.

Kendall, Mikkin. «Why Are the Oscar Nominees So White? Because the Academy Doesn't Want to Change». *The Washington Post*, 15 de enero de 2016. https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2016/01/15/why-are-the-oscar-nominees-so-white-because-the-academy-doesnt-want-to-change/?utm_term=.bc51238cb990.

Kennedy, Rebecca Futo. «We Condone It by Our Silence: Confronting Classics' Complicity in White Supremacy». *Eidolon*, 11 de mayo de 2017. https://eidolon.pub/we-condone-it-by-our-silence-bea76fb59b21.

Kepplinger, Hans Mathias. *Journalismus als Beruf*. Wiesbaden: Springer-Verlag, 2011.

——— «Journalisten sind keine Lügner, aber Gläubige, die ihre Sicht für die Wahrheit halten». *Kress News*, 28 de junio de 2017. https://kress.de/news/detail/beitrag/137993-hans-mathias-kepplinger-journalisten-sind-keine-luegner-aber-glaeubige-die-ihre-sicht-fuer-die-wahrheit-halten.html.

Kluger, Jeffrey. «The Scientific Reason Men Like Sports More Than Women». *Time*, 9 de mayo de 2016. https://time.com/4322947/men-women-sports-evolution/.

Koertge, Noretta. «National Association of Scholars - Political Correctness in the Science Classroom by Noretta Koertge». National Association of Scholars, 27 de mayo de 2008. https://www.nas.org/blogs/dicta/political_correctness_in_the_science_classroom.

Kronman, Anthony T. *The Assault on American Excellence* (Edición Kindle). Simon & Schuster, 2019.

Langbert, Mitchell; Quain, Anthony J., y Klein Daniel B. «Faculty Voter Registration in Economics, History, Journalism, Law, and Psychology». *Econ Journal Watch* 13, n° 3 (2016): 422-51.

Las Casas, Bartolomé de. *Brevísima relación de la destrucción de las indias*. Medellín: Editorial Universitaria de Antioquia, 2011.

Laurence, Jonathan. «Europe's Failure to Integrate Muslims». Brookings, 15 de marzo de 2012. https://www.brookings.edu/opinions/europes-failure-to-integrate-muslims/.

Leubecher, Marcel. «Was die Studie zur Gewalt durch Zuwanderer aussagt». *Welt*, 3 de enero de 2018. https://www.welt.de/politik/deutschland/article172153774/Gewalt-durch-Zuwanderer-Polizeigewerkschaften-fordern-Konsequenzen.html.

Leung, Sofia. «Whiteness as Collections». *Sofia Leung* (blog), 15 de abril de 2019. https://sleung.wordpress.com/2019/04/15/whiteness-as-collections/.

Levet, Bérénice. *Teoría de género o el mundo soñado de los ángeles*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2018.

Lévi-Strauss, Claude. *Structural Anthropology*. Traducido por Claire Jacobson y Brooke Schoepf. Nueva York: Basic Books, 1963.

——— «What is a 'Primitive'?». The Unesco Courier VII, n° 8-9 (1954): 5-8.

Levitt, Steven D., y Dubner, Stephen J. *SuperFreakonomics: Global Cooling, Patriotic Prostitutes, and Why Suicide Bombers Should Buy Life Insurance*. Nueva York: Harper Collins, 2011.

Leygerman, Dina. «5 Fairy Tales All Parents Read To Their Kids That Perpetuate Rape Culture». *Romper*, 8 de febrero de 2018. https://www.romper.com/p/5-fairy-tales-all-parents-read-to-their-kids-that-perpetuate-rape-culture-8157299.

Lijtmaer, Lucía. *Ofendiditos*. Barcelona: Anagrama, 2019.

Lilla, Mark. *Pensadores temerarios: Los intelectuales en la política*. Traducido por Nora Catelli. Barcelona: Debate, 2017.

——— «The End of Identity Liberalism». *The New York Times*, 18 de noviembre de 2016. https://www.nytimes.com/2016/11/20/opinion/sunday/the-end-of-identity-liberalism.html.

——— *The Once and Future Liberal: After Identity Politics*. Nueva York: Harper Collins, 2017.

Lüttringhaus, Jan D. «The Downsides of the Quota System». Max Planck Gesellschaft, 7 de marzo de 2011. https://www.mpg.de/1197767/quota_system_downsides.

Lyotard, Jean-François. «Answering the Question: What is the Postmodern?». En *The Postmodern Explained to Children*. Sydney: Power Publications, 1992.

——— *La condición posmoderna: Informe sobre el saber*. Traducido por Mariano Antolín Rato. Madrid: Cátedra, 1987.

Mac Donald, Heather. «Policing Sexual Desire». *The City Journal*, 14 de enero de 2018. https://www.city-journal.org/html/policing-sexual-desire-15669.html.

——— *The Diversity Delusion: How Race and Gender Pandering Corrupt the University and Undermine Our Culture*. Nueva York: Saint Martin's Press, 2018.

——— «Trauma and Truth». *The City Journal*, 7 de octubre de 2018. https://www.city-journal.org/rape-16216.html.

Mac Donald, Heather y Barron, Seth. «The 'Science' Behind Implicit Bias». *The City Journal*, 18 de octubre de 2017. https://www.city-journal.org/html/science-behind-implicit-bias-15527.html.

Malik, Nesrine. «A Journal for Anonymous 'Controversial' Ideas Will Only Fan the Flames». *The Guardian*, 13 de noviembre de 2018. https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/nov/13/journal-anonymous-controversial-ideas.

Mangu-Ward, Katherine. «Stop Counting Women». *The New York Times*, 23 de febrero de 2019. https://www.nytimes.com/2019/02/23/opinion/sunday/women-directors-quotas.html.

Marcus, Jon. «Why Men Are the New Minority on College Campuses». *The Atlantic*, 8 de agosto de 2017. https://www.theatlantic.com/education/archive/2017/08/why-men-are-the-new-college-minority/536103/.

Marcuse, Herbert. «Repressive Toleranz». En *Kritik der Reinen Toleranz*, editado por Robert Paul Wolf. Frankfurt: Suhrkamp Verlag, 1966.

Markowicz, Karol. «Lowering School Standards for Diversity's Sake Hurts All Students». *USA Today*, 7 de junio de 2018. https://www.usatoday.com/story/opinion/2018/06/07/fairness-means-lowering-bar-education-column/673198002/.

McCloskey, Deirdre. «La brecha salarial es mucho menor de lo que se dice». Entrevistada por Axel Kaiser. *Revista Átomo* n° 2, junio de 2019. https://www.revistaatomo.com/es/2019/06/deirdre-mccloskey/.

McGlynn, Terry. «Ally Is a Verb that Requires Action». *Nature*, 27 de febrero de 2019. http://www.nature.com/articles/d41586-019-00683-z.

McGoogan, Cara. «'Sexist' Sleeping Beauty and All the Other Fairy Tales that May Need Updating for a New Generation». *The Telegraph*, 24 de noviembre de 2017. https://www.telegraph.co.uk/women/life/sexist-sleeping-beauty-fairy-tales-may-need-updating-new-generation/.

McGregor, Jena. «MeToo Backlash: More Male Managers Avoid Mentoring Women or Meeting Alone With Them». *The Washington Post*, 17 de mayo de 2017. https://www.washingtonpost.com/?utm_term=.d3a092b612b9.

Mchangama, Jacob. «The Sordid Origin of Hate-Speech Laws». Policy Review - Hoover Institution, 1 de diciembre de 2011. https://www.hoover.org/research/sordid-origin-hate-speech-laws.

——— «The U.N. Hates Hate Speech More Than It Loves Free Speech». *Foreign Policy*, 28 de febrero de 2019. https://foreignpolicy.com/2019/02/28/the-u-n-hates-hate-speech-more-than-it-

loves-free-speech/.

McIntosh, Peggy. «White Privilege: Unpacking the Invisible Knapsack». *Peace and Freedom* (1989): 10-12.

McIvor, Jamie. «Report Highlights 'Gender Imbalance' at Scottish Universities». *BBC News*, 4 de diciembre de 2017. https://www.bbc.com/news/uk-scotland-42222553.

McMahan, Jeff; Minerva, Francesca, y Singer, Peter. *«Setting the Record Straight on the Journal of Controversial Ideas». The Guardian*, 18 de noviembre de 2018. https://www.theguardian.com/world/2018/nov/18/setting-the-record-straight-on-the-journal-of-controversial-ideas.

Meckler, Laura. «NYC Plan to Diversify Elite High Schools Challenged in Court». *The Washington Post*, 13 de diciembre de 2018. https://www.washingtonpost.com/local/education/nyc-plan-to-diversify-elite-high-schools-challenged-in-court/2018/12/13/37810eb6-ff20-11e8-862a-b6a6f3ce8199_story.html.

Meier, Christian. «Das Gesetz, das Facebook nicht wollte». *Die Welt*, 18 de diciembre de 2017. https://www.welt.de/kultur/medien/article171701204/Hasskriminalitaet-Das-Gesetz-das-Facebook-nicht-wollte.html.

Meyer, Luis. «10 novelas proscritas por la corrección política». *Ethic*, 5 de octubre de 2018. https://ethic.es/2018/10/novelas-proscritas-correccion-politica/.

Mill, John Stuart. *On Liberty*. Toronto: University of Toronto Press, 1977.

Miller, Arthur. *Las Brujas de Salem y El Crisol*. Traducido por José Luis López Muñoz. Buenos Aires: Tusquets, 2015.

Miller, David. *Strangers in Our Midst: The Political Philosophy of Immigration*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2016. (Edición Kindle).

Miranda, Carolina A. «What the Sexual Harassment Allegations at Artforum Reveal About Who Holds the Power in Art (Hint: Not Women)». *Los Angeles Times*, 1 de noviembre de 2017. https://www.latimes.com/entertainment/arts/miranda/la-et-cam-knight-landesman-artforum-20171101-htmlstory.html.

Mises, Ludwig von. *Planificación para la libertad*. Buenos Aires: Centro de Estudios sobre la Libertad, 1986.

Mokosch, Tania. «Was die Zahl der Sexualdelikte verrät—und was nicht». *Süddeutsch Zeitung*, 18 de septiembre de 2017. http://www.sueddeutsche.de/panorama/straftaten-was-die-zahlen-der-sexualdelikte-durch-fluechtlinge-verraten-und-was-nicht-1.3671964.

Montaigne, Michel de. *Essays of Montaigne*. Traducido por Charles Cotton. Vol. 2. Nueva York: Edwin C. Hill, 1910.

Moreno, Yera, y Penna, Melani. «Breve decálogo de ideas para una escuela feminista». *Revista TE - Comisiones Obreras*, 15 de febrero de 2018. http://www.te-feccoo.es/2018/02/15/breve-

decalogo-de-ideas-para-una-escuela-feminista/.

Mottier, Veronique. *Sexuality: A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford University Press, 2008. (Edición Kindle).

Mounk, Yascha. «What an Audacious Hoax Reveals About Academia». *The Atlantic*, 5 de octubre de 2018. https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2018/10/new-sokal-hoax/572212/.

Murray, Douglas. *The Strange Death of Europe: Immigration, Identity, Islam*. Londres: Bloomsbury Publishing, 2017.

Mzezewa, Tariro. «Victoria's Secret? In 2018, Fewer Women Want to Hear It». *The New York Times*, 16 de noviembre de 2018. https://www.nytimes.com/2018/11/16/style/victorias-secret-bras-decline.html.

Nautz, Jürgen. *Die grossen Revolutionen der Welt*. Múnich: Marix Verlag, 2018.

Neofotistos, Vasiliki. «identity Politics». http://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780199766567/obo-9780199766567-0106.xml, 2013. https://bit.ly/3ftZIxs

Ngo, Andy. «Noam Chomsky Defends Academic Freedom of Pro-Professor Under Fire». *The College Fix*, 21 de septiembre de 2017. https://www.thecollegefix.com/noam-chomsky-defends-academic-freedom-pro-colonialism-professor-fire/.

Noack, Rick. «Iceland is Trying to Close the Gender Pay Gap by Publicly Shaming Companies». *The Washington Post*, 4 de enero de 2018. https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2018/01/04/icelands-trying-to-close-the-gender-pay-gap-by-publicly-shaming-companies/?utm_term=.b042d5e43573.

Noonan, Peggy. «Who's Afraid of Jordan Peterson?». *Wall Street Journal*, 26 de enero de 2018. https://www.wsj.com/articles/whos-afraid-of-jordan-peterson-1516925574.

Nussbaum, Martha C. «The Professor of Parody: The Hip Defeatism of Judith Butler». *The New Republic*, 22 de febrero de 1999. https://newrepublic.com/article/150687/professor-parody.

O'Brien, Sara Ashley. «٧٨ Cents on the Dollar: The Facts About the Gender Wage Gap». *CNN Business*, 14 de mayo de 2015. https://money.cnn.com/2015/04/13/news/economy/equal-pay-day-2015/.

Oliver, Liza. «Appointing Yet Another White, Male Director Is a Missed Opportunity for the Met». *The New York Times*, 12 de abril de 2018. https://www.nytimes.com/2018/04/12/opinion/met-museum-max-hollein.html.

O'Neill, Brendan. «Britain Turns Offensive Speech Into a Police Matter». *Reason*, 15 de septiembre de 2018. https://reason.com/2018/09/15/britain-turns-offensive-speech-into-a-po.

O'Neill, Sean; Hamilton, Fiona; Karim, Fariha, y Swerling, Gabriella. «Huge Scale of Terror Threat Revealed: UK Home to 23,000 Jihadists». *The Times*, 27 de mayo de 2017. https://www.thetimes.co.uk/article/huge-scale-of-terror-threat-revealed-uk-home-to-23-000-

jihadists-3zvn58mhq.

Orwell, George. *1984*. Londres: Penguin Books, 2000.

Oster, Emily. «Witchcraft, Weather and Economic Growth in Renaissance Europe». *Journal of Economic Perspectives* 18, n° 1 (2004): 215-28.

Paglia, Camille. *Free Women, Free Men: Sex, Gender, Feminism*. Edinburgo: Canongate Books, 2018.

——— «It's a Man's World, and It Always Will Be». *Time*, 16 de diciembre de 2013. http://ideas.time.com/2013/12/16/its-a-mans-world-and-it-always-will-be/.

——— «It's Time for a New Map of the Gender World». Entrevistado por Claire Lehmann. *Quillette*, 10 de noviembre de 2018. https://quillette.com/2018/11/10/camille-paglia-its-time-for-a-new-map-of-the-gender-world/.

Perry, Mark. «Acceptance Rates at US Medical Schools in 2015-2016 Reveal Ongoing Racial Preferences for Blacks and Hispanics». *AEI*, 5 de enero de 2016. http://www.aei.org/publication/acceptance-rates-at-us-medical-schools-in-2015-reveal-ongoing-discrimination-against-asian-americans-and-whites/.

Peterson, Jordan B. «Cambridge University Rescinds my Fellowship». Jordan Peterson, 20 de marzo de 2019. https://www.jordanbpeterson.com/blog-posts/cambridge-university-rescinds-my-fellowship/.

Pew Research Center. «Bottom-Line Pressures Now Hurting Coverage, Say Journalists: Press Going Too Easy on Bush». Pew Research Center, 23 de mayo de 2004. https://www.people-press.org/2004/05/23/bottom-line-pressures-now-hurting-coverage-say-journalists/.

——— «The Data on Women Leaders». Pew Research Center, 13 de septiembre de 2018. https://www.pewsocialtrends.org/fact-sheet/the-data-on-women-leaders/.

Pinker, Steven. *Enlightenment Now*. Nueva York: Viking, 2018.

——— *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*. Nueva York: Viking, 2011.

——— *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*. Nueva York: Penguin Books, 2002.

——— «Why Can't a Woman Be More Like a Man?». *Slate*, 27 de agosto de 1997. https://slate.com/culture/1997/08/why-can-t-a-woman-be-more-like-a-man.html.

Pinker, Susan. «His Standards or Hers? How Men and Women Define Success». Institute for Family Studies, 10 de octubre de 2017. https://ifstudies.org/blog/his-standards-or-hers-how-men-and-women-define-success.

——— *The Sexual Paradox: Men, Women and the Real Gender Gap*. Nueva York: Scribner, 2009.

Popper, Karl R. *En busca de un mundo mejor*. Barcelona: Paidós, 1994.

——— «La influencia de las ideas filosóficas en la historia de Europa». Estudios Públicos 2 (1981): 174-200.

Porter, Michael E., y Nohria, Nitin. «What Do CEOs Actually Do?». *Harvard Business Review*, 1 de julio de 2018. https://hbr.org/2018/07/the-leaders-calendar.

Putnam, Robert D. «E pluribus unum: Diversity and Community in the Twenty-first Century». Scandinavian political studies 30, n° 2 (2007): 137–174.

Quinn, Ben. «Nobel Laureate Tim Hunt Resigns After 'Trouble With Girls' Comments». *The Guardian*, 11 de junio de 2015. https://www.theguardian.com/education/2015/jun/11/nobel-laureate-sir-tim-hunt-resigns-trouble-with-girls-comments.

Quintana Paz, Miguel Ángel. «Nos adentramos en un nuevo tipo de capitalismo: el capitalismo moralista». *The Objective*, 15 de octubre de 2019. https://theobjective.com/elsubjetivo/nos-adentramos-en-un-nuevo-tipo-de-capitalismo-el-capitalismo-moralista/.

Raj, Anita. «Worried About Sexual Harassment – Or False Allegations? Our Team Asked Americans About Their Experiences and Beliefs». *The Conversation*, 13 de mayo de 2019. http://theconversation.com/worried-about-sexual-harassment-or-false-allegations-our-team-asked-americans-about-their-experiences-and-beliefs-116715.

Rawls, John. *The Law of Peoples: With, the Idea of Public Reason Revisited*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999.

Rawls, John, y Van Parijs, Philippe. «Three Letters on the Law of Peoples and the European Union». *Revue de philosophie économique* 7 (2003): 7–20.

Reilly, Katie. «A Lawsuit by Asian-American Students Against Harvard Could End Affirmative Action». *Time*, 16 de octubre de 2018. https://time.com/5425147/harvard-affirmative-action-trial-asian-american-students/ .

Revel, Jean-François. *La gran mascarada: ensayo sobre la supervivencia de la utopía socialista*. Madrid: Taurus, 2000.

Rhodes, James. «Sexism is Rife in Classical Music». *The Guardian*, 4 de febrero de 2014. https://www.theguardian.com/music/2014/feb/04/sexism-rife-classical-music-marin-alsop-james-rhodes.

Roca Barea, María Elvira. *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Madrid: Siruela, 2018.

——— «Las pruebas que confirman el Holocausto azteca». *El Mundo*, 10 de julio de 2017. https://www.elmundo.es/cultura/2017/07/10/59629aefe5fdea89338b45ff.html.

Rose, Flemming. *The Tyranny of Silence*. Washington D.C.: Cato Institute, 2014.

Ross, Brad. «Diversity and the Concert Hall». *Quillette*, 13 de abril de 2018. https://quillette.com/2018/04/13/diversity-concert-hall/.

Rothbard, Murray. «Nations by Consent: Decomposing the Nation-State». En *Secession, State,*

and Liberty, editado por David Gordon, 79–88. Routledge, 2017.

Rothbard, Murray N. «'Human Rights' as Property Rights». *Mises Daily*, 7 de mayo de 2007. https://mises.org/library/human-rights-property-rights.

Rousseau, Jean Jacques. «Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres». Cátedra DDHH Unesco-UNAM. Accedido 25 de octubre de 2015. https://catedraunescodh.unam.mx//SeminarioCETis/Documentos/Doc_basicos/5_biblioteca_virtual/2_genero/5.pdf.

Russell, Bertrand. *Philosophie des Abendlandes*. Traducido por Elisabeth Fischer-Wernecke y Ruth Gillischewski. Colonia: Anaconda, 2012.

Sanandaji, Nima. *El poco excepcional modelo escandinavo*. Santiago: Fundación para el progreso - Unión Editorial, 2016.

Scharff, Christina. «Equality and Diversity in the Classical Music Profession». Economic & Social Research Council. Londres: King's College London, 2015. https://www.impulse-music.co.uk/wp-content/uploads/2017/05/Equality-and-Diversity-in-Classical-Music-Report.pdf.

——— *Gender, Subjectivity, and Cultural Work: The Classical Music Profession*. Nueva York: Routledge, 2017.

Schmitt, Carl. *Der Begriff des Politischen*. Berlín: Duncker & Humblot, 1963.

Scruton, Roger. *Beauty: A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford University Press, 2011.

——— «Beauty and Desecration: We must rescue art from the modern intoxication with ugliness». *The City Journal*, 2009. https://www.city-journal.org/html/beauty-and-desecration-13172.html.

——— *Fools, Frauds and Firebrands: Thinkers of the New Left*. Londres: Bloomsbury, 2017.

——— «The Failure to Stand Up for Conservative Thinking is Leading Us into a New Cultural Dark Age». *The Telegraph*, 20 de julio de 2019. https://www.telegraph.co.uk/politics/2019/07/20/failure-stand-conservative-thinking-leading-us-new-cultural/.

——— «Why Did British Police Ignore Pakistani Gangs Abusing 1,400 Rotherham Children? Political Correctness». *Forbes*, 30 de agosto de 2014. https://www.forbes.com/sites/rogerscruton/2014/08/30/why-did-british-police-ignore-pakistani-gangs-raping-rotherham-children-political-correctness/#6b94b91754ab.

Sculos, Bryant William y Noah Walsh, Sean. «The Counterrevolutionary Campus: Herbert Marcuse and the Suppression of Student Protest Movements». *New Political Science* 38, n° 4 (2016): 516-32. https://doi.org/10.1080/07393148.2016.1228580.

Semega, Jessica L.; Fontenot, Kayla R., y Kollar, Melissa A. «Income and Poverty in the United States: 2016». Current Population Reports. United States Census Bureau, septiembre de 2017. https://www.census.gov/content/dam/Census/library/publications/2017/demo/P60-259.pdf.

Shafer, Jack y Doherty, Tucker. «The Media Bubble Is Real — And Worse Than You Think». *Politico*, 2017. https://politi.co/2ESDmBZ .

Shelley, Susan. «The Rolling Stones and Today's Politically Correct Culture». *Daily News*, 20 de noviembre de 2018. http://www.dailynews.com/the-rolling-stones-and-todays-politically-correct-culture.

Shriver, Lionel. «I Hope the Concept of Cultural Appropriation Is a Passing Fad». *The Guardian*, 13 de septiembre de 2016. https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/sep/13/lionel-shrivers-full-speech-i-hope-the-concept-of-cultural-appropriation-is-a-passing-fad.

——— «Writers Blocked: How the New Call-out Culture is Killing Fiction». *Prospect*, 21 de febrero de 2018. https://www.prospectmagazine.co.uk/other/writers-blocked-how-the-new-call-out-culture-is-killing-fiction.

Siedentop, Larry. *Inventing the Individual. The Origins of Western Liberalism*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014.

Sigurðardóttir, Guðrún Helga. «Iceland's Equal Pay Standard – the Employer's Best Weapon?». *Nordic Labour Journal*, 12 de abril de 2019. http://www.nordiclabourjournal.org/i-fokus/in-focus-2019/future-of-work-iceland/article.2019-04-01.4989008637.

Silman, Anna. «10 Famous Comedians on How Political Correctness Is Killing Comedy: 'We are addicted to the rush of being offended'». *Salon*, 11 de julio de 2015. https://www.salon.com/2015/06/10/10_famous_comedians_on_how_political_correctness_is_killing_comedy_we_are_addicted_to_the_rush_of_being_offended/.

Simon-Thomas, Emiliana R. «Is Marriage Really Bad for Women's Happiness?». *Greater Good Magazine*, 17 de junio de 2019. https://greatergood.berkeley.edu/article/item/is_marriage_really_bad_for_womens_happiness.

Sinn, Hans-Werner. «Ökonomische Effekte der Migration». Frankfurter Allgemeine, 3 de enero de 2015. https://www.faz.net/1.3343999.

——— *Verspielt nicht eure Zukunft! Múnich: Redline Wirtschaft, 2013.*

Slatz, Anna. «The Sad Truth About 'Fat Acceptance'». *Quillette*, 26 de abril de 2019. https://quillette.com/2019/04/26/the-sad-truth-about-fat-acceptance/.

Smith, Adam. *The Theory of Moral Sentiments*. Indianapolis: Liberty Fund, 1982.

Smith, George H. *The System of Liberty: Themes in the History of Classical Liberalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.

Snyder, Christina. *Slavery in Indian Country: The Changing Face of Captivity in Early America*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2010.

Sokal, Alan D. «A Physicist Experiments With Cultural Studies». *Lingua Franca* 6, n° 4 (1996): 62-64.

——— «Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum

Gravity». *Social Text* 46/47 (1996): 217-52. https://bit.ly/2Wve3kB.

Solomon, Michael R. «Why Is Everyone In Such A Lather Over Gillette's 'Toxic Masculinity' Ad?». *Forbes*, 22 de enero de 2019. https://www.forbes.com/sites/michaelrsolomon/2019/01/22/why-is-everyone-in-such-a-lather-over-gillettes-toxic-masculinity-ad/.

Sommers, Christina Hoff. *The War Against Boys: How Misguided Policies are Harming Our Young Men*. Nueva York: Simon and Schuster, 2015.

——— *Who Stole Feminism?: How Women Have Betrayed Women*. Nueva York: Touchstone, 1994.

Sonnabend, Lisa y Reimann, Anna. «Mit Integrationsgipfeln kommen wir nicht weiter». *Der Spiegel*, 12 de diciembre de 2007. https://www.spiegel.de/politik/deutschland/bericht-zu-migranten-mit-integrationsgipfeln-kommen-wir-nicht-weiter-a-524309.html.

Sooke, Alastair. «Was Modern Art a Weapon of the CIA». *BBC*, 4 de octubre de 2016. http://www.bbc.com/culture/story/20161004-was-modern-art-a-weapon-of-the-cia.

Sowell, Thomas. «Abstract Immigrants in an Abstract World». *Creators*, 30 de agosto de 2016. https://www.creators.com/read/thomas-sowell/08/16/abstract-immigrants-in-an-abstract-world.

——— *Affirmative Action Around the World: An Empirical Study*. New Haven: Yale University Press, 2005.

——— «Bury the Chains: How The West Ended Slavery». *Capitalism Magazine*, 8 de febrero de 2005. https://www.capitalismmagazine.com/2005/02/bury-the-chains-how-the-west-ended-slavery/.

——— *Economic Facts and Fallacies*. Nueva York: Basic Books, 2011.

——— *Migrations and Cultures: A World View*. Nueva York: Basic Books, 1996.

——— «Tired of Race?». *Townhall*, 9 de mayo de 2002. https://townhall.com/columnists/thomassowell/2002/05/09/tired-of-race-n956346.

——— «Who Is Racist?». *Townhall*, 9 de julio de 2013. https://townhall.com/columnists/thomassowell/2013/07/09/who-is-racist-n1636228.

St. Félix, Doreen. «Bill de Blasio and the Identity Politics of Christopher Columbus». *The New Yorker*, 9 de octubre de 2017. https://www.newyorker.com/culture/culture-desk/bill-de-blasio-and-the-identity-politics-of-christopher-columbus.

St Louis, Connie. «Stop Defending Tim Hunt». *The Guardian*, 23 de junio de 2015. https://www.theguardian.com/uk-news/2015/jun/23/stop-defending-tim-hunt-brian-cox-richard-dawkins.

——— «Statement from President Slavery: Toward a Better Yale». *YaleNews*, 17 de noviembre de 2015. https://news.yale.edu/2015/11/17/statement-president-salovey-toward-better-yale.

Stevenson, Betsey y Wolfers, Justin. «The Paradox of Declining Female Happiness». Working

Paper. National Bureau of Economic Research, mayo de 2009. https://doi.org/10.3386/w14969.

Stidsen, Marianne. «The Return to Archaic Forms of Power». Entrevistado por Paulina Neuding. *Quillette*, 8 de septiembre de 2019. https://quillette.com/2019/09/08/the-return-to-archaic-forms-of-power-an-interview-with-marianne-stidsen/?fbclid=IwAR0ObwvyUe7zW-vIo2AexmCSfLoFORVI-J6nFOMYmNXXOBx3XoHv_6QpgMs.

Stoet, Gijsbert y Geary David C. «The Gender-Equality Paradox in Science, Technology, Engineering, and Mathematics Education». *Psychological Science* 29, n° 4 (2018): 581-93.

Stone, Geoffrey R. «Hate Speech and the U.S. Constitution». *East European Constitutional Review* 78 (1994): 78-82.

Strauss, Elissa. «Why Boys Love Guns, and What to Do About It». *CNN*, 13 de marzo de 2018. https://edition.cnn.com/2018/03/07/health/boys-guns-parenting-strauss/index.html.

Strossen, Nadine. *Hate: Why We Should Resist it with Free Speech, Not Censorship*. Nueva York: Oxford University Press, 2018. (Edición Kindle).

Sue, Derald Wing; Torino, Gina C.; Capodilupo, Christina; Bucceri, Jennifer M.; Holder, Aisha M. B.; Nadal, Kevin L., y Esquilin, Marta. «Racial Microaggressions in Everyday Life». *American Psychologist,* 2007.

Sullivan, Andrew. «The Abyss of Hate Versus Hate». *Intelligencer*, 25 de enero de 2019. http://nymag.com/intelligencer/2019/01/andrew-sullivan-the-abyss-of-hate-versus-hate.html.

——— «We All Live on Campus Now». *Intelligencer*, 9 de febrero de 2018. http://nymag.com/intelligencer/2018/02/we-all-live-on-campus-now.html.

Swaab, Dick. *Wir sind unser Gehirn: wie wir denken, leiden und lieben*. Nördlingen: Droemer, 2011.

Swain, Harriet. «Universities Get Creative to Even Out Subject Gender Imbalance». *The Guardian*, 3 de mayo de 2016. https://www.theguardian.com/education/2016/may/03/universities-subject-gender-imbalance-maths-physics-engineering-science.

Tan, Gillian y Porzecanski, Katia. «Wall street rule for the #Metoo era: avoid Women at all cost». *Bloomberg*, 19 de junio de 2017. https://www.bloomberg.com/news/articles/2018-12-03/a-wall-street-rule-for-the-metoo-era-avoid-women-at-all-cost

Taylor, Kenneth. «Derrida and Deconstruction». *Philosophy Talk*, 13 de enero de 2011. https://www.philosophytalk.org/blog/derrida-and-deconstruction.

The Economist. «Free Speech Under Attack». *The Economist*, 4 de junio de 2016. https://www.economist.com/leaders/2016/06/04/under-attack.

Thurman, Neil; Alessio, Cornia, y Kunert, Jessica. «Journalists in the UK». Oxford University - Reuters Institute for the Study of Journalism, 2010. https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/sites/default/files/research/files/Journalists%2520in%252

0the%2520UK.pdf.

Tolstói, Lev. *Sonata a Kreutzer*. Barcelona: Acantilado, 2003.

Turley, Jonathan. «Shut Up and Play Nice: How the Western World is Limiting Free Speech». *The Washington Post*, 12 de octubre de 2012. https://www.washingtonpost.com/opinions/shut-up-and-play-nice-how-the-western-world-is-limiting-free-speech/2012/10/12/e0573bd4-116d-11e2-a16b-2c110031514a_story.html.

Twain, Mark. *Europe and Elsewhere*. Nueva York: Harper & Brothers, 1923.

Urry, Meg. «President's Column: Rethinking the Role of the GRE American Astronomical Society». *American Astronomical Society*, 9 de diciembre de 2015. https://aas.org/posts/news/2015/12/presidents-column-rethinking-role-gre.

Waldman, Katy. «Is My Novel Offensive?». *Slate*, 8 de febrero de 2017. https://slate.com/culture/2017/02/how-sensitivity-readers-from-minority-groups-are-changing-the-book-publishing-ecosystem.html.

Wallenfeldt, Jeff. «Salem Witch Trials». *Encyclopaedia Britannica*, 18 de julio de 2019. https://www.britannica.com/event/Salem-witch-trials.

Watson, Laurie. «The Truth About Men and Sex». *Psychology Today*, 12 de agosto de 2017. https://www.psychologytoday.com/us/blog/married-and-still-doing-it/201708/the-truth-about-men-and-sex.

Welsh, Sean. «Lies, Damned Lies, and STEM Statistics». *Quillette*, 2 de marzo de 2019. https://quillette.com/2019/03/02/lies-damned-lies-and-stem-statistics/.

White, Hayden V. «The Burden of History». *History and Theory* 5, n° 2 (1966): 111-34. https://doi.org/10.2307/2504510.

Whitmarsh, Tim. «Black Achilles». *Aeon*, 9 de mayo de 2018. https://aeon.co/essays/when-homer-envisioned-achilles-did-he-see-a-black-man.

Wiggershaus, Rolf. *The Frankfurt School: Its History, Theories, and Political Significance*. Cambridge: Polity Press, 2007.

Wong, Julia Carrie. «James Damore Sues Google, Alleging Intolerance of White Male Conservatives». *The Guardian*, 8 de enero de 2018. https://www.theguardian.com/technology/2018/jan/08/james-damore-sues-google-discrimination-white-male-conservatives.

Wood, Gordon S. *The American Revolution: A History*. Nueva York: Modern Library, 2002.

Woodard, Rob. «Pollock: Genius or Charlatan?». *The Guardian*, 19 de febrero de 2008. https://www.theguardian.com/artanddesign/artblog/2008/feb/19/pollockgeniusorcharlatan.

World Economic Forum. «The Global Gender Gap Report 2018». Insight Report. World Economic Forum, 2018.

Young, Cathy. «'Sexist Scientist' Tim Hunt: The Real Story». *Real Clear Politics*, 22 de julio de

2015. http://www.realclearpolitics.com/articles/2015/07/22/sexist_scientist_tim_hunt_the_real_story_127491.html.

Young, Toby. «Cambridge's Shameful Decision to Rescind Jordan Peterson's Visiting Fellowship». *Spectator USA*, 21 de marzo de 2019. https://spectator.us/cambridge-shameful-jordan-peterson/.

Young, Zachary. «Macron to Review Report Calling for Reform of Islam in France». *Politico*, 9 de octubre de 2018. https://www.politico.eu/article/macron-islam-france-muslim-review-report-calling-for-reform/.

Žižek, Slavoj. «Is Political Correctness a Solution — or a Desperate Cover-up? ». Big Think, 3 de enero de 2017. https://bigthink.com/videos/slavoj-zizek-on-political-correctness.

——— *La nueva lucha de clases*. Barcelona: Anagrama, 2016.

Zuckerberg, Donna. «How to Be a Good Classicist Under a Bad Emperor». *Eidolon*, 21 de noviembre de 2016. https://eidolon.pub/how-to-be-a-good-classicist-under-a-bad-emperor-6b848df6e54a.

[1] Twain, *Europe and Elsewhere*, 392.
[2] Ver: Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, 168 y ss.
[3] Oster, «Witchcraft, Weather and Economic Growth in Renaissance Europe».
[4] Hudson, «Witch Trials: Discontent in Early Modern Europe», 9.
[5] Karabacak, «The European Witch-Craze».
[6] Wallenfeldt, «Salem witch trials».
[7] Miller, *Las Brujas de Salem y El Crisol*, 20.
[8] Miller, 106.
[9] Miller, 48.
[10] Miller, 84.
[11] Miller, 112.
[12] Lijtmaer, *Ofendiditos*, 18.
[13] *The Economist*, «Free Speech Under Attack».
[14] Slatz, «The Sad Truth About 'Fat Acceptance'».
[15] Orwell, *1984*, 343.
[16] Orwell, 344.
[17] Orwell, 347. El concepto «lenguaje inclusivo» es un excelente ejemplo de neolengua. Si usted no lo usa, de inmediato es «excluyente», es decir, «machista» o «transfóbico» y por tanto inmoral y despreciable. Si lo usa, en cambio, se ajusta a lo permisible y evitará cometer la herejía por la que merece ser perseguido. Así se le crea el hábito mental buscado, el que luego se llevará a otras esferas como la representatividad en organizaciones, en política, etcétera, e incluso le será imposible pensar en términos binarios: hombre-mujer.
[18] Freud, *Totem und Tabu*, 631. Freud define el tabú en los siguientes términos: «Tabú es una palabra de origen polinésico. El significado de 'tabú', tal como lo vemos, diverge en dos direcciones contrarias. Para nosotros significa, por un lado, 'sagrado', 'consagrado', y por el otro, 'extraño', 'peligroso', 'prohibido', 'impuro'. Lo contrario de 'tabú' en polinesio es 'noa', que significa 'común' o 'generalmente accesible'. Así, el 'tabú' tiene una sensación de algo inaccesible, y se expresa en principio en prohibiciones y restricciones». Según la RAE proviene del polinesio y hace referencia a «lo prohibido».
[19] Freud, 642.
[20] Freud, 632.
[21] Freud, 644.
[22] Freud, 657.
[23] Freud, 668-69.
[24] Freud, 633.
[25] Nautz, *Die grossen Revolutionen der Welt*, 51. La cifra total de muertos por la revolución francesa se aproxima a las ciento sesenta mil si se suma la masacre de Vendée, considerada por algunos historiadores como el primer genocidio de los tiempos modernos. Si se agregan las guerras que el proceso desató con otras potencias europeas, se alcanzan cinco millones de muertos, de los cuales 1,4 millones eran franceses. Ver: Doyle, *The French Revolution: A Very Short Introduction*, 96.
[26] Arendt, *On Revolution*, 79.
[27] Arendt, 87.
[28] Scruton, «The Failure to Stand Up for Conservative Thinking Is Leading Us Into a New Cultural Dark Age».
[29] Noticia disponible en: https://www.theguardian.com/film/2017/jan/13/michael-keaton-apology-hidden-fences-golden-globes.
[30] Noticia disponible en: https://www.bloomberg.com/news/articles/2019-02-06/urgent-virginia-

ag-says-he-wore-blackface-at-college-party

[31] Este concepto fue usado por Hirsi Ali en enero de 2019, en una conversación privada en Santiago de Chile en la que el autor de este libro se encontraba junto a otros académicos chilenos y Richard Dawkins.

[32] Ver: https://taz.de/Thunbergs-Segelreise-in-die-USA/!5615733/

[33] Una versión resumida de la entrevista puede verse en: https://www.youtube.com/watch?v=sZXyIazQbk8

[34] Las leyes Jim Crow fueron leyes promovidas por demócratas blancos que establecieron la segregación racial en Estados Unidos luego de la abolición de la esclavitud.

[35] Sullivan, «We All Live on Campus Now».

[36] Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, 9.

[37] Smith, 9.

[38] Frankfurt, *On Truth*, 15.

[39] Russell, *Philosophie des Abendlandes*, 19-20.

[40] Russell, 16.

[41] Goethe, *Faust*, párr. 1748-1771.

[42] Popper, *En busca de un mundo mejor*, 18-20.

[43] Haidt y Lukianoff, *The Coddling of the American Mind*, 4.

[44] Haidt y Lukianoff, 23-24.

[45] Los académicos Afton Hasset y Richard Gevirtz definen la CBT en los siguientes términos: «La terapia cognitiva se basa en la premisa de que la modificación de pensamientos desadaptativos produce cambios tanto en el afecto como en el comportamiento. Por lo tanto, los errores en el pensamiento como el exceso de generalización, la ampliación de negativos, la minimización de los aspectos positivos y la catastrofización son desafiados y reemplazados por pensamientos más realistas y efectivos, lo que disminuye la angustia emocional y el comportamiento autodestructivo». Ver: Hassett y Gevirtz, «Nonpharmacologic Treatment for Fibromyalgia: Patient Education, Cognitive-Behavioral Therapy, Relaxation Techniques, and Complementary and Alternative Medicine».

[46] Haidt y Lukianoff, *The Coddling of the American Mind*, 7.

[47] Haidt y Lukianoff, 57 y ss.

[48] Mac Donald, *The Diversity Delusion*, 63.

[49] Allyn, «College Board Drops Its 'Adversity Score' For Each Student After Backlash».

[50] Disponible en: https://www.washingtonpost.com/sf/style/2016/05/19/what-college-students-mean-when-they-ask-for-safe-spaces-and-trigger-warnings/?utm_term=.852a282c54e8. Último acceso: 30 de agosto de 2019.

[51] Gersen, «The Trouble with Teaching Rape Law».

[52] La campaña, que luego se extendería a universidades inglesas como Oxford y Cambridge, puede verse en: http://itooamharvard.tumblr.com. Último acceso: 30 de agosto, 2019.

[53] El texto del *e-mail* se encuentra disponible en: https://www.thefire.org/email-from-intercultural-affairs/. Último acceso: febrero de 2020.

[54] El video se encuentra disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=xK4MBzp5YwM. Último acceso: febrero de 2020.

[55] Ver: *«Statement from President Salovey: Toward a Better Yale»*. Disponible en: https://news.yale.edu/2015/11/17/statement-president-salovey-toward-better-yale Último acceso: febrero de 2020.

[56] Kronman, *The Assault on American Excellence.* (Edición Kindle). 109-119.

[57] Kronman, l. 149.

[58] Kronman, l. 240.

[59] Kronman, l. 250.
[60] Disponible en: https://www.insidehighered.com/news/2018/02/22/evergreen-state-cancels-day-absence-set-series-protests-and-controversies. Último acceso: febrero de 2020.
[61] La nota de HBO News con los hechos y entrevistas puede verse en: https://www.youtube.com/watch?v=2cMYfxOFBBM
[62] Testimonio disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=uRIKJKWla4
[63] Mac Donald, *The Diversity Delusion*, 66.
[64] Disponible en: https://www.insidehighered.com/news/2013/11/25/ucla-grad-students-stage-sit-during-class-protest-what-they-see-racially-hostile. Último acceso: febrero de 2020.
[65] Sue, *et al*., «Racial Microaggressions in Everyday Life», 271.
[66] Sue, *et al*., 271.
[67] Mac Donald, *The Diversity Delusion*, 63.
[68] Sue, *et al*., «Racial Microaggressions in Everyday Life», 275.
[69] Sue, *et al*., 274.
[70] Sue, *et al*., 274.
[71] Sue, *et al*., 277.
[72] Campbell y Manning, «Understanding Victimhood Culture».
[73] Campbell y Manning, «Microaggression and Moral Cultures», 714.
[74] Campbell y Manning, 714.
[75] Campbell y Manning, 717.
[76] Campbell y Manning, «Understanding Victimhood Culture».
[77] Campbell y Manning.
[78] Campbell y Manning.
[79] *The Washington Post*, 3 de agosto, 2018. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/the-intersect/wp/2018/08/03/an-asian-american-womans-tweets-ignite-a-debate-is-it-okay-to-make-fun-of-white-people-online/?utm_term=.c84fa87d6958. Último acceso: agosto de 2019.
[80] *The New York Times,* 2 de agosto, 2018. Disponible en: https://www.nytimes.com/2018/08/02/business/media/sarah-jeong-new-york-times.html. Último acceso: febrero de 2020.
[81] *CNBC*, «TNT pulls Jussie Smollett's 'Drop the Mic' episode as Fox mulls over options after actor's arrest», 21 de febrero, 2019. Disponible en: https://www.cnbc.com/2019/02/21/fox-is-considering-its-options-after-jussie-smollett-arrested.html. Último acceso: agosto de 2019.
[82] El video completo se encuentra disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=t3ec1_gcr34&feature=youtu.be. Último acceso: febrero de 2020.
[83] Sullivan, «The Abyss of Hate Versus Hate».
[84] *The Washington Post*, 1 de marzo, 2019. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/nation/2019/03/01/editors-note-related-lincoln-memorial-incident/?utm_term=.b8e2e5d5f288. Último acceso: agosto de 2019.
[85] *Life Site*, 20 de febrero, 2019. Disponible en: https://www.lifesitenews.com/news/go-get-them-nick-trump-backs-sandmanns-250-million-lawsuit-against-washingt. Último acceso: agosto de 2019.
[86] La carta del obispo Foys disculpándose y anunciando los resultados de la investigación se encuentra disponible en: https://games-cdn.washingtonpost.com/notes/prod/default/documents/5b56543c-310d-4e78-9420-e6ba5afca111/note/a183a1cf-58ed-49df-b0b2-a1aa5c9026cc.pdf. Último acceso: febrero de 2020.
[87] Sullivan, «The Abyss of Hate Versus Hate».

[88] Popper, *En busca de un mundo mejor*, 54.
[89] Haidt, *The Bright Future of Post-Partisan Social Psychology*.
[90] Darwin, *The Descent of Man*, 166.
[91] Pinker, *The Better Angels of Our Nature*, 288 y ss.
[92] Siedentop, *Inventing the Individual*.
[93] Wood, *The American Revolution*, 127.
[94] Harari, «The Myth of Freedom».
[95] Neofotistos, «Identity Politics».
[96] Disponible en https://www.merriam-webster.com/dictionary/identity%20politics
[97] Gardels, «Francis Fukuyama: Identity Politics Is Undermining Democracy».
[98] Lilla, *The Once and Future Liberal*, 9.
[99] Discurso disponible en: https://kinginstitute.stanford.edu/king-papers/documents/i-have-dream-address-delivered-march-washington-jobs-and-freedom. Último acceso: febrero de 2020.
[100] Douglass, «What to the Slave Is the Fourth of July?».
[101] Haidt, «Bienvenida la diversidad (menos la intelectual)», 40.
[102] Lilla, *The Once and Future Liberal*, 14-15.
[103] Lilla, «The End of Identity Liberalism».
[104] Ver: https://www.bbc.com/news/av/election-us-2016-37329812/clinton-half-of-trump-supporters-basket-of-deplorables
[105] Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, 26.
[106] Haidt y Lukianoff, *The Coddling of the American Mind*, 63.
[107] Haidt y Lukianoff, 31.
[108] McIntosh, «White Privilege: Unpacking the Invisible Knapsack», 10.
[109] Brownstein, «Implicit Bias».
[110] *Time Magazine, «*Was Starbucks' Racial Bias Training Effective? Here's What These Employees Thought», 30 de mayo, 2018. Disponible en: http://time.com/5294343/starbucks-employees-racial-bias-training/
[111] *Fortune, «*The CEO Action for Diversity and Inclusion Turns Two», junio de 2018. Disponible en: http://fortune.com/2018/06/08/thceo-action-diversity-inclusion/.
[112] Mac Donald, *The Diversity Delusion*, 97.
[113] M Newsroom, 8 de febrero, 2019. Disponible en: https://news.mcdonalds.com/stories/our-people-details/beyond-bias-recruiter-training. Último acceso: agosto de 2019.
[114] El test se puede tomar en: https://implicit.harvard.edu/implicit/takeatest.html. Último acceso: febrero de 2020.
[115] Forscher, *et al*., «A Meta-Analysis of Procedures to Change Implicit Measures».
[116] Blanton, *et al*., «Strong Claims and Weak Evidence», 578.
[117] Mac Donald y Barron, «The 'Science' Behind Implicit Bias».
[118] De acuerdo al US Census Bureau la tasa de pobreza para en 2016 fue de 22 por ciento para comunidades afroamericanas, 8,8 por ciento para blancos no hispanos, 19,4 por ciento para hispanos y 10,1 por ciento para asiáticos. El mismo estudio muestra que desde los 60, los afroamericanos han tenido el ingreso medio más bajo de todos los grupos ubicándose debajo del promedio, mientras los asiáticos han mantenido el más alto prácticamente duplicando el de los de color. Ver: Semega, Fontenot, y Kollar, «Income and Poverty in the United States: 2016».
[119] Sowell, «Who Is Racist?».
[120] Sowell, «Tired of Race?».
[121] Hanson, «The Origins of Our Second Civil War».
[122] Fiorina, «Are We On The Verge Of Civil War?».

[123] Von Mises, *Planificación para la libertad*, 236-37.
[124] Hayek, «The Intellectuals and Socialism», 221.
[125] *Business Insider, «*30 Celebrities Who Love and Endorse Hillary Clinton*»*,8 de noviembre, 2016. Disponible en: https://www.businessinsider.com/hillary-clinton-celebrity-supporters-2016-11. Último acceso: febrero de 2020.
[126] *The Telegrapgh,* 1 de marzo, 2018. Disponible en: https://www.telegraph.co.uk/films/2018/03/01/will-frozen-princess-elsa-given-lesbian-storyline-disney-sequel/. Último acceso: agosto de 2019.
[127] Homero afirma textualmente: «Y detrás del Pelida a él —Atenea— tiró de los rubios cabellos solamente mostrándose a él, sin ser vista por nadie». *Ilíada*, cap. I, 197. La traducción al inglés del profesor de clásicos de Stanford A. T. Murray, publicada en 1928 por William Heinemann Ltd., habla de «*golden hair*» y otras traducciones utilizan el concepto «*fair hair*».
[128] Filipovic, «Barbie's Problem Is Far Beyond Skin-Deep».
[129] Thought Co., «Actors —From Julie Delpy to Mark Ruffalo— On the 2016 Oscars Boycott», noviembre 27, 2017. Disponible en: https://www.thoughtco.com/actors-comment-on-2016-oscars-boycott-2834667 Último acceso: febrero de 2020.
[130] Kendall, «Why Are the Oscar Nominees So White? Because the Academy Doesn't Want to Change».
[131] Whitmarsh, «Black Achilles».
[132] Mzezewa, «Victoria's Secret?».
[133] El video puede verse en: https://www.youtube.com/watch?v=koPmuEyP3a0. Último acceso: febrero de 2020.
[134] El anuncio se encuentra disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=KM8JIJsutXU. Último acceso: febrero de 2020.
[135] *Podcast* disponible en: http://femsplainers.com. Último acceso: febrero de 2020.
[136] Solomon, «Why Is Everyone In Such A Lather Over Gillette's 'Toxic Masculinity' Ad?».
[137] Quintana Paz, «Nos adentramos en un nuevo tipo de capitalismo: el capitalismo moralista».
[138] Hicks, *Explicando el posmodernismo, la crisis del socialismo*, 12.
[139] Pinker, *Enlightenment Now*.
[140] Popper, «La influencia de las ideas filosóficas en la historia de Europa», 193.
[141] Popper, 193.
[142] Pinker, *Enlightenment Now*, 8.
[143] Kant, «Was ist Aufklärung?», 5.
[144] Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, 53.
[145] Para un análisis profundo sobre este tema, ver: Hayek, *The Constitution of Liberty*, 49 y ss.
[146] Lyotard, *La condición posmoderna*, 4.
[147] Butler, *Postmodernism: A Very Short Introduction*, 15.
[148] Butler, 2.
[149] Butler, 7.
[150] Goethe, *Faust*, párr. 548-557.
[151] Lyotard, *La condición posmoderna*, 23.
[152] Sokal, «A Physicist Experiments With Cultural Studies».
[153] Sokal, «Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity», 217.
[154] Sokal, *«*A Physicist Experiments With Cultural Studies*»*.
[155] Mounk, «What an Audacious Hoax Reveals About Academia».
[156] Mounk.
[157] Cofnas, «From Foolish Talk to Evil Madness».

[158] Hicks, *Explicando el posmodernismo, la crisis del socialismo*, 17.
[159] White, «The Burden of History», 127.
[160] Butler, *Postmodernism: A Very Short Introduction*, 33.
[161] Foucault, *El poder, una bestia magnífica*, 41-42.
[162] Foucault, 42.
[163] Lilla, *Pensadores temerarios*, 138.
[164] Lilla, 36.
[165] Lilla, 36.
[166] Scruton, *Fools, Frauds and Firebrands*, 104.
[167] Foucault, *Power/Knowledge*, 1.
[168] Foucault, 8-9.
[169] Foucault, 13.
[170] Lilla, *Pensadores temerarios*, 136.
[171] Lilla, 135.
[172] Butler, *Postmodernism: A Very Short Introduction*, 46.
[173] Lilla, *Pensadores temerarios*, 142.
[174] Güney y Güney, «A Brief Description of Jacques Derrida's Deconstruction and Hermeneutics», 222.
[175] Derrida, *De la gramatología*, 16-17.
[176] Güney y Güney, «A Brief Description of Jacques Derrida's Deconstruction and Hermeneutics», 222.
[177] Lilla, *Pensadores temerarios*, 150.
[178] Lilla, 154-55.
[179] Taylor, «Derrida and Deconstruction».
[180] Lilla, *Pensadores temerarios*, 163.
[181] Lilla, 144.
[182] Lilla, 33.
[183] Lévi-Strauss, *Structural Anthropology*, 35.
[184] Jacobson, «Translator's Preface».
[185] Lévi-Strauss, «What is a 'Primitive'?», 7.
[186] Lévi-Strauss, 7.
[187] Lilla, *Pensadores temerarios*, 145.
[188] Lilla, 146.
[189] Bruckner, «Europe's Guilty Conscience».
[190] Fleischhauer, «Die Idealisierung des Fremden».
[191] *The Economist,* «How Islam In The West Is Influenced From Abroad», 14 de febrero, 2019. Disponible en: https://www.economist.com/special-report/2019/02/14/how-islam-in-the-west-is-influenced-from-abroad. Último acceso: agosto de 2019.
[192] Ferguson, «The Decline and Fall of History».
[193] Ferguson, «Conversations with John Anderson».
[194] D'Abrera, «What Version of Western Civilization are Universities Offering Students?».
[195] D'Abrera.
[196] Applebaum, «Toppling Statues, from Lenin to Lee».
[197] Noticia disponible en: https://www.npr.org/sections/thetwo-way/2016/04/04/472985937/princeton-will-keep-woodrow-wilsons-name-on-school-buildings
[198] Carbone, «Which ConfederateStatues Were Removed? A Running List».
[199] Noticia disponible en: https://pix11.com/2017/08/18/subway-tiles-that-look-like-confederate-flags-to-be-altered/

[200] St. Félix, «Bill de Blasio and the Identity Politics of Christopher Columbus».
[201] St. Félix.
[202] Fortin, «What Robert E. Lee Wrote to The Times About Slavery in 1858».
[203] Dilorenzo, *The Real Lincoln*, 11-12.
[204] Kronman, *The Assault on American Excellence* (Edición Kindle*)*, l. 260.
[205] Kronman, l. 260.
[206] *Reuters, «*Australia Plans Captain Cook Monument for Anniversary of Colonial Landing*»*, 29 de abril, 2018. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-australia-statue-captaincook/australia-plans-captain-cook-monument-for-anniversary-of-colonial-landing-idUSKBN1I0041. Último acceso: febrero de 2020.
[207] *BBC News, «*The Symbolic Statue Dividing a South African University*»*, 25 de marzo, 2015. Disponible en: https://www.bbc.com/news/business-31945680. Último acceso: febrero de 2020.
[208] *Publisher, «*Rhodes Must Fall: The University Must Be Decolonised*»*, 2 de abril, 2015. Disponible en: http://www.thedailyvox.co.za/rhodes-must-fall-the-university-must-be-decolonised/. Último acceso: febrero de 2020.
[209] *BBC News,* «'Racist' Gandhi Statue Removed From University of Ghana», 13 de diciembre, 2018. Disponible en: https://www.bbc.com/news/world-africa-46552614. Último acceso: agosto de 2019.
[210] Bradbury, *Fahrenheit 451*, 56-57.
[211] Bradbury, 56.
[212] *The Guardian*, «New Huckleberry Finn Edition Censors 'N-word'», 5 de enero, 2011. Disponible en: https://www.theguardian.com/books/2011/jan/05/huckleberry-finn-edition-censors-n-word. Último acceso: febrero de 2020.
[213] Meyer, «10 novelas proscritas por la corrección política».
[214] Humphries, «Orcs in The Lord of the Rings 'Show Tolkien Was Racist'».
[215] Moreno y Penna, «Breve decálogo de ideas para una escuela feminista».
[216] *Clarín,* «Retiran de una biblioteca a 'Caperucita roja' y otros cuentos por considerarlos tóxicos, 12 de abril, 2019. Disponible en: https://www.clarin.com/entremujeres/genero/retiran-biblioteca-caperucita-roja-cuentos-considerarlos-toxicos_0_LTgqeV8_J.html. Último acceso: agosto de 2019.
[217] McGoogan, «'Sexist' Sleeping Beauty and All The Other Fairy Tales That May Need Updating For A New Generation».
[218] Leygerman, «5 Fairy Tales All Parents Read To Their Kids That Perpetuate Rape Culture».
[219] Greiner, «Kinderbücher: Die kleine Hexenjagd».
[220] *The Telegraph*, «University Students Demand Philosophers Such As Plato and Kant Are Removed From Syllabus Because They Are White», 8 de enero, 2017. Disponible en: https://www.telegraph.co.uk/education/2017/01/08/university-students-demand-philosophers-including-plato-kant/. Último acceso: agosto de 2019.
[221] Zuckerberg, «How to Be a Good Classicist Under a Bad Emperor».
[222] Kennedy, «We Condone It by Our Silence: Confronting Classics' Complicity in White Supremacy».
[223] Kennedy.
[224] Curtler, «Political Correctness and the Attack on Great Literature», 279.
[225] Curtler, 279.
[226] Waldman, «Is My Novel Offensive?».
[227] Buruma, «Editing in Times of Outrage».
[228] Buruma.

[229] Shriver, «Writers Blocked: How The New Call-out Culture is Killing Fiction».
[230] Shriver.
[231] Shriver.
[232] Shriver.
[233] Shriver.
[234] Shriver, «I Hope the Concept of Cultural Appropriation is a Passing Fad».
[235] Oxford Dictinionary la define como: «La adopción no reconocida o inapropiada de las costumbres, prácticas, ideas, etc. de un pueblo o sociedad por parte de los miembros de otro y, por lo general, de los pueblos o sociedad más dominantes». Disponible en: https://en.oxforddictionaries.com/definition/cultural_appropriation. Último acceso: febrero de 2020.
[236] BSG, Statement of Solidarity: re Tequila Party, 24 de febrero, 2016, disponible en: http://students.bowdoin.edu/bsg/bsg/statement-of-solidarity-re-tequila-party/. Último acceso: agosto de 2019.
[237] Mail Online, Octubre 29, 2016. Disponible en: https://www.dailymail.co.uk/tvshowbiz/article-3880946/Chris-Hemsworth-apologises-dressing-Native-American-character-shows-support-Standing-Rock.html. Último acceso: febrero de 2020.
[238] Shriver, «I Hope the Xoncept of Xultural Appropriation is a Passing Fad».
[239] Shriver.
[240] Blandiana, La corrección política es más peligrosa que la censura.
[241] Bloom, Preposterous Are Destroying Literature.
[242] Bloom, *The Western Canon*, 53.
[243] Bloom, 53.
[244] Bloom, 7.
[245] Leung, «Whiteness as Collections».
[246] Leung.
[247] Bloom, *The Western Canon*, 25.
[248] Bloom, 527.
[249] Scruton, *Beauty: A Very Short Introduction*, 16.
[250] Eco, *A hombros de gigantes*, 34.
[251] Scruton, *Beauty: A Very Short Introduction*, 119.
[252] Eco, *A hombros de gigantes*, 59.
[253] Scruton, «Beauty and Desecration».
[254] Lyotard, «Answering the Question: What is the Postmodern?», 3.
[255] Lyotard, 8-9.
[256] Lyotard, 9.
[257] Lyotard, 9.
[258] Eco, *A hombros de gigantes*, 55.
[259] Entrevista disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Cxskbbg6geE. Último acceso: febrero de 2020.
[260] Hicks, *Explicando el posmodernismo, la crisis del socialismo*, 204.
[261] Una demostración del «talento» musical de Yoko Ono puede verse en: https://www.youtube.com/watch?v=HdZ9weP5i68. Último acceso: febrero de 2020.
[262] Tate, «Piero Marzoni Artist's Shit», noviembre, 2000. Disponible en: https://www.tate.org.uk/art/artworks/manzoni-artists-shit-t07667. Último acceso: febrero de 2020.
[263] Woodard, «Pollock: Genius or Charlatan?».
[264] Sooke, «Was Modern Art a Weapon of the CIA».

[265] Para una muestra de la técnica de trabajo de Pollock ver: https://www.khanacademy.org/humanities/art-1010/abstract-exp-nyschool/abstract-expressionism/v/moma-painting-technique-pollock. Último acceso: febrero de 2020.

[266] *The Guardian, «*Tracey Emin's Messy Bed Goes on Display at Tate for First Time in 15 Years*»*, 30 de marzo, 2015. Disponible en: https://www.theguardian.com/uk-news/2015/mar/30/tracey-emins-messy-bed-displayed-tate-britain-first-time-in-15-years. Último acceso: agosto de 2019.

[267] Butler, *Postmodernism: A Very Short Introduction*, 1.

[268] Tate, *«*Martin Creed Winner*»*. Disponible en: https://www.tate.org.uk/whats-on/tate-britain/exhibition/turner-prize-2001/turner-prize-2001-artists-martin-creed. Último acceso: febrero de 2020.

[269] *The Independent*, *«*Tate Acquires Martin Creed's Controversial Turner Prize-winning Piece Work No 227*»*, 2 de septiembre, 2013. Disponible en: https://www.independent.co.uk/arts-entertainment/art/tate-acquires-martin-creeds-controversial-turner-prize-winning-piece-work-no-227-8795204.html. Último acceso: febrero de 2020.

[270] Ibíd.

[271] Scruton, «Beauty and Desecration».

[272] Dickson, «How Should France Rebuild Notre Dame?».

[273] Brown, «Gallery Removes Naked Nymphs Painting to 'Prompt Conversation'».

[274] Bellafante, «We Need to Talk About Balthus».

[275] *Taz,* «Das Museum als Safe Space», 7 de febrero, 2018. Disponible en: http://www.taz.de/!5479499/. Último acceso: febrero de 2020.

[276] *The Telegraph*, *«*New York's Met Museum Refuses to Remove Balthus Painting Despite Petition Against Promoting Paedophilia*»*, 6 de diciembre, 2017. Disponible en: https://www.telegraph.co.uk/news/2017/12/06/new-yorks-met-museum-refuses-remove-balthus-painting-despite/. Último acceso: agosto de 2019.

[277] *Art News*, *«*'The Painting Must Go': Hannah Black Pens OpenLetter to the Whitney About Controversial Biennial Work*»*, 21 de marzo, 2017. Disponible en: http://www.artnews.com/2017/03/21/the-painting-must-go-hannah-black-pens-open-letter-to-the-whitney-about-controversial-biennial-work/. Último acceso: 28 de agosto, 2019.

[278] Ibíd.

[279] *CBC,* «Plot Twist: Opera Carmen Sltered in Anti-Violence Protest», 11 de enero, 2018. Disponible en: https://www.cbc.ca/news/entertainment/florence-italy-change-carmen-1.4482413. Último acceso: febrero de 2020.

[280] *Spiegel Online,* «Fury as Berlin Opera Cancels Performance», 26 de septiembre, 2006. Disponible en: https://www.spiegel.de/international/fear-of-muslim-backlash-fury-as-berlin-opera-cancels-performance-a-439393.html. Último acceso: febrero de 2020.

[281] Daniel Barenboim on the Cancellation of Performances of Idomeneo in Berlin. Disponible en: https://danielbarenboim.com/daniel-barenboim-on-the-cancellation-of-performances-of-idomeneo-in-berlin/.https://danielbarenboim.com/daniel-barenboim-on-the-cancellation-of-performances-of-idomeneo-in-berlin/. Último acceso: agosto de 2019.

[282] Ibíd.

[283] Ibíd.

[284] Gil, «¿Pueden la corrección política y la censura acabar matando al pop español?».

[285] *El Mundo*, «SFDK denuncian que el festival que los vetó ha 'intentado manchar' su nombre y amenazan con acciones legales», 29 de agosto, 2019. Disponible en: https://www.elmundo.es/cultura/musica/2019/08/29/5d682fbafdddff611a8b46a0.html. Último acceso: febrero de 2020.

[286] Shelley, «The Rolling Stones and Today's Politically Correct Culture».
[287] Miranda, «What the Sexual Harassment Allegations at Artforum Reveal About Who Holds the Power in Art (Hint: Not Women)».
[288] Oliver, «Appointing Yet Another White, Male Director Is a Missed Opportunity for the Met».
[289] Oliver.
[290] Oliver.
[291] Rhodes, «Sexism is Rife in Classical Music».
[292] Eastburn, «We Need More Women Composers – And It's Not About Tokenism, It's About Talent».
[293] Eastburn.
[294] Goldin y Rouse, «Orchestrating Impartiality: The Impact of 'Blind' Auditions on Female Musicians».
[295] Gelman, «Did Blind Orchestra Auditions Really Benefit Women?».
[296] Gelman.
[297] Johnson, «'White Male Titans' of Classical Music are Putting Young People off the Art form, Royal Albert Hall Director Caims».
[298] *The Guardian*, «The Guardian View on Diversity in Classical Music: Quality and Equality», 7 de marzo, 2018. Disponible en: https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/mar/07/the-guardian-view-on-diversity-in-classical-music-quality-and-equality. Último acceso: agosto de 2019.
[299] Ibíd.
[300] Ross, «Diversity and the Concert Hall».
[301] Scharff, *Gender, Subjectivity, and Cultural Work*, 1.
[302] Scharff, 5.
[303] Scharff, «Equality and Diversity in the Classical Music Profession», 17.
[304] Scharff, 17.
[305] Revel, *La gran mascarada*, 113.
[306] Pinker, *The Blank Slate*.
[307] Quinn, «Nobel Laureate Tim Hunt Resigns After 'Trouble With Girls' Comments».
[308] UCL, Sir Tim Hunt FRS and UCL, 10 de junio, 2015. Disponible en: https://www.ucl.ac.uk/news/2015/jun/sir-tim-hunt-frs-and-ucl. Último acceso: febrero de 2020.
[309] Ibíd.
[310] St. Louis, «Stop defending Tim Hunt».
[311] Young, «'Sexist Scientist' Tim Hunt: The Real Story».
[312] *The Times,* «Intellect Betrayed», Julio 10, 2015. Disponible en: https://www.thetimes.co.uk/article/intellect-betrayed-79cbwbdj6s6. Último acceso: febrero de 2020.
[313] Ibíd.
[314] Hill, «An Evolutionary Theory for the Variability Hypothesis».
[315] Hill, «Academic Activists Send a Published Paper Down the Memory Hole».
[316] Hill.
[317] La declaración se encuentra disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/01436597.2017.1369037. Último acceso: febrero de 2020.
[318] La petición se encuentra disponible en: https://www.change.org/p/editors-of-the-third-world-quarterly-retract-the-case-for-colonialism. Último acceso: febrero de 2020.
[319] Gilley, «The Case for Colonialism».
[320] Ngo, «Noam Chomsky Defends Academic Freedom of Pro-colonialism Professor Under Fire».

[321] Ngo.
[322] Damore, «*Google's Ideological Echo Chamber*».
[323] Ver: https://www.youtube.com/watch?v=qZZSYPs1_ng. Último acceso: febrero de 2020.
[324] Wong, «James Damore Sues Google, Alleging Intolerance of White Male Conservatives».
[325] Entrevista disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=v_NhYV63K5E. Último acceso: febrero de 2020.
[326] Altman, «E Pur Si Muove».
[327] Altman.
[328] Altman.
[329] Bartlett, «Here Comes 'The Journal of Controversial Ideas'. Cue the Outcry».
[330] *BBC News*, «Pseudonyms to protect authors of controversial article», 12 de noviembre, 2018. Disponible en: https://www.bbc.com/news/education-46146766. Último acceso: febrero de 2020.
[331] Ibíd.
[332] Malik, «A Journal for Anonymous 'Controversial' Ideas Will Only Fan the Flames».
[333] Malik.
[334] McMahan, Minerva y Singer, «Setting the Record Straight on the Journal of Controversial Ideas».
[335] Abrams, «Professors Moved Dramtically Left Since the 1990s, Rest of Country Did Not».
[336] Abrams.
[337] Langbert, Quain y Klein, «Faculty Voter Registration in Economics, History, Journalism, Law, and Psychology», 425.
[338] Langbert, Quain y Klein, 427.
[339] Langbert, Quain y Klein, 429.
[340] Abrams, «One of the Most Liberal Groups in America».
[341] Abrams.
[342] Duarte, *et al.*, «Political Diversity Will Improve Social Psychological Science», 1.
[343] Duarte, *et al.*, 1.
[344] Duarte, *et al.*, 1.
[345] National Science Foundation Diversity and Inclusion Plan, 2012-2016, p.3. Disponible en: https://www.nsf.gov/od/odi/reports/StrategicPlan.pdf. Último acceso: febrero de 2020.
[346] Mac Donald, *The Diversity Delusion*, 190.
[347] Mac Donald, 191.
[348] Markowicz, «Lowering School Standards for Diversity's Sake Hurts all Students».
[349] Meckler, «NYC Plan to Diversify Rlite High Schools Challenged in Court».
[350] Reilly, «A Lawsuit by Asian-American Students Against Harvard Could End Affirmative Action».
[351] Perry, «Acceptance Rates at US Medical Schools in 2015-2016 Reveal Ongoing Racial Preferences for Blacks and Hispanics».
[352] Chokal-Ingam, «Why I Faked Being Black for Med School».
[353] Para un estudio empírico profundo sobre el fracaso de las acciones afirmativas, ver: Sowell, *Affirmative Action Around the World*.
[354] Chokal-Ingam, «Why I Faked Being Black for Med School».
[355] Perry, «Acceptance Rates at US Medical Schools in 2015-2016 Reveal Ongoing racial Preferences for Backs and Hispanics».
[356] McIvor, «Report Highlights 'Gender Imbalance' at Scottish Universities».
[357] Disponible en: https://www.heforshe.org/en/movement. Último acceso: febrero de 2020.
[358] Swain, «Universities Get Creative to Rven Out Subject Gender Imbalance».

[359] Diver, «Oxford UniversityExtends Exam Times for Women's Benefit».
[360] Urry, «President's Column: Rethinking the Role of the GRE | American Astronomical Society».
[361] Nature.com, «Achieving Diversity in Science», 28 de febrero, 2019. Disponible en: https://www.nature.com/collections/qsgnpdtgbr. Último acceso: febrero de 2020.
[362] Gilbert, «Call out the Realities of Bias».
[363] Hendy, «Say No to 'Manels'».
[364] Barolo, «Stop Replying, Start Listening».
[365] El *link* con la tabla se encuentra disponible en: https://twitter.com/9replyguys/status/1043248639869681664. Último acceso: febrero de 2020.
[366] McGlynn, «Ally Is a Verb that Requires Action».
[367] McGlynn.
[368] Welsh, «Lies, Damned Lies, and STEM Statistics».
[369] Hillman y Robinson, «Boys to Men: The Underachievement of Young Men in Higher Education-And How to Start Tackling It», 1.
[370] Hillman y Robinson, 1-2.
[371] Marcus, «Why Men Are the New Minority on College Campuses».
[372] Hunter, «Is Political Correctness Damaging Science?».
[373] Koertge, «National Association of Scholars-Political Correctness in the Science Classroom by Noretta Koertge».
[374] Koertge.
[375] Ferguson, «Join My Nato or Watch Critical Thinking Die».
[376] Ashenden, «Truth, Beauty and the Creeping Hand of Totalitarianism. The Witch-hunting of Scruton».
[377] Groseclose y Milyo, «A Measure of Media Bias», 1192.
[378] Groseclose y Milyo, 1227.
[379] Gold, «Survey: 7 Percent of Reporters Identify as Republican».
[380] Pew Research Center, «Bottom-Line Pressures Now Hurting Coverage, Say Journalists».
[381] Groseclose, *The Turn Left*, 100.
[382] Groseclose, *How Biased is the Media?*
[383] Gold, «Survey: 7 Percent of Reporters Identify as Republican».
[384] Shafer y Doherty, «The Media Bubble Is Real-And Worse Than You Think».
[385] Groseclose, *How Biased is the Media?*
[386] *El Mundo,* «¿No hay periodistas de derechas?», 18 de enero, 2010. Disponible en: https://www.elmundo.es/elmundo/2010/01/17/comunicacion/1263748873.html. Último acceso: febrero de 2020.
[387] Thurman, Cornia, y Kunert, «Journalists in the UK».
[388] Kepplinger, «Journalisten sind keine Lügner, aber Gläubige, die ihre Sicht für die Wahrheit halten».
[389] Kepplinger, *Journalismus als Beruf*, 140.
[390] Kepplinger, 150.
[391] Entrevista disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=aMcjxSThD54&t=9s. Último acceso: febrero de 2020.
[392] Noonan, «Who's Afraid of Jordan Peterson?».
[393] Horton, «Jordan Peterson and the Failure of the Left».
[394] Horton.
[395] Horton.
[396] Young, «Cambridge's Shameful Decision to Rescind Jordan Peterson's Visiting Fellowship».

[397] Peterson, «Cambridge University Rescinds my Fellowship».
[398] Biggar, «Cambridge and the Exclusion of Jordan Peterson».
[399] Biggar.
[400] Benn y Taylor, «We Don't Think John Finnis Should Teach at Oxford University. Here's Why».
[401] Change.org. «UArts: Support Transgender Students and Survivors of Sexual Assault», Change.org. Disponible en: https://www.change.org/p/uarts-president-david-yager-uarts-support-transgender-students-and-survivors-of-sexual-assault. Último acceso: agosto de 2019.
[402] Paglia, «It's Time for a New Map of the Gender World».
[403] Paglia.
[404] Wiggershaus, *The Frankfurt School*, 4.
[405] Wiggershaus, 5.
[406] Wiggershaus, 5.
[407] Horkheimer, «Traditional and Critical Theory», 207.
[408] Horkheimer y Adorno, *Dialectic of Enlightenment*, 1.
[409] Horkheimer y Adorno, 4-5.
[410] Horkheimer y Adorno, 21-22.
[411] Wiggershaus, *The Frankfurt School*, 333.
[412] Wiggershaus, 23.
[413] Marcuse, «Repressive Toleranz», 94.
[414] Marcuse, 95.
[415] Marcuse, 110.
[416] Marcuse, 98.
[417] Marcuse, 99.
[418] Marcuse, 102.
[419] Marcuse, 120.
[420] Marcuse, 111-12.
[421] Marcuse, 117.
[422] Marcuse, 127-28.
[423] Horchem, «Wunschträume – wahr durch Terror?».
[424] Sculos y Walsh, «The Counterrevolutionary Campus», 517.
[425] Sculos y Walsh, 519.
[426] Sculos y Walsh, 530.
[427] Kelly-Woessner, «How Marcuse Made Today's Students Less Tolerant than Their Parents».
[428] Carter, «The Ideology Behind Intolerant College Students».
[429] Report of the Committee on Freedom of Expression. Disponible en: https://provost.uchicago.edu/sites/default/files/documents/reports/FOECommitteeReport.pdf . Último acceso: febrero de 2020.
[430] Ibíd.
[431] Mill, *On Liberty*, 240.
[432] Mill, 238.
[433] Mill, 251.
[434] Mill, 233.
[435] Goethe, *Faust*, párr. 586-593.
[436] Turley, «Shut Up and Play Nice: How the Western World Is Limiting Free Speech».
[437] Ver: https://www.met.police.uk/advice/advice-and-information/hco/hate-crime/what-is-hate-crime/. Último acceso: febrero de 2020.
[438] Green, «Hate-crime Laws Are Making Us All Victims».

[439] Stone, «Hate Speech and the U.S. Constitution», 82.
[440] Esto es lo que se conoce como el estándar de Brandenburg y fue establecido por la Corte Suprema de Estados Unidos en el caso «Brandenburg v. Ohio» de 1969. Para una explicación mayor ver: https://www.law.cornell.edu/wex/brandenburg_test. Último acceso: febrero de 2020.
[441] Feldman, «Supreme Court Doesn't Care What You Say on the Internet».
[442] O'Neill, «Britain Turns Offensive Speech Into a Police Matter».
[443] *The Times,* «Police Arresting Nine People a Day in Fight Against Web Trolls», 12 de octubre, 2017. Disponible en: https://www.thetimes.co.uk/article/police-arresting-nine-people-a-day-in-fight-against-web-trolls-b8nkpgp2d.
[444] *The Telegraph*, «Police Need Focus on Violent Crime, Not Hate Crime, Says UK's Top Police Officer», 2 de noviembre, 2018. Disponible en: https://www.telegraph.co.uk/news/2018/11/02/police-need-focus-violent-crime-not-hate-crime-says-uks-top/. Último acceso: febrero de 2020.
[445] *Zeit Online*, «Deutsche Behörde verhängt Millionenstrafe gegen Facebook», 2 de julio, 2019. Disponible en: https://www.zeit.de/digital/datenschutz/2019-07/facebook-hasskommentare-fake-news-millionenstrafe-bussgeld-netzdg. Último acceso: agosto de 2019.
[446] Ibíd.
[447] *Spiegel Online,* «Facebook entfernte 160.000 Hasskommentare im ersten Quartal», 26 de julio, 2019. Disponible en: https://www.spiegel.de/netzwelt/netzpolitik/netzdg-und-hausregeln-facebook-entfernte-160-000-hasskommentare-a-1279210.html. Último acceso: febrero de 2020.
[448] Meier, «Das Gesetz, das Facebook nicht wollte».
[449] Guterres, «Remarks to the Human Rights Council».
[450] Guterres.
[451] Mchangama, «The U.N. Hates Hate Speech More Than It Loves Free Speech».
[452] Mchangama, «The Sordid Origin of Hate-Speech Laws».
[453] Bleich, «The Rise of Hate Speech and Hate Crime Laws in Liberal Democracies», 918.
[454] Bleich, 930.
[455] Mchangama, «The Sordid Origin of Hate-Speech Laws».
[456] Mchangama, «The U.N. Hates Hate Speech More Than It Loves Free Speech».
[457] Strossen, *Hate: Why We Should Resist it with Free Speech, Not Censorship*, 1. (Edición Kindle)
[458] Strossen, 136.
[459] Strossen, 144.
[460] Strossen, 136.
[461] Strossen, 149.
[462] Strossen, 149.
[463] Hicks, *Explicando el posmodernismo, la crisis del socialismo*, 643-44.
[464] Doyle, «*Easily Offended Hecklers Are RuiningComedy*».
[465] Gomez, «7 Famous Comedians Who Said Political Correctness Is Killing Comedy».
[466] Silman, «10 Famous Comedians On How Political Correctness Is Killing Comedy: 'We Are Addicted to the Rush of Being Offended'».
[467] *Žižek,* Is Political Correctness a Solution-or a Desperate Cover-Up?
[468] *Žižek.*
[469] Rose, *The Tyranny of Silence*, 5.
[470] De Beauvoir, *El segundo sexo*, 16.
[471] De Beauvoir, 207.

[472] De Beauvoir, 208.
[473] Butler, «Sex and Gender in Simone de Beauvoir's Second Sex», 35.
[474] Butler, 35.
[475] Butler, *Gender Trouble*, 8.
[476] Butler, 9.
[477] Bourdieu, *La dominación masculina*, 11-12.
[478] Bourdieu, 13-14.
[479] Pinker, *The Blank Slate*, 340.
[480] Pinker, 344-45.
[481] Pinker, 346-47.
[482] *The Economist,* «Vive la différence!», 7 de diciembre, 2013. Disponible en: https://www.economist.com/science-and-technology/2013/12/07/vive-la-difference. Último acceso: agosto de 2019.
[483] Swaab, *Wir sind unser Gehirn*, 87.
[484] Swaab, 88.
[485] Swaab, 88.
[486] Swaab, 88.
[487] Swaab, 89.
[488] Nussbaum, «The Professor of Parody».
[489] Nussbaum.
[490] Sommers, *Who Stole Feminism?*, 16.
[491] Sommers, 21.
[492] Sommers, 24.
[493] Sommers, 188 y ss.
[494] Halpern *et al*., «The Science of Sex Differences in Science and Mathematics».
[495] Brizendine, *The Female Brain*, 3. (Edición Kindle).
[496] Brizendine, 3.
[497] Pinker, *The Sexual Paradox*, 65.
[498] Pinker, 71.
[499] Stoet y Geary, «The Gender-Equality Paradox in Science, Technology, Engineering, and Mathematics Education», 581.
[500] Stoet y Geary, 588.
[501] Helena Cronin, Fairness versus Sameness. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=sJZjqnF6gag&t=135s. Último acceso: febrero de 2020.
[502] World Economic Forum, «The Global Gender Gap Report 2018», vii.
[503] Cohen, «Define Gender Gap? Look Up Wikipedia's Contributor List».
[504] Cohen.
[505] Pinker, *The Sexual Paradox*, 76.
[506] Pinker, 77.
[507] Pinker, «His Standards or Hers?».
[508] Stevenson y Wolfers, «The Paradox of Declining Female Happiness».
[509] Pinker, «His Standards or Hers?».
[510] Pinker.
[511] Pinker.
[512] Pinker.
[513] Pinker.
[514] Pinker.
[515] Paglia, *Free Women, Free Men*, 136.

[516] Paglia, 137.
[517] Paglia, 81.
[518] Sowell, *Economic Facts and Fallacies*, 64.
[519] Sowell, 62.
[520] Entrevista disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=vbT7gJoEyRc. Último acceso: febrero de 2020.
[521] BBC News, «Novak Djokovic Questions Equal Prize Money in Tennis», 21 de marzo, 2016. Disponible en: https://www.bbc.com/news/world-us-canada-35859791. Último acceso: agosto de 2019.
[522] Ibíd.
[523] Frank, «Megan Rapinoe Understands Economics».
[524] Frank.
[525] U.S. Soccer Federation, «US Women's National Team Compensation and US Soccer Investment in Women's Soccer». Disponible en: https://www.ussoccer.com/governance/board-of-directors/us-soccer-president-carlos-cordeiro/open-letter-july-29-2019-finding-common-ground. Último acceso: febrero de 2020.
[526] Entrevista disponible en: https://www.cnn.com/2019/07/09/us/megan-rapinoe-interview/index.html. Último acceso: febrero de 2020.
[527] *Time*, «This Agent Is Upset That Female Models Make More Than Men», 26 de septiembre, 2016. Disponible en: https://time.com/4507541/modeling-industry-gender-pay-gap/. Último acceso: febrero de 2020.
[528] European Commission, «The Gender Pay Gap Situation in the EU». Disponible en: https://ec.europa.eu/info/policies/justice-and-fundamental-rights/gender-equality/equal-pay/gender-pay-gap-situation-eu_en. Último acceso: febrero de 2020.
[529] O'Brien, «78 Cents on the Dollar: The Facts About the Gender Wage Gap».
[530] Cook, *et al.*, «The Gender Earnings Gap in the Gig Economy: Evidence From Over a Million Rideshare Drivers».
[531] *The Economist,* «The Wage Gap Between Men and Women Varies Depending on Job Types», 27 de julio, 2017. Disponible en: https://www.economist.com/business/2017/07/27/the-wage-gap-between-men-and-women-varies-depending-on-job-types. Último acceso: agosto de 2019.
[532] U.S Department of Labor, «An Analysis of Reasons for the Disparity in Wages Between Men and Women», 12 de enero, 2009, p.2. Disponible en: http://templatelab.com/gender-wage-gap-final-report/. Último acceso: febrero de 2020.
[533] Sowell, *Economic Facts and Fallacies*, 69.
[534] Sowell, 80-81.
[535] Sowell, 73.
[536] Sowell, 79.
[537] Goldin, «How to Achieve Gender Equality in Pay», 32.
[538] Goldin, 32.
[539] Goldin, 32.
[540] Bolotnikova, «Reassessing the Gender Wage Gap».
[541] Abramson, «Making One of the Most Brutal Jobs a Little Less Brutal».
[542] Porter y Nohria, «What Do CEOs Actually Do?».
[543] Pew Research Center, «The Data on Women Leaders».
[544] *Financial Times*, «Women Hold Fewer than 5% of CEO Positions in US and Europe», 9 de diciembre, 2018. Disponible en: https://www.ft.com/content/1090105c-fb7b-11e8-aebf-99e208d3e521. Último acceso: febrero de 2020.
[545] *Working Mother*, «Best Law Firms for Women», 2017. Disponible en:

https://www.workingmother.com/sites/workingmother.com/files/attachments/2017/07/2017_working_mother_best_law_firms_for_women_executive_summary_final.pdf. Último acceso: febrero de 2020.

[546] Darbyshire y Thompson, «Can You Be a Mother and a Senior Law Firm Partner».

[547] Francis, «Why High Earners Work Longer Hours».

[548] Levitt y Dubner, *SuperFreakonomics*, 46.

[549] Levitt y Dubner, 46.

[550] Brennan, «Top 10 Things Everyone Should Know About Women Consumers».

[551] Brennan.

[552] Brennan.

[553] Goldin, «How to Achieve Gender Equality in Pay», 26.

[554] Lüttringhaus, «The downsides of the quota system».

[555] Mangu-Ward, «Stop Counting Women».

[556] Bertrand, *et al.*, «Breaking the Glass Ceiling? The Effect of Board Quotas on Female Labor Market Outcomes in Norway».

[557] Lüttringhaus, «The Downsides of the Quota System».

[558] *The Economist, «*Are Gender Quotas Good for Business?*»*, 3 de septiembre, 2018. Disponible en: https://www.economist.com/the-economist-explains/2018/09/03/are-gender-quotas-good-for-business. Último acceso: agosto de 2019.

[559] Bagues, Sylos-Labini, y Zinovyeva, «Gender Quotas in Science are Counterproductive: Evidence from Italy and Spain».

[560] Bagues, Sylos-Labini, y Zinovyeva.

[561] Deschamps, «Gender Quotas in Hiring Committees: a Boon or a Bane for Women?», 1.

[562] Deschamps, 39.

[563] Deschamps, 2.

[564] Deschamps, 39.

[565] Sigurðardóttir, «Iceland's Equal Pay Standard-the Employer's Best Weapon?».

[566] Noack, «Iceland is Trying to Close the Gender Pay Gap by Publicly Shaming Companies».

[567] Paglia, «It's a Man's World, and It Always Will Be».

[568] Harari, *De animales a dioses*, 32.

[569] Hrdy, *The Woman That Never Evolved*, 1.

[570] Hrdy, 7.

[571] Hrdy, 190.

[572] McCloskey, «La brecha salarial es mucho menor de lo que se dice».

[573] *El Mundo,* 9 de abril, 2018. Disponible en: https://www.elmundo.es/papel/lideres/2018/04/09/5ac7599d22601dd71d8b45d5.html. Último acceso: febrero de 2020.

[574] Paglia, «It's a Man's World, and It Always Will Be».

[575] Paglia.

[576] Paglia, *Free Women, Free Men*, 135.

[577] American Psychological Association, «Guidelines for Psychological Practice for Boys and Men», agosto 2018. Disponible en: https://www.apa.org/about/policy/boys-men-practice-guidelines.pdf. Último acceso: febrero de 2020.

[578] *Quillette,* «Twelve Scholars Respond to the APA's Guidance for Treating Men and Boys,» Febrero 4, 2019. Disponible en: https://quillette.com/2019/02/04/psychologists-respond-to-the-apas-guidance-for-treating-men-and-boys/. Último acceso: agosto de 2019.

[579] Sommers, *The War Against Boys*, 7 y ss.

[580] Paglia, *Free Women, Free Men*, 102-3.

[581] Kluger, «The Scientific Reason Men Like Sports More Than Women».
[582] Strauss, «Why Boys Love Guns, and What to Do About It».
[583] Bell, «We Must Stop inDoctrinating Boys in Feminist Ideology».
[584] Bell.
[585] *Actuall*, «Más del 87% de las denuncias por violencia de género no acaba en condena», Actuall, 13 de abril, 2016. Disponible en: https://www.actuall.com/familia/mas-del-87-de-las-denuncias-por-violencia-de-genero-no-acaba-en-condena/. Último acceso: febrero de 2020.
[586] Ibíd.
[587] Berberana, «El infierno de los hombres 'mal divorciados': ruina, chantaje e indefensión».
[588] Berberana.
[589] *El País*, «El Congreso aprueba el pacto para atajar la violencia machista con la abstención de Podemos», 28 de septiembre, 2017. Disponible en: https://elpais.com/politica/2017/09/28/actualidad/1506588859_420508.html. Último acceso: febrero de 2020.
[590] *The Economist,* «Measuring the #MeToo, backlash», 20 de octubre, 2018. Disponible en: https://www.economist.com/united-states/2018/10/20/measuring-the-metoo-backlash. Último acceso: febrero de 2020.
[591] Raj, «Worried About Sexual Harassment – Or False Allegations? Our Team Asked Americans About Their Experiences and Beliefs».
[592] Elsseser, «Of All The Gender Issues At Work, Men Are Most Concerned About False Harassment Claims From Women».
[593] Tan y Porzecanski, «Wall Street Rule for the #MeToo Era: Avoid Women at All Cost».
[594] McGregor, «MeToo Backlash: More Male Managers Avoid Mentoring Women or Meeting Alone With Them».
[595] Stidsen, *The Return to Archaic Forms of Power.*
[596] Mac Donald, «Trauma and Truth».
[597] Mac Donald, *The Diversity Delusion*, 118 y ss.
[598] Bennet, «When Saying Yes Is Easier Than Saying No».
[599] Paglia, *Free Women, Free Men*, 53-54.
[600] Cahill, «Denying the Neuroscience of Sex Differences».
[601] Hinson, «Why Are Men More Promiscuous? It's in the Genes, Says a Psychologist».
[602] Pinker, *The Blank Slate*, 344.
[603] Pinker, «Why Can't a Woman Be More Like a Man?».
[604] Pinker.
[605] Pinker.
[606] Watson, «The Truth About Men and Sex».
[607] Watson.
[608] Tolstoi, *Sonata a Kreutzer*, 52.
[609] Brizendine, *The Female Brain*, 82.
[610] Barber, «Sexual Liberation: Whose Sexuality is Liberated, Men's orWomen's?».
[611] Mac Donald, «Policing Sexual Desire».
[612] Mac Donald.
[613] Mac Donald.
[614] La versión en inglés del Manifiesto Antifeminista se encuentra disponible en: https://www.worldcrunch.com/opinion-analysis/full-translation-of-french-anti-metoo-manifesto-signed-by-catherine-deneuve. Último acceso: febrero de 2020.
[615] De Beauvoir, *El segundo sexo*, 373.
[616] De Beauvoir, 377.

[617] De Beauvoir, 378.
[618] De Beauvoir, 479.
[619] Simon-Thomas, «Is Marriage Really Bad for Women's Happiness?».
[620] Simon-Thomas.
[621] Paglia, *Free Women, Free Men*, 133.
[622] Paglia, 134.
[623] Levet, *Teoría de Género o el mundo soñado de los ángeles*, 74-75.
[624] Henley, «Calls for Legal Child Sex Rebound on Luminaries of May 68».
[625] Henley.
[626] Mottier, *Sexuality: A Very Short Introduction*, 105. (Edición Kindle).
[627] «The Danger of Child Sexuality, an Interview with Michel Foucault», 4 de abril, 1978. Disponible en: https://www.uib.no/sites/w3.uib.no/files/attachments/foucaultdangerchildsexuality_0.pdf. Último acceso: febrero de 2020.
[628] Fleischhauer y Hollersen, «The Sexual Revolution and Children».
[629] Mottier, *Sexuality: A Very Short Introduction*, 104-5.
[630] Appignanesi, «Did Simone de Beauvoir's Open 'Marriage' Make Her Happy?».
[631] Appignanesi.
[632] Citada en: Levet, *Teoría de Género o el mundo soñado de los ángeles*, 79.
[633] Global Compact for Migration, 11 de julio, 2018. Disponible en: https://refugeesmigrants.un.org/sites/default/files/180711_final_draft_0.pdf. Último acceso: febrero de 2020.
[634] Parliamentary Assembly, Resolution 2093, 2016. Disponible en: https://assembly.coe.int/nw/xml/XRef/Xref-XML2HTML-en.asp?fileid=22494&lang=en. Último acceso: febrero de 2020.
[635] Scruton, «Why Did British Police Ignore Pakistani Gangs Abusing 1,400 Rotherham Children? Political Correctness».
[636] Scruton.
[637] *Žižek, La nueva lucha de clases*, 17.
[638] Leubecher, «Was die Studie zur Gewalt durch Zuwanderer aussagt».
[639] Mokosch, «Was die Zahl der Sexualdelikte verrät-und was nicht».
[640] Haidt, «When and Why Nationalism Beats Globalism».
[641] Haidt.
[642] Haidt, *The Righteous Mind*, 338.
[643] Haidt, 342.
[644] Putnam, «E pluribus unum».
[645] *Spiegel Online*, «Merkel erklärt Multikulti für gescheitert», 16 de octubre, 2010. Disponible en: https://www.spiegel.de/politik/deutschland/integration-merkel-erklaert-multikulti-fuer-gescheitert-a-723532.html. Último acceso: febrero de 2020.
[646] *Spiegel Online*, «Tausende Migrantinnen werden zur Ehe gezwungen», 9 de noviembre, 2011. Disponible en: https://www.spiegel.de/politik/deutschland/studie-tausende-migrantinnen-werden-zur-ehe-gezwungen-a-796673.html. Último acceso: febrero de 2020.
[647] *The Guardian*, «3,000 Women a Year Forced into Marriage in UK, Study Finds», 8 de marzo, 2008. Disponible en: https://web.archive.org/web/20180214014636/https://www.theguardian.com/politics/2008/mar/08/religion. Último acceso: febrero de 2020.
[648] Parliamentary assembly, «Forced marriage in europe», resolution 2233 (2018). disponible en: https://bit.ly/2xywb4q. Último acceso: febrero de 2020.

[649] European Institute for Gender Equality, «Is Female Genital Mutilation a Problem for the EU?», 29 de septiembre, 2017. Disponible en: https://eige.europa.eu/news/female-genital-mutilation-problem-eu. Último acceso: febrero de 2020.
[650] European Parliament, Resolution of 6 February 2014 on the Commission communication entitled «Towards the Elimination of Female Genital Mutilation». Disponible en: https://bit.ly/2W3U1P6.Último acceso: agosto de 2019.
[651] James, *Scharia in Deutschland*, 12-13.
[652] James, 21.
[653] Gnisa, *Das Ende der Gerechtigkeit*, 13.
[654] Gnisa, 28.
[655] Gnisa, 21.
[656] Gnisa, «Der Staat setzt das Recht oft nicht durch».
[657] Young, «Macron to Review Report Calling for Reform of Islam in France».
[658] Young.
[659] Sonnabend y Reimann, «Mit Integrationsgipfeln kommen wir nicht weiter».
[660] Die Beauftragte der Bundesregierung für Migration, Flüchtlinge und Integration, «Bericht der Beauftragten der Bundesregierung für Migration, Flüchtlinge und Integration über die Lage der Ausländerinnen und Ausländer in Deutschland».
[661] Sanandaji, *El poco excepcional modelo escandinavo*, 138.
[662] Sanandaji, 142.
[663] *Spiegel Online*, «Zahlreiche Muslime in Deutschland sind gewaltbereit», 20 de diciembre, 2007. Disponible en: https://www.spiegel.de/politik/deutschland/bundesinnenministeriums-studie-zahlreiche-muslime-in-deutschland-sind-gewaltbereit-a-524486.html. Último acceso: febrero de 2020.
[664] RP Online, 27 de enero, 2017. Disponible en: https://rp-online.de/politik/mindestens-50-millionen-muslime-sind-gewaltbereit_aid-19173077. Último acceso: febrero de 2020.
[665] O'Neill, *et. al.*, «Huge scale of Terror Threat Revealed: UK Home to 23,000 jihadists».
[666] *ABC*, 8 de febrero, 2016. Disponible en: https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-giovanni-sartori-islam-incompatible-occidente-201602041540_noticia.html. Último acceso: febrero de 2020.
[667] Ali, *Heretic*, 3.
[668] Laurence, «Europe's Failure to Integrate Muslims».
[669] Murray, *The Strange Death of Europe*, 1.
[670] Murray, 3.
[671] Beglinger, «Warum sich Vietnamesen im Westen so gut zurechtfinden und als Integrationswunder gelten».
[672] Bisin *et al.*, «Are Muslim Immigrants Different in Terms of Cultural Integration?», 453-54.
[673] Bisin *et al.*, 454.
[674] Sowell, «Abstract Immigrants in an Abstract World».
[675] Sowell, *Migrations And Cultures*, 377.
[676] Sowell, 379.
[677] Sinn, *Verspielt nicht eure Zukunft!*, 68 y ss.
[678] Sinn, «Ökonomische Effekte der Migration».
[679] Sinn.
[680] Borjas, *We Wanted Workers*, 19.
[681] Borjas, 21.
[682] Borjas, 74-75.
[683] Borjas, 101.

[684] Borjas, 122.
[685] Borjas, 158.
[686] Borjas, «Yes, Immigration Hurts American Workers».
[687] Borjas.
[688] Borjas.
[689] Smith, *The System of Liberty*, 16.
[690] Ver conferencia de Friedman sobre el tema en: https://www.youtube.com/watch?v=C52TlPCVDio. Último acceso: febrero de 2020.
[691] Borjas, *We Wanted Workers*, 175.
[692] Borjas, 181.
[693] Borjas, 191.
[694] Rothbard, «'Human Rights' as Property Rights».
[695] Rothbard, «Nations by Consent».
[696] Rothbard.
[697] Rawls y Van Parijs, «Three Letters on the Law of Peoples and the European Union».
[698] Rawls, *The Law of Peoples*, 39.
[699] Rawls, 39.
[700] Rawls, 39.
[701] Rawls, 39.
[702] Höffe, *Democracy in an Age of Globalisation*, 254.
[703] Höffe, 255.
[704] Miller, *Strangers in Our Midst: The Political Philosophy of Immigration*, 6. (Edición Kindle).
[705] Miller, 9.
[706] Miller, 9.
[707] Miller, 9.
[708] Miller, 152.
[709] Miller, 154-55.
[710] Kant, *Hacia la paz perpetua*, 90.
[711] Kant, 90.
[712] Gilley, «The Case for Colonialism», 1.
[713] Gilley, 4.
[714] Gilley, 5.
[715] Gilley, 6.
[716] Ferguson, «What the British Empire Did for the World».
[717] Ferguson, «British Imperialism Revised: The Costs and Benefits of 'Anglobalization'», 13.
[718] Ferguson, 20.
[719] Ferguson, 24.
[720] Ferguson, *Empire*, 369.
[721] Davis, *Christian Slaves, Muslim Masters*, 4.
[722] *BBC News*, «Quick Guide: The Slave Trade», 15 de marzo, 2007. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/2/hi/africa/6445941.stm
[723] Snyder, *Slavery in Indian Country*, 4.
[724] Elliott, *Empires of the Atlantic World*, 55.
[725] Elliott, 55.
[726] Elliott, 103-4.
[727] Sowell, «Bury the Chains: How The West Ended Slavery».
[728] Sowell.
[729] Montaigne, *Essays of Montaigne*, 2:67.

[730] Montaigne, 2:66.
[731] Montaigne, 2:66.
[732] Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, 15.
[733] Rousseau, 28.
[734] Dickens, *The Noble Savage.*
[735] Roca Barea, «Las pruebas que confirman el Holocausto azteca».
[736] *El País*, «Hallados en Perú los restos del mayor sacrificio ritual de niños descubierto hasta el momento», 29 de agosto, 2019. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2019/08/28/ciencia/1567007173_931680.html.Último acceso: agosto de 2019.
[737] Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, 310-11.
[738] Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las indias*, 16-17.
[739] Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, 316.
[740] Roca Barea, 322.
[741] Elliott, *Empires of the Atlantic World*, 68.
[742] Entrevista disponible en: https://www.hispaniccouncil.org/maria-elvira-roca-barea-autora-de-imperiofobia-y-leyenda-negra-ante-los-ataques-contra-cristobal-colon-en-estados-unidos-las-unicas-leyes-de-proteccion-de-las-poblaciones-indigenas-que/. Último acceso: febrero de 2020.
[743] Siedentop, *Inventing the Individual*, 349.
[744] Habermas, *Time of Transitions*, 150-51.